

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + Make non-commercial use of the files We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + Refrain from automated querying Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + Maintain attribution The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + Keep it legal Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

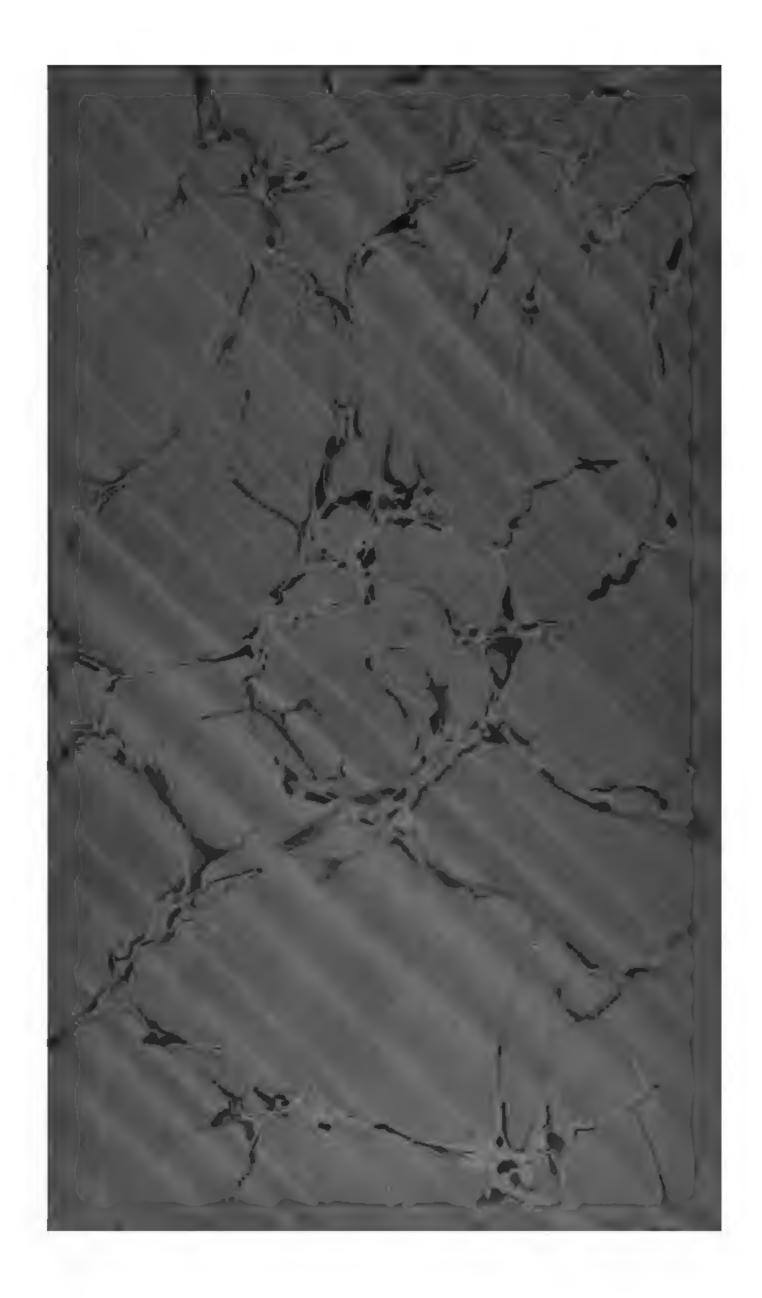
- + Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + No envíe solicitudes automatizadas Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + Conserve la atribución La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + Manténgase siempre dentro de la legalidad Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

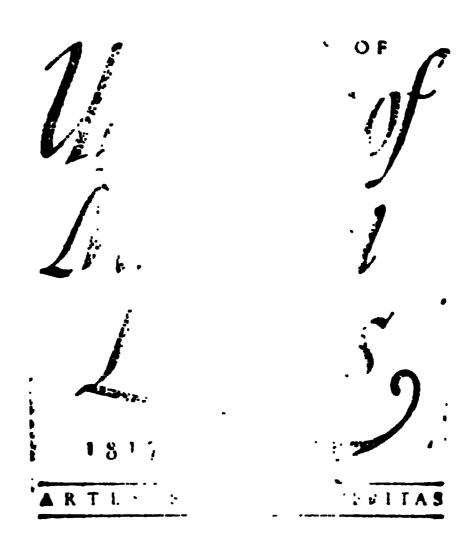
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com









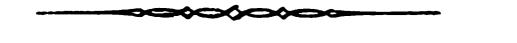


OBRAS POÉTICAS Y DRAMÁTICAS

OBRAS QUE SE HALLAN

En casa de A. ROGER y F. CHERNOVIZ

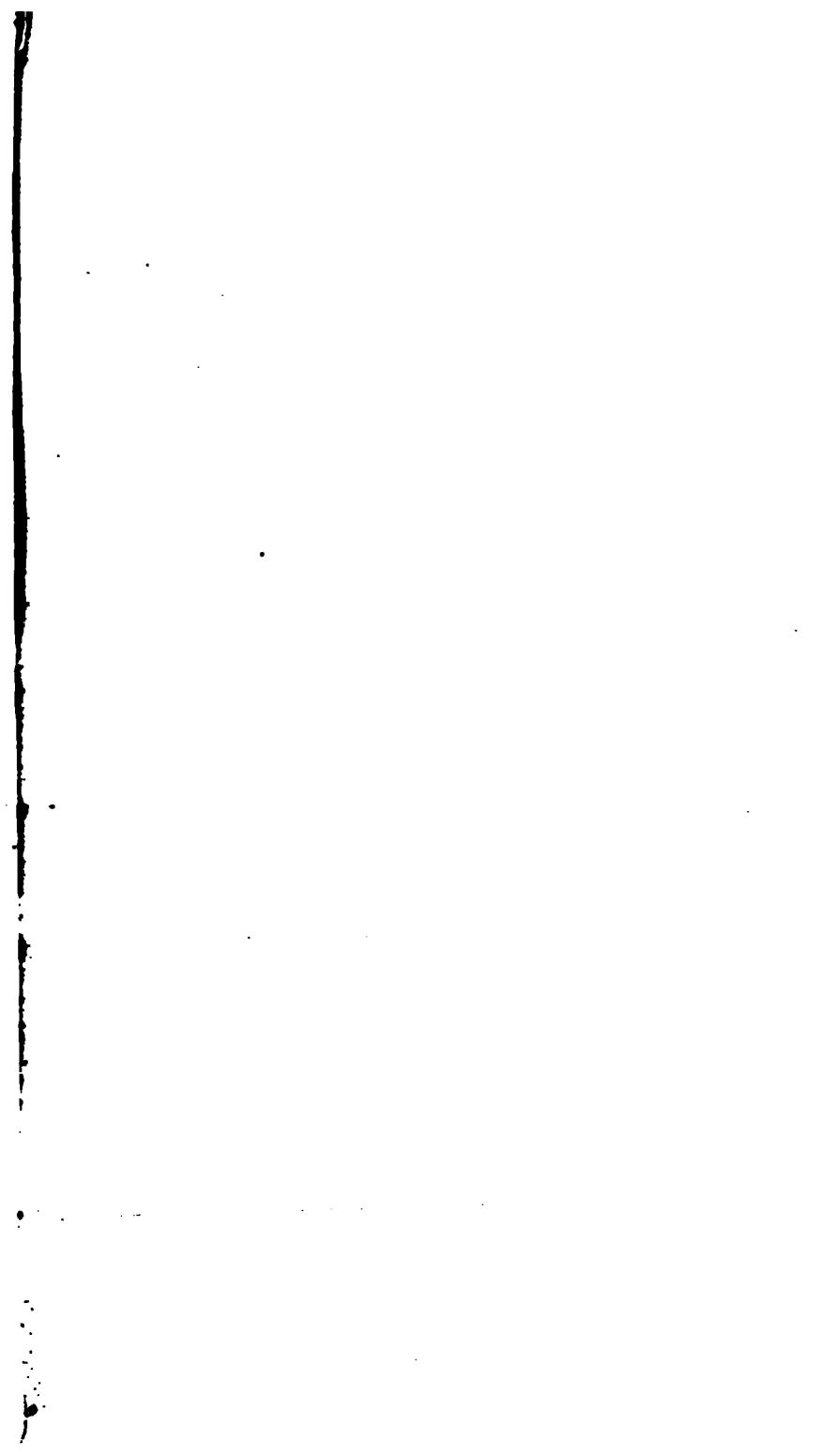
EN PARIS



- Mis ideas y mis principios, por D. J. M. Torres Caicedo, ministro plenipotenciario de San Salvador en París. Consta de 3 tomos en 8°.
- Estudios constitucionales sobre los gobiernos de la América latina, por J. Arosemena. Nueva edición, 2 tomos en 8°.
- Biblioteca de escritores venezolanos, ordenada con noticias biográficas, por J. M. Rojas, ministro plenipotenciario. 1 tomo en 4º de lujo.
- Colección de possias de Andrés Bello, con notas biográficas. 1 tomo en 12°.
- Biblioteca de autores españoles, desde la formación del lengue hasta nuestros días. Colección Rivadeneyra, 71 tomos en 8º.
- CALVO (C.). Colección histórica completa de tratados de la Arriana. 11 tomos en 8°.
- CALVO (C.). Anales históricos. 5 tomos en 8°.

EN PRENSA

Diccionario de construcción y régimen de la lengua caste Rufino Cuervo, miembro correspondiente de la f





Lagarehanding

, • .



OBRAS

POÉTICAS

Y DRAMÁTICAS

DE

LÁZARO MARÍA PÉREZ



PARIS

A. ROGER Y F. CHERNOVIZ EDITORES

7, rue des Grands-Augustins, 7

1884

Derechos reservados.

P4315 Spanish Educ. Lib. 11.18,54 89663

A LA MEMORIA

DE

PEDRO FERNÁNDEZ MADRID

EN TESTIMONIO DE CARIÑO Y ADMIRACIÓN



DON LÁZARO MARÍA PÉREZ

Un eminente crítico francés, Mr. de Pontmartín, que en ocasiones sostiene con gran talento las tesis más paradojales, ha emitido una opinión muy curiosa con respecto á la parcialidad política y literaria. El hábil escritor se expresa así en su artículo sobre el Espíritu literario en 1858: « No creo que la imparcialidad absoluta sea posible en la crítica literaria, porque la literatura expresa ideas, porque las ideas se refieren á una doctrina ó á un partido, y que al juzgar una obra no se puede hacer abstracción de las doctrinas que propaga esa obra ni del partido que ella sirva. Por otra parte, el cielo no permita que yo piense jamás en proscribir todo lo que hace ver aún que hay calor, empuje, vida! La parcialidad es la pasión, y ésta, áun en sus descarríos, es preferible á esa calma estúpida según la cual todo se resuelve por compromisos y por cálculos. »

Aún cuando cuente con el respetable sufragio de Mr. de Pontmartín, esa teoría de la parcialidad es inadmisible, porque choca con la equidad y la justicia. La verdad no está reñida con el calor, el empuje y la vida, sino que, al contrario, nada se presta más á la elocuencia y á los grandes movimientos, á la expresión de los sentimientos nobles y generosos.

Así, aun cuando amigos políticos y personales del sugeto de quien vamos a hablar, el respeto a la verdad inspirara nuestros juicios.

Pérez ha sigurado en su patria con honor como literato,

poeta, militar y político; ha asistido á los Congresos, á las batallas de la Libertad; ha entrado en las lizas del periodismo; ha sido aclamado por algunos de sus dramas.

En los escritos de Pérez se descubre el hombre de corazón y de principios, el ardiente patriota, el leal amigo. Y á tal punto sus escritos le hacen advinar á quien no le conoce, que tentados estamos á admitir la teoría también algo paradojal de Mr. Emilio Deschanel, quien dice en su fisiología de los escritores y de los artistas, — ó ensayo de crítica natural:

« Me propongo simplemente hacer ver por cierto número de ejemplos y de hechos cómo se puede y debe reconocer en una obra de estilo y de arte, no sólo el siglo en que se produjo, sino también el país, el clima, la raza á la cual pertenece el autor, y hasta su sexo tal vez, pero á no dudarlo su complexión, su temperamento, su humor. — Y ¿ quién lo sabe ? acaso también su salud; con mayor razón aún su caracter, sus costumbres, su profesión. »

Y adviértase que esta singular teoría ha obtenido, en parte,

el alto sufragio de Mr. Luis Ratisbonne.

Como veremos más abajo, sea que Pérez figure como militar, legislador ó periodista, el sello que le distingue, lo que le dá una fisonomía particular, es su poesía lírica. Empezó á darse á conocer por ella, y es en ese campo sembrado de flores donde ha obtenido sus más bellas coronas. El político ha causado grave daño al poeta, porque la pasión política, y sobre todo en las Repúblicas americanas, es ciega ó injusta; y costumbre es que los hombres de un partido nieguen todo mérito á sus adversarios, áun cuando antes lo hayan reconocido.

Hoy que á los poetas no se les reconoce como intérpretes de la divinidad, ya que han decaido, y por desgracia, caido; hoy que no se dice de ellos:

Sic honor et nomen divinis vatibus, atque Carminibus venit.....

hoy que no están expuestos á la acusación de vulgares que les hacía Juvenal en la sátira VII, porque el animado por el estro se entregaba á los cuidados de su casa y de su hacienda; hoy es bien permitido que un poeta pulse la lira y esgrima la espada; y mucho es si alza sus cantos no en medio de los cármenes, sino en los palacios del Becerro de Oro, en las Bolsas ó sobre el mostrador de una casa de cambio.

Hoy, más que en tiempo del infortunado y sentimental Gilbert, hay razón para quejarse del desdén con que se mira á los poetas. Con cuánta mayor razón no se podría repetir en estos tiempos lo que el autor de Las Heroidas decia en 1771:

- Nada hay que desaliente más á los jóvenes poetas como el contemplar el envilecimiento en que ha caido la poesía. El galimatías de Mr. de la Béquille ha reemplazado entre nosotros el lenguaje de los dioses. Apénas si alguno se digna echar una ojeada sobre las maravillas de Despréaux y de Rousseau.
- » No es envileciendo el arte militar como haréis nacer grandes guerreros. El hombre no está obligado á sobresalir en un arte sino cuando ese arte es considerado y respetado.
- » Se dirá que si la poesía se halla envilecida, es porque no se ven ya buenas obras en verso. Sí; pero exigís que un poeta se estrene con un Edipo. No dáis al genio el tiempo necesario para desarrollarse, para elevarse insensiblemente, para remontar su vuelo hasta la bóveda celeste. Si no raya muy alto desde el principio, suponéis que nunca se ha de elevar, y lo aplastais. Corneille sué un gran poeta; pero ¿se presentó en la arena teniendo en la mano Rodoguna ó Cinna? Jamás habría dado el sér á esos dos prodigios si, viviendo en nuestro siglo, se hubiera abierto la carrera de las letras presentando su Clitandro. Todo en la naturaleza tiene una gradación imperceptible. El río, hacia su nacimiento, no acarrea aguas abundantes, profundas y majestuosas; el sol naciente es débil y poco radiante; el águila, antes de elevarse hasta las nubes, rasa durante largo tiempo la superficie de la tierra; y ; queréis que sólo el poeta sea á su aurora lo que debe ser al mediodía! » ·

Al reproducir estas preciosas líneas, no es para aplicarlas al poeta de que hablamos, pues se estrenó con una bellísima composición, que fué aplaudida por todos los hombres de inspiración y de gusto, sino para responder a esos « porteros de la gloria » que en América se convierten en verdaderos Cabrión de los jóvenes que ensayan noblemente sus suerzas en la carrera de las letras, y que por eso mismo son dignos de elogio y de estímulo, pues maniscestan que tienen el alto propósito de servir útilmente á la sociedad, en vez de entregarse á los placeres fáciles, á las perversas intrigas de los partidos ó á sórdidas transacciones.

Más de un joven hemos conocido en América, que, abrumado por las críticas de la envidia, ha cambiado de dirección, cuando podría haber sobresalido si hubiera hallado estímulos; y más de uno hemos visto también que armado de valor para afrontar los tiros de la maledicencia y teniendo conciencia de su genio, se ha abierto paso por entre la multitud de vociferadores. Pero el número de estos es, por desgracia, y tiene que ser reducido.

Pero veamos quién es Lázaro Maria Pérez

Nació en Cartagena, República de Nueva Granada, el 10 de febrero de 1824. Hizo sus estudios, que empezó siendo muy joven, en la universidad del Magdalena hasta el año de 1836, en que habiendo ocurrido la muerte de su padre, se vió precisado á desertar los cláustros de ese establecimiento, para dedicarse á alguna ocupación que le produjera medios de subsistencia para su buena madre y una hermana de cuatro años, que no contaban con otro apoyo en el mundo sino con el del poeta y su hermano Marcos, distinguido siempre por su el laboriosidad y honradez. Durante dos años, sirviendo día y noche como amanuense, pudo obtener medios para atender á las necesidades de su reducida familia.

Interesado en continuar su educación, en 1840, se hizo matricular en las clases de filosofía. El joven aprovechaba, y por su inteligencia y aplicación se captaba el afecto de sus profesores, cuando el 19 de setiembre de aquel año estalló en Cartagena la criminal revolución que tantos estragos causó en Nueva Granada.

Pérez tenía á la sazón diez y seis años de edad y servía en la guardia nacional en calidad de soldado. En la noche del 18 de octubre de 1840 fué llevado al cuartel del batallón nº 3, que estaba bajo el mando de los comandantes Ramón Acevedo y Francisco Buitrago, caudillos del movimiento revolucionario. Creía el joven militar prestar su débil apoyo al gobernador constitucional de la provincia, el patriota

Sr. Torices; pero en la madrugada del 19 fué advertido de que se preparaba un pronunciamiento contra el gobierno: nuestro soldado, sin tener en cuenta el peligro á que se exponía, arroja su fusil y se prepara á ir á la casa del Sr. Torices, á fin de instruirle de lo que se pasaba. Sorprendido por un oficial rebelde, Pérez fué aherrojado en un inmundo calabozo, donde permaneció hasta que volvió la tropa de la plaza, y después de haberse consumado el pronunciamiento.

Puesto en libertad, Pérez asistió al entierro de su hermana, y se ofreció como compañero de prisión al ilustrado neo-granadino Sr. Don José P. Rodríguez de la Torre, que había sido lanzado en las terribles prisiones de las fortalezas

de Bocachicha, tristemente memorables.

Perseguido por los revolucionarios M. Hernández y Manuel Ortiz, Pérez, pobre y enfermo, vagó por las sabanas del Corozal y por la costa de Sotavento. El furor de los rebeldes era tal, que Ortiz declaró fuera de la ley á muchos patriotas, y entre ellos á Pérez, sin tener en cuenta su temprana edad. El 15 de junio de 1841, se efectuó una contra-revolución en Cartagena, y, á favor de ella, Pérez pudo volver á la ciudad natal.

Como la revolución seguía asolando las demás provincias de la República, Pérez tomó servicio en la Columna de La Unión, cuerpo compuesto de valientes jóvenes de Cartagena,

y que se hizo célebre por las proezas que ejecutó.

Organizada que fué una escuadra que debía obrar sobre las costas á órdenes del general Rafael Tono, Pérez se incorporó en las fuerzas navales, y recibió muchas distinciones de ese preclaro patriota. El joven militar continuó prestando sus servicios á la patria hasta que el caudillo de la revolución de Cartagena rindió las armas en Sitio Nuevo.

Terminada que fué la revolución, que duró desde 1839 hasta 1841, algunos jóvenes inteligentes de Cartagena siguieron prestando sus servicios en las oficinas militares, y para llenar los cuadros del medio batallón de artillería. Con Tono (hijo del general), Hoyos, Ripoll, Ramos, Pérez figuró en ese cuerpo; pero al mismo tiempo seguía sus estudios de jurisprudencia.

En 1845 fué enviada al Chocó la compañía en que figuraba Pérez; luego pasó como tropa zapadora á la provincia de Antioquía, teniendo áun los oficiales que atravesar á pié la aspera montaña de Urrao. Poco más tarde, la tropa que obraba bajo el mando de Pérez sué destinada á practicar una vía de comunicación entre Medellín y la ciudad de Antioquía. Hallándose en aquellas sinuosas soledades, el militar cedió el puesto al poeta, y Pérez escribió varias de sus más celebradas poesías: La Maga, Amarguras del alma y Matilde.

A fines de 1845, Pérez fué reemplazado por el entonces capitán Pedro Gutiérrez Lee, uno de los más bizarros jefes de Nueva Granada. Aquel fué llamado á Bogotá á principios de 1846, á donde llegó en el mes de febrero.

De 1846 à 1847, Pérez se ocupó poco en sus quehaceres militares, y se contrajo à cultivar la gaya ciencia. Los literatos más eminentes le saludaron con aplauso al publicar en El Dia sus hermosas poesías conmemorativas de dos egregios varones: Bolívar y Castillo Rada.

Pérez contribuyó á fundar una revista literaria, El Albor, y en sus columnas publicó varios artículos literarios y las poesías El Crucificado, Amaguras del Alma, Matilde, El Escéptico, Elvira ó el Reloj de las monjas de San Plácido.

En 1848, Pérez regresó á Cartagena. Renunció su grado militar, y habiendo de nuevo vuelto á la vida civil, sirvió algunos puestos onerosos del ramo político, y publicó en El Semanario de Cartagena muchos artículos sobre asuntos de interés general.

El 7 de marzo de 1849, el militarismo triunfó sobre el poder civil en Nueva Granada, el puñal ahogó la voz de los escogidos del pueblo; los que subieron al poder, hollando todo deber y todo principio, proclamaron oficialmente el reinado de un partido y declararon que la libertad era para los vencedores. Establecióse la más espantosa de todas las tiranías, la que se ejerce á nombre de la libertad. Uno de los mismos hombres de Estado del partido que triunfó en esa época, el Sr. D. Manuel Dolores Camacho, que sué ministro del Interior, publicó un folleto, en cuyas páginas se hallan consignados algunos de los crimenes más atroces que entonces se perpetraron. Otro hombre de Estado de ese partido, que fué Vice-Presidente de la República, el ilustrado Sr. don José de Obaldia, hoy es el primero en tronar contra las doctrinas sostenidas por sus antiguos amigos. La experiencia es un gran maestro para los corazones rectos, para las almas elevadas. Áun el Presidente del 7 de marzo y su ministro de Hacienda, en una célebre polémica sostenida entre ellos, en 1858, no han negado la exactitud de las relaciones hechas por el Sr. D. Manuel D. Camacho, sino que cada uno de ellos ha querido hacer cargar al otro con la responsabilidad de semejantes escándalos y de tan inauditas violencias.

Los neo-granadinos de corazón, hasta que hubo posibilidad de hacer uso de la libertad de la prensa, áun cuando afrontando toda especie de peligros, alzaron la voz en defensa de los principios: entre esos cumplidos ciudadanos, se deben

mencionar Caro, Arboleda, Ospina, Madiedo, etc.

Pérez también, consecuente con su pasado, se lanzó resueltamente en la liza, y con inteligencia y denuedo combatió las tropelías del poder, ya en *La República*, ora en *El Porvenir* de Cartagena.

En esta ciudad, la Oposición concibió la idea de organizar una gran sociedad nacional sobre las bases de la Liga de Inglaterra; y Pérez fué uno de los fundadores de la « Liga patriótica de Cartagena, » extendiéndola luego á otras ciudades.

Pérez pasó á Ocaña, y alli residió durante los años de 1852 y 1853. En fines de enero de 1854, le hallamos en Bogotá, donde el Senado le nombró secretario de la Cámara, puesto que desempeñó hasta el 17 del mes de abril del mismo año, día en que los sediciente liberales Obando y Melo hicieron un motín militar y proclamaron la dictadura.

Esa fué otra época de prueba para los buenos patriotas. En puridad de verdad, la dictadura de Obando y Melo era uno de los episodios del desenvolvimiento histórico del partido que falsamente se ha llamado liberal en Nueva Granada, partido que tomó por jefe á ese mismo Obando que hostilizó la independencia del país hasta que terminó la guerra de la Independencia, que siempre estuvo alzando la bandera de la insurrección, que fué uno de los cómplices del asesinato perpetrado en la persona del gran Mariscal de Ayacucho, que habiendo sido elevado á la Presidencia, no teniendo contra quien hacer una revolución, la hizo contra sí mismo (el hecho parecerá sorprendente, pero ahí está la historia de Nueva Granada en 1854), después de haber atacado á los representantes del pueblo, — que fué acusado por sus mismos adoradores y depuesto del mando, para volver á ser adorado por sus

acusadores seis años más tarde, cuando se unió con su antiguo perseguidor Tomás Mosquera, para hacer la guerra á un presidente civil ilustrado y patriota.

El 22 de abril de 1854, Pérez logró escaparse de la capital, corriendo serios peligros, y fué á reunirse en Honda con los patriotas que se preparaban á afrontar la ominosa dictadura. Pérez recibió el encargo de artillar la plaza de esa ciudad y de organizar alguna fuerza de artillería. Tal misión le fué dada por el gobernador de Mariquita, Sr. Viana, y por el comandante general de las fuerzas coronel Francisco de P. Diago. Pérez logró poner sobre montajes acomodados 11 piezas de artillería.

Poco después llegó á Honda la columna de Tequendama bajo el mando del entonces coronel Julio Arboleda, y Pérez se le incorporó como jefe de Estado Mayor, encargado provisionalmente de la organización y mando de la artillería.

Pérez prestó sus servicios durante la campaña contra la dictadura, campaña que terminó gloriosamente en las calles de Bogotá el 4 de diciembre de 1854.

El año de 1855, Pérez fué electo nuevamente Secretario del Senado, y desempeñó satisfactoriamente sus delicadas tareas; pudiendo asistir al juicio seguido contra el Presidente prevaricador José M. Obando.

En ese mismo año, Pérez fundó *El Porvenir* de Bogotá, periódico serio, doctrinario, y que sostuvo las ideas y los principios de libertad basada en la justicia y la moral. Al llegar al nº 80, Pérez tuvo que separarse de la redacción, pues fué nombrado administrador de la Aduana de Santa Marta.

El 7 de noviembre de aquel año partió de Bogotá con dirección á Cartagena; pero allí supo que los electores de su país natal le habían honrado con sus sufragios para que les representara en el Congreso nacional, en calidad de Senador. Pérez renunció el lucrativo destino de administrador de la Aduana de Santa Marta, y prefirió el honroso puesto que le señalaban sus comitentes.

Asistió aquel señor al Congreso de 1856. Entre otros actos dignos de mencionarse, Pérez presentó, sostuvo y sacó avante el proyecto de ley por el cual se declaraba puerto franco el de Cartagena; siendo de advertir que durante 14 años lucharon por recabar esa medida vital para la heróica Cartagena, ciudadanos tan distinguidos como D. Juan de Francisco Martín, Canabal, Torices, Vélez, Calvo, Del Río, etc.

En 1857, Pérez asistió á la Cámara de Representantes, pues fué electo diputado por la provincia de Cartagena, y ese diputado combatió con elocuencia y brío el establecimiento del funesto régimen federativo, que tantos males ha causado en la América latina; pues no siendo explicable en esas naciones ni aplicable á ellas, ha degenerado en el establecimiento de cacicazges, según la expresión del general Herrán.

El 23 de octubre de 1857, Pérez se hizo cargo de la imprenta de propiedad nacional, como Administrador empresario nombrado por el supremo gobierno, y al mismo tiempo volvió.

à emprender la redacción de El Porvenir.

El 1º de enero de 1861, Pérez se hallaba firme en su puesto de periodista, defendiendo los actos de un gobierno civil presidido por un ciudadano inteligente y honrado, una de las primeras ilustraciones de América. Por aquel entonces, un general que tenía prestados importantes servicios á la Nación, ilustre por su familia y por muchos de sus actos, arrastrado por la venganza, había hecho causa común con sus antiguos enemigos personales y políticos, para atacar á sus antiguos amigos políticos y personales, para derribar á un presidente elevado al poder por una inmensa mayoría. El general Tomás C. de Mosquera, á quien se ha maldecido por las violencias que ejecutó en los últimos años de su vida, se alió en su nefanda empresa con el famoso guerrillero Obando, á quien ese mismo Mosquera había calificado de « asesino de Berruecos » en una obra publicada bajo su firma en Santiago de Chile.

La unión de esos dos hombres que tanta sangre han hecho derramar en Nueva Granada por cuestiones personales, bastaría para demostrar la inmoralidad de los planes que acometían. Treinta años les separó, con espesa barrera, el odio que engendran la rivalidad y la ambición. Un día bastó para que el interés de un odio común los uniera: la venganza los inspiraba, la venganza selló con sangre ese pacto tan deshonroso como infernal. Todo un partido, sacrificado en 1840 y 1841 por Mosquera, partido que blasonaba de liberal, siguió dócil á ese caudillo, á quien había tenazmente atacado antes, y le confirió la dictadura, y le dejó hollar todos los principios, y aplaudió las confiscaciones que decretaba y los asesinatos que perpetraba.

Después de Rosas, en América no se ha presentado una figura más siniestra que la de Tomás Mosquera ya septuage-

nario; con la diferencia de que el gaucho de las Pampas tiene en su pobre Haber la rica página de la resistencia á la intervención extranjera.

En un artículo publicado por Pérez en El Porvenir de Bogotá, correspondiente al 1º de enero de 1861, que lleva por
título Año Nuevo, se halla una valiente defensa del partido
liberal de orden y una impugnación enérgica de los proyectos
de la oposición facciosa. El Porvenir siguió publicándose aún
en los días en que el jefe de la facción se hallaba á una legua
de distancia de la capital.

Desde mediados de febrero de 1861, Pérez pidió y obtuvo del gobierno que se organizara un cuerpo de ejército, compuesto de las milicias de Guasca, Guatavita y Bogotá, y ese cuerpo fué puesto bajo sus órdenes, cuerpo que durante la campaña del Alto Magdalena, hizo parte de la 7º división que guarnecía á Bogotá. El 14 de abril, aquel cuerpo fué á reunirse en Facatativá con el ejército constitucional.

Desde abril hasta fines de mayo, la redacción de *El Por*venir quedó á cargo del inteligente é ilustrado Sr. D. Sergio Arboleda, hermano del ilustre Julio.

Los 600 hombres que estaban bajo las órdenes de Pérez se hallaron en todos los combates que sostuvo la Libertad contra la Opresión.

Pérez luchó con denuedo en la sangrienta batalla de Sobachoque, que se trabó el 25 de abril, y se distinguió en los combates del 6, 12 y 13 de junio.

Aún cuando el Sr. Dr. Pastor Ospina, en varias hojas tituladas La Situación demostró que algunos de los principales jefes del gobierno se entendían con el enemigo, y le facilitaban los medios de llegar á la capital, nada fué parte á que se tomaran medidas enérgicas. El doctor Ospina hizo el papel de Casandra no creida; y unos tantos centenares de leales ciudadanos fueron sacrificados por unos pocos traidores.

El 18 de julio, todo estaba ya vendido al rebelde general, que más tarde debía ser el más onimoso tirano. En ese día apenas se habían abierto los primeros fuegos en el cerro de San Diego, cuando Pérez apoyaba con 80 patriotas de Guasca al batallón 4º de línea. Este batallón tuvo la imprudencia de abandonar la alta Cordillera á tiempo en que dejaba solo un cuerpo de reclutas y que el general López le atacaba con toda su división. Pero ante el empuje de 300 patriotas, entre los

cuales figuraba Pérez, mil rebeldes bajo las órdenes de aquel general fueron rechazados.

En una famosa carga, Pérez sué herido de muerte; su segundo, el bizarro capitán Eladio Gaitán, cayó atravesado por una bala. La batalla principiaba, y Pérez, casi exánime, sué retirado del campo.

Mosquera, vencido siempre en combate leal, había apelado á uno de sus medios favoritos: había sobornado á jefes indignos del ejército neo-granadino, á jefes que ya habían sido traidores, y que el gobierno había mantenido en sus altos puestos, á pesar de las predicciones de esa decreida Casandra que se llama el Dr. Pastor Ospina. El oro abrió al jefe rebelde las puertas de la capital, porque los jefes desleales comunicaron al enemigo el santo y seña, é impidieron que entraran en lid varios batallones.

Mosquera penetró en la capital á la cabeza de sus legiones, quedando antes en el campo algunas docenas de patriotas que se obstinaron en luchar áun cuando ya conocían la suerte que les esperaba.

El vencedor, el mismo que ordenó los asesinatos de Cartago, en 1841, al lado de los hijos de aquellas víctimas, y guiado por su propio espíritu sanguinario, ordenó la ejecución militar de varios ilustres ciudadanos, y entre estos, de los Sres. Mariano y Pastor Ospina, y Lázaro M. Pérez. Gracias á la intervención de algunos miembros del cuerpo diplomático y de no pocos de los nuevos amigos de Mosquera, las ejecuciones se suspendieron ese mismo día.

Pero el 17 de julio, áun cuando el tigre ya estaba menos sediento de sangre, necesitaba verter la de algunos de sus adversarios. En ese día 17, sin fórmula alguna de juicio, por orden de un dictador, y con acquiescencia del partido llamado no sólo liberal, sino radical, que humildemente servía á su antiguo verdugo, fueron fusilados en un país donde se hallaba abolida la pena de muerte, los virtuosos patriotas Andrés Aguilar, Plácido Morales y Ambrosio Hernández. Pérez no fué fusilado, porque se suponía que era mortal la herida que había recibido.

Desde entonces se vió un hecho único en los anales de Nueva Granada: expidióse una constitución que establecía en todo y para todo la libertad absoluta y sin restricciones; pero al mismo tiempo, por un simple decreto dictatorial, se declaraban suspendidas las garantías individuales y se proclamaba el más absoluto despotismo, alegando que sólo imperaba « el derecho natural y de la guerra. > Entonces se condenaron à pagar crecidas multas à las señoras que asistian à los funerales de algún adversario de la dictadura; entonces se declaró que se persiguiría, « de acuerdocon el derecho de la guerra, » á todo individuo que propalase noticias contra la dictadura, à todos los impresores y cajistas que admitiesen escritos contra el dictador; entonces se lanzaron decretos de confiscación contra los que no se sometían á esa dictadura, siendo repartidos los bienes confiscados entre los soldados que apoyaban y servían al jefe rebelde; entonces..... pero sería larga la enumeración de esas escenas de violencia; y nuestro objeto no es trazar la historia de esos años de sangre y de baldón, en que la nobilisima Nueva Granada descendió al rango de una de esas tribus que en Africa se llaman impropiamente Estados.

Si algo salvó el honor y el crédito de esa altiva nación, fué el heroismo y la constancia con que afrontaron al dictador algunos centenares de bizarros ciudadanos, y entre ellos Arboleda, Canal, Córdova, Jiraldo, etc., etc., así como la noble conducta de algunos de los vencedores, entre quienes figuró en primera línea el bizarro y honrado general Santos Gutiérrez.

Mosquera se acordó que Pérez vivía y ordenó que lo fusilasen, á menos que consintiera en reconocer su autoridad. Pérez contestó á los esbirros del dictador: « El tirano de mi patria puede disponer de mi cuerpo; pero de mi alma y de mi conciencia, jamás! »

Como las persecuciones continuaban contra Pérez, el eminente médico y cirujano Dr. Antonio Vargas Reyes manifestó á los pretorianos de Mosquera cuánta era la ferocidad de ese jefe que se obstinaba en perseguir á un hombre herido gravemente y que corría riesgo de morir. Ese hábil cirujano y cumplido caballero obtuvo, por especial favor, que le permitieran conducir á su propia casa al herido del ejército constitucional.

Inútil para nuestro objeto es narrar los brillantes hechos de armas que distinguieron en aquellos días, y en 1862, á los caudillos de los ejércitos libertadores, Canal, Arboleda, coronel Sánchez, Gil, Moya, Acosta, etc. A cada triunfo obtenido

por esos intrépidos jefes, el dictador se sentía más acosado por sus instintos sanguinarios, y ordenaba nuevas violencias y nuevas ejecuciones.

El infatigable y hábil Canal había batido en Boyacá las fuerzas del dictador, al mando de este mismo feroz jefe. Animado de los más generosos sentimientos, al entrar en Bogotá, no quiso hacer minar el convento de San Agustín, donde se hallaban atrincherados los soldados que Mosquera había dejado en la capital. Reunidos en Tunja el ejército del dictador y el del general Santos Gutiérrez, marcharon sobre Bogotá; pero Canal que contaba con fuerzas muy inferiores, pues no había podido reunírsele la valiente guerrilla de Guasca, creyó prudente abandonar esa ciudad para irse á incorporar al ejército del Sur, que obraba bajo las órdenes del célebre Arboleda.

Antes de abandonar á Bogotá, Canal quiso honrar el mérito de Pércz, é hizo conducir al herido á la plaza de Bolívar, donde le dió un estrecho abrazo, al frente de los denodados defensores de la libertad. Este hecho encendió la saña de Mosquera, quien al regresar á Bogotá ordenó que Pérez y otros ciudadanos fuesen pasados por las armas. A esc nuevo acto de salvajismo se opusieron enérgicamente muchos Neo-Granadinos partidarios del dictador. Esta manera de obrar honra tanto más á los que lo ejecutaron, cuanto que entonces reinaba el régimen del terror. A pesar de su herida y de los peligros que le cercaban, Pérez pudo prestar en aquellos momentos algunos servicios á los valientes soldados de Guasca.

Los triunfos de Arboleda y de otros jefes en los campos de la Honda, los Arboles, Popayán, Cabuyal, etc., exasperaron á Mosquera; pero como sus nuevos amigos y sostenedores, hartos ya de sangre, le impedían matar, sólo permitieron que el dictador cambiara el género de muerte: en vez de fusilar á los patriotas, se le dió carta blanca para que les enviara á morir á las deletéreas prisiones de Ambalema, lugar malsano, donde reina un calor sofocante y donde hacía estragos una especie de fiebre amarilla. El 21 de octubre de 1862, Pérez fué enviado, con escolta, al asilo que la dictadura le tenía preparado en Ambalema.

Todavía luchaban y con buen éxito las huestes republicanas. Triunfante estaba Arboleda, cuando el mal avisado presi-

dente del Ecuador, sin motivo justificativo, movió guerra al caudillo de la libertad en Nueva Granada. Arboleda, sin tener en cuenta el número de sus enemigos, voló á los confines del Sur, llegó, vió y venció. El ejército ecuatoriano, el presidente García Moreno y todos sus jefes fueron hechos prisioneros. Arboleda se vengó tratando con generosidad á sus enemigos que le atacaban por retaguardia, y los puso en libertad.

Mientras que esto pasaba, y mientras que los vencidos y perdonados del Ecuador faltaban á los compromisos contraidos con el hidalgo Arboleda, un jefe de éste comprometía, faltando á las instrucciones que había recibido, una batalla

que sué satal al ejército republicano.

A pesar del desastre de Santa Bárbara, Arboleda, Canal, los Zaramas, etc., no se amilanaron; pero cuando organizaban nuevos elementos para empeñar las últimas batallas, los dictatoriales apelaron al asesinato. Uno de los hombres más célebres de América, el gran poeta, hábil estadista y bizarro guerrero Julio Arboleda fué asesinado en la misma montaña de Berruecos, casi en el mismo sitio en que el inmortal Sucre cayó herido de muerte, en 1830.

Capituló Antioquía, y los compañeros de Arboleda se vieron obligados á deponer las armas: por un arreglo concluido con uno de los jeses de Mosquera, Pérez sué puesto en libertad, y

pudo regresar á Bogotá al seno de su familia.

Desde entonces, ese sugeto no ha cesado de trabajar por el triunfo de la buena causa.

Hé ahí una vida bien agitada para un hijo de las Musas. En América todo ciudadano tiene que ser periódicamente soldado para oponerse á las violencias de los hombres de lanza que, en su imprevisión, hacen surgir los tribunos y los dema-

gogos.

Al sin de esa sangrienta dictadura ejercida por Mosquera, que no solo arruinó á la nación, sino que pervirtió el carácter altivo de los Neo-Granadinos, la Nueva Granada se encontró en una situación semejante á la de la Francia tal cual la describe Demogeot después de la era del terror. « Las desgracias de la revolución habían dejado las más profundas emociones en el sondo de las almas. Cada partido había tenido sus dolores, cada creencia sus mártires. Los unos volvían del destierro, los otros saléen de los calabozos; todos habían contemplado

terribles vicisitudes, que parecían demasiado numerosas para una sola vida. Había un drama en cada existencia, una novela en cada fortuna; la atmósfera estaba llena, por decirlo así, de una flotante y vaga poesía de dolores, de pesares, de esperanzas burladas. »

Como hemos dicho, Pérez ha redactado los siguientes periódicos políticos y literarios: El Albor literario, La República, El Porvenir y de él se han insertado varios escritos en El dia, El Tiempo, El Liceo granadino, etc.

El 20 de julio de 1856, se instaló en Bogotá el Liceo Granadino. Uno de sus fundadores fué Pérez, quien primero desempeñó las funciones de secretario, y las de presidente más tarde.

Las piezas de Pérez, que sentimos no poder analizar, son los dramas en verso titulados: Elvira (en cinco actos), representado en Bogotá en el mes de octubre de 1856; El Gondolero de Venecia (en cinco actos), escrito en 1856 y que no se ha dado á la escena; La Cordelera (en cuatro actos y un prólogo), representado en Bogotá en mayo de 1857; La Maga, leyenda fantástica, etc., etc., y un considerable número de poesías fugitivas.

Como poeta lírico, Pérez tiene una vigorosa entonación, viste bien sus versos, que son llenos, vibrantes y cadenciosos.

Como poeta dramático, deja algo que desear. Su Elvira es mejor que su Cordelera, pues en esta pieza difusa, las escenas no están bien preparadas, los diálogos son pesados y el desenlace es defectuoso. Si Elvira merece elogios, y los ha obtenido muy calurosos y de buena ley, pues el poeta la engalanó de perlas y de flores para prepararle el suplicio, La Cordelera se presta á la justa y severa crítica: su padre, en vez de mejorarla en tercio y quinto, la desheredó de su legítima. De sentirse es que el argumento de la Elvira no sea original. En cuanto al Gondolero de Venecia, mucho tendríamos que elogiar y no poco que juzgar con cierta severidad; pero el Tribunal de los Diez está bien bosquejado.

Volviendo à La Cordelera, bien se podría aplicar à Pérez la anécdota que registra Mr. Cuvillier-Fleury, y que se refiere à Voltaire y à Pirón: la primera representación de Semiramis se hizo en 1748, y el público la acogió friamente. — « ¿ Qué pensáis de mi tragedia? » preguntó Voltaire à Pirón. — « Que

bien quisiérais que yo la hubiera hecho, » repuso éste. Voltaire le replicó: — « Os amo tanto, que así lo quisiera. »

Un eminente crítico ha preguntado: «¿Es uno poeta por la imaginación, la abundancia, la radiante exposición, el don de las imágenes, el instinto del ritmo? ¿Es uno poeta, digamos la palabra, por la facilidad? Es todo eso una manera de ser poeta, pero una manera incompleta y precaria, manera que no hace vivir las obras ni el nombre del autor. »

Pérez tiene facilidad y todos los demás dones de que habla Mr. Cuvillier-Fleury, cuyas palabras acabamos de citar; pero verdadero poeta, se siente poseido y dominado por el estro. Muchas de sus poesías líricas son admirables, y han merecido los más justos elogios.

Pérez tiene otra calidad, muy rara para los tiempos que corren : respeto á la verdad y al buen sentido; y ya Boileau lo dijo:

Il faut, même en chansons, du bon sens et de l'art,

y Mr. S. de Sacy ha agregado: « sin razón y sin gusto, no hay poesía, no hay elocuencia. »

Este mismo célebre literato observa con justicia: « El mejor medio para un crítico, es citar, á fin de probar que los clogios hechos no tienen nada de común con las aprobaciones de uso y de cortesía. »

Ya hemos hablado de los dramas de Pérez, que analizaremos en otra ocasión. Entre sus poesías líricas, es digno de
elogio el romance histórico *Matilde*, que á más del mérito
de ser corto tiene un plan bien concebido y cuadros bien
delineados; es aquel un romance-miniatura muy recomendable. Matilde era la Maga de la aldea; brillaba en el baile
por su alegría y sus arrebatadoras gracias; en el templo
servía de modelo por su recogimiento y compostura; por
todas partes se mostraba caritativa y afable. El poeta describe los cármenes y los bosques frecuentados por Matilde,
hermosos los unos, tupidos los otros, como que eran de la
bendita zona intertropical. Pero un buen día, la tristeza reemplazó al contento; las lágrimas sucedieron á la risa; los cantos

1. Se suprimen las citas, pues siguen in extenso las poesias.

de muerte à las canciones del sarao: Matilde había muerto, y pastores y zagalas oraban en la iglesia por el alma de la que fué.

¡Qué bien sentida, qué bella es esta poesía!

Hay versos que expresan pasión y arrebato en las Poesías El Olvido, Mi amor primero, etc.

Su poesía Oriental está llena de fuego poético y no podemos menos de citar los siguientes quintetos:

No tenemos harén! nuestras doncellas No son mudas esclavas de un sultán... Si reinas hay en nuestro Edén. son ellas, De nuestro cielo fúlgidas estrellas Que vida y luz á nuestros ojos dan.

¡Ven, altivo Agareno! Ven'y goza En primavera nuestro cielo azul: Ven à sentir esa emoción preciosa Del ronco trueno en noche tenebrosa; Rasgando el rayo pavoroso tul!

Como poesías inspiradas por el patriotismo, ahí están las que el bardo del Calamar dedicó á Bolivar, Castillo y Rada, y la titulada Cartagena.

Voy à partir, Tu Nombre, A una Zarza-rosa... pero no acabariamos si fuésemos à citar las mejores; son poesías dignas de figurar al lado de las más hermosas del Parnaso americano.

Y queda dicho lo bastante para poder juzgar del poeta.

Mr. de Sainte-Beuve, al analizar las obras de Mr. Théophile Gauthier, ha dicho:

« En el tiempo actual no se puede impúnemente ser poeta; apenas habéis probado que lo sóis bien y legítimamente, con brillo y distinción, cuando cada cual os solicita para que dejéis de serlo. La prensa, por todas partes y bajo todas las formas posibles, os sonrie, os incita, os tienta, hasta que al fin os prostituye. Yo solo sé de uno, entre los poetas de este tiempo, que haga excepción, y que haya resistido hasta lo último á esas tentaciones : es Brizeux. »

No se mostró tan fiel á su prometida, la Musa familiar, el cantor de Calamar, y ya hemos visto con qué calor y con cuán ardiente entusiasmo se lanzó en las lides periodísticas y en aquellas en que habla el cañón.

Mr. Cuvillier-Fleury, al hablar del gran poeta latino, ha dicho: « Bien se vé que esa mano que pulsa la lira ha sabido esgrimir la espada; que esos ramos de flores cubren una cabeza que piensa; que esos ojos mojados de lágrimas han llorado por muy nobles infortunios. »

A Pérez, á quien no tendremos el mal gusto de asimilarlo al gran poeta, porque sería una lisonja baladí, se le pueden

aplicar aquellas palabras.

Pérez ha sufrido en nuestras lides políticas, explicables en todo país que aun no ha acabado la ardua tarea de su constitución definitiva, y en donde los mismos desordenados movimientos prueban el vigor y la fuerza de la juventud que se agita en plena libertad; pero á pesar de esos sufrimientos, seguros estamos de que el bardo no deja de amar á su Patria y de que siempre se halla dispuesto á servirla. El cantor de Cartagena no dirá afeminadamente con Tallemant des Réaux, retratado con tan hábil pincel por el crítico ya citado:

O bienheureux celui qui peut de sa mémoire Effacer pour jamais ce vain espoir de gloire Dont l'inutile soin traverse nos plaisirs, Et qui, loin retiré de la foule importune, Vivant dans sa maison, content de sa fortune, A selon ses pouvoirs mesuré ses désirs!

J. M. Torres Calcedo.

(Ensayos biográficos. 1868.)

LÁZARO MARÍA PÉREZ

(BOCETO BIOGRÁFICO)

Hay en las selvas que cubren muchas de las ardientes vegas de nuestro río Magdalena un magnífico árbol, tan útil para construcciones como para la ebanistería, que el lenguaje nacional designa con el nombre indígena, probablemente panche, de cumulá. Aquel árbol es corpulento, amenazador para el viandante, cuyo camino puede obstruir al desplomarse, de muy rugosa y dura corteza, que á las veces hace saltar con sus fibras finísimas y compactas la herramienta de quien la corta, y con su podenosa ramazón hace un ruido formidable cuando el huracán la azota. Pero si se despoja el tronco de su corteza, se encuentra en él un corazón sólido y firme, una madera incorruptible y hermosa, y en las vistosas vetas de ésta brillantes reflejos y matices muy interesantes. En suma, la madera es inmejorable.

Tal es Lázaro María Pérez: en cuanto puede ser admisible la comparación, él es un cumuld humano. Si habla, su voz es siempre estentórea, huracanesca, si me permite el vocablo, y hace recordar la artillería que él manejó como soldado en su primera juventud. Si discurre sobre cualquier asunto é narra algún suceso, su tono tiene no sé qué de patético, cual de un tribuno entusiasta que calza coturno. Si dirige la vista hácia álguien, su mirada parece inquisidora, porque es mirada de miope, y su debilidad le obliga á hacer una contracción de los músculos visuales. Si se pone en pié y se endereza, se le ve corpulento y macizo y como de aspecto dominante. Si está

serio, su fisonomía tiene no sé qué de áspero y duro, como la corteza del árbol descrito; y si rie, sus carcajadas son detonaciones, y su gesto, enteramente inofensivo en realidad, parece expresar burla ó sarcasmo. De ahí el que Pérez no haya sido de ordinario agradable á primera vista, sobre todo para las gentes superficiales que juzgan de los hombres por exterioridades ó apariencias.

Pero despojad al tronco de su corteza: estudiad al hombre en su carácter sustancial, en su inteligencia, en sus sentimientos y moralidad, y hallaréis todo lo que es Pérez: cumplido caballero y hombre de corazón y de nobles pasiones, patriota leal é incontrastable, alma incorruptible y firme, poeta sensible y vehemente, lleno de generosas inspiraciones, trabajador infatigable en todo, soldado valeroso, buen ciudadano, escritor fácil y enérgico y tribuno ardoroso, que no trepida ante el cumplimiento de ningún deber ni la aceptación de ningún sacrificio.

En su rostro, lleno y abierto y de estructura robusta como la de todo el cuerpo, se pone de manifiesto una franqueza tan llana como caballeresca y una sinceridad que á las veces llega hasta el candor; su voz de catarata protesta contra todo disimulo y todo engaño¹; su brazo izquierdo, inutilizado, atestigua el valor con que él ha sabido exponer su vida á todo peligro por defender su causa y cumplir con su deber, tal como se lo ha mostrado su conciencia; y en fin, sus blanquísimas canas, fruto del trabajo más que de la edad, que contrastan con su tez morena y sonrosada, le dan un aire como de vejez prematura pero feliz, como de nieve que reposa sobre la tierra de fértil y ameno collado: es una vejez fresca y joven, sin arrugas ni sombras: una vejez que está muy lejos de ser ancianidad, porque ha dejado al alma todo su vigor.

Era muy joven aún Lázaro Maria Pérez cuando lo conocí, gallardo oficial de artillería, á principios de 1845. Llegaba por primera vez á Bogotá, después de haber servido en la milicia nacional durante más de cinco años, desde la revolución de 1840, en las provincias de Cartagena, Chocó y Antioquía. La guerra civil le había obligado á interrumpir sus estudios

1. En esto nos parecemos mucho él y yo.

^{2.} Nació en la ciudad de Cartagena, capital de nuestro actual Estado de Bolivar, el 10 de febrero de 1824.

universitarios de adolescente, dejándole entregado á sus propios esfuerzos para guiarse en los caminos de las armas y de las letras y adquirir la instrucción necesaria. Sin maestros, sin modelos ni escuela, impulsado solamente por su fantasía y su clara inteligencia, había ido tomando vuelo hacia las regiones de lo bello y lo ideal, y así se fué haciendo también sucesivamente periodista, hombre político y áun negociante activo. La milicia, la poesía, la prensa, los cuerpos parlamentarios y el comercio se han compartido, con el hogar doméstico, la vida y las facultades de Pérez; y entre los Colombianos contemporáneos de posición importante, es uno de los que han desplegado mayor actividad y energía de voluntad para abrirse camino, y con muy exiguos elementos, casi nulos en el orden económico y social, se ha creado nombre y posición respetables.

Cartagena es, en Colombia, la tierra clásica de los poetas: de allí han salido Fernández Madrid, los Calcaños, Núñez, Pérez, Joaquín Pablo y Carlos Posada, Blanco y muchos otros cuyo ingenio ha sido ó es gala del Parnaso colombiano. Aquel admirable mar, casi siempre agitado, aquel espléndido cielo, aquellos vastos cocales de las riberas, aquella extensa y sinuosa bahía que todo lo refleja en su líquida esmeralda, y aquellas gigantescas ruinas, fortalezas y murallas, testimonio de una grandeza antigua que el tiempo ha quebrantado sin piedad pero sin poder aniquilarla: todo tiene el sello de la belleza soberana y la suprema melancolía. Estas dos majestades hacen pulular poetas en medio de montones de escombros que fueron defendidos por héroes. Así casi todo cartagenero es más ó menos poeta, más ó menos político y más ó menos belicoso y patriota. Pérez tiene mucho de todo eso.

La común afición que á las Musas teníamos los dos, nos sirvió de recíproco atractivo y nos hizo trabar amistad á poco de conocernos. Vestía él la casaca de vueltas azules del oficial de artillería, y yo la encubridora capa del estudiante de jurisprudencia, ya con los honores de licenciado. Nos tratamos con sencillez y franqueza y fuimos buenos amigos; y aunque años después las luchas políticas entibiaron algo nuestra cordialidad, nunca dejamos de estimarnos. Es Pérez el más antiguo de los buenos amigos que tengo en las filas conservadoras, y nunca se ha desmentido su lealtad. Precisamente uno de los rasgos de su carácter es la incontrastable fidelidad á los ami-

gos, de lo que ha dado pruehas particularmente con su religioso afecto por nuestros compatriotas Rodríguez Torices, Pedro Fernández Madrid, Arboleda y Bartolomé Calvo.

En los ratos de ocio, Pérez me lela, en el cuarto de oficiales del viejo cuartel de Artillería, sus ensayos poéticos 1. Eran fruto principalmente de sus horas de descanso en guarnición, en los caminos públicos, cuando en Antioquía vivaqueaba prestando sus servicios como militar y zapador. La Maga, Matilde, Las Amarguras del alma, La Zarzarosa y otras poesias, ya enteramente líricas, ya escritas en forma de leyendas ó de romances, me dieron idea del talento poético de Pérez; idea que confirmé y completé cuando hube conocido otros muchos cantos, tales como El Reloj de las monjas de San Placido, La Crucisizión, Fernández Madrid, Cartagena, Castillo Rada, La Oriental y tantas otras, así como varios dramas en verso (Elvira, El Gondolero de Venecia y La Cordelera) que dió à luz después, con éxito vario, en el teatro de Bogota.

Si Pérez no es un versificador correcto y atildado, su mérito como poeta es á mis ojos incuestionable. Dos defectos he notado en muchas de sus poesías, y de una vez quiero señalarlos: una incorrección fácil de explicar y excusar, por el trastorno que sufrió su educación literaria, y cierto amaneramiento en la forma de muchas estrofas. Consiste el primer defecto, así en frecuentes descuidos de prosodia, como en no pocas confusiones de régimen, que por cierto son el mayor escollo de todas las lenguas y principalmente de la castellana. La relación de la preposición con el verbo es asunto de la mayor dificultad, y muchos somos los escritores que á este respecto incurrimos en frecuentes faltas.

En lo tocante al amaneramiento que tacho en algunas de las poesías de Pérez, el defecto consiste en la frecuente repetición, á modo de estribillo invertido, de alguna forma ó expresion enérgica que caracteriza el comienzo de algún cuarteto 6 estrofa. Comprende el vate que aquella forma tiene gracia ó energía, y en vez de aprovecharla con una sobriedad que aumente su valor, la repite y diluye (á estilo de Trueba, por ejemplo) hasta convertirla en una especie de estribillo ante-

puesto que la hace caer en la monotonía.

^{1.} Por una curiosa coincidencia, tocole muchos años después edificar su elegante casa de habitación sobre gran parte del área de aquel cuartel.

Pero estos lunares nunca afean sériamente las poesías de Pérez, en las cuales lucen principalmente la riqueza de fantasía y el vigor de la expresión en cada cláusula. Sus versos no tienen á menudo la soltura de la gracia retozona, suave y seductiva, pero sí la del ritmo fácil, apasionado y que se desenvuelve libremente; su entonación es siempre levantada, robusta y briosa, particularmente en los versos de arte mayor; hay en todos sus cuartetos y estrofas algo enérgico, lleno y sonoro como los mugidos y rumores de aquellas ondas chispeantes que golpean sin cesar las playas de Cartagena; y todas sus imágenes tienen colorido de conchas y peñascos, de elegantes cocoteros, de olas luminosas y de magnificos celajes de la inmensidad del Océano. Pérez siente lo que canta y canta siempre con fuerza y pasión. Sobre todo, sabe patentizar con sus cantos un ardoroso patriotismo, y si sus formas literarias dejan algo que desear, su lirismo es en todo caso la expresión de un vivo sentimiento de lo bello y lo grande.

La política ha obligado á Pérez muchas veces á someter á prueba, en el difícil campo de la oratoria, su patriotismo y sus aptitudes parlamentarias. Considero que debe establecerse distinción entre el orador propiamente calificado, que posée todas las cualidades y practica todas las reglas del arte, y el tribuno y hombre de parlamento. El primero es un artista y tiene mucho de académico; el segundo es un hombre espontánco, de fácil palabra para combatir y que tiene expedición y actividad para manejar trabajos parlamentarios. Pérez, en mi sentir, tiene poco de lo primero y mucho de lo segundo: no es propiamente un orador, porque le faltan algunas de las dotes requeridas para poseer la grande y poderosa arte de la oratoria; pero es un tribuno vigoroso, de palabra generalmente fácil y bien adecuada al propósito de persuadir y convencer, y sabe tratar las cuestiones parlamentarias con buena fe y severidad de conciencia, con suficiente lucidez y poniéndose à la altura de los grandes intereses públicos. Particularmente conoce los asuntos de comercio y crédito público, y es un diputado muy útil, así por su extrema actividad en la táctica y su laboriosidad, como por la expedición que tiene para la composición de actas, proyectos y demás trabajos parlamentarios.

No es muy correcta ó académica la prosa de Pérez, sin que por esto haya justicia para afearle sus escritos; pero se ha formado por sí solo escritor público, es decir, periodista, y como tal es enérgico, se expresa con facilidad y sencillez, emplea frecuentemente muy felices frases, es siempre sincero, y trata con claridad áun muchos asuntos que podría no estar obligado á conocer. Debe á sus propios esfuerzos la aptitud que tiene para escribir, y así ha podido sostener ardientes luchas en la prensa.

Entre las cualidades de Pérez, acaso las más características son la elasticidad intelectual y la actividad. Nació poeta y ha cultivado la poesía con entusiasmo; se hizo soldado y ha sabido portarse como militar cada vez que ha sido necesario; se ha formado periodista, y nunca ha dejado de servir á su causa por medio de la prensa; se ha mostrado digno de los puestos parlamentarios y luchado gallardamente como tribuno; y es un comerciante honrado y respetable que comprende con mucha inteligencia los negocios. En todo lo que hace ó emprende procede con suma actividad, y siempre toma las cosas á pechos y las maneja con laboriosidad. Añádese á todo esto su entusiasmo por el teatro, la música y todas las bellas artes,

comprobado con notorios y multiplicados esfuerzos.

Yo había tenido numerosas ocasiones de conocer, durante muchos años, el noble corazón de Pérrz; pero en ninguna época pude apreciarle mejor ni más de cerca que durante nuestra campaña de 1876 á 1877, comenzada en las cercanías de Bogotá (distritos de Bosa y Soacha) bajo la caballeresca bandera de Los Mochuelos, y concluida con los desastres de la Donjuana y Mutiscua. La carrera militar de Pérez había sido intermitente. Soldado del batallón de milicias de La Unión, al comenzar el sitio de Cartagena, en 1840, pasó después á la escuadra naval, que comandaba el antiguo y benemérito coronel don Rafael Tono; oficial de artillería en 1843, continuó sirviendo en esta arma, y en 1846 renunció su charretera de teniente para servir à su causa como periodista, ya en Cartagena, ya en Ocaña ó en Bogotá, y dedicarse después á negocios de tipografía y librería. En 1854, cuando conservadores y radicales se unieron para combatir contra la dictadura militar del general Melo, volvió al servicio con el grado de sargento mayor, jese de un cuerpo de artillería que organizó en Honda, por encargo que le hizo el coronel D. Mateo Viana, entonces gobernador de la provincia de Marquetá (antigua Mariquita); y en seguida continuó la campaña, que duró más de siete meses, en calidad de jefe de Estado Mayor de la columna

Tequendama, comandada por el ilustre Julio Arboleda. Al estallar la guerra civil de 1860, sin soltar la pluma del periodista, volvió à desenvainar la espada é hizo la campaña de Cundinamarca, en defensa del gobierno constitucional. Combatió en unas cuantas batallas, y era teniente coronel, con mando del batallón Guasca, cuando cayó muy seriamente herido en Bogotá, el 18 de julio de 1861, salvando la vida milagrosamente, ya de la muerte à que parecía condenarle su herida, ya del patíbulo à que quiso condenarle el general Mosquera.

Halló después refugio en el comercio, y activa y honradamente se creó una regular fortuna; pero sobrevino la revolución de 1876, y su patriotismo y posición en el partido conservador le llamaron á combatir. Con el grado de coronel hizo sus primeros movimientos hácia el centro del Tolima y en el sudoeste de Cundinamarca, y en seguida fué nombrado, por el gobierno regenerador, general y comandante en jefe de la segunda división. Esta división era la misma que se llamó de Los Mochuelos. Familia, hogar, intereses, todo lo había dejado Pérez en Bogotá á discreción del gobierno enemigo, que de todo dispuso á su arbitrio; y era de ver la abnegación con que el patriota, poeta y laborioso comerciante se sujetaba á los azares y sinsabores de la campaña.

Tenía en poder del enemigo todo lo más precioso que podía haber para su corazón amante y su honor de hombre de negocios; llevaba un brazo inutilizado desde 1861 y una pierna enferma; caminaba á la ventura y nunca sabía donde estaban las fuerzas enemigas, ó los abismos en las marchas, por falta de vista; tenía el ánimo agriado por las más dolorosas preocupaciones; y ni siquera podía acomodarse, por su temperamento y sus gustos, á los miserables bastimentos y peores camas que podían encontrarse en los campamentos, por lo que sufría de cien modos las penalidades de una situación azarosa. Su mal humor estallaba á menudo, pero su patriotismo y valor no flaqueaban un punto; y nadie, entre tántos que todo lo sacrificábamos con abnegación, hacía mayor sacrificio que él al cumplir con su deber. A mis ojos, el general de 1876, encanecido en la campaña, era mil veces estimable y digno de respeto, así como me había inspirado cariño el bizarro joven artillero y entusiasta poeta de 1846. Treinta años habían transcurrido entre las dos fechas, y nuestra confraternidad se estrechaba

con el doble lazo de la poesía y del sacrificio por una noble causa. La obra que la lira había comenzado, en la juventud, la completaba la espada, en los años de la edad madura.

Pérez fué de aquellos á quienes cupo la peor parte después del desastre de Mutiscua: sufrió trabajos inauditos para llegar hasta las márgenes del bajo Magdalena, y allí se vió en graves peligros y sufrió serios ultrajes y penalidades, hasta que, dando con caballeros entre sus adversarios, se le permitió en Cartagena cambiar las miserias del prisionero por la amarga libertad del desterrado. Todo lo soportó con entereza, dando nuevas pruebas de la energía de su carácter.

Feliz el que, como á Lázaro María Pérez, si le tachan defectos exteriores ó de forma, que nada tienen de desdorosos, posée numerosas y grandes cualidades de corazón y de inteligencia que le hacen seriamente estimable; y que, habiendo pasado por mil vicisitudes y contrastes, ha mantenido la unidad de su vida, caracterizada con estas dos fuerzas: la riqueza y actividad del espíritu y la nobleza y entereza del carácter!

José M. Samper.

Honda, agosto de 1880.

A MIS LECTORAS

No sé por qué se me ha puesto en la cabeza que este mi libro de versos ha de tener pocos lectores y muchas lectoras. Por eso hablo con la mayoría. No es solo que la indulgencia con nosotros sea virtud esencial de las mujeres; sino que un libro de poesías, como libro de emociones, mueve siempre mayor interés en las que han hecho de las pasiones el delicioso tormento de su vida. Si me equivoco, peor para mí.

Los versos que publico no están relacionados entre sí. Diríase que no son hijos de un mismo padre; porque ha de saberse que yo no he sido siempre el mismo. Las épocas han cambiado tanto mi fisonomía intelectual, que á través de los años, solo por lo típico de mis manuscritos, he podido reconocer esas gotas de mi propia sangre. Ni ¿cómo pedir igual lozania bajo el ardiente sol de nuestras Costas que en las heladas cordilleras que baña el Funza? ¿Cómo no cambiar de tintas al dejar las riberas del Atrato, inmenso caracol de agua que ciñe y fertiliza las alegres campiñas del Chocó, y comenzar la inacabable ascencion de esa escalera de granito que parece poner los tesoros de Antioquía fuera del alcance de la codicia humana? La naturaleza tampoco es una misma en todas partes; y de ahí esta diversidad de paisajes, que al bañar nuestro espíritu bajo emociones distintas, deja impresas en el esas creaciones diversas, que, al salir de nosotros, se hacen notar por sus diversos coloridos.

Por eso al entregar al público la colección de mis versos, dejo á cada composición su fe de hautismo, á fin de que, mala ó pasadera, puedan servirles de excusa su zona y su edad. Aquí me entrego todo entero, sin omitir nada de lo que he podido conservar. Catorce años tenía cuando escribí mis primeras estrofas, cuyo pensamiento he conservado con cariñoso respeto, sin que mi mano de hombre haya hecho otra cosa que sacudirlas. Esto me será disculpado. Guardadas desde entonces, las salobres impresiones de mis nativas brisas pusieron en sus páginas este polvo de cal viva, que, al desprenderse, ha hecho de mis cabellos una corona de nieve.

Bien podría, si la clasificación no me mortificara, dividir en tres partes estos queridos frutos de mi pobre ingenio, estas gotas de sudor de mi limitada inteligencia, poniéndoles á cada porción su verdadero nombre de pila. Así tendríamos, con la debida separación, los Versos del niño, las Emociones del joven y las Estrofas del viejo. Cada éra con su fruto.

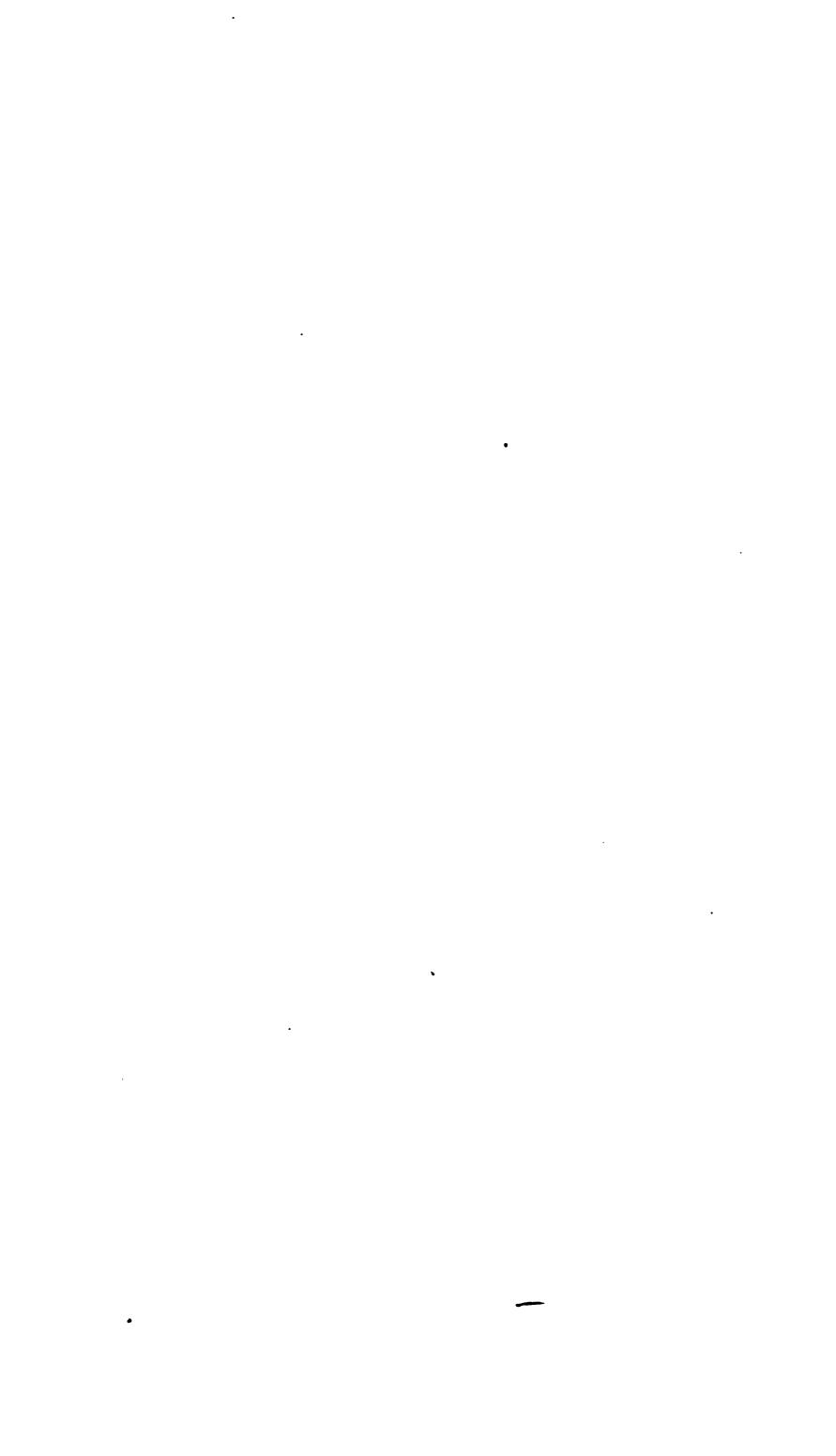
Si hubiera entrado en mi ánimo hacer alardes de poeta, la edición sería europea; pues, como ha dicho muy bien mi amigo Carrasquilla, vale mucho la edición! Yo mismo habría tenido ocasión de satisfacer tal vanidad, si de ella hubiera enfermado. Por tres años dirigí una imprenta: en ella publiqué con interés y esmero las bellísimas poesías de Madiedo, y las tiernas inspiraciones de Mario Valenzuela. ¡Cuánto más no habría podido hacer entonces en obsequio propio! Pero no es esta la única prueba. Si la vanidad me hubiera tentado, habría cedido á sus halagos cuando Pedro Fernández Madrid, mi inolvidable amigo, me ofrecía, en 1850, hacer la edición de mis versos, encargándose de escribir el prólogo. ¡Lástima no haber aprovechado mis bríos de entonces, y sobre todo la indisputable ventaja de tan valioso padrinazgo!

Hoy vengo por mis pasos contados á hacer la formal entrega de mis travesuras literarias, ya como un pobre legado para mis hijos, ya como el anuncio que doy de quedar cerrado mi estudio, ya como la última ofrenda que deposito sobre la tumba de mi honorable amigo. Al terminar esta, que no sé si llamar introducción ó advertencia, copiaré las siguientes palabras de Laboulaye: « Te ofrezco este librillo escrito para tu recreo y el mío. No espero de él ni la fortuna ni la gloria: la fortuna es una doncella que, desde hace seis mil años, corre detrás de los jóvenes; y la gloria, una cantinera á quien solo agradan los soldados: — yo soy viejo y no he muerto á nadie. — Cuando se han perdido las ilusiones de los veinte años, no se toma en sério ni la comedia ni los comediantes.» Si mi libro te agrada, bueno; de lo contrario, apártalo sin enfado.

LÁZARO MARÍA PÉREZ.

Bogotá, 1875.





FE DE ERRATAS DE LA OBRA'

Pág.	. Li	n. Dice :	Léase :
1	8	Una porción enalteció, escogida	Una porción enalteció, escogida:
9	9	Ni costó sangre, ni dón fué de mal.	Como premio de Dios, no causo mal.
16	16	Sobre infames cadalsos degollaron	Sobre infames cadalsos inmolaron
20	10	Safo inmortal,—cantora religiosa,—	Safo inmortal, - Cantora religiosa, -
		Así murieron los grandes!	
			Angel del Bien nos alza su mirada,
	11	triunfante	El, rey de reyes, proclamó triun- fante
51	16	Sobre el ara sepulcral:	Sobre el aura sepulcral:
		Que hace con sus glorias grieta	Que hace con sus golpes grieta
		Los ingenios que alli batallarán	Los ingenios aquí batallarán
		Esa luz misma de ese sol de julio	
		Contadnos ó pintad nuestro ho-	Cantadnos ó pintad nuestro hori-
		rizonte,	zonte,
60	5	Poëtas y pintores comenzad!	Poëtas y pintores, comenzad!
64	3	Que entona allá en la selva el ca-	Que modula en la selva el cazador,
		zador,	
_		Y al oir del Pirata airado acento,	
84	19		Y fué indecible el horroroso estrago.
00	^		Y un cuadro fué de lástima y pavor!
92	y	•	Tu hosco silencio joh Mar! hiela
04	94	mis venas.	mis venas.
94	31		Gozará un alma que en el bien reposa,
			Como al caer la lágrima en la losa
97		Que cubre algún recuerdo de dolor.	Tu gloria aclamaran, bardo del
	~1	Guayas.	Guáyas.
101	18	Cuál sufro al verlo llorar!	¡Cual sufro al verle llorar!
	_	Ansio que elijas tú, Zoila querida,	· •
		Más allá, mesurando	Más allá, mesurado
		Y hasta el más chiquito	Y hasta el más pequeñito
165	2	Al ver los muchachos	Al ver los concurrentes
182	3	Que eras la luz, el son de nuestra	Que eras la luz, el sol de nuestra
	_	flesta;	flesta;
100 (Las otras compañeras de tu triunfo	
			Sin mala mezcla, del placer más vivo;
187		•	Marcan sus pasos una misma huella.
"	10	No vuelva el desamor jay! pedazos!	No rompa el desamor en milpedazos!

1. Advertencias. — Al contar las líneas, de arriba para ahajo, debe incluirse la del número de la página, si este se halla impreso. No se han corregido los acentos, sino cuando alteran el sentido de la palabra.

Pag. Lis. Dice.

1.1 17 11 an again. 185.

zil 5 ha. omo dreni esi la sangre :

The 11 Que ofra con no common tan Merson.

The W Que was perdulo su quictud

ゴル 乙 Y mortal veneno maman

250-24 Que á Vd. pr. seutarán

25 14 Que en hombre tan distinguid:

276-26 El patriolismo se encela

333 28 Antes que el rizor comience

沙杉 6 La cual, en aire medroso.

312 27 Para su conento quiere.

322 13 De esos espectros que la muerte anima,

349 18 Que quiere alejar un fin que le acobarda

375 28 ¿Conoceis al infame?

(M) 2 Mi tormenio y tu tormento

392 13 Huir?... Oh!! No, no...

395 19 Lavanta!... Soy tu esposa!...

397 14 Cuando en Milán nos cantabár-

KR 30 Dormido sobre la estora,

401 24 Su Escelencia me perdona;

402 31 Ah! Vivora ponzonosa!

412 5 Me babréis olvidado. .

414 12 BARDERINI.

121-16 En la borasca de una noche oscura... En la borrasca de una noche oscura...

161 20 Hijas, hermanas y esposas

470 7 birelle amarillo.

472 23 Geillermo.

474 Z) esti devuelve

477 32 Que ante Dios me renueva un calallero ;

493 45 Trdbo.

197 8 Es inocente, si, yo lo aseguro...

499 31 Y arastrando... y poco á poco...

501 28 Gillerno.

506 23 Pero breve... el tiempo vuela...

547 15 en cuya extremo

508 5 El grito de los aqueros.

> 20 Lo comprendo... si, era el.

508 30 Teresa.

512 18 Muy bien... si!

513 2 Niña, condorosa y pura...

528 IG Le cabeza que caía,

531-16 Que no av rgiienza ni humilla,

512 2 De amor y encanto y deliquio

548 27 ¿Con que Luis es el hombre

549 33 Luis... asile llaman... No le esconde Luis... asi le llaman... No le esconde

554 8 (lloy la España envelecida

» 12 Mas ¿cómo explicar Luïs.

5(k) 2 Salón de palacis

b 15 OLIVARES.

Léase :

Antioquia, 1815.

Es. como dicen: « si la sangran

Que no otra cosa es un amor tan tierno,

Que han perdido la quietud

Y mortal veneno manan Que á Vd. le presentarán

Que un hombre tan distinguido

El patriomismo se encela

Antes que el rigor comience;

A la que, en aire medroso,

Para su convento quiere,

De esos espectros que la mente amma;

Quiere alejar un fin que le acobarda

Conoces al infame?

Mi tormento y lu tormento

Huir?... Oh!! No. no, no...

Levanta!... Soy tu esposa!...

Cuando en Milán nos cantábais

Dormido sobre la estopa,

Su Excelencia me perdona; Ah! Vivora ponzoñosa!

Me habréis olvidado...

BARBARINI.

Hijas, hermanas y esposa

birrele amarillo.

GUILLERMO.

c'sle devuelve

Que ante Dios me renueva un caballero;

Tadeo.

Es inocente, si, yo lo aseguro...

Y arrastrando... y poco á poco...

Guillermo.

Pero breve... el tiempo vuela...

en cuyo extremo

El grito de los arqueros.

1.0 comprendo... si, era él.

TERESA.

Muy bien... sí!

Niña, candorosa y pura...

La cabeza que caia,

Que no averguenza ni humilla.

De amor y encanto y deliquio

¿Con que Luis es el hombre

(Hoy la España envilecida

Mas ¿cómo explicar Lúis,

Salón de palacio.

OLIVARES.

OBRAS

POÉTICAS Y DRAMÁTICAS

LOS MÁRTIRES DE LA PATRIA

AL GENERAL JOAQUIN PARIS

Cuando de Dios la voluntad suprema Dió al mundo sér y movimiento y vida, De su alta majestad, como en emblema, Una porción enalteció, escogida: Dióle de palmas inmortal diadema, Mares eternos de extensión perdida, Altísimas montañas y huracanes Que el cráter peinan de sus mil volcanes;

Lagos inmensos do su luz brillante El estrellado pabellón retrata; Verdes colinas do susurra amante Manso arroyuelo de luciente plata; Breñas esquivas do aluvión errante Su cabellera en hebras mil desata: Suelo feraz do lucen sus primores Conchas marinas y silvestres flores.

Tal era la región privilegiada Por la mano de Dios.; Oh! se diría Que para Edén del hombre reservada, La hermoseaba Dios y la escondía. ¡Pudorosa vestal que descuidada En su lecho de perlas se adormía! Tal era esa región, á que dió el hombre, Siglos después, América por nombre.

Y unas tras otras las edades fueron, Y por años, por siglos se contaron; Del mar las crespas olas se rompieron; Las altivas montañas se allanaron; Los hombres á los hombres se acogieron; Los pueblos á los pueblos se juntaron; Y el mundo virgen su niñez pasaba Ignorado del mundo que ignoraba!

Reta región de América ¿qué era,
Que el viejo mundo no la conocía?
¿Acaso el sol en su triunfal carrera
De América á las playas no venía?
¿De sus volcanes la erupción severa
En el otro hemisferio no se oía?
¿De nuestro mar las olas que se alzaron,
Las olas de otro mar nunca encontraron?...

¡Insondable misterio
Que de la ciencia al poderoso imperio
Sólo es dado sondear!...
Y un hombre por las ciencias inspirado
Corrió de trono en trono, despreciado,
Ofreciendo el misterio revelar.

« Yo comprendo, decía, Que hay otro mundo, en donde al fin del día Su ignea frente va el sol á reclinar; De sus volcanes la erupción escucho; Sus montañas diviso; y lucho y lucho Por ver las playas de su inmenso mar.

» Si dáis apoyo á mi anhelar ardiente, Juro poner en vuestra noble frente De un Nuevo mundo la corona, sí! ¡Os ofrezco un tesoro, Donde veneros hallaréis de oro Y esmeraldas y perlas y rubí...! »

Y al fin el noble sabio,
De agravios mil en cambio, un desagravio
Del viejo mundo para honor halló.
Los monarcas su ciencia despreciaron,
Los nobles le burlaron,
Mas, reina una mujer, le protegió.

Que jamás en lo humano Brilla el poder del hombre soberano, Si una mujer no alienta ese poder; Jamás completa alcanzará una gloria, Si no vela detrás de su victoria El ángel del impulso, — la mujer!

Surca las ondas del oscuro piélago El genovés Colón, con frente altiva, Y de encontrados vientos á los impetus El ligero bajel su marcha aviva; Del conocido mar salva los límites, Puesta en Dios la esperanza y la fe viva...! Crujen las lonas al rugir del viento Y oyen de un nuevo mar el ronco acento!

Ni rumbo fijo, ni segura guía Señalan á sus naves el camino; Fija la mente en Dios, en él confía Y sigue valeroso á su destino; Piloto eterno vela noche y día Reclinado en el banco del marino; En tanto que la chusma aventurera Cobarde se impacienta y desespera.

Pasan lentas las horas. — Mar y cielo Y un espacio sin fin sólo se mira; El horizonte, trás su denso velo, Cada vez más la realidad retira; Brilla instantáneo rayo de consuelo, Y no ha brillado aún cuando ya espira: Al fin el desaliento se hace fuerte Y á Colón amenaza con la muerte.

.

Siguen las naves en su andar errante
Del nuevo mar rompiendo la alba espuma;
Un sólo corazón late constante,
Que el desaliento su vigor no abruma;
La chusma se apacigua, — delirante
Las horas cuenta de impaciencia suma,
Cuando en la densa oscuridad se alcanza
À mirar una luz en lontananza.

«¡Tierra!» gritó en el tope el marinero,
«¡Tierra!» gritó la chusma entusiasmada,
Y Colón á su vez con ceño austero
Fijó en la ardiente luz una mirada;
Y como presa de delirio fiero
«¡Andar!; andar!» gritó con voz airada,
Temiendo acaso que la luz que vía
Fuera ilusión de loca fantasía.

Mas al brillar el sol de la mañana
Vió la tierra ofrecida; y prosternado
Levantó humilde y reverente hosanna
Al que en tan magna empresa le ha guiado;
Soltó á los aires la bandera hispana;
Tronó el sañón por el desierto, airado;
Y, al extraño rumor de aquella gente,
Alzó la faz el indio continente!

¡Cuánta belleza sorprendió al ibero En el precioso Edén tan suspirado! La suprema ambición del marinero Se vió pequeña junto al bién hallado! La agreste majestad del cocotero, El rico manto del florido prado, Bellezas eran, pero no alcanzaban A competir con tántas que miraban! ¡Colón no se engañó! — Do quiera el oro Al ojo codicioso se ofrecía,
Do quiera que pisaba, allí un tesoro
Del valioso metal guardado había,
Hasta el plumaje del turpial canoro
En vertientes dë oro se teñía:
¡Paraíso feliz! — ¡Edén precioso,
Del mismo Dios trabajo primoroso!

Pero así como allá en el Paraíso
Puso la tentación bien recatada,
Provocadora y grata al compromiso,
Como bien prohibido: así velada
De América la suerte poner quiso,
Negra en el porvenir y desgraciada,
Prodigándole el oro á manos llenas
En sus bosques, sus aguas, sus arenas.

Y el oro fué su perdición. — La gente Que nos trajo Colón vagó perdida Por las desiertas playas de Occidente, Del oro en pos, sedienta y descreida: No bastaba que viese la vertiente De auríferas arenas revestida: Montes de oro querían sin más plazo Que el de extender su codicioso brazo.

De América los mansos pobladores Absortos contemplaban las figuras Bellas y enhiestas de los cién señores Que al brillo de bruñidas armaduras, De sus penachos á los mil colores, Parecian del Dios de las alturas Enviados de luz y de consuelo En bién y honor de su nativo suelo.

Y corrieron à ellos, y amorosos Con respeto sus manos estrechaban; La negra barba y el cabello undoso Con femenil deleite acariciaban; En el bruñido acero, esplendoroso, Su faz bronceada con pesar miraban: El sol de sus corazas contemplaron Y cual á hijos del sol los adoraron!

¡Pobre América! Sí, tu hermoso suelo Testigo fué de tu ominosa suerte; El altivo español te miró humilde, Y más que humilde esclava quiso verte.

¡Pobre América! Sí, tu casto seno Con torpe mano profanó el soldado... Oh! tan sólo Colón, ¡ay! él tan sólo Tus desventuras deploró indignado!

Tus vírgenes, tus ídolos, tus templos Ultrajó vil la turba aventurera; Nada detuvo su brutal instinto, Nada se opuso á su feroz carrera.

¡Y te hicieron esclava! — Tus señores Las leyes de obediencia te dictaron, En tus playas izaron sus banderas, Y tus nombres indígenas borraron.

Y nunca, no, jamás la tiranía Pudo oprimir como oprimieron ellos; El yugo impuesto al bruto es ménos duro Que el que impusieron á tu noble cuello.

¡Y por trescientos años el infierno De odiosa esclavitud sobrellevaste! ¡América infeliz! — ¡Cuánto martirio, Cuánta hiel y veneno devoraste!

Oh! Tres siglos pasaron; sí, tres siglos De oprobiosa y sangrienta tiranía! Tres siglos, ¡ay! que su espantosa huella Con sangre ¡oh Dios! marcaron Aquí en el suelo de la patria mía! Pero así como ruge subterránea
La comprimida lava
En la irritada entraña del volcán;
Ó como brama en la elevada sierra,
Abatiendo los cedros y samanes
La tromba audaz de horrísono huracán:
Así en mi patria el oprimido pueblo,
Al fin cansado de ignominia tanta,
Tronó indignado, y el pendón ibero
Holló con noble planta!

¡Salud de Julio al venturoso día!
¡Salud y bendición á aquella hora
En que la patria mía
De su suerte señora,
Con altivo ademán y saña fiera
Rompió en pedazos la cadena impía,
Y el pendón tricolor alzó altanera!

Mirad al noble pueblo de Granada!
Miradlo, sí, cuál busca á sus caudillos
En la lid empeñada!
Jóvenes entusiastas y valientes,
Jóvenes los primeros
Que del rey español sobre la frente
La cadena servil lanzaron fieros!
Mirad, mirad cómo en la lucha ardiente
El pueblo independiente
Hace á los vientos repetir sus nombres!
¿Quiénes fueron, diréis, tan grandes hombres?

Vedlos! son muchos, pero no son todos! ¹
Unos tras otros al cadalso fueron,
Y allí su sangre, de diversos modos,
Por darnos Patria y Libertad vertieron;
En esa sangre los pendones godos
Sus desteñidas tintas retiñeron....
Prefirieron morir á ser esclavos!...
¡ Hiciste bien, generación de bravos!

Bogotá, 1857.

^{1.} Aludiendo á setenta y ocho retratos de Mártires de la Independencia que decoraban el salón del Liceo Granadino.

CASTILLO RADA ·

À JOSÉ IGNACIO PARÍS

Ha sembrado en la playa de la glori Una palma que nunca morirá.

(ABIGAIL LOZANO.)

Allá en esos tiempos de guerra y de saña, Cuando hijos y padres la sangre manchó; En esa ominosa cruzada en que España La América virgen de luto cubrió;

En esas centurias de Enrile y Morillo, De Boves, Morales y Sámano atroz; En esa éra infanda de hoguera y cuchillo, En ese espantoso reinado feroz;

Me cuentan mis padres que un joven, un sabio, Sus años mejores, su edad juvenil, — Pasó en las prisiones, sufriendo el agravio De gente grosera, de chusma servil.

Que fué por los pueblos, de hierros cargado, Pidiendo á la tumba su cárcel final; Que, en trance supremo, al mar irritado Pidióle reposo en su hondo raudal.

Que al fin de sus mares volvió á la ribera... Y es fama que en llanto su faz se inundó, Al ver en sus muros la odiosa bandera Que en mástiles altos la insidia enclavó. Que allá en Cartagena, su patria querida, Cual vil presidiario las calles barrió; Y de ansia y congoja la frente abatida, Verter del hermano la sangre miró.

¡CASTILLO RADA! Tu preciosa historia Fué la historia del Prócer inmortal; Gloria de Mártir, tu modesta gloria Ni costó sangre, ni dón fué de mal.

Fuiste en tu patria la lumbrera hermosa Que no pudo apagar ni el huracán; Tu fama fué la fama esplendorosa Que las virtudes y el talento dan.

Por eso está tu nombre en esa altura Do sólo brilla lo que abunda en lúz: Cielo de gloria, donde más fulgura La que el martirio da sobre su cruz.

Allí se ve la tumba ornamentada De Nariño, de Sucre, de Cabal; Allí se ve, de pura luz bañada, La palma de Miranda, el inmortal.

Allí tambien están trás ese velo Caldas, Ricaurte, Torres, Villapol... Tambien Bolívar... No! que en ese cielo El nombre de Bolívar es el sol:

Es el sol que á la América dió vida, Sol que jamás su lumbre apagará; El astro rey que con la frente ardida Por un siglo de siglos brillará! Bien merece el que muere nuestro llanto, Que otro riego la tumba no demanda; Y sólo con las lágrimas se ablanda Nuestra postrera y funeral mansión,

Llora la madre al hijo de su vida, La esposa á su querido compañero; Pero al sabio le llora el mundo entero, Que todos deudos de los sabios son.

En fastüoso y rico mausoleo Venere el mundo el polvo de un tirano; Alce la vanidad sobre su mano Sucios despojos de otra vanidad;

Tenga el genio del mal mármol y oro Para cubrir su desastrosa historia; Tenga el rudo adalid tumba de gloria, Que el sabio también tiene la Amistad!

¡La Amistad! — Esa palma de los cielos, Cuya sombra es oäsis de la vida; Esa fragante rama bendecida, Que en el célico Edén debió nacer;

Esa, Castillo, te erigió un sepulcro En el que fué tu cárcel y tu templo, ' Y estímulo mayor, — mejor ejemplo Nunca pudo á las Ciencias ofrecer!

Bogotá, 1846.

1. El doctor Castillo Rada estuvo preso en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, durante la dominación española, y más tarde, en el apogeo de la República, fué Rector de éste plantel de educación. En su capilla se conserva el bello, aunque modesto monumento, que la fina amistad del señor D. José Ignacio París consagró à su memoria.

L'A ESTATUA DE BOLÍVAR

AL CONGRESO NACIONAL

Yo soy el hijo de la guerra: el hombre que los combates han elevado á la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. — Bolívan.

Antiguo Vireinato, esconde cuidadoso La sangre que te mancha, tu título español; Esconde los recuerdos que guardas pavoroso; No alumbre tus escudos la nueva luz del sol.

Entre el fragor ahoga del Tequendama undoso El eco de los vivas que el déspota escuchó; Abate los trofeos que alzaste al poderoso; Sepulta las memorias que Sámano dejó.

Destierra de tus puentes los bustos del tirano, Las piedras con su nombre que tienes á tu pié; Los viejos edificios oculta con tu mano; Disfraza tus harapos, caduca Santafé!

Prepara tus guirnaldas, tus más lozanas flores, Tus arcos y tus palmas, risueña Bogotá; Prepara tus gloriosas banderas tricolores, Prepáralas, que en breve Bolívan llegará.

Prepara tus arengas, tus bélicas legiones, Tus carros y tus ninfas, florida capital; Coronen tus bellezas las calles y balcones; Las músicas apaguen la voz del atabal. Tus templos engalana y ensaya sus cantares; Tus altos campanarios no cesen de tocar; Dorado incienso quema por hoy en tus altares; El bronce enardecido no deje de tronar.

Prepara tus galas, que viene Bolívar, El dios de Colombia, de Iberia terror; Aquel á quién dieron veneno y acíbar; Aquel que de penas y angustias murió!

Que viene Bolivar, el sol de los Ándes, De América el padre, su encanto, su amor; Que viene Bolivar, el grande entre grandes, Centella prendida que el Guaire lanzó.

> Prepara, Bogotá, tu ancho recinto Para ser de Bolívar digno templo; Bello, glorioso, saludable ejemplo Que á los pueblos de América darás.

Guárdale bien el monumento santo Que pone la Nación bajo tu egida... No vuelvas desleal y parricida Á baldonar tu nombre una vez más!

ÉL ya olvidó tu tenebrosa noche; Olvida tú sospechas que murieron; Recuerda sólo que á sus piés cayeron Cetro y corona, y armas y pendón.

Recuerda sólo que á su genio debes Tu libertad, tu independencia y gloria; Que si ingrata mancillas su memoria, Vuelve á tí de rechazo tu baldón. Viene Bolivar. — Ábrele los brazos, Granada generosa, y dále asilo: Liga amorosa los estrechos lazos Do el puñal de la envidia puso el filo.

Rasga indignada el fementido velo Que su nombre glorioso escurecía; Y admire el orbe al que con patrio anhelo Te libertó de horrenda tiranía.

Pon à sus piés con altivez ufana Las cién banderas que ganó en las lides, Teñidas con la sangre castellana, Quitadas à los hijos de los Cides.

Ciñe su frente con las mil coronas Marchitas al calor de las batallas; Lauros ganados en distintas zonas Entre celajes de humo y de metrallas.

Álzalo, sí, que en él está tu gloria; Muéstrale al mundo tu ambición cumplida; Honra en la muerte la inmortal memoria De aquel que ofensas te debió en la vida.

Mañana le verás alto y triunfante Velando por tu bién con ojo inquieto; Gigante centinela que constante Tendrá el destino á tu querer sujeto.

Mañana le verás, y alborozada Daráste el parabién de tu fortuna; Porque tendrás la joya más preciada Que envidia moverá como ninguna.

¡Tienes el corazón del Gran Guerrero! ¿Qué te hace falta, pués? — ¡Lo tienes todo! ¿Qué importaba el espectro pasajero Que el tiempo pudo convertir en lodo? Mas un raro capricho quiso en tanto Unir al corazón el tronco inerte, Y lo tenemos ya, sin que su encanto Pueda otra vez aniquilar la muerte!

Antiguo Vireinato, esconde cuidadoso
La sangre que te mancha, tu título español;
Esconde los recuerdos que guardas pavoroso;
No alumbre tus escudos la nueva luz del sol.

Prepara tus guirnaldas, tus más lozanas flores, Tus arcos y tus palmas, risueña Bogotá; Prepara tus gloriosas banderas tricolores, Prepáralas, que en breve Bolívan llegará.

Bogotá, 1846.

CARTAGENA

EN EL ÁLBUM DEL ARTISTA ESPAÑOL A. MARTÍNEZ DE LA CUADRA

El primero entre todos mis pensamientos, el suspiro más vehemente entre todos mis suspiros, es aquel que me recuerda y arrastra hácia esa beldad caida que llamamos nuestra patria. — Bartolomé Calvo.

Óyela, artista! de mi buen amigo La voz es esa; suyas las palabras Con que su noble corazón suspira Al recordar la ruina de la patria.

À mi vez yo también sobre tu álbum Consagraré, aunque humilde y solitaria, Una memoria de la patria mia, Noble matrona por la edad gastada.

Por la edad no tan sólo, el infortunio También la hirió cruel con su guadaña; La ingratitud también, también la envidia Presa la hicieron de su indigna rabia.

Patria de tantos inclitos varones, Tierra por tantos títulos sagrada, Heroico pueblo, cuyos grandes hechos El sol nublaron de la heroica Esparta.

Patria que fué la cuna de tu esposa, Del ángel fiel que tus destinos guarda; Luz que da luz á tus preciosos cuadros, Y á tu nombre, pintor, belleza y fama. Mi patria es ya tu patria. En ella duermen El sueño alentador de la esperanza Tus más caros afectos; y aún tú mismo La quieres, ¡ay! con el amor del alma.

Mi patria es ya tu patria. — En ella, artista, No encontrarás los nombres de tu España; Pero otros nombres hallarás que ciñen De gloria y de martirio lauro y palma.

Tu orgullo son los Cides y Pelayos, Los campos de Bailén y de Cantabria, Y aquella edad de bélicos recuerdos En que reina del mundo fué la España.

También tenemos nombres, cuya historia Está escrita con sangre! — En estas playas, Sobre infames cadalsos degollaron A lo más noble de su heroica raza.

¿Nuestros nombres? — Buscadlos en la Gloria: Juntos están á Carbonell y á Cáldas, Torices, Ayos, Amador, Toledo... ¡Salud, salud, oh padres de mi patria!...

Aquí están nuestros muros. — Indomables, Los rindió su destino y la desgracia; El ardimiento de sus nobles hijos, Ni el horror de la muerte dominaba.

Sufrieron hambre, — el hambre los hería, El hambre y sólo el hambre los mataba, Y al dar á Dios sus últimos alientos «¡Viva la patria! » en su estertor clamaban.

Así murieron los heroicos hijos De esta rival de Tiro y de Numancia; Jerusalén, Jerusalén no tiene En sus fastos gloriosos mejor fama. Por eso, artista, con orgullo ofrezco Para patria del genio esta mi patria: Sus recuerdos, sus ruinas, sus grandezas Serán en tu pincel fuentes de fama.

No tenemos aquí claros ingenios Cual los brota la tierra allá en España; Calderón y Cervantes no tenemos, No tenemos ni Lope ni Quintana.

Pero un modesto nombre sí tenemos, El nombre ilustre del cantor de Atala, Del bardo colombiano, en cuyas trovas Se encuentran nuestras glorias ensalzadas.

Tenemos à Madrid, nombre precioso, Reliquia del ingenio solitaria; Su vida fué un poema, su memoria Oro en crisol que nuestra historia guarda!

Tenemos más. — Tenemos otro nombre También ornado con sus dos guirnaldas: El nombre del que fué sabio en Colombia, Del Prócer inmortal, Castillo Rada.

Tenemos nombres y tenemos glorias, Nada, pintor, á nuestro orgullo falta; Campos risueños, primorosos cuadros Brindan á tu pincel belleza y fama.

Nada nos falta. — En tus preciosa; horas, Allá en tus horas de silencio y calma, Copia, pintor, los mil gloriosos cuadros De esa epopeya que al asombro espanta.

Pinta esos muros y esas altas torres, Pinta ese mar con sus eternas playas, Pinta ese cielo, panorama alegre, Témpano inmenso de carmín y nácar. Pinta, pintor, sus altos cocoteros De talla enhiesta y cúpula gallarda; Píntalos á la brisa de la tarde, Meciendo sus penachos de esmeralda.

Pinta la blanca vela que zozobra De la ola blanca en la gigante espalda; Píntala léjos de la ansiada orilla, Nube perdida en la extension salada.

Pinta, pintor, la flor de nuestros valles, Pobre de formas, — rica de fragancia, Estrella de ese cielo de verdura Que el mar comprime y que la tierra ensancha.

Pinta también en su incansable vuelo Al precioso turpial de nuestras playas, Música sonorosa de los aires, Voluble lira con plumaje y alas.

Pinta ese sol, incendio de mi clima, Pinta ese sol, infierno de mi patria; Píntalo en Occidente cuando inclina Su volcánica frente entre las aguas.

Píntame á mis morenas, cuyos ojos Son el infierno de que Milton habla; Ojos que encierran en sus grandes órbitas El fuego todo del volcán del alma.

Píntame á mis morenas! — ¡ Ay! ya sabes Que de la tuya se quedó en mi patria, De la Andaluza la maligna risa, La venenosa sal de la Asturiana.

Ya ves, artista, que en mi pobre suelo, Si no hallas tánto como allá en tu España, En bellezas y en glorias y en recuerdos Nada, pintor, á nuestro orgullo falta.

Por eso vanidoso ofrecer puedo Para patria del genio ésta mi patria: Sus memorias, sus ruinas, sus grandezas Serán en tu pincel fuentes de fama.

JOSÉ PERNANDEZ MADRID

A RAFABL POMBO

Hay un idioma cuyo grato acento, Impregnado de luz y de armonía, Llena el alma de dulce arrobamiento Con sus tintes de encanto y fantasía; Ese precioso idioma, ese portento De infinito prestigio — es la Poesía: Dios habló en ese idioma soberano, Que no es como el común lenguaje humano.

La hermosa flor que en el jardín se mece, La blanca bruma que la mar corona, La verde grama que en el prado crece, El pajarillo que su canto entona, La gota de rocío que amanece Sobre el florido manto de Pomona, — Hablan en ese idioma que aprendieron De Aquel de quién sus formas recibieron.

Y el hombre audaz que asemejarse intenta Al Dios que á imagen suya le creara, También las fuerzas de su ingenio alienta Para el idioma hablar que Dios hablara: En las cumbres de Hebrón su voz revienta Para ensalzar al Dios que le inspirara; Y el Bardo-Rey, con arpa peregrina, Cantó de Dios la Majestad divina!

Y unos tras otros, reyes del talento, Émulos de David, su voz alzaron, É inspirados por Dios, y con su aliento, El idioma de Dios también hablaron. ¡Venid á mí, prestadme vuestro acento, Los que el nivel común así salvaron; Vuestra luz inmortal dadme en auxilio, Sombra de Horacio, manes de Virgilio!

Venid á mí, constelación preciosa
De inspirados poetas...; os espero!
Quiero ver vuestra huella esplendorosa,
Cerca, muy cerca, contemplaros quiero:
Safo inmortal, — cantora religiosa, —
Píndaro, Garcilaso, Ariosto, Homero,
Tasso, Camöens, Calderón, Petrarca...
¡Ay, cuánta gloria cada nombre abarca!

Y aquí, en el suelo de la patria mía, Yermo por tantos siglos al talento; Donde su miés segó la tiranía Con torpe mano y ominoso intento, Tambien la santa voz de la Poesía Inspiró á nuestros padres con su aliento; Y de padres á hijos heredado El idioma de Dios se ha conservado.

Voy á contaros una triste historia
De nuestra edad de sufrimiento y guerra;
No espereis, no, que os cuente una victoria
De esas que llenan de estupor la tierra:
Es una vida de martirio y gloria
Que un noble ejemplo de heroísmo encierra:
Recuerdos del poeta americano,
Honor y prez del pueblo colombiano.

En tiempos muy remotos, cuando la patria mía Sumida entre cadenas su esclavitud lloró, De un bardo los cantares enajenada oía, Y es fama que animada sus lágrimas secó. En vano el león ibero de rabia poseido Despedazar su lira colérico intentó; El bardo colombiano en fuego patrio ardido Cantaba, y á sus cantos el déspota tembló.

Cargado de cadenas en lóbrega clausura Prisiones y cadalsos impávido miró; La muerte muchas veces su cáliz de amargura Sobre su altiva frente sañuda derramó.

En climas apartados destierro doloroso Por ser fiel á su patria le impuso el español; Y el bardo colombiano risueño y valeroso Miraba arder en ella de libertad, el sol.

Errante, fugitivo, del bosque en la espesura Abrigo en alta noche buscó más de una vez; La roca del desierto brindóle helada y dura El lecho del proscrito — rudeza y aridez!

Y fuiste tú, Madrid, bardo inspirado, El que á la Patria en su orfandad cantó, El que al rugir del león enmelenado Para hacerle callar su voz alzó;

Fuiste, poeta, el que vagó perdido Buscando en el desierto una morada; El que se vió por hierros oprimido Y al pié una tumba para sí escavada;

El que gimió sobre la roca dura Del Barragán en la montaña helada, Y lloró en el destierro su amargura, Y cantó los dolores de Granada.

Aún vagan por el aire enronquecidos Los ecos de tu lira colombiana, Con los lauros de gloria confundidos Que te dieron las ninfas de la Habana.

Frescas están las lágrimas lloradas Por el ilustre *Peñalver*, las miro En tus dolientes ojos agrupadas, Ocultándote su último suspiro. Al lúgubre concierto de tu lira Miro el dolor del pueblo perüano, Y el fiero horror con que *Atahualpa* espira À la crueldad y al dolo de un tirano.

Del joven *Girardot* lloro la muerte Y su valiente heroicidad admiro, Y los pendones de Pizarro el fuerte Ante las plantas de Boutvan miro.

Cantor de mi patria, recuerdo que un día De aquellos risueños de grata niñez, Mi padre en sus manos tu libro tenía, Leyendo tus cantos que ansioso escuché.

Colombia, sus héroes, tus hijos, tu Amira...; Qué bien que eternizas sus nombres allí!; Qué temas tan santos movieron tu lira!; Qué bien que ganaste tus lauros, Madrid!

La voz de tus cantos rodó en la montaña, Se alzó por los aires, cruzó por el mar, Y allá en las risueñas campiñas de España Los himnos del libre se oyeron vibrar.

Salud á tu fama, cantor colombiano, Salud á tu nombre, Fernandez Madrid! Perdona si acaso tu gloria profano, Callar no he podido, perdóname, si!

Juré desde niño cantar tu memoria; Si cumplo cual debo mi oferta, no sé: Perdona, poeta, si acaso sin gloria Por honra á la tuya mi lira pulsé.

Yo sé que à los grandes los cantan los grandes, Que soy un pigmeo: gigante, lo sé; Lo sé! — Mas no importa, cantor de los Ándes, Quien canta tu gloria la gana también!

Á MI ESPOSA

(VERTIDA DEL ALEMÁN)

Á LA SRÑORA VICENTA M. DE MADRID

Graves cuidados, ¡ay! con mano fiera
Tus mejillas ajaron y en tu frente
Pálida gasa de dolor pusieron;
Tu ceño está nublado y aparecen
Sobre tu hermosa faz dolientes sombras,
Al recordar pesares que ya fueron!
Empero siempre para mí tu labio
Dulzura tiene, encanto y ambrosía,
Y á pesar de mi triste suerte odiosa,
Siempre serás mi amor y mi alegría,
Bella, querida esposa!

El suave brillo de tus lindos ojos,
Tu apacible mirar ya no lo es tanto
Como en la aurora de mi amor primero;
Mas conservan aún de aquellos dias
La misma dulce luz que há tantos años
Ilumina el horror de este sendero
En que ¡mísero yo! padezco y lloro:
Tu mirada, mi bién, aún brota fuego,
Aún hallo en ella la emoción preciosa
Del tierno afecto con que te amo ciego,
Bella, querida esposa!

Si todo en mi redor parece oscuro Y las voces disfrazan su sonido Y no cual ántes me saludan, mira, No por eso me inquieto, ¡ay! yo conozco Que alguien cerca de mí me da su amparo Y amorosa y leal por mí suspira. Y esa eres tú, mi bién, siempre la misma! No estoy aislado, no, yo siempre siento La luz de tu mirada esplendorosa; No me abandones tú y estoy contento, Bella, querida esposa!

Si alguna vez sobre mi mente pesa
La horrible idea de que pueda un día
Verme léjos de tí, mi amante esposa,
Negrísimo crespón me enluta el alma,
Y mi suerte futura miro envuelta
En fatídica nube, pavorosa...
¡Ay! si llegara á ser... créelo, mi amiga,
Como el pobre que gime en tierra extraña
Con existencia mísera, azarosa,
Culto á tu amor rindiera en mi cabaña,
Bella, querida esposa!

Si tú murieses, ay! cuando vinieran
Las flores del abril no las mirara;
Y aunque alegres los pájaros cantasen
Triscando en la pradera, lo confieso,
Creciera mi dolor, y les rogara
Que en bien de mi pesar me abandonasen.
Desesperado y triste, cielo y tierra
De luto para mí se cubrirían
Al ver ya muerta tu mirada hermosa;
Tus recuerdos mi vida acabarían,
Bella, querida esposa!

Brillaron, ay! tus ojos entre lágrimas De pesares ocultos, pero nunca La luz de la bondad se apagó en ellos; Pues turbulentos años y perdidas, Frustradas esperanzas, ¡oh! parecen Más cadenas tender á nuestros cuellos Y unir tu tierno corazón al mío... Mis angustias labraron tu agonía, No sufriste por tí, que si llorosa Te has visto alguna vez, culpa fué mía, Bella, querida esposa!

Si en las horas de paz, cuando la calma Viene en pos de las sombras, y mis hijos Cercan mi lecho, y su filial abrazo Y sus encantos gozo y sus caricias, Lo confieso, yo siento que á la tierra Me liga un no sé qué con firme lazo: Yo siento que á pesar de la amargura, Mi pecho puede respirar amores; Me figuro una vida asaz dichosa, Por tí sembrada de fragantes flores, Bella, querida esposa!

Cartagena, 1850.

EPÍSTOLA

A ANTONIO T. TONO

Hoy que ha cesado el afanoso empeño De ofrecer muestras y medir retazos, De doblar suelas, de empacar badanas Y encajonar millares de cigarros; Hoy que no aspiro en mi pequeño albergue El aterido ambiente embalsamado Por el fragante anís, la manzanilla, La flor de tilo y el café y el apio, Unido todo en mezcolanza horrible Con el canime, el cordobán, los ajos, Y el diabólico aroma de las suelas, Más penetrante mientras más prensado; Ya que tranquilo estoy, á mis amigos Estos momentos de mi paz consagro, Para decirles, ¡ay! cuánto padece Su pobre amigo en este clima extraño: Víctima del fastidio y sin relevo Centinela perpetuo de unos trapos Que impasibles vejetan, sin quejarse, En los estrechos nichos de un armario; Para decirles, ¡ay! cómo desgarran Su pobre corazón los fusilazos Que à cada instante le disparan fieros Los picaruelos ojos de algún diablo, De esos que aun tienen de su edad de angel La luz y la belleza y el encanto.

Está visto, mi Antonio, que la suerte, Que yo no sé si es ángel ó si es diablo, Pues sólo sé que todos, — ¿lo oyes? — todos, Con más ó menos seriedad hablamos
De esa esfinge moral llamada suerte,
Contra la cual gemimos y lloramos,
Sin que uno solo pueda darse cuenta
De si es fortuna ó accidente ó daño.
Pero, en fin, te repito que la suerte
Me tiene, caro Antonio, condenado
À vivir esa vida corroída,
Esa vida incompleta, de rezago,
Que está proscrita del cariño amigo,
Y hasta privada de los aires patrios.

Voy á contarte con franqueza extrema, Haciendo confesión como cristiano, Esta mi vida en la ciudad de Ocaña, Que á la verdad, y sábelo de paso, Es un Edén de ricas tentaciones, En donde todo Adán perece náufrago, Porque toda mujer es una Eva Parada al pié del infernal manzano.

Pero volvamos á mi cuento. Escucha La historia fiel de tu querido Lázaro, Que, á seguir bajo el peso de sus penas, Será á su vuelta un pobre elefanciaco, Que no hallará en la tierra otro Jesús Que haga por su salud otro milagro. Y ya que traje aquí, por incidente, La memoria doliente de mi santo, Quiero que sepas, mi querido Antonio, Que hasta mi propio nombre me hace dano! Asisto, por ejemplo, á una tertulia Que me dan, en obsequio, mis paisanos, Y al resonar mi nombre en el concurso Causa más emoción que un cañonazo; Y es de ver cómo vuelven á mirarme Con alarmante asombro y sobresalto.

Como mi pobre nombre es tan esquivo, Y nos recuerda un mal tan endiablado, No lo creeras, Antonio, busco y busco Y no puedo encontrar ningún tocayo; Lo cual me ofrece la infeliz ventaja De suprimir, cuando mi ropa marco, El apellido histórico, el primero Que resonó sobre el humano labio, Cuando Adán Pérez estrechó en su seno A Eva de no sé qué con tierno abrazo. Esta ventaja, digo, la explotaba, Poniendo en cada pieza un simple « Lázaro, » Lo cual, por no haber otro, me bastaba Para evitar trastocamiento ó rapto. Pero ; ay de mí, infeliz! — Las lavanderas, Al ver sobre mi ropa el epitafio, Volvian, de terror sobrecogidas, Grifo el cabello, y con el rostro pálido, Trayéndome la ropa, no doblada, Ni siquiera guardada en el canasto, Sino prendida sobre un palo altísimo, Como pendon de infamia tremolado!

Si alguna vez consigo que una bella, Correspondiendo á mi carácter franco, Me trate con llaneza, noto, Antonio, Que se le abulta el cuello y tuerce el labio, Al tener que decirme, entre finezas, Este nombre infeliz que Dios me ha dado, Y que no es para mí nombre de pila, Pues ha venido á ser nombre de palo.

El tuyo, por ejemplo, me recuerda
Al dulce frailecito franciscano
Que en todos los percances de las damas,
Cuando se agotan el afán y el llanto,
Lo zampan de cabeza en algún pozo,
Do permanece el pobrecillo echado,
Hasta que al fín parece lo perdido,
Cesa el afán ó se remedia el daño.
Nombres así, ya es claro y se comprende
Que son buenos, ligeros y aún simpáticos,
Aunque ofrezcan contrastes dolorosos
Como Casto, León, y Zoilo y Cándido,

Primo, Segundo, Fructüoso, Pio, Y hasta Escipión y César y Alejandro, Que dejan al muchacho que los lleva Bajo su enorme peso apachurrado; Pero del santo Obispo de Marsella No quiero nada más, pues yo me basto.

Pero volvamos á mi cuento. Vivo, Uso esta frase por no dar escándalo, En una casa de tan triste aspecto, Que más que casa es un horrible caso. No tiene puerta, ni zaguán. Es casa Precedida de tienda, con su armario, Que, de darle su nombre puro y técnico, Seria casa-tienda en castellano: Es la tal casa en solidez escasa, Por lo que siempre me entristece el pánico De quedar bajo el plomo, en un desplome De su gran pesadumbre, triturado: La humedad de su piso es tan fecunda Que en más de una ocasión ví mis zapatos Tan ricos de verdura y lozanía Como el mejor potrero de los llanos.

Una gran mesa de remoto origen, De indeciso color y tipo extraño, De esas que tienen material bastante Para un buque de bordo más que alto, Es la joya esencial, la mejor prenda De mi escaso y modesto mobiliario.

Dos venerables sillas semigóticas,
De la Gran Convención quizá rezagos,
Viven en amoroso maridaje,
Por no decir en criminal contacto,
Con otro mueble, esencia de la esencia,
Con un feligresial típico escaño,
Que ha debido en edades muy remotas
Ser tapial, gallinero ó club de pájaros,
À juzgar por las hondas cicatrices
Con que el puñal del tiempo lo ha marcado.

De mis enseres éste es en mi sala
La luz, la sombra, el suelo y el espacio;
Porque en su inmensa mole yo acomodo
Libros, panfletos, jáquima y zamarros,
Entremezclados amistosamente
Con el espejo, la peinilla, el paño,
Mi estuche de afeitar, la jabonera,
Mi capa azul y mis calzones blancos.
Dos esféricas cuencas, ya vacías,
Que dos quesos de Flandes alojaron,
Están sobre los brazos de este mueble
Mi propio pensamiento remedando.

Tres largas vigas, á elevada altura, Son los adornos de mi cielo raso, Que más que raso y cielo son infiernos, Pues al mirarlas me provoca el diablo Á verme de una soga suspendido, Gozando en paz de mi primer descanso.

Hay además la alcoba, la cocina,
Un lugar excusado y cinco cuartos,
Que no son dignos de mención expresa
Al describir de mi batalla el campo.
El mueblaje tampoco. Su estructura,
El pobre ajuar de mi modesto tálamo,
Rehusan de mi lira y de la ajena
La descripcion gentil de sus estragos.
¡Paz á los muertos! — ¡Quédese en olvido
De un pobre solterón el santüario!

¿Quisieras saber más?... Todo lo he dicho, Con excepción de poco que he callado, En parte por decoro y otras causas Que sabe el mundo y que no ignora el claustro; Y si nada más queda, abur, amigo, Goza salud, pesetas y buen año.

Ocaña, 1853.

AL TEQUENDAMA 1

A RICARDO CARRASQUILLA

¡Desciende Tequendama! Unos tras otros Los siglos asombrados te contemplan: Sierpe de plata que en la grama corre Para esconderse en su raudal de perlas!

¡Desciende Tequendama! Tu albo manto, Tu aérea y espléndida belleza, No permitas que eclipse inoportuna De tu inmenso aluvión la oscura niebla.

¡Desciende Tequendama! Abre tus brumas, Y muéstrate señor de tu grandeza, Con tu manto de aljófar y brillantes Y el íris tricolor de tu diadema.

Deja que el aire, en vagos tornasoles, Mueva las hebras de tu hermosa trenza; Deja que el sol, en espirales llamas, Caliente tu selvática melena.

¡Desciende Tequendama! Audaz no quiero Cantar el trueno que en tus aguas rueda; Que cantar el prodigio de tus ondas Sólo á tu acento Dios lo concediera!

No he venido á cantarte. Bien humilde Es de mi pobre aspiración la idea; Para cantar tu majestad no tengo Ni hay en mi lira sonorosa cuerda.

He venido à mostrarle tus portentos À esta que ves constelación de estrellas; Y à confrontar con tu belleza horrible Su tierna y dulce, angelical belleza.

Salto de Tequendama, 1855.

1. Estas estrofas fueron escritas á excitacion de varias señoritas, en presencia de la portentosa catarata.

EN EL CUMPLEAÑOS DE MI ESPOSA

Esa que ves brillar, esa es tu aurora!
Hoy la mano de Dios, pródiga y santa,
En prueba de lo mucho que atesora
Dió al mundo un ángel de hermosura tánta!

Y no quiso que sólo en la hermosura Tu divino prestigio se cifrara, Quiso hacerte también graciosa y pura Y que modesta tu beldad brillara.

Puso en tus ojos fuego de su fuego, Dulce expresión y brillo en tu mirada; El grato acento de clemencia y ruego Le dió á tu voz sensible y delicada;

Sonrisa de candor puso en tu labio, Púdica animación en tu semblante; Y, por no hacer á tu inocencia agravio, Ornó tu frente de azahar fragante.

Y en su extrema bondad, no satisfecho, Hizo tu seno de virtudes nido; Y, no contento aún, guardó en tu pecho Un corazón que el bién ha enriquecido.

Que á la mano de Dios todo le es dado!...
Mas al dotarte de belleza tánta,
¿Por qué más tarde te miró enojado
Y ante el dolor tu espíritu quebranta?

¿Por qué con tanto esmero cuidó ufano El fresco broche del botón precioso, Si luego entrega al destructor gusano De la entreabierta flor el tallo hermoso?...

No osaré, no, sondear ese misterio, Por más que el alma se entristezca y sufra! Dios es muy grande, poderoso y bueno, Deja que en tí su voluntad se cumpla!

Si es tu suerte sufrir, — sufre y espera, Que la mano de Dios es siempre justa; Y á veces los dolores purifican, Y los placeres son los que atribulan.

Esta verdad en tí miro cumplida: Tras largo tiempo de ominosa lucha, Cada dolor parece que le imprime Una belleza más á tu hermosura.

Noble resignación y fe cristiana La espina embotan del dolor, aguda, Y dan á aquellos que cual tú padecen Una sonrisa para cada angustia!

Mas; ay! perdona si en recuerdos tristes Mi voz la luz de tu natal anubla; Yo quisiera cantar tus alegrías, En vez de condoler tus amarguras.

Mi lira brota acordes deliciosos Cuando la mano del placer la pulsa; Pero al verte sufrir, ronca, insonora, El triste acento del pesar modula.

Cúmplase en ámbos el aciago sino; Hagamos del dolor nuestra fortuna: Dios es muy grande, poderoso y bueno, Su voluntad dejemos que se cumpla!

JULIO ARBOLEDA

À JOSÉ MARÍA TORRES CAICEDO

Musa de la aflicción, viste de luto, Y á darme ven tu más tétrico acento! No es el común tributo De lágrimas, de angustia y sentimiento; No es la pena vulgar de un bién perdido La que hoy debe cantar la lira mía; Enorme, inmensa la desgracia ha sido, Que el golpe aterrador que nos ha herido Con tánta y tán infame alevosía Ni tiene nombre ni medirse puede! Es abismo tán hondo... Que su antro oscuro, sin lintel, sin fondo A todo abismo por su abismo excede! Desventura tán fiera y sin consuelo, Daño tán sin reparo, Que ante las brumas de su inmenso duelo, Ante tánta orfandad y desamparo No hay llanto ni dolor que expresar pueda Esta inmensa amargura Que más y más nuestro infortunio apura! Es que ha muerto Arboleda. Y muerto él... ni áun la esperanza queda!

¡Si parece increible! Ni el más ligero indicio se tenía, Ni el más lejano asomo de sospecha, De la asechanza horrible Que nueva ilustre tumba abrió en Berruecos, Y algo no obstante el alma presentía Que abria al pesar profunda y ancha brecha! El eco de los ecos, Cual si arrastrara el aura de su tumba, Melancólico y vago discurría, Y la doliente voz con que gemía, Y que aun parece que tenaz retumba, Llenó los corazones de agonía. ¡Triste presentimiento! Aun nada se sabía Y en la funebre aurora de aquel día Fué grande y general el desaliento! Ya ninguno tenia Para seguir en la sangrienta lucha Ni voluntad ni fuerza ni ardimiento: Apagada la voz del gran caudillo, Ninguna otra se escucha Que dé à la gloria su esplendente brillo: Como instrumento inútil y pesado Del brazo se caía El arma que el soldado Para salvar la patria sostenía 1.

Todo acabó con él! — Ved cuál se extiende El general y triste abatimiento Que en todo y para todo nos rodea; ¡Tánta inacción hasta al decoro ofende!... Ved cómo se atribula, El que ayer fué valiente en la pelea; Y aquel que rehusó con ardimiento, Casi con saña fiera, Las propuestas de paz, no ya ni tánto

1. La famosa guerrilla de Guasca, tan temida del Dictador colombiano. capituló y entregó sus armas el 12 de noviembre de 1862, á las 2 y media de la tarde; el mismo día y quizá á la misma hora en que nuestro ilustre caudillo fué acribillado á balazos en la montaña de Berruecos. Dos días después entregó también sus armas la guerrilla de Somondozo; el día 20 del mismo mes capitularon las guerrillas del valle de Tensa; y últimamente, el 22 de noviembre depusieron las armas, y se adhirieron á los tratados celebrados en Guasca, las guerrillas del sur del Tolima. — Nota del Autor.

Los arrebatos del orgullo adula: ¡ Vedle también que abate su bandera!... Y ¿ qué ha podido obrar cambio tán raro? ¿Por qué este desamparo, Si como ayer la patria gime esclava?... ¡Responda nuestro llanto! Es que muerto Arboleda, no circula En la nuestra su sangre y hace falta! Que en la legión que con tenaz empeño El pendón de la patria sustentaba Y su honor y sus fueros defendía, Era la suya la figura alta, Era su tipo el singular diseño, Era su voz prestigio y energía!... Pero una vez que ha muerto, Nuestro campo de guerra es un desierlo!

Todo acabó con él!—;Triste homenaje, Y el último también, para el que tuvo En sus robustos hombros suspendida Con gloria, con orgullo, con coraje De esta patria infeliz la honra y la vida! Él su vigor y su esplendor sostuvo, El reanimó su aliento y su esperanza, Él la tornó temida Y capaz de tomar digna venganza! Pero apenas cayó de muerte herido, Como cuerpo sin alma, Del martirio aceptó la cruenta palma Y al pié de su sepulcro se ha dormido.

Todo acabó! — Ninguno le ha esquivado La honra ganada ni el honor debido: Con llantos de pesar le hemos llorado, Con penas de dolor le hemos sentido! Ellos también han hecho por su muerte Todo lo que su muerte merecía: Era valiente, infatigable y fuerte; Orgullo noble y ambición tenía; Títulos suficientes

Para morir cual mueren los valientes! Pero ; ay! sus adversarios, Si muerte digna de su ley le dieron, Mezquinos le negaron los sudarios En que su sangre recoger debieron. El egregio adalid que no lograron Rendir en lucha — ni humillar vencido, Le asecharon cobardes y al descuido Con traicionero golpe le mataron!! Nunca la cobardía Del crimen alcanzó mejor victoria; La gloria de ese día De todos fué la más inmensa gloria! ¡Y es bien digna de aplauso la jornada En que el lëón herido, Por estar desangrado y abatido Deja de causar miedo á la manada! De vencer, sin lidiar, al invencible, Manera peregrina! Pues lidiar y vencerle no es posible, Se emprende otra labor — se le asesina!

¡Y todos en gavilla lo aplaudieron! Y fué tal la importancia que le dieron Al cruento sacrificio; Tánto fué lo obtenido y lo ganado, Que en las calendas fúnebres del vicio No hay servicio mayor que ese servicio Ni otro mejor el crimen ha pagado! Tánta y tán general fué la alegría, Al verse libres de su enorme peso, Que hicieron de los restos regalía Y fueron generosos con exceso. Pero es también que el miedo presentía Como nuestro dolor: — en esa hora De suprema tortura y agonía, Cuando el ilustre mártir sucumbía À los disparos de asechanza aleve; Este pobre soldado De su misma legión, ya mutilado

Por el plomo enemigo
Y hecho un escombro que el vigor no mueve,
Como si indigno fuera del castigo
A que estaba sujeto, fué sacado
De la horrible prisión en que gemía!...
¡Misterio que aun asombra!
¡Triste burla del hado!
¡Contraste sin concierto realizado!
¡La encina arrasan que les hace sombra
Y desprecian el tronco ya quemado!

¡Y mucho más hicieron por su gloria! Ni siquiera un instante, arrepentidos O avergonzados de su crimen, dieron Tregua al odio común; enfurecidos, Echan baldón y lodo en su memoria, Como si el robo que á la gloria hicieron Pidiera más vileza en su victoria. Todo lo suyo ultrajan! Y hasta el fruto precoz de su talento, Sin ver que slores son, villanos ajan. Horrible ceguedad! — Su aturdimiento, Al prisma de la cólera, no halla Nada vedado á su brutal instinto; Todo debe quemarse en la batalla Y en sangre del vencido quedar tinto. Por eso ni aun los cantos de su lira, ¡Que son tán bellos y tan bien trovados! De la salvaje inmolación retira El caudillo feroz que en ellos mira Riegos de luz que deben ser secados.

¡Perdona, oh fama de la patria mía, Si tu desdoro y tu baldón publico; También de esta agonía, Que es de tu afrenta manantial bien rico, Tomo la parte que me toca en suerte, Y al átomo menor de tu vergüenza Prefiriera dormir sueño de muerte! La mano criminal de tus señores Arranca de tus sienes y destrenza El que el genio te dió lauro de flores; Sueñan tal vez en su febril delirio Que tán ricos de gloria nos hallamos, Que hasta la gloria misma en el martirio Como fruto dañoso herir debamos...

¡Cuánto esfuerzo inmortal de aquel talento No rompió el odio bajo su ancha rueda Ó quemó el fuego ó destrozólo el viento!... La gloria de Arboleda, Como gloria maldita, trunca queda!

Ya el héroe sucumbió! — Ya todos pueden Repartirse el botín de los honores: La razón y el derecho inertes queden Hasta que mande Dios tiempos mejores. Como el campo inmortal del pueblo hebreo, La aguerrida legión que le seguía Su aspiración amaine y su deseo, Que en tierra yace su valiente guía Y en la legión no hay otro Macabeo.

¡Así murieron los grandes!
En las quiebras altísimas y oscuras
Que cubren las melenas de los Ándes!
Cavando su sepulcro en las alturas
Dónde no pueda profanar su sombra
Ni aun el ave caudal de altivo vuelo!...
¡Allí hasta el miedo del silencio asombra!
Tumba que está tán cerca ya del cielo,
Que el inmundo gusano
Que se arrastra en el lodo no la alcanza,
Ni con su diente insano
Puede röer la ilustre remembranza
Del que descansa en paz allá en su seno!
Tumba tán escondida y bien guardada
Que no se infiltra en ella ese veneno

De que la tierra está tán empapada!
Esa tumba la cuida un pueblo entero
Que en la lucha tenaz con él luchaba;
La guarda Pasto, el noble compañero
Que en toda lid valiente le ayudaba:
Su alma cristiana... Dios la habrá acogido!
Y si intensos, cruelísimos dolores
Los precursores de su muerte han sido,
Bendigamos su angustia una y mil veces,
Recordando que, en trance parecido,
El Dios de las alturas descendido
Los apuró también hasta las heces!

Bogotá, 1862.

LA SOBERANÍA DE LA MUJER

À MI ESPOSA

Hizo de Dios la omnipotente mano De maravillas mil rico tesoro; Hizo el cielo, la tierra, el Oceano, La grama humilde, el alto sicomoro; Dióle á la luz su rayo soberano Y en bandas mil de cántico sonoro Aves hermosas de pintadas plumas Cruzaron del espacio por las brumas.

Hizo rodar en su brillante coche
Al astro rey, — al luminar del día;
Y á la lánguida antorcha de la noche
La puso allá en la oscuridad sombría; —
De tierna flor en el plegado broche
La gota suspendió que el aura envía,
Y de las ondas bajo el lecho undoso
La perla oculta y el coral precioso.

Vistióle al pez de plata guarnecida Su coraza de escamas; — á la fuente Dióle el murmullo de la voz querida Que sus ecos dilata dulcemente; Puso de verde-claro, luz y vida, De enhiesta palma so la altiva frente; Y hasta al insecto que en la noche brilla Le dió la luz con que á la luz mancilla.

Y todo cuanto hay de grande y bello En la Creación, su mano lo ha criado; Toda luz de sus ojos es destello; Todo sér de su Sér es emanado; A todo puso de su nombre el sello; Y aun de tánta labor no fatigado, Quiso dejar á la Creación su nombre Y fuerte, á imagen suya, formó al hombre.

Y el hombre sué! Su planta de gigante Hizo crujir los ejes de la tierra; Su voz sonora, enérgica y vibrante Todo el poder de un semidios encierra; Su vista audaz, ignísera y radiante Sobrecogida á la Creación aterra: Rey de los seres, de los mundos dueño, Todo ante el hombre se mostró pequeño.

Los soles en sus órbitas giraron; El mundo se abismó; ronco bramido Las fieras en los bosques levantaron; Los volcanes al cielo, en su estallido, Con su lava de fuego salpicaron; Rugió en la mar el viento enfurecido; Nubes de tempestad se desataron Y la sombra del hombre saludaron.

Vedle, allí está. Atónito, abismado, À Dios sus ojos ávidos levanta; De soledad perenne rodëado El bién no ve de maravilla tánta; Sólo, — en la vaga inmensidad lanzado, El labio mudo, extática la planta, El hombre, solitario y peregrino, À explicarse no acierta su destino.

Vedle, allí está. — En su estupor profundo Sólo conoce á Dios, sólo á Él comprende; La llama ardiente que devora al mundo Nada en su yerto corazón enciende; No halla aroma en la flor, y en el fecundo Manantial de bellezas que se extiende Bajo el rico dosel de la esperanza, Nada ve, nada mira, nada alcanza.

« ¿ Qué tiene Adán? » — el Dios se preguntaba, « Árbitro de los mundos ¿ qué desea? »
Y cubierto de asombro le miraba,
Sin voz, sin movimiento, sin idea;
Busto de mármol, Dios le contemplaba
Bajo la higuera que el Edén sombrea:
« ¿ Qué tiene Adán? » — y Adán no respondía,
Y su pregunta Dios le repetía.

Qué tiene Adán? — ¿Por qué bajo su paso Del Paraiso la aromosa alfombra
No se doblega? — El sol que va al Ocaso
¿Por qué le mira inmóvil y se asombra?
¿Quién reprime su voz y ata su brazo?
¿Acaso no es la sombra de mi sombra?...
Adán! Adán! ¿Qué falta á tu destino? »
« — Falta, Señor, la luz para el camino. »

Así respondió Adán; y Dios mirando Bañada en rica luz su faz llorosa, Llegó á pensar, de su labor dudando, Cómo ofrecer á Adán luz más hermosa; Y al fin, su último esfuerzo superando, Un átomo sopló, y esplendorosa, Coronada de luz, alzó galana À la mujer del mundo soberana!

Vedla, allí está. — De estrellas circüida, Candorosa y gentil, graciosa y bella, Brillan sobre su faz soles de vida, Que en el sol de su faz eclipsa ella: Juega en sus labios de carmín, perdida, Sonrisa hermosa que su amor destella: Sobre el marfil de su divino cuello Vaga flotando al viento su cabello!

Adán la ve de luces coronada,
Entre albores de grana y de topacio;
Y á la luz que despide su mirada
Comprende y ve los mundos del espacio;
Loco de admiración vuela á su amada
Y le ofrece de amor rico palacio:
« Cuánta luz! — Cuánta luz! » dijo, exclamando,
Y á la mujer absorto contemplando.

El mismo Dios con paternal ternura
Vió su hechura final: — era completa!
En ella puso en flor toda hermosura,
Más que como Criador como poeta;
Y Adán al ver la nueva criatura
Cayó de hinojos; y su vista inquieta
Con tan rara expresión la contemplaba
Que amiga, hermana, esposa la llamaba!

Innúmeras estrellas asomaron Sobre el palio turquí de terciopelo; Con sus cantos las aves remedaron La sonrisa feliz que daba el cielo; Las flores sus aromas exhalaron, Á los besos del céfiro, en el suelo; Metëoros de luz se descolgaron Y á la Reina del mundo coronaron!

Eva, Eva gentil, tu hermoso nombre Se pronuncia á través de las edades Con respeto y amor! Primera religión que tuvo el hombre, Encarnación de todas las verdades, Luz de eterno esplendor!

Adán, Adán, — él de los hombres Padre, Á tí, Mujer, de las mujeres Madre, Su Reina te llamó: Soberana del mundo y del espacio Te vistió su poder y en su palacio Reina te proclamó.

Y han pasado por siglos las edades Y de ellas á través tu hermoso nombre Soberano se ve:

Ante él se inclina reverente el hombre Y adora en tí, Verdad de las verdades, La huella de tu pié!

Y de entonces acá Reina del mundo, Por dos opuestos genios inspirada, Ángel del Bién nos alza su morada, Ángel del Mal nos hunde su poder.

El hombre mismo, miserable arista Que de su hálito en pos divaga errante, Él, rey de los reyes, proclamó triunfante Soberana del mundo á la mujer!

Esos que el mundo atónito contempla Hechos que el hombre se disputa altivo, ¿Qué son mirados bajo el fuego vivo Que de su gloria reverbera en pos?

Rudo eslabón que la mujer al hombre En su cadena de vasallo agrega, Ramas que con su aliento ella doblega, Brazos que mueve el eco de su voz.

A través de la lágrima que arranca La dura pena que el dolor evoca, Tras de la risa que el placer provoca, Tras de la Gloria — del Poder detrás, La forma seductora se dibuja De esa preciosa Reina y Soberana Que, como impulso de la fuerza humana, Lo mueve todo, sin ceder jamás.

Lanza à las aguas amorosa madre Sobre bajel de mimbre al hijo amado, Al ver que por monarca despiadado À muerte injusta condenado es;

Mas del monarca la preciosa hija Mira al infante náufrago, y valiente Lo quita del rigor de la corriente... Y ese niño salvado fué Moisés!

Sin la mano del angel, sin su esfuerzo ¿Qué hubiera sido del ungido sabio, De cuyo firme, edificante labio Partió entre luz la ley del Sinaí?

¿ Qué hubiera sido del valiente atleta Que dió à su pueblo de su gloria el fruto, De aquel que el Rojo mar pasara enjuto Con su innúmero ejército tras sí?

De aquél que con su mágica varilla La roca del desierto, árida y fuerte, En vivo y rico manantial convierte Y anega con sus aguas la extensión?

Tu onda irritada ; oh Nilo! me responda; Responda, Faraón, tu ley tirana!... ¡Gracias á tí, Termútis soberana, De noble y grande y bello corazón!

El vanidoso ejército de Asíria Su cerco impone al pueblo bethuliano, Y Holofernes, caudillo del tirano, Su extermio total jura feroz: Vencida estaba la infeliz Bethulia, Exánime su aliento decaía, De hambre y de sed su pueblo perecía, Nadie escuchaba su doliente voz;

Rendida ante el esfuerzo, su bandera À arrollar iba humilde ante su suerte, Cuando un ángel con voz sonora y fuerte « ¡Bethulia es libre! » al mundo le anunció.

Era Judith! — Su mano ensangrentada Levantó con estöica fiereza, Y del fiero Holofernes la cabeza Al asombrado pueblo señaló!

Milton, Camöens, Pindaro y Homero Duermen bajo los lauros de la Gloria: Es inmortal de cada cual la historia, De cada cual espléndida la luz.

Y allí con ellos, bajo iguales lauros, Safo, la ardiente Safo está dormida, Y allí también de gloria circüida Está Santa Teresa de Jesús.

Y DANTE ALIGHIERI, el inspirado bardo Que el aire comprimió con su armonía, El que inundó de luz y poesía Los ámbitos de Italia la feliz;

Vivido hubiera con su oscuro nombre, Dormido hubiera del olvido en brazos, Roto hubiera su lira en mil pedazos Si no te ve, romántica Bratriz.

Petrarca — el grande, el inmortal Petrarca Que ganó con sus cantos tánta gloria ¿ Qué fuera de su nombre y de su historia Sin la luz de su Laura y sin su amor? Y el pobre Tasso! — El genio delirante, ¿Cómo hubiera cantado en su clausura? Bardo infeliz! — Su plácida dulzura Fué bebida en los labios de Eleonon!

Rompe al acaso el genovés marino
De ignoto mar la no tocada espuma
Y de occidente por la densa bruma
Va en busca de otro mundo... y lo halla él!

Y ese portento que á la ciencia asombra; Obra gigante, — la creación del hombre, Lleva detrás la cifra de tu nombre, Reina inmortal, católica Isabel!

Marat, la nube negra que vomita Sobre el undoso Sena sangre y llanto; Marat, Marat — el genio del espanto, Cuchilla y pensamiento del Terror;

Coloso que de Francia envilecida Bajo su planta pisa el noble cuello; Que la invita al festín de su degüello De la campana al són aterrador;

Marat contempla con feroz sonrisa Al pueblo valeroso bajo el yugo, Goza al mirar el tajo del verdugo Gastado sobre el yunque funeral;

Mas el demonio del Terror, al cabo, Oyó sonar de la expiación la hora Al golpe de una mano redentora, De Carlota Corday bajo el puñal.

De la virgen América en las selvas, Sobre charca de sangre reclinado Está Morillo, bárbaro soldado, Viendo caer tras uno el otro sol; Y no brilló uno solo cuya lumbre El poste de un cadalso no alumbrara; Oh! ninguno brilló que no oreara Sangre que derramaba ese español.

Allí de una mujer predestinada Fué el glorioso martirio. — Valerosa Su noble sangre, ofrenda generosa, En aras de la Patria derramó.

Murió sobre el cadalso!... Ay! yo quisiera Tener de Byron la expresión y el arpa, Para llevar tu nombre, Policarpa, Más allá de este mundo en que brilló!

El ángel valeroso del suicidio, De abnegación en la suprema hora, Ve en su mano la mecha aterradora, Y la pólvora, entraña del volcán.

« Viva la Patria! » dijo, y sonó el trueno! RICAURTE fué: — Su gloria está cumplida! Mas es fama que un nombre en despedida En los pliegues guardó del huracán.

Hosanna à la mujer! — Augusto nombre Que aclama de los mares el murmullo, La modesta paloma con su arrullo, Con su perfume la brillante flor:

La cifra de su nombre está grabada Por la mano de Dios en lo creado: Hosanna á la mujer! — Nombre sagrado Que inspira encanto, adoración, amor.

¿Quién no acata tu nombre prosternado, Sol de los soles, — luz de toda estrella? ¿Quién no ve de su paso ante la huella El rastro que ha dejado tu poder? ¿Quién no siente tu influjo irresistible ¿Quién en tu resplandor no se ha quemado? El hombre, el hombre altivo ha proclamado Soberana del mundo á la mujer!

Nada su influjo desconoce, — todo Irradia con la luz de su mirada; Bella creación á la Creación lanzada Como prenda final de perfección.

Todo se inclina ante su paso, — todo Se humilla ante esa sombra que tirana Grande y Señora y Reina y Soberana Recibe de la tierra adoración!

Y del cielo también! — En su ancho espacio De una Reina inmortal se ven las huellas; Allí su trono está... trono de estrellas, Cubierto por un místico dosel.

Los ángeles la guardan de rodillas, Las virgenes en coro la rodean, Los astros en su frente centellean Y los mundos le sirven de escabel!

Esa hermosa mujer, Reina y Señora, Coronada de luz y pedrería, Es la gentil, purísima María, La modesta pastora de Belén.

En cielo y tierra su poder se acata Del Hombre-Dios hasta el impuro hombre; Lluvia de redención brota su nombre Y luz y paz y bendición también!

EL DIA DE DIFUNTOS

A. JOSÉ MANUBL MARROQUÍN

Mundo, suspende un momento
La alegría que te ufana;
Oye la triste campana
Que gime en triste lamento;
Es el cristiano memento
Con que la Iglesia afligida
À la fiesta nos convida
En la mansión de los muertos,
Que hoy á esta vida despiertos
Muestran la luz de otra vida.

Es la fiesta funeral,
En la que podemos ver
Los átomos del placer
Sobre el ara sepulcral:
Allí, en su carro triunfal,
Con diadema en la cabeza,
Hundida en tierra la alteza
Del mundanal poderío,
Entre polvo sucio y frío
Está la humana grandeza.

Allí está la vanidad Con el manto corroído: Allí está opaco y dormido El sol de la mocedad: La pudorosa beldad Sueña allí con sus amores, No tiene galas ni flores, Pero casta y virtüosa Coronan su santa fosa Celestiales resplandores.

Allí el libre pensador,
Cobarde y amedrentado,
Piensa en lo que no ha pensado,
Y se inclina ante el Creador:
Allí está el Conquistador
De su gloria en los dinteles;
Hoy sus conquistas crüeles
En preces piadosas trueca,
Porque ve que no se seca
La sangre de sus laureles.

Con su careta en la mano
El hipócrita allí está;
Su artificio no obra ya
En el carnaval mundano:
Allí el presuntuoso vano,
Luz tomando en el abismo,
Rasga su fe de bautismo
Y la clara ejecutoria
Que escribió con vanagloria
En honra y prez de sí mismo.

El claro ingenio, el talento,
Bajo un dosel de coronas,
Renace y vive en las zonas
De espíritu y pensamiento;
Allí encuentra el elemento
Para su inmortalidad:
Idealismo, vaguedad,
Y al límite del camino
Ese misterio divino
Que encierra la Eternidad.

Las reinas del sentimiento,
De tánto sentir gastadas,
Están allí reclinadas
Sobre lechos de tormento:
Allí el arrepentimiento
De inexperta mocedad
Dá sombra á la liviandad
Que cedió al oro del vicio
Y desciende á un precipicio
De inmensa profundidad.

¡Pobre humanidad! — Escucha
Los dobles de esa campana;
Son de la máscara humana
Las miserias con que lucha:
Es mucha pobreza, mucha!
La del humano linaje;
Afrentoso el vasallaje
De espanto y desolación
Que le impone al corazón
Tánto fúnebre oleaje!

Y la humanidad no cede
Y la lucha continúa,
Y el espíritu fluctúa,
Ni avanza ni retrocede:
Pobre la razon: — No puede
Combatir en lucha igual;
No tiene el juicio cabal;
Es arma tan incompleta
Que hace con sus glorias grieta
En su propio antemural!

Inclinémonos! — La muerte En sus orbes de ceniza La impotencia patentiza Del vano espíritu fuerte; Ella inexorable advierte Un toda rebeide ciencia Vencida calla en presencia De la sabia ley de Dios, Cuya luz camina en pos De su santa camipotencia!

Manda orar. y orar debemos;
Ante su voz inclinemos
La necia soberbia humana:
Ayer, y hoy. y mañana
Son términos de una edad,
En que la santa verdad
De nuestro humano destino
Rompe el secreto divino
Que encierra la Eternidad!

Bergerts, 1972.

EN EL LICEO GRANADINO

á josk joaquin ortiz

Canten otros la gloria que alcanzaron Los mártires de Julio! — Redentores Que á los pueblos de América legaron Las de su historia páginas mejores! Canten otros su sangre generosa Sobre infames cadalsos derramada, Que el sol de julio con su luz preciosa La muestra al pueblo solamente oreada; Sangre que no se seca temerosa De ser por los ingratos olvidada.

Otros mejor que yo, con voz más fuerte, Cantarán la epopeya de esos nombres Tomados de la losa de la muerte: La historia contarán de aquellos hombres Que « libertad ó muerte » proclamaron, Que de su lema en pos la lid abrieron, Que en cien sangrientos campos batallaron, Que muchos en la lucha perecieron, Y aquellos que la vida conservaron La patria libre, independiente hicieron.

Canten otros, no yo, los hechos grandes De esa raza gigante de leones Que al ibero león sobre los Ándes En su jaula de acero á las naciones Lo mostraron humilde y abatido, Con el pendón de su poder plegado. Coronado león que murió herido Bajo la garra del condor osado; Rey orgulloso que á los piés rendido Se vió de un pueblo de sufrir cansado!

Yo cantaré los bienes adquiridos, Rico botín de aquella lid sangrienta, El iris que alumbró tras la tormenta, Los hurras que apagaron los gemidos. La lucha no fué estéril: — Redimidos Han sido ya de esclavitud odiosa Los hijos de esa raza valerosa Que « libertad ó muerte » proclamando, Libertad en la muerte halló luchando, O, dando muerte, libertad gloriosa.

Védnos aquí poniendo la primera
Piedra preciosa del augusto templo,
Donde á la luz avara del ejemplo
La luz de los ingenios reverbera:
Noble palenque de una lucha austera,
Liza dónde la sangre no se vierte,
Bello combate que no causa muerte,
Lid que en vez de matar dá nueva vida,
Campo en que salen de laurel ceñida
La frente débil, — la cabeza fuerte.

Los ingenios que alli batallarán
Y en tan recio fragor ganarán gloria,
Y los mismos vencidos la victoria
Con la palma inmortal coronarán!
El choque será airado: — La embestida
Cruda, terrible, enérgica, tenaz;
No habrá cuartel en esta lid reñida
Ni compasión del vencedor audaz;
Pero será una guerra bendecida
En los santos altares de la paz!

¡Cuánto no brindan de sublime y grande, Al talento inspirado que batalla Estos altivos Ándes donde estalla La majestad agreste del volcán! ¡Cuánto no ofrece á la inquietud del genio Esta rebelde, erial naturaleza Que alumbra con el rayo su belleza Y peina su melena al huracán!

Estos grandes veneros que atesoran Cuanto hay valioso en la ambición humana, Joyas que puso Dios por ver galana À la reina gentil de su Creación: Esta rica corona que en su frente La América feliz tiene ceñida, Es un raudal de luz que nos convida A tomar en su fuente inspiración!

Esa luz misma de ese sol de julio
Que una terrible tempestad recuerda,
¿No hace vibrar la más sonora cuerda
Del arpa que cantó la Libertad?
El esfuerzo, la gloria y el martirio
De esa generación robusta y brava
Que tornó en libre la nación esclava,
¿No entusiasma esas liras? — Sí, cantad!

Cantad, poetas, al caudillo egregio Que el milagro imitó de Bethanía; Al que abatió la hispana tiranía Y el santo pan de libertad nos dió! Cantad, poetas, de RICAURTE el héroe La sin igual espléndida jornada; Decidnos en qué estrella está guardada La ceniza que el trueno arrebató!

Decidnos qué pensó sobre el cadalso La Carlota inmortal de nuestro suelo: Alma templada, desdeñó el consuelo, Corazón de mujer, supo morir! Sufrió el martirio y afrontó el cadalso, No con valor, con risa desdeñosa; La libertad del pueblo valerosa, A la excelsa mansión subió á pedir.

Cantad, poetas, en la tumba humilde Del gran Las Casas, eremita santo; Y no olvidéis honrar en vuestro canto Su santa, su evangélica misión: Dulce y sensible amigo de las gentes Que del indiano mundo eran señores, Les dió consuelo en todos sus dolores, Tuvo de su infortunio compasión.

Y el nauta genovés en vuestras liras Sol esplendente de esos soles sea; Él, segundo Creador, un mundo crea; Él, semi-dios, protege su creación: En su senda de gloria y de martirio Fué redentor y tuvo su calvario, El mapa Occidental fué su sudario, Murió en la cruz y se llamó Colón.

Cantad, poetas, y pintad, pintores, La preciosa región que por herencia La bondad y la suma omnipotencia Del Hacedor del mundo nos legó: Breñas y montes, valles y collados, Mansos arroyos y soberbios mares, Fragantes flores, ceibas seculares Y mil prodigios más que aquí sembró!

Cantad al pajarillo que incansable Vuela de flor en flor en nuestro prado: La parda alondra, el toche naranjado Y el trovador feliz, — nuestro turpial: Cantad la majestad de nuestros ríos, Anchas arterias por do quieta ondula La corriente de sangre que circula Con la sávia del mangle y del zarzal.

Cantad la faja indefinible y varia
De topacio y azul, de oro y de grana
Con que la aurora pinta y engalana
El rico manto que le envidia el sol;
Contadnos ó pintad nuestro horizonte,
Que no es como el común vago celaje:
Palio de plumas, ceñidor de encaje,
Eterna primavera en arrebol!

Cantad, poetas, y pintad, pintores, La gacela vivaz que duerme echada En la falda de riscos tapizada Que al pié del viejo Monserrate está: El trueno audaz que del oscuro vórtice Vomita bramador el Tequendama: Trenza de plata que rodó en la grama Y en el abismo su hilo destrenzó

Cantad, poetas, y pintad, pintores,
De este admirable edén la obra galana,
La hija del sol, — la hermosa americana
De negros ojos y morena tez:
Cantadnos ó pintad á nuestras bellas...
Una siquiera, — la que adora el alma!
Contempladla á la sombra de una palma,
Su frescura eclipsando y su altivez!

Una siquiera, sí! — Próvida y buena, En todas puso Dios tánta belleza Que suma igual de encanto y gentileza Podéis en una ó todas encontrar: Mezcla preciosa de árabe y hebreo, Son de un molde común típica hechura: La Eva de Adán nos copia su hermosura, La hija de Nazaret su castidad! Reinas del genio para el genio viven,
Para él coronas y sonrisas guardan;
Nada les falta: — los esfuerzos tardan;
Poëtas y pintores comenzad!
Un soberano impulso y arda el genio!
Bellos modelos nuestro mundo ofrece;
La América es muy rica y resplandece
Opulenta de vida y majestad!

Entrad resueltos de la gloria al campo, Dónde, no sangre, sino luz derrama La recia lid: — Alzad vuestra oriflama, Con ella entrad de la victoria en pos! Ánimo, juventud! — En vuestros pechos Arda del porvenir la ardiente llama; Llenaos de gloria, sí, llenaos de fama Y corona inmortal os guarde Dios!

Bogotá, 1856.

Á MI MADRE

AL RECIBIR LA NOTICIA DE SU MUERTE

Todo está consumado! — Ya la suerte,
Batiendo sobre tí su ala de muerte,
Completó mi orfandad!
Los dos séres que el sér me dispensaron,
Cansados de sufrir ¡ay! se ocultaron
En la honda Eternidad!

Madre, yo estaba de tu hogar tan léjos,
Tan distante de tí, que los reflejos
De tu Ocaso no ví!
Tu postrer estertor, tu último aliento
No hallaron aire ni amistoso viento
Que los trajera aquí!

Aquí solo llegó la letra muerta
Que dijo á mi dolor: « Alza, despierta,
Ya tienes que llorar:
Una tumba tus lágrimas reclama,
Está cubierta de menuda rama,
A orillas de la mar! »

Y desatóse mi dolor en llanto;
Y he llorado por tí tánto, sí, tánto!
Que el llanto se agotó;
Seca la fuente del amargo duelo,
Junté las manos para orar al cielo,
Y el cielo me escuchó.

Porque vino hácia mí con faz llorosa.

Mi dulce compañera y amorosa,

Partiendo su alma en dos:

Llora, me dijo, tánto amor perdido;

Pero no eches en rebelde olvido

La santa ley de Dios.

No siempre es el dolor fuente de pena:
Ella fué justa y religiosa y buena....
En el cielo estará:
No acibaremos con egoista llanto
Esa dulce quietud, que, en sueño santo,
Allá disfrutará.

¿Por qué llorar un porvenir ganado? ¿Por qué llorar un bién inapreciado? Dime, mi bién, ¿ por qué? Ella al ver nuestro rudo desconsuelo, Este egoismo mísero del suelo Con amargura ve!»

Y entrelazó sus brazos en mi cuello, Y un aluvión de lágrimas el sello De su entereza fué!... Sin embargo, de entonces resignado Los sollozos de duelo he sofocado, Y mi llanto enjugué!

Bogotá, 1869.

¿POR QUÉ TE V#S?

Á JESÚS BUITRAGO

Dime, ¿por qué te vas? — ¿Por qué abandonas La patria selva y el nativo hogar? ¿Qué le pides al mundo? — ¿Qué ambicionas? ¿No te damos aplausos y coronas?... ¿Por qué nos dejas, pues, por qué te vas?

Dime, ¿por qué te vas?... ¿De extraño suelo Por qué el duro rigor vas á probar? ¿No hay luz bastante en el nativo cielo? ¿Sientes estrecha para alzar tu vuelo Nuestra inmensa región?... ¿Por qué te vas?

Del ruiseñor el canto melodioso ¿Será mejor que el canto del turpial?... Si á tu noble ambición modelo hermoso, El jardín de la América lujoso Le ofrece en profusión, ¿ por qué te vas?

Ay! te comprendo, sí! —Ya no es bastante, Para saciar tu noble aspiración, El armónico són del aura errante, Ni el cielo hermoso ni el ardiente sol:

Ya no es bastante el eco del torrente, Del Tequendama la atronante voz, Ni el murmullo sonoro de la fuente Ni el roce de una flor con otra flor: Ya no te inspira la canción lejana Que entona allá en la selva el cazador, Ni el peregrino, inimitable hosanna Con que saluda la Creación á Dios...

Esto no basta ya! — Ya tu alma ardiente Busca anhelosa más fecunda fuente Donde beber la luz, la inspiración!... Las borrascas del mar — su onda gigante, Del huracán la tromba amenazante, Bramidos del atlántico león!...

La luz del rayo en el oscuro seno
Donde se inflama, al retumbar del trueno,
Abismo de tiniebla y tempestad!
Eterno movimiento, eterna lucha,
Medrosa escena donde el hombre escucha
Y comprende de Dios la majestad!

Sentir el alma de terror transida, Ver entre brumas oscilar la vida, Al arrullo dormir del huracán!... Y, á imagen de los sueños de este mundo, En el eterno vórtice profundo, Olas mirar que nunca volverán!

Y á orillas del abismo y de la muerte, Templar la cuerda más sonora y fuerte Y á tántas voces imitar la voz!... Anhelo noble, — inspiración valiente De todo aquel que como tú se siente Movido por el genio, dón de Dios!

Ay! te comprendo, sí! — Quieres mirarte En más ancho horizonte, y solazarte En los mundos de Verdi y de Mozart!... Gozar de las dulzuras de Rossini Y la cuerda inmortal de Paganini Con la emoción del genio contemplar! Y ver de Armida la sonrisa hermosa, Y de Norma la voz impetüosa Con que expresa los celos de su amor; Y el eco de Moisés severo, airado, Al ofrecer al pueblo atribulado, Entre rayos de luz, la ley de Dios!

Y al oir del *Pirata* airado acento, Austero y grave cual la voz del viento Que en alta mar su nave destrozó; Y el ay! supremo de indecible pena Que al pié de su cadalso *Ana Bolena* Entre horribles tormentos exhaló!

Y de Bellini, admiración del arte, Humilde ante la tumba prosternarte, Como al pié de su Dios un serafin; Y en recuerdo del genio que te abona Arrancar una flor de su corona Para adornar la tumba de Guarin!

Ay! te comprendo, sí! — Márchate, artista Tu noble aspiración proteja el cielo; De Dios la mano y su bondad te asista De clima extraño en el ajeno suelo; Para tu patria y para tí conquista Un nombre digno de tu ardiente anhelo! Europa te dará lo que ambicionas: América, al volver, sus mil coronas.

Bogotá, 1856.

BIENVENIDA

À JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALBA

Bienvenido seais a nuestro suelo,
Noble español! La tierra colombiana
Guarda en sus campos paz, luz en su cielo,
Y en cada corazón filial hossanna
Para acoger con amoroso celo
Á todo hijo de la tierra hispana;
La que otro tiempo fué campo de guerra
Hoy sólo amor, benevolencia encierra.

Y debe ser así. Tras recia lucha, Cuando cesa el estruendo del combate, Sólo una voz el corazón escucha, Por sólo un noble sentimiento late; Que aunque vertida fuera sangre mucha, Ese mismo desangre la ira abate; Y nunca son mejores los amigos Que cuando han sido francos enemigos.

La tierra que pisais, común osario De la sangrienta lid, guarda amorosa En fraternal y quieto santuario La sangre derramada; aquí reposa, Cual en túmulo inmenso funerario, El polvo de una raza valerosa: Pisadla con respeto, que la nuestra Está mezclada con la sangre vuestra.

Bienvenido seáis! Ya el trueno airado De aquel recio huracán perdió su aliento; Nuestro común amor lo ha sofocado, Murió al impulso de contrario viento; El pueblo colombiano alborozado Vuestro saludo acoge, y su contento Se descubre en los *hurras* populares Con que aplaude, señor, vuestros cantares.

Y debe ser así. Ve en vuestras manos, En vez de un arcabuz, lira sonora; Mensajero no sóis de los tiranos Que nos trajeron guerra asoladora; No sólo amigos, nos llamáis hermanos, Y nos dáis un afecto que enamora!... Por eso halláis amor franco y sencillo En este pueblo que oprimió Morillo.

Bienvenido seáis! Inmensa fama
Podéis ganar en esta patria mía;
Inexplorado campo que derrama
Riquísimo raudal de poesía...
Aquí la mente del cantor se inflama
Ante tántos tesoros de armonía...
Si así en nosotros la emoción se inquieta,
Qué no pasará en vos, noble poeta!

Templad la diestra lira que ha cantado Del edén andaluz los mil primores, Y consagrad un canto enamorado A este jardín de primorosas flores. Aquí hallaréis también, limpio, estrellado, Vuestro cielo turquí, rico en colores; El mismo sol, los mismos arreboles Que enaltecen los cantos españoles.

Cantad nuestras leyendas, que el olvido À eterno sueño en su crueldad condena; Dadles en vuestros versos colorido, Prestadles esplendor ante la escena; Reluzcan para el pueblo inadvertido Tántos diamantes que arrojó en la arena... Decidnos lo que somos, lo que fuimos, Y cuánto vale el mundo en que vivimos. Eso podéis hacer, y vuestra obra
Bendecida será de un pueblo entero:
Valor, poder, inspiración os sobra,
Es anchísimo y fácil el sendero;
No habrá obstáculo alguno, ni zozobra
Que no domine vuestro aliento ibero...
Tomad la lira en vuestra diestra mano,
Y que asombre su acento soberano!

Aquí hallaréis en profusión hermosa Bellezas mil que esperan vuestro canto, Que la mano de Dios fué generosa Al dar á esta región prodigio tanto... Naturaleza rica, esplendorosa, Con un primaveral, eterno manto, Dónde ostentan sus galas y primores Piedras preciosas y silvestres flores.

Mirad sobre el perfil de la montaña, Cabe robusta encina, á la palmera, Cuyo verde penacho de luz baña El rojo sol que en nuestra zona impera; Ved en el llano la flotante caña Que el fresco riego de la noche espera, Y el manso lago de luciente plata Dónde la luna su alba luz retrata.

Avanzad más allá. — La selva espesa

Os mostrará también su galanura;
Hermosura salvaje que interesa,
Como interesa siempre la hermosura:
Allí veréis en su ramaje presa,
Entonando mil cantos de dulzura,
A esa turba gentil, rica en colores,
De turpiales y lindos ruiseñores.

Seguid más adelante. — Altivas breñas. Nido feliz del águila orgullosa, Os mostrarán entre sus calvas peñas La esmaltada y voluble mariposa; Encontraréis alli frescas, risueñas Las palmas de la agreste zarza-rosa; Que en nuestro hermoso suelo hasta la piedra Produce alguna flor en vez de hiedra.

Las dilatadas playas de los mares Que sirven á mi patria de contorno, Tienen galas marinas á millares, Pintados caracoles por adorno. Bien merecen, señor, vuestros cantares, Siquiera en prenda de feliz retorno; Siquiera porque son las que pisaron Los que al Padre Colón acompañaron.

También de admiración os pide un canto Nuestro Niágara undoso, el Tequendama: Los colores del íris son su manto, El ronco trueno en sus acentos brama; Es un precioso horror con faz de encanto, Es un bello, espantoso panorama Que arroba, abisma, y nuestra vista asedia... Ganáos la gloria vos de ser su Heredia!

Y por encima de grandeza tánta,
Teniendo por dosel tánta hermosura,
La dama colombiana se levanta,
Opulenta de gracias y frescura!
Cantad su majestad, que así se canta
La única reina de una estirpe pura;
Y decid á las damas españolas
Que en virtud y belleza no son solas.

Templad la lira, que ocasión y objeto À más egregio canto no harán falta; Y os llenaréis de fama, lo prometo, Porque sé que la empresa es grande y alta... Nosotros ahogaremos con respeto La insensata ambición que nos exalta; Y al ver cantada nuestra hermosa historia Creeremos nuestra vuestra inmensa gloria.

VACILACIONES

A JUAN DE S. MARTÍNEZ

Aquí me tienes como Cristo estuvo, Crucificado y muerto entre ladrones; Si él su divina majestad sostuvo, Yo al fin sucumbo, hablándote en doblones.

Pero ni en chanza vayas á idearte Que se trate de Géstas ni de Dímas; Busca el símil cristiano en otra parte, Mi Gólgota y Calvario en otros climas.

Vuelve la vista, y á mi diestra mira La figura gentil de Filomena, Y á mi siniestra la sin par Elvira; Aquella rubia, — la de acá morena.

Allí el azul del mar riela en los ojos; Acá dos chispas del infierno abrasan: La rubia trenza, — auríferos manojos Que ante el negro vellón brillantes pasan.

El oro y tul! — Combinación divina, Si es que pudiera haber combinación! Pero es el caso que la suerte indina Puso cada elemento en su región.

No he podido jamás la razón darme De ese egoismo estúpido de amor Que permite de dos enamorarme Y que á la vez me impide amar á dos: No he podido explicarme qué misterio Tiene en su letra del amor la ley, Que hace á los hombres reyes de su imperio Y reina sólo á la mujer del rey.

Si es el amor de estirpe soberana, Si es luz y fuego y rayo en realidad, ¿Por qué sumiso ante la ley humana Esclaviza su altiva majestad?

Si es la fuente del bién una belleza, ¿Por qué dos han de ser fuente de mal? Si amar à una es de virtud proeza, ¿Por qué el amar à dos es criminal?

¡Raro misterio es el del bién amante Que, uniendo bienes, no dá en suma bién! Ante la ley de amor, agonizante La ciencia de los números también!

Mírame, si no, a mí! — De mi calvario Acepto y pido la amorosa cruz; Me ofrezco al sacrificio voluntario; Quiero morir por la salud común;

Y cual si fuera escoria de la escoria, Pozo de crimen, gérmen de maldad, Léjos de darme como a Cristo gloria, Me acrimina cruel la sociedad!

Aquí en promedio de las dos estoy, Centro de una incompleta Trinidad: Ni el Padre Eterno, ni el Espíritu soy, Tampoco el Hijo, mi querido Juán.

Ambas levantan su estatura enhiesta Como dos palmas de agareno harén; Senos turgentes donde Amor se apresta A dar batallas y á vencer también. Si hablamos de las manos...; Oh, qué manos!
Si hablamos de los piés...; Gran Dios, qué piés!...
No hay redención! — Triunfaron los tiranos,
Y la víctima inulta yo seré!

Gracia, belleza, donosura... todo!
Todo lo tienen con encanto, sí!...
No hallo manera, ni presiento el modo
De poder de las dos una elegir!

Elegir!... No concibo que se pueda! No es dable, no es posible el elegir! Vengan Caro, González y Arboleda, Vengan Caicedo, Marroquín y Ortiz!

Vengan y ocupen el suplicio egregio Que tortura mi pobre humanidad! Que no basta encontrar cadalso regio Para hacer del suplicio majestad.

Vengan aquí, — que Elvira y Filomena, Escilas y Caribdis de esta edad, Han puesto á la elección venda tan llena Que al pensar ver mejor más ciega está.

Lo que es por mí, — ni elijo ni lo quiero; Lo que quieran de mí que hagan las dos: Si una sola me dan... esa prefiero; Pero elegirla yo... líbreme Dios!

Antioquía, 1846.

EL TERREMOTO DE CÚCUTA

À ARISTIDES GARCÍA HERREROS

No es daño — no es desgracia — no es catástrofe; Tampoco es cataclismo. — La palabra Que reclama ese mónstruo de infortunios, No la encuentro en la lengua castellana.

Un pueblo... no era un pueblo! — Muchos pueblos, De vida, más que vida, disfrutaban; Exhorbitante plenitud de goces Era el rico caudal de esas comarcas.

Minoraba el rigor de sus faenas La luz de la salud, vigor del alma; Y entre el placer, prestigio de la vida, Y la labor, placer de la constancia,

Pasaban, de uno en otro, no sus días Sino los años que su edad contaba, Al grato susurrar de sus arroyos, Y á los rumores dulces de sus palmas.

Era un Edén tendido en la planicie Que el Catatumbo y Pamplonita bañan, Cuya hermosa melena de verdura Adornaba de aljófares el Táchira.

Era la Ondina cuyo hermoso cuello Con sus perlas el Zulia engalanaba; Mansa gacela que al amor dormía De la alta sierra en la florida falda. Pueblo de pueblos que su pan comía Á la sombra del sol de las labranzas, Haciendo gala de sus blandas risas, De rico bienestar haciendo gala.

Vida que tantas vidas resumía, Alma que daba aliento á tántas almas, Era una zona, gala de esta zona. Que es de la zona tórrida una gala.

Pero la muerte... No! — no ha sido una, Que el poder de una sola no bastaba; Cayeron á dar muerte á tánta vida Las muertes todas que la Muerte guarda!

Ellas movieron en el valle hermoso Todo el fuego prensado en sus entrañas, Y corriendo la llama á los volcanes Hízose mar de furibunda lava!...

Lo que pasó... no puede describirse! Excede á la expresión lo que pasara!... Fué un instante no más! — Fué un solo grito! Un estertor común!... — Silencio y calma!

Los pueblos todos del inmenso valle Yacen por tierra, — y aun la tierra falta! La inmensa pesadumbre de sus ruinas Todo!... hasta el eco funeral apaga!

Los que mirar pudieron el abismo Por dos veces sondaron sus gargantas, Que es ménos mal morir de un solo golpe Que dar la vida en ansias tras de ansias!

Morir, en el que exánime se duerme Bajo las olas de betún y llamas! Morir, en el que clama y agoniza Bajo el pesado escombro de su estancia! Eso es morir, por una muchas veces, Es exhalar, por una, muchas almas; Eso no tiene nombre ni medida En la inmensa creación de las desgracias!

Por eso al maliciar lo que ha pasado En tan risueños valles de la patria; Al idear las tristes hecatombes Que no podemos ni áun llorar con lágrimas;

Al presentir la masa de infortunios Que ha hecho de pueblos su sangrienta masa; Al columbrar la capa de dolores Que á ese inmenso dolor sirve de capa;

Considero pequeño este gran duelo Que ofrezco atribulado á tántas almas, Y alzo mis ojos al Criador del mundo, Y exclamo con fervor: « Él las ampara! »

Bogotá, 1875.

AL MAGDALENA

A MANUBL MARÍA MADIRDO

Salud, mi viejo amigo! — Veinte años
Ausente de tus playas he vivido,
Y en ellos tántos cambios he sufrido
Que soy otro en aspecto y en edad.
Imágen de tu rápida corriente
Que al mar tántos raudales ha llevado,
En el mar de la vida yo he dejado

La savia de mi fresca mocedad.

Esa edad de mi ausencia, se ha teñido En ambos con iguales impresiones: Vientos contrarios, rudos aluviones, Flujo y reflujo, calma y tempestad.

Unas veces rizando nuestras ondas El tenue vientecillo de la aurora, Otras domando tromba aterradora, Fúnebre voz de horrible adversidad.

El color de tus aguas, — esos bosques Que se elevan gigantes entre brumas, Tus movibles arenas, tus espumas, De tus tardes el límpido arrebol;

Esos huéspedes fieros que en tu orilla Miedo y pavor inspiran à las gentes, De tus cién tributarios los torrentes, El abrumante infierno de tu sol; Todo remeda de esos veinte años El raudo torbellino: — mi amargura Es el pardo color de tu agua impura; Mis pesadumbres tus montañas son;

De mi vida los rudos contratiempos La veleidad de tus arenas pinta; Tu negra espuma es la indeleble tinta Con que escribió el pesar su último dón.

Tus róseos tornasoles son las dichas Que en mi hogar de familia he disfrutado; Tu gavilla de fieras fué el nublado Que en cruda lid mi sangre derramó;

El impetu espantoso con que corren Los torrentes á tí, copia mi suerte; Y ese rayo de fuego que el sol vierte, Ese es mi corazón, — ese soy yo.

Ya ves, ¡oh Magdalena! que el recuerdo De tu imponente majestad no olvido, Que está el tuyo á mi sér tan adherido Que en esencia y verdad no hay más que un sér.

No alza su nido en tus espesos bosques La tierna alondra ni el vivaz canario, Que en las palmas del cedro sedentario Para un nido lugar no puede haber.

El hórrido fragor de tus tormentas Todo ramo con flor troncha ó desgarra; El fuego de tu ardiente Cimitarra Deseca y quema cuanto cerca está.

No puede haber verdura en tus riberas, Que el rastro del caimán la mataria; Y del tigre feroz la garra impía Tala el arbusto que á dar frutos va.

Lo mismo pasa en mí. — Rudos pesares, Profundas amarguras absorbieron La fresca savia que á mis años dieron Los riegos de mi alegre juventud. Hoy, oculta la llama en la ceniza, Ni da calor ni con su luz fulgura; Hoy mi mano, que enerva la tortura No saca ningún són de mi laud.

Todo agotado está. — Ya en mi cabeza Ningún esfuerzo el pensamiento mueve: El calor se acabó bajo la nieve, El placer se acabó bajo el dolor.

Las garras de mi propia pesadumbre Hieren y sacan sangre de mi seno; El cotidiano pan se hace veneno Al tocarlo mi labio abrasador.

Salud, mi viejo amigo! — Veinte añes Han mudado la faz de mi existencia: El mismo ya no soy: distinta esencia Un hombre bien distinto hace de mí.

Vuelvo à trepar las crestas empinadas De la alta sierra do la nieve impera, Y al lado de mi hermosa compañera Gratas memorias contaré de tí.

Adios, oh Magdalena! — En esta ceiba Mi nombre en prenda de regreso escribo, Un año más y mi raudal nativo Volveré con ternura á saludar.

En tanto, sigue de tu curso eterno La ancha, invariable, caprichosa vía: Adios! Adios! — La despedida mía Lleva en memorias á mi patrio mar.

Honda, 1875.

LA MADRE DE DIOS

« Si no existiera Dios, Voltaire decía, Inventarlo preciso nos sería; Porque es indispensable que haya un Dios! »

¿Quién esa confesión al labio airado Del infernal y sabio renegado Para salud del mundo arrebató?

¿ Por qué tan necesario un Dios creía?... ¿ Qué buscaba la loca fantasía Del escritor blasfemo en ese Dios?...

¿U al ver el cielo, mundo inexplorado, La raza de los dioses comprendió?

¿Buscaba un Dios para ultrajarle acaso? ¿Alto rival para salirle al paso, Y guerra abrirle, cual de igual á igual?

No se columbra la intención cuál fuera; Pero él lo dijo, sí: « Si un Dios no hubiera, Un Dios tuviera el mundo que inventar! »

¡La existencia de Dios!... Hé aquí el problema: No hay doctrina, ni secta, ni sistema Que niegue al mundo el Dios que lo creó!

Pero si existe un Dios; si ese fué el hombre Que tomó nuestra carne y nuestro nombre Y que su santa ley nos predicó; Si vivió entre nosotros tántos años Sometido también á los engaños. De la maligna y ciega humanidad;

Si se vió escarnecido, calumniado, Por estúpidas gentes maltratado, Bajo el infame yugo de un dogal;

Si fué el manso, amoroso Nazareno Que apuró resignado agrio veneno, Zumo amargo de amarga ingratitud;

Si pereció afrentado entre ladrones; Si pagó su suplicio con perdones, Esc es el Dios del mundo, esc es Jesús!

¡Bendita, oh Dios, la confesión del hombre! Reconoce tu sér, sabe tu nombre, Se prosterna ante tí, te alza un altar...

Y entre los pliegues de esa fé, escondida, Va la voz que proclama esclarecida A la Madre del Padre universal.

¡Salve, salve, purísima María! El orbe preconiza en este día Tu inmaculada y santa Concepción:

Si existe el Hombre-Dios... ese, Señora, El Hijo fué de la gentil Pastora De los cielos y el mundo admiración!

Bogotá, 1872.

MI REGRESO Á LA PATRIA

Á JOAQUÍN F. VÉLEZ

I

EN ALTA MAR

¡Fuego! — ¡Más fuego! que el vapor no vuela, Como este impulso que batalla en mí! Ver mi suelo natal el alma anhela, Y tarda mucho, navegando así!

¡ Más vapor! — ¡ Más vapor! que ya esa bruma Me fatiga y oprime el corazón! Rompamos pronto el valladar de espuma Que sirve á mi impaciencia de prisión!

¡ Más vapor, capitán! — La mar batalla Y opone á nuestro esfuerzo su furor: Andemos más aprisa, que ya estalla Mi ardiente sién en olas de sudor!

¡Andar!— ¡Andar!... ¡Así!—Que Dios dió al hombre Poder supremo de abatir la mar! Aunque la nave gima, no os asombre, Que todo gime en el esfuerzo!... ¡Andar! II

EL NIDO PATRIO

¡Cómo tiembla el vapor! La ancha caldera Simula la honda entraña de un volcán: Borrascosa la mar, brama cual fiera Que siente sobre el lomo, en su carrera, Peso que entraba su indomable afán.

¡Cómo cansa la vista esa llanura Tán honda, tán inmensa, tán azul! Ese abismo sin fin! — Esa amargura De inquietas olas que de sal satura Y orla de espumas el marino tul!

¡Cielo y mar por do quiera! —; No sé cómo La estrecha y muda cárcel evadir! La niebla pesa cual cendal de plomo, Y hasta el ambiente que del aire tomo Es como aliento que se va á extinguir!

Pero...; no es ilusión! — El horizonte Muestra hosca faja en el azul confin... ¡Andar! — ¡Andar! y nuestro paso apronte Más nutrido vapor! — ¡Ese es el monte Que guarda las palmeras y el jardín!

¡No cs ilusión! — Es tierra! — Bién cercano Muestra su calva frente el monte rey! ¡Allí La Popa está!... No muy lejano Se ve el cerco de muros do el tirano Quebró su cetro y abatió su ley!

Allí nuestras murallas! — De Castillo Ver me figuro la alta sombra allí! Más allá se columbra aquel rastrillo Que dió à Piñango tán glorioso brillo Y que ha hecho eterna su memoria aquí! ¡Andar! — ¡Andar! — Ya miro claramente La torre humilde do aprendí á rezar : Allí está el sol que calentó mi frente, El nido patrio, do soñé inocente Mis historias de niño : — ¡Allí mi hogar!

¡Gracias, mi Dios! — ¡El perenal deseo De volver á mi patria ya cumplí! ¡Cómo adivino lo que ver deseo! Y es tánto, tánto lo que ansioso veo Que me confunde lo que pasa en mí!

¡Cómo refrescan de la patria el viento Los recuerdos felices de otra edad! ¡Cómo se llena de vigor mi aliento! ¡Qué grato bienestar, cuánto contento Guardaba para mí la gran ciudad!

Pero mi ausencia ha sido tán severa, Tán larga, tán sin tregua... que quizá, Extranjero en mi patria, ni siquiera Los compañeros de mi edad primera Podrán, al verme, conocerme ya!

¡Un siglo de por medio!—¡Veinte años De austera y gloriosa expatriación! ¡Qué proceloso mar de desengaños! ¡Cuántos semblantes, á mi vista extraños, Harán latir de angustia el corazón!

Pero no importa, no! — ¡Gracias, Dios pío! ¡Volví á mi patria y en mi hogar estoy! Todo cuanto me cerca es propio mío, Que vive en mí, que adula mi albedrío, Y por eso, mi Dios, gracias te doy!

TRES TUMBAS

EN LA MUERTE DE LAS SEÑORITAS

CANDELARIA ARRAZOLA. ISABEL REBOLLO Y MATILDE MENÈNDEI Que perecieron ahogadas en Cartagena.

Allí están! — Son tres tumbas! — Silenciosas, Guardan tres perlas que arrojó la mar; Eran acaso demasiado hermosas
Y Dios por eso las mandó enterrar.

Allí están! — Son tres tumbas! — Blancas, junt Semejan tres visiones desde aquí; Tres novias son en realidad, difuntas, Que su sueño nupcial duermen allí.

Con la onda inquieta de la mar jugaban, Y sus blancas espumas confundían; Del furor de las unas se burlaban, Y al frescor de las otras se dormían.

Mas, pérfida la mar, quebró el halago En tres gritos supremos de dolor! Es indecible el horroroso estrago, Es un cuadro de espanto y de pavor!

¡Perecieron las tres! — ¡Ni una siquiera Del seno del abismo apareció! Un monstruo de los mares, una fiera La sangrienta hecatombe consumó!

Juntas pisaron la fatal ribera Y al abismo fatal juntas corrieron, Víctimas juntas de su saña fiera, Abrazadas y juntas perecieron! De belleza y virtud eran modelos, Por eso es santa su inmortal memoria; Llora el mundo por ellas, y aún los cielos Ponen gasas de luto á su victoria.

Murieron en la edad de la inocencia, En la éra rica de placer y amores, Cuando el mundo agasaja la existencia Poniéndole á su paso luz y flores.

Hasta la misma senda del calvario, Les ocultó su escollo y sus espinas: Las arenas del mar fueron su osario, Su losa sepulcral conchas marinas.

Perecieron las tres! — El grito inmenso De aquel inmenso duelo, se perdió Del mar en los rumores; pero intenso, En un paterno corazón sonó.

Léjos de la catástrofe un anciano, Que vino de las tres en compañía, Su caña de pescar con diestra mano En los remansos de la mar tendía;

¡Pero era padre el infeliz! — Ansioso, Cual rayo que la nube disparó, Corrió al horrendo sitio y tembloroso Miraba... y ¡nada sobre el mar halló!

¡Ni las plegarias de las tres!... Ni el lloro De la angustia paterna fruto dán... ¡Bien estimó el abismo su tesoro, Pues en guardarlo pone tánto afán!

El amor, la codicia, el trance siero Decidieron la lucha! — Y vióse al sin, Convertido al anciano en marinero, Del abismo bajar hasta el consin.

Y brazo á brazo, en pánico aislamiento. Sin temer de las olas el furor, Se hundió en el mar con valeroso aliento, A disputar las prendas de su amor! Y por amante instinto dirigido, Toca en la entraña del conflicto atroz; Sus ojos ven... percibe hondo gemido... Y escucha de las víctimas la voz!

¡Bendito sea Dios! — Una aparece, En los brazos del padre desolado!... ¡Será su amor?... — ¡Su rostro desfallece, Y su mirada al cielo alza agobiado!

¡No era su hija! — La preciosa carga Pone en la arena, y la encomienda à Dios! ¡Desparece otra vez!...; Qué inmensa y larga Aquella lucha fué! — ¡Faltaban dos!

¡Y le falta su hija!... — Fatigado, Revuelve el hondo abismo...; Otra encontró! ¡Esa sí fué su bién tán anhelado!... Pero... ¿ no adivináis lo que sacó?

¡El tronco inerte do guardó su vida, Muertos los ojos do brilló su amor, Pálida, macilenta y desteñida La hermosa faz, sin luz y sin color!

¡La lucha concluyó! — ¡Ya no hay aliento, Ni vigor en su alma, ni interés!... El padre mató al hombre... ¡Su tormento Vivo retrato del abismo es!

¡Candelaria, Matilde, Isabel bellas! ¡Flores que ornais la frente del Señor! ¡Trinidad infeliz! — ¡Puras estrellas, Que al cielo dais más brillo y esplendor!

Permitid que os evoque contristado Y que os llore al compás de mi laud, Y que una flor consagre prosternado En la tumba en que duerme la virtud!

AL MAR

Á JUAN ANTONIO CALVO

Acalla ¡oh Mar! tu fragoroso acento, Y del ausente la expresión escucha; Refrena tu ardimiento, Y el choque rudo, pertinaz, violento Con que alimentas tan eterna lucha!

Tu bramido feroz ha despertado
Viejos recuerdos de mi edad de niño:
El mismo alborotado
Sonido de tus olas, cuando airado,
Llena la frente de flotante armiño,
De ardiente sol en roja luz bañado,
Con miedo te veía,
Y, abrazando tus aguas con cariño,
Mis temores vencía,
Y en tus quietos remansos me adormía!

No sé si allá en las fuentes de tu vida Tiene el Recuerdo su escondido hueco; Ni sé si complacida La voz de la Memoria, tan querida, Al verme aquí, despertará algún eco; Porque yo soy un hijo de tus playas, Perdido caracol de tus riberas; No de indolente vayas A hundir en los abismos; do te explayas Mis dulces esperanzas lisonjeras!

Yo no vengo á cantarte, Que no es de ingenio humano esa tarea; Inspirado por más humilde idea, Me acerco á saludarte, Y á ver de Dios la Omnipotencia suma En el más leve efluvio de tu espuma.

Y aquí estamos los dos! — Soberbio y grando Tú, segundo Luzbel, bramas de encono, Y tu altiva ambición choca y se espande De tu propia soberbia bajo el trono. En tanto que, cual átomo perdido En las altas montañas de tus olas, Yo pequeño y humilde y abatido, A tu playa he venido A verte bién y á conversarte á solas.

Cuéntame ¡oh Mar! tu misteriosa historia, Tán pródiga de historias y misterios; Distrae mi memoria Con los prodigios de opulencia y gloria Que ocultas en tus hondos hemisferios.

Dime ¿ por qué las aguas de tu seno En esa eterna agitación ondulan; Y cómo, estando lleno, Léjos de desbordarse, el duro freno Que les impuso Dios tascan y adulan?

¿Es que tu seno, como el seno humano, Tiende al impulso, esencia de la vida, Y un contrapeso, con potente mano, Refrenando tu aliento soberano, Te impone la quietud? — Esa medida Que tu ola deja, cinta de alba espuma, Tán bien marcada, tán igual, tán fija; Ese manto de pluma, Que el sol convierte en tán menuda bruma Y que tu agreste desnudez cobija; Esas orlas de záfiro y de gualda, Y el fondo de esmeralda Que recama de perlas tu reflujo;

Ese oriental y prodigioso lujo Que vanidoso ostentas en tu falda; Esos íris de luz, rica corona Que, como dios del orbe, orna tu frente; Esa regia coraza de amazona Que la soberbia de tu estirpe abona Y que hace gala de tu impulso ardiente; Ese incendio espantoso, inmenso, bello Que en tu vasto horizonte el sol refleja, Cuando el rubio cabello Humedece en el cálido destello Que en el ambiente tu neblina deja; Ese vago rumor de tus acentos Que simula el clamor de las pasiones: — Pesarosos lamentos, Rugidos espantosos y violentos, Y á veces dulces y apacibles sones... Dime ¿qué son? — ¿Acaso en esa lucha, La lucha humana tu pincel retrata? El diverso rumor que en tí se escucha, Revelará la mucha Contrariedad que tu impetu arrebata? Ese voluble giro, instable y vario Que tu ambición y tu soberbia humilla, Será, acaso, á tu vida necesario, O bién, por el contrario Será á tu gran poder grande mancilla? Esa opuesta tendencia, Será acaso el orígen y la esencia De ese equilibrio misterioso y raro Que hace que la existencia Encuentre en él su misterioso faro!...

Nunca ¡oh Mar! he podido comprenderte Ni traducir la voz de tus pasiones; Siempre indomable y fuerte, El rugir de tu cólera me advierte Que contra todo en rebelión te pones. Si en plena calma tu raudal sereno
Se torna en lago de bruñida plata,
Pronto brama en tu seno
De horrible tempestad el ronco trueno
Que en los espacios la extensión dilata.
O, al mirar tu sosiego,
Tu misma calma asusta y entristece,
Recelando que ahora, ó quizá luego,
Reclamarás el riego
Que el dolor á tus víctimas ofrece.

Pero es tan raro el corazón humano
Que llega á amar hasta el peligro mismo:
Tus hijos, Ocëano,
Gozan con tu coraje soberano
Y les deleita tu profundo abismo!
Enamorados de tu esquivo ceño
Adulan tu furor y aman tus iras;
Y sobre frágil leño
Duermen contigo del amor el sueño,
Y al oirte bramar, creen que suspiras.

Los que han puesto su amor en tus riberas Y hecho su hogar en tu raudal profundo, Aman tan solo á tí, si aman de veras, Y esquivan por insulsas y ligeras, Las dulces complacencias de este mundo. Perdidos en tus vastas soledades, Hablan á solas, como yo, contigo; Y pasan las edades, Y ven secar sus frescas mocedades Sin tener otro amor, ni más amigo. Celosos de su fé, osan apénas Su silencio romper, rudo y severo, Para decir adios á las sirenas Que en tus islas de arenas Salen á ver su amante marinero. Hijos del mar, aceptan esa palma De constante labor, de agrio aislamiento: Encallecida y sin temor el alma,

Si sopla tempestad, piden la calma, Y, si en calma se vén, ruegan al viento.

Pero ¿ qué es esto, Mar, tú silencioso
En ocultar te obstinas los arcanos
Que allá en tus antros guardas povoroso?
¿ Qué me anuncia el reposo
En que están hoy tus hálitos insanos?
¿ Quieres, como otro tiempo, que el anciano
Vuelva en tus olas á la edad de niño?
¿ Quieres que, descuidado,
Venga á ser por sorpresa sepultado
En catacumbas de coral y armiño?

Cuando estás reposado, como ahora, Gigante atleta que dormido sueña, ¿Te asalta halagadora Memoria grata de esa edad traidora En que el amor del corazón se adueña? Cuando en calma te ves, ¿no te enamora Ese otro mar de soles y de estrellas, Que, como espejo de tu faz hermosa, Refleja tu mirada cariñosa Y de tus brumas las sonrisas bellas?

Cuando la luna, plácida viajera, Hiere tus olas con su luz de plata; Al mirar tan hermosa compañera, ¿No sientes en tu seno, placentera, De amor y dicha la emoción más grata?

Cuando en tus horas de arrebato fiero, Oyes el ¡ay! de un barco que zozobra, Y del náufrago escuchas lastimero El suspiro postrero... ¿No te atribula tu espantosa obra? ¿No hay en tu mundo séres compasivos Que tus víctimas lloren y conduelan? Esos monstruos marinos tan altivos, Crueles con los vivos, Al ver un muerto por su bién no velan? ¿Esos sepulcros que tu seno encierra. No tienen luz que alumbre su misterio? No, como acá en la tierra, Léjos del vendabal que nos aterra. Gozarán paz bajo tu santo imperio?...

Tu osco silencio ; oh Mar! hiela mis vena: Y me anuda la voz en la garganta! ¡Quiera Dios que, apacibles y serenas, Las horas en que piso tus arenas Dén dulce paz al que la tuya canta!

Y así como tu abismo tenebroso No descubre ni el nombre del que muere, Guarda también en sepulcral reposo El nombre humilde del cantor añoso Que eternizarlo en tí tan sólo quiere!

Cartagena, 1876,

RECUERDOS

À LAS SEÑORITAS CATALINA Y TERESA MACIÁ

Venid, venid, recuerdos deliciosos, Dulces memorias de la patria mía! Episodios bellísimos, gloriosos, De la heroica ciudad, ¡ay! vanidosos ' Venid á enloquecer mi fantasía!

Airecillos fugaces que aspiráis Del mar caribe el hálito salado; Traviesos airecillos que robáis A la modesta flor que acariciáis Todo el aroma que su Dios le ha dado;

Airecillos, venid! — Tropa galana De alados y preciosos trovadores, Venid, — cantad el reverente hosanna, Con que aduláis al sol de la mañana Que, como rey de luz, tiñe las flores!

Venid también, graciosas nubecillas, Viajeras de mi cielo tropical; Sol caluroso que en mi patria brillas, Sol que á los otros soles amancillas, Vén y dame la luz de tu fanal!

Venid, venid, y en la región del hielo, Al calor del recuerdo arda mi frențe; También, avaro, el corazón ausente Guarda recuerdos de su edad feliz. Yo tengo en la memoria, palpitante, Tu imagen siel, mi pobre Cartagena; Gozo con tu placer, lloro en tu pena, Y tu infelicidad me hace infeliz.

Tu sol, tu cielo, el himno de tus mares, Tus dilatadas playas arenosas, Tus altivas murallas, valerosas, Tu noble aliento en la hora del dolor;

La abnegación heroica de tus hijos, Su sangre por tus glorias derramada, Tu nombre ilustre, tu beldad gastada, De tu prístina edad el esplendor;

El mágico atractivo de tus bellas, De talle enhiesto y continente altivo, Cuyo ojo negro, rutilante y vivo Encierra un mundo de inefable amor;

Soles en cuyo rayo resplandece De espíritu y virtud la llama pura; Ángeles de bondad, cuya hermosura Brilla á la clara luz de su candor;

¡Todo se agolpa, todo! — En mi memoria Grabado está por el buril severo De mi amante cariño cuánto quiero, Cuánto mi encanto y mi placer formó.

Airecillos, venid! — En vuestras alas Traed recuerdos de la patria mía: Yo mismo dejé muchos de agonía Que no supe jamás quién los guardó!

Traedme esos recuerdos, que con ellos El alma gozará, como anhelosa, Al refrescar con lágrimas la losa Que cubre algún recuerdo de dolor.

Traédmelos aquí, do aletargada, Al aroma enervante de otra vida, Tengo el alma al placer tan adherida Que ha olvidado sus horas de rigor. Pajarillos, ¡venid! — ¡Venid vosotras Pintadas nubecillas de mi cielo! Enriqueced mis horas de consuelo, Mi opulencia de dicha haced mayor!

Dádme noticias de mi vieja amiga, La que tánto me quiere y quiero tánto; Decid si todavía vierte llanto Por la ausencia del hijo de su amor?

Ni siquiera la nuevas olvidéis De la fuente nativa y de la palma, Do en sus horas de angustia hallaba el alma Amiga sombra y plácido solaz;

Tampoco os olvidéis del viejo templo Dónde amoroso y con filial cariño, Ante el altar de Dios, cuando era niño, Una oración por todos alcé en paz.

Recordadlos á todos, que la ausencia Es abismo tán hondo y tán avaro, Que devora con hambre y sin reparo, Cuanto puede saciar su avarientez.

Todo lo que es de allá me pertenece, Cuanto viene de allá lo juzgo mío; Mi alma en su ambicioso desvarío, Muestra, al ver que le dan, más avidez.

Traed recuerdos de la dulce patria, Y en retorno llevad á las que quiero El más preciado y fino y verdadero, De todos mis recuerdos el mejor.

Decidles à esos astros de mi cielo Lo que nunca à expresar mi labio alcanza: Que allá están del ausente la esperanza Y del pobre proscrito el patrio amor.



LA CORONA DE LAUREL

AL JOVEN POETA NECOLAS A. COSTRÁLES

(Extrofas leidos en el testro do Gunyaquit, por el actor D. Modesto Santujaria, al coronar al jeven Gunzalino, com multico de en primera obra dramitica.)

> À orillas de la fuente de Helicona Y en los verjeles mismos del Parnaso, Las Musas han tejido una corona Igual à la de Ariosto y la del Tasso.

No se ve en ella el ópalo preciado Ni adornos de lujosa pedreria Que el genio, en su humildad, nunca ha a Coronas de orgullosa fantasía.

Lleven esas coronas los que han hecho Verter la sangre y asolar la tierra; Los verdugos del hombre y su derecho, Los sanguinarios dioses de la guerra.

Coronas de metal, talco pintado, One al calor mie los vérticos producen ¡La rama de laurel!... Esa es la gloria! « Por esa, » dirás tú, « por esa lidio, Que el laurel, como signo de victoria, Nació en la tumba del divino Ovidio! »

Prosigue, joven, la inmortal carrera À que feliz tu ingenio te ha llevado; Prosigue en ella, sí, que al fin te espera Alto renombre con honor ganado; La palma de laurel nunca prospera Sinó en terreno fértil y elevado: Pero si aliento tienes y fe viva, Ella coronará tu frente altiva.

El Ariosto inmortal, — el gran poeta,
En tu preciosa obra enaltecido,
Astro sin luz, raquítico cometa
Sin ese noble aliento hubiera sido.
Luchó y venció... Por eso ves completa
La gloria que su nombre ha merecido..
Su esfuerzo imita, y las nativas playas
Su gloria aclamarán, bardo del Guayas

tayaquil, 1877.

LA CRUCIFIXION

Mirad como lo escupen, Le azotan, le escarnecen. De espinas y de abrojos Corón ante la sien; Al peso de un madero Sus fuerras desfallecen, La yeste ensangronfida Desgerrante también.

No encontraron los ve dugos en su satánica idea Otra víctima en Judea pa a arrastrarla á morir, Y el Santo por excelencia entre un populacho inmundo Por la salvación del mundo, va su espírita á rendir! La bárbara muche:lumbre rie feroz del meriácio: Que le arrastren al suplicio! va gritando el pueblo infiel, Y con la frento inclinada por la calle de Amargura. Conduce la zambra impura al Santo Dios de Israel!

Al tiro de una soga Sus pasos apresura Y contra duras piedra-Por siste veces dio! Alzóse resignado Y en sangre noble y pura De su insegura planta La huella homodoció! Los aires ensordece La heráldica trompeta Que funebre precede Los gritos del pregon! El sol en occidente Volado se sujeta, Naturaloza entora So cubre de crospón! Las olas irritadas Salvaron la ribera, Coléricos los mares Unieron su raudal! Su pecho alzó indignada La vivora altanera, Falaz habitadora Del místico arenal! Cruzaron por los aires Sin cánticos oi arrullos. Los tiernos pajarillos Transidos de terror; Las fuentes, los arroyos Callaron sus murmullos, Los campos y collados Perdieron su verdor! El cárabo tan solo. Del Gólgota en la cima, Su lúgubre gemido levantó! Cuitado Gemido que la muerte Del Justo nos intima, Agresto « de profundis » Que el mundo no escuchó!

Silencio!... Murió Jesús! Los verdugos le mataron; Pids y manos le clavaron Los inícuos en la cruz!

Y allí se ve del Gólgota en la cumbre. Sin voz, ni vida... sin aliento ya! INRI para la fiera muchedumbre! Desleal Jerusalen, hélo... allí está!

La chusma salvaje del pueblo maldito Dio fin à su obra... muriò el Hombre-Dios! Mas jay! que con letras de fuego està escrito Que vierte su sangre, cuien sangre vertió!

No olviden los verdugos sus burlas ni sus risas. Su grita afrentadora no olviden nunca, nó! Que en breve entre montones de escombros y cenizas. V an acobardados la cruz de su expiación!

LA LIMOSNA

À MI HIJA

Oye, hija mía: cuando el pobre toca De puerta en puerta mendigando un pan, Nos lo pide por Dios, y el Dios que invoca Es el mismo que á todos pan nos da.

El Padre universal tiene un consuelo Para todo dolor; y cada bien Con que socorre al pobre, sube al cielo Y en densa lluvia tórnase al caer.

Por eso es su caudal inagotable; Por eso cada bién abate un mal; Por eso encuentra pan el miserable; Por eso el desvalido encuentra hogar.

También la caridad en su eficacia Da una limosna y la reciben dos: El que la pide, un pan que su hambre sacia, El que la da... la bendición de Dios.

Y el aturdido mundo no percibe Quién en esa limosna gana más, Si el mendigo infeliz que la recibe O la mano piadosa que la da. Pero en este dilema no hay razones; Calcular es lo mismo que sentir: Si das pan y recibes bendiciones, ¿La dádiva mejor no es para tí?

San Juán de Dios que avaro perseguia, Para ofrecerle pan, á la orfandad, Al ponerlo en su mano le decía: «¡Gracias por la limosna que me das!»

No olvides, hija mía, la enseñanza Que encierra el dón magnífico de Dios: Si de Fé se alimenta tu Esperanza, Busca en la Caridad tu galardón.

Bogotá, 1879.

LA VISITA DEL ÁNGEL

EN LA MUBRTE DR MI HIJO ENRIQUE

I

Angelito
Pequeñito
Que visitaste mi hogar,
¿Qué mal viento.
Qué elemento
Te hizo de rumbo cambiar?

Esa vida
No nacida
Que viviste ántes de ser,
Por ventura
Menos dura
No hizo tu llanto correr?

Pobrecito,
Mi angelito,
¡Cuál sufro al verlo llorar!
¿Quién tuviera
Y me le diera
Lo que no le puedo dar?

H

Mira, mi bella Anita, Como se asoma En el vecino nido De la paloma. Mariposa pintada
De oro y carmín...
Mira como despliega
Su airoso vuelo,
En fantástico alarde
De ir hasta el cielo...
Mírala cual reflejo
De un serafin.

Parece un meteoro

Que allá en la altura

Tiñe de grana y oro

Su lumbre pura

Y que pone su disco

Sobre los dos...

Fíjate bien, mi Anita,

Mira cual sube

En la copa blanquita

De aquella nube...

Es un aviso triste

Que nos da Dios!

Es el ángel risueño
De ricas galas,
Que en nuestro amante sueño
Batió sus alas
Y en fugitivo vuelo
Nos visitó!
Ha rehusado, esquivo,
Pisar el suelo;
Con anhelo furtivo
Volvióse al cielo
Y en desamparo triste
¡Ay! nos dejó!

III

Pobrecito, Mi angelito, ¿Por qué tan presto te vas? ¿Por qué dejas Solo quejas Á los que quedan detrás?

Tienes padre,
Tienes madre,
Tienes todo en nuestro hogar...
¿Qué motivo,
Fugitivo
Te hace otro mundo buscar?

Vuelve, niño,
Tu cariño
Á este valle de dolor!
Mira el llanto
Y el quebranto
De la madre de tu amor!

IV

Bajé inquieto la mirada Y vi postrada en el suelo A una madre desolada... La alcé... y en nube rosada Un ángel volaba al cielo.

Bogotá, 1875.

MÁRCOS PÉREZ ÚCROS

BN SU MUBRIB

Murió en la juventud... joven, muy joven, Cuando alegre y feliz se sonreía; Se apagó, cual se apaga la bujía Que pierde el aire al despedir la luz. Murió en la fe de Cristo, en su presencia; Clamando por su santo advenimiento; Y al exhalar su postrimer aliento Besó su faz y se abrazó á su cruz!

Todo acabó! Sus fúnebres despojos En la última mansión depositamos, Con lágrimas de duelo le lloramos Y en su tumba pusimos una flor. No hicimos nada más! Y al ver cerrada Aquella humilde y triste sepultura, Sentimos que cegaba la amargura La fuente de aquel íntimo dolor.

Bogotá, 1876.

ECOS DE MI PRISIÓN

Á MI BSPOSA

¡Cuánto tiempo ha pasado! Yo el silencio De esos siglos de tiempo bendecía; Yo en ardiente plegaria á Dios pedía Que alargase el silencio entre los dos. Era tánto y tán triste y tán incierto Lo que mi oscuro porvenir guardaba, Que yo hasta de mí mismo lo ocultaba Como secreta voluntad de Dios.

Hoy, misera de ti, sabrás la suerte Que aciaga para mi guardó el destino!... Siempre punzante zarza en mi camino, Siempre ante mi zozobra y lobreguez! Cien días fueron de contínua lucha, De fatiga y desvelo, horror y muerte... Fortuna nos venció, que no el más fuerte, Porque tuvimos fuerza y altivez.

Nos venció la fortuna... Dios lo quiso.
¡Su santa voluntad bendita sea!
Tarde ó temprano nuestra santa idea,
Sin nuevos sacrificios, triunfará.
Unos murieron al rigor del plomo;
Otros, tintos en sangre, sucumbieron;
Los más en busca de otros campos fueron;
Y hoy en su puesto cada cual está.

La paz fué el mito que el moderno Atala Explotó con salvaje felonía; Todo al dios de la paz se le ofrecía... Bienes, derechos, libertad, amor...

Mas nada, nada la ambición del mónstruo Pudo satisfacer... y audaz, blasfemo, Quiso también quitarnos el supremo, El inefable bién de nuestra fe! Y no contento aún de nuestros hijos Quiere el alma perder y, disoluto, Del árbol de la ciencia daña el fruto, Y pone la moral bajo su pié.

Que no bastando á su infernal intento El dominio presente, quiere, insano, Comprimir y amoldar bajo su mano La noble inspiración del porvenir Y á expensas del sudor de nuestras frentes, Lleva de labio en labio su doctrina Que todo cuanto toca contamina, Que mata todo cuanto llega á herir.

Y, haciendo del idioma granjeria, En su maligno y criminal lenguaje, Nos da por libertad, libertinaje; Por amor, odio; crimen por virtud; Toda mala pasión tiene en sus templos Un rico altar y culto ilimitado; Allí se ve el delito consagrado Como fuente fecunda de salud.

¿Quién en infierno tal, inerte y mudo, Resignará su cuello al sacrificio? ¿Quién la rodilla doblará ante el vicio? ¿Quién afrenta tán vil tolerará? ¡Ay! La nación lo sabe : el sufrimiento Fué vaso estrecho para tánto ultraje! La sangre, puesta al fuego, hizo oleaje Y en su angosto crisol no cupo ya. Si es la paz el oprobio, no queremos Poner en sus altares nueva ofrenda; Si es paz la esclavitud, que brille horrenda, En vez del torpe dios, otra deidad! ¡Sacudamos el yugo, aunque en la pugna Quede de sangre tinto nuestro cuello! ¡Corramos á morir, que es santo y bello Morir por conquistar la libertad!

Si logramos vencer « ¡viva la Patria! »
Con indecible gozo exclamaremos;
Si nos vencen, altivos llevaremos
Del martirio común noble laurel!
Que en la tormenta que á la Patria aslige,
Antes que ser verdugo ó victimario,
Preferimos la senda del Calvario,
O aceptamos la muerte como Abel!

Cuartel del batallón « Bolívar, » en Barranquilla, 1877.

En esos tiempos de inocencia y calma Cuando la pena y el placer se ignoran; Cuando no piensa el pensamiento, y quielo Yace dormido en su ignorancia propia;

Cuando la vista se confunde viendo Esta inmensa creación, bella, asombrosa, Sin poder comprender que es una nada Que Dios reviste de variadas formas;

Cuando se mira en el azul del cielo La blanca nube que el carmín colora, Sin poder encontrar trás de su gasa Radiante cifra de topacio y rosa;

Cuando se mira el horizonte ardiendo En un incendio que en el mar se ahoga, Sin ver allí de Dios la ancha pupila Que gira en torno de su ardiente órbita.

En esa edad en que vejeta el hombre Sin placer ni dolor, pena ni gloria; Adormecido en indolente sueño Del mundo artero en las oscuras sombras...

Ignorancia feliz! — ¡Oh cdad amiga, Nada del alma tus recuerdos borra! Yo de esa edad conservo, madre mía, Una página escrita en la memoria.

Flores de mi juvuntud.
Recuerdos de mi niñez,
¿Qué os hicísteis, dónde estáis?
¿Por qué con tal rapidez
De mi lado os separáis?

¿Qué se hizo de mis ensueños? El paisaje... ¿Dónde está? ¿Mis encantos qué se hicieron?... Conmigo también crecieron; Pero; ay! que murieron yá!

Que esos instantes de dicha Que nos mienten en la cuna, Gérmenes de llanto son Que matan una por una Las flores del corazón.

Ya, señora, murieron esas flores, Mi aliento envenenado las mató; Ya no tienen ni aroma ni colores: Flores marchitas de mi vida son.

Tú pasiste esas flores en mi frente Con el amor de madre, yo lo sé; Mas ¡ay! del mundo el ábrego inclemente Las deshojó sobre mi propia sien.

Cruzar quisc el sendero de la vida Con mi corona de inocencia y paz; Mas la brisa del mundo corrompida La marchitó con su vapor letal.

De nuevos años el vigor ardiente Hizo latir sin trégua el corazón, Y un destello de luz hirió mi frente. Y un fantasma cruel me deslumbró. Y al despertar de aquel sopor de encanto, Ví, como Adán, en nuestro edén de amores La tentación cubierta en rico manto, La sierpe oculta entre divinas flores.

Fijé los ojos y el gentil paisaje
De la hermosa creación vi fascinado:
Alfombra el césped, cúpula el celaje,
Lámpara el sol y sombras el nublado.

Por alegre festón de sus tapices Los arreboles que en el iris flotan; Brillante claro-oscuro en sus matices Las pardas brumas que la luz embotan.

Vi la floresta ornada de colores, Anchos espacios por la luz teñidos, Con pluma tornasol los ruiseñores En la palmera enhiesta suspendidos;

Y ví para tormento, madre mía, La gran obra de Dios, su hermosa hechura, La que hizo á imágen santa de María, Si bella, casta; si amorosa, pura.

Ví la Mujer; y el corazón ardiente Ante tánta belleza se extasiaba; Y ví que la corona de mi frente Al rayo de su sol se marchitaba.

Perdona, madre amada, mi juvenil desvío Bastante sus estragos revelan mi dolor: Castigo suficiente será éste desvarío Que llena de amargura mi pobre corazón.

Si es cierto que olvidado del porvenir, mi vida Dejé correr incauto del precipicio al fin, Jurarte puedo al menos, oh madre tán querida, Que el hijo de tu alma pensaba siempre en tí. Ni el oropel del mundo, ni el delicioso encanto Que ostenta con orgullo divina la mujer, Adormecer pudieron la angustia y el quebranto Que de tu ausencia el duelo me ofreció siempre fiel.

¡Oh! nunca, madre mía, tus ojos apagados De lágrimas se inunden para llorar por mí; De ingrato no me acusen, ni quieran despiadados Mostrar su justo enojo á un hijo harto infeliz.

> Perdóname, madre mía, Si tu corazón aflijo; También llorará tu hijo Lágrimas de amargo afán;

También llorará sin tregua De su pasado el tormento, Tu justo resentimiento Sus recuerdos vengarán.

Que los placeres del mundo, Como todo goce humano, Dejan el recuerdo insano Para eterno torcedor;

Y en esas livianas fiestas, Y al roce de esos placeres, Pierden hombres y mujeres La inocencia y el rubor.

Cielo bañado de aromas, De colores decorado, Por la roja luz bañado Del sol de la liviandad,

Se cambia à impulsos del tiempo En infierno pavoroso, Do se aniquila el reposo, La fé de la humanidad. Agite la honda aflicción Que despadaza tu alma: Que vaya tu barco en calma Y en calma tu corazón!

Tú dices que va contigo,
Para aspirar patrio aroma,
Un naranjo en flor que toma
Dulce apariencia de amigo:
Si la esperanza que abrigo
Se realiza en absoluto,
No durará mucho el luto
Por tu ausencia, pues es ley
Que el derecho se haga rey
Y que la flor dé su fruto.

Pronto el rudo marinero
Pondrá su barco en camino;
Ampare Dios tu destino,
Pobre pájaro viajero;
Pronto tu regreso espero,
Que es justo, aunque no lo quieras,
Que en las nativas praderas
Tu afecto filial consiga
Saludar la sombra amiga
Del que amaste tán de veras.

También El pobre reclama
La voz de la caridad;
¿Quién moverá la piedad
Que en su bien tu lira clama!
El pobre te ve, te llama
Y te da su triste adiós;
Yo descubro entre los dos
Algo que el vulgo no alcanza:
En pos de tí la esperanza,
Delante del pobre á Dios.

Tú á la patria volverás Que en ella mucho te espera; Aquí está tu compañera.
La que no olvidas jamás.
Tú lo has dicho: « la amo más
Que al suelo patrio el proscrito,
Más que la gloria el precito
Desde el fondo de su infierno!... »
Y ¿ ese amor inmenso, eterno
Apagó en tu alma su grito?

¿Cómo no volver á ver, Ántes de hundirte en los siegros, Esos grandes ojos negros De tan inmenso poder? ¿Cómo alejar el placer De que estarás tan sediento. De aspirar el grato aliento De esa reina de tu alma, « Más airosa que la palma Remecida por el viento? »

En el extranjero hogar, Choza estrecha del proscrito, Devuelve en gloria el delito Con tu divino cantar; Así es noble castigar Del opresor la ira avara, Arrojándole á la cara En bien el mal que causó: Así el Tasso castigó La ingratitud de Ferrara.

Cuando en solemne ocasión
El derecho defendías,
Tú, valeroso, decías
A la orgullosa facción:

Si quieres contra razón
Acallar lo que concibo,
Mata este fuego en que vivo,
O córtame en tu odio inmenso
La cabeza con que pienso
Y la mano con que escribo.

Esta enérgica expresión
Da de tu aliento alta idea;
Es llama en que centellea
Todo tu gran corazón:
El temple de tu razón
No ha perdido su ardimiento;
Hoy mismo un nuevo tormento
Afrontas para probar
Que el terror puede matar,
Mas no ahogar tu pensamiento.

Caro, al decirte mi adiós
El tuyo amargo recuerdo,
«¿Quién me dará lo que pierdo?»
Decias...; Óigate Dios!
De su protección en pos
Irás por el mundo ileso;
Aquí tu recuerdo impreso
Queda en todo corazón:
La Patria y la Religión
Saludarán tu regreso!

Cartagena, 1850.

LA CENIZA EN LA FRENTE

Hizo bien el sacerdote En poner sobre tu frente El símbolo del creyente, — La cruz, Elisa, la cruz!

Lástima que con ceniza El signo santo te hiciera, Y así tan fácil te fuera Borrarlo con el capuz.

Porque has de saber, Elisa, Que en ese simple memento Se encierra el gran pensamiento De la humana redención.

Es el recuerdo oportuno Con que la Iglesia cristiana Llama á la máscara humana A santa meditación.

Tú misma advertirlo puedes, Recordando la insanía Con que olvidas en la orgía La ley de la cristiandad.

En vez de adorar á Dios En todo, y á todas horas, Tú, culpable Elisa, adoras Lo que no es Dios, en verdad. La ley que Él dió á Moisés manda No jurar su nombre en vano, Y tú, Elisa, á toda mano Juras y juras por Dios!

Llega el domingo, — la fiesta Debe ser santificada, Y tú, mujer endiablada, Te vas de la fiesta en pos!

Honrar al padre y la madre Con fervor y amante pecho, Es lo único que has hecho Y lo que más te honra á tí;

Pues estándote prohibido Dar á tu prójimo muerte, Estoy cansado de verte Dándome la muerte á mí.

Luego viene un mandamiento Ajeno de gente honrada, Que 1.0 tiene que ver nada Con damas de tu virtud;

Pero el siguiente, apesar De tu prez y buena fama, Que restituyas reclama El caudal de mi quietud.

Tû me has robado el contento, Mi bienestar, mi alegría; Tú has robado, Elisa mía, Mi paz y tranquilidad;

Y aun pudiérase anadir, Con la fé del inspirado, Que mucho más has robado, Sin rubor ni caridad. Manda el octavo precepto No alzar falso testimonio, Y à ti te tienta el demonio Para alzarmelos à mi.

Y además, para tu daño, El mismo Luzbel te inspira, Y á fuer de decir mentira Haces que mientan de tí.

El noveno mandamiento No corre con las mujeres, Ese es el pesa-placeres De la santa ley de Dios.

Es precepto masculino, Único que tiene sexo; Es un mandato inconexo Que sólo castiga á nos.

El décimo, si no fuera
Porque habla del bién mezquino,
Yo señalara el camino
En que has codiciado mil:

Bién ajeno es mi reposo, Bién ajeno mi ternura, Bién ajeno es mi ventura Y mi candor juvenil;

Ni tampoco es tuyo sólo El caudal de mis amores, Ni esas fresquísimas flores Que crecen en nuestro edén.

No son nuestros, — son ajenos Los dones que ambicionamos, Y hasta el bien de que gozamos Es bien ajeno también. Vamos, pues! — Confiesa, Elisa, Pero con santa franqueza, ¿ Has puesto alguna fineza En el santo altar de Dios?...

¿Piensas de buena intención, Y con fe de penitente, Hacer confesión vehemente De las culpas de los dos?

Ya ves, Elisa, cuán poco Cumples con la ley divina; Ya ves que no te encamina De la religión la luz.

Por eso hizo bien el cura En poner sobre tu frente El símbolo del creyente: La cruz, Elisa, la cruz!

Cartagena, 1840.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

(IMITACIÓN)

Á JOSÉ CAICEDO ROJAS

¡Qué hermosa, qué linda ercs, Reina mía! Tus ojitos de paloma Donde juegan los placeres, La alegría! Esa boquita de aroma Que es rosa de Alejandría!

Son dos cachos de granada
Tus mejillas;
Tu frente afrenta la nieve;
Provoca amor tu mirada;
Tu pié breve,
Como plumas de avecillas
Que encumbra el viento y las mueve!

Tu blanco cuello torneado,
De alabastro fabricado
Por la mano del placer;
Tu albo seno,
De amor y pureza lleno:
Ángel con faz de mujer,
Ígnea tempestad sin trueno!

Yo iré al monte de la mirra Y al collado del incienso Para verte; Para con amor inmenso Juntar mi suerte à tu suerte; Para pensarte y quererte Como te quiero y te pienso!

Vente del Libano, ven!

Vente a mi risueña chosa;

Ven, mi bien!

Mi espíritu se alboroza

Fingiéndose verte aquí!

Vente, Sulamita, y goza

Cuanto tengo para tí!

Mi corazón subyugaste,
Hermosa mía, mi esposa,
Dulce bien!
Mi albedrío esclavizaste
Con cadena poderosa;
Perla de Jerusalén,
Flor hermosa!

Panal que destila miel
Deliciosa;
Huerto que despide olores;
Nardo, azafrán y clavel;
Preciosa flor de las flores;
Mi esposa,
La reina de los amores!

Fuențe sellada de amor;
Pozo del agua bendita;
Poma-flor!
De las cañas aromosas
Linda caña;
Rosa que náda entre rosas,
Palma que el Éufrates baña!

Perfecta, sola, escogida; De todas la más querida, Mi paloma! Mensajera de alegría;
Engreida
Con su boquita de aroma
Que es rosa de Alejandría!

Hermosa como la luna;
Espléndida como el sol;
Nacarada
Como el alba en su arrebol;
Dulce como la fortuna,
Bienhadada
Sin mala ventura alguna!

Ven, mi Bulamita, ven,
Mi choza feliz te espera!
¡Tiene aroos de enredadera!
¡Linda choza!
¡Contigo será un Edén!
¡Ven, porque el alma no goza
Cuando el mal retarda el bien!

¡Que hermosa, qué linda eres, Reina mía! Tus ojitos de paloma Donde juegan los placeres, La alegría! Esa boquita de aroma Que es rosa de Alejandría!

Cartagena, 1839.

Á UNA ZARZAROSA

Cerca, cerca de mí, sobre mi pecho Pasa tu vida, pesarosa flor; Postrer regalo que el amor me ha hecho No te apartes de mí, no, por favor!

No te apartes de mi, miéntras que dura Quiera cebarse en mí la adversidad: Calma este afán, mitiga esta amargura Que acibaran mi vida sin piedad.

No me abandones nunca, que la suerte Tan fieramente te ha ligado á mí, Que eres mi vida toda, y en la muerte Todo mi sér concentraráse en tí.

En tí que afable en tu corola escondes El secreto fatal de mi dolor; En tí que fina á mi clamor respondes, Última prenda de mi dulce amor!

En tí, mi solo bien, de no ¿qué fuera De mi vida sin tí, flor de pesar? ¿Quién sino tú mis ayes recogiera? ¿Quién me ayudara sino tú á llorar?

Tú el alivio serás de mis dolores. De mi espíritu enfermo la salud; Espejo en que veré de mis amores La vida y el encanto y la inquietud. Vivaz reflejo de un amor ya muerto, Tú su dulce recuerdo evocarás; Tú animarás el mísero desierto En que conmigo agonizando vas.

El tinte alegre de tus bellas hojas En mi doliente lira cantaré; Las que ella nos causó tristes congojas Con mi propia memoria endulzaré.

Tú mi númen serás, flor solitaria, Fuente de luz, raudal de inspiración; Tú le darás á mi final plegaria De esta horrible amargura la expresión.

Retrato fiel de mi pasión doliosa, Guardame sus recuerdos, triste flor: Tu corola es la imagen de mi hermosa, Tus espinas los duelos de mi amor.

Yo te daré mis lágrimas por riego, Mi seno por abrigo te daré; Mas si te quema de mi llanto el fuego, No te inquietes, mi flor, no lloraré.

No lloraré, lo juro: ni un suspiro De mi oprimido corazón saldrá; Tú eres el solo bién à que hoy aspiro, Verte y amarte mi ambición será.

Y cuando el soplo de la muerte quiera La luz de mi existencia aniquilar, No olvides que mi túmulo te espera Y que debes su cúpula adornar.

No lo olvides, por Dios! mi zarzarosa, Te lo ruego, mi slor, de corazón; Sé de mi triste y solitaria sosa La cruz, el lema, la única inscripción.

¡TOMA MI CORAZÓN!

(INSPIRACIÓN DE TOMÁS MOORE)

Mi corazón es tuyo, vida mía; Tómalo, no lo dejes, tuyo es; Guárdalo para siempre, mi alegría, Que aunque me ausente de la patria un día Tú cuidarlo sabrás con interés.

Guárdalo, sí, que nunca en este mundo Amar podrá mi amor otra ilusión: Lo juro por mi fé: mi amor profundo En una sola aspiración lo fundo: ¡En tener junto á tí mi corazón!

Dicen que son felices los que tienen Alegre corazón para vivir; Si de tal fuente los placeres vienen, Muy más felices los que no lo tienen Para anidar las penas y sufrir.

Por eso yo no siento ni amargura Al ver mi corazón que á tí se va; Ni envidio á los dichosos su ventura, Al ver que al tuyo en fuerte ligadura Feliz mi corazón unido está.

¿Cuál mi suerte será? — ¿Cuál mi destino? ¿Dónde hallaré mi dicha ó mi pesar? No me importa saber. — Sigo el camino, Y arrojo lejos, como oscuro sino, Todo peligro de volver á amar. Si Venus, la alma Venus me pidiera Mi tesoro riquísimo de amor: « Es imposible! » á Venus le dijera, Aunque despues la suerte me impusiera Por cada halago tuyo un sinsabor!

Guarda mi corazón, — guárdalo amante Que allá tranquilo y complacido está; Y cómo nó si tiene por delante La luz, la hermosa luz de tu semblante Que destellos de amor brotando va!

Si el hado á mi fortuna corta el hilo, Sufriré mi desgracia con valor: Basta que esté mi corazón tranquilo, Y hallar el dulce y generoso asilo Que me ofrece en tus brazos el amor.

Yo no quiero más bién ni más fortuna Que la usurera que tu amor me da, Ni más tesoro ni riqueza alguna Que lo que el alma en su avaricia aduna, Si junto á tí mi corazón está.

Quibdó, 1845.

LA MUJER

Á LA SEÑORA RMMA A. DE PÉREZ

¿Qué fuera este pobre mundo, Mujer, si tú no existieras; Si animación no le dieras Con tu belleza y tu amor?

¿Qué fueran sus yermas playas Si el Criador de las estrellas No hubiera sembrado en ellas De tu hermosura la flor?

¿Qué fuera el infeliz hombre Prisionero en su clausura, Si sus horas de amargura No endulzara una mujer? ¿Si no tuviera á su lado

¿Si no tuviera à su lado Una dulce compañera, Que de esta vida le hiciera Una ilusión de placer?

¿Cómo la vida pasara Con el alma helada, quieta, Siempre á la angustia sujeta, Indiferente al amor?

Sin gozar las emociones De una pasión inocente, Sin sentir sobre su frente Un ósculo abrasador?

¿Ni cómo vivir pudiera Contemplándose á sí mismo, Perdido en el ancho abismo, De la infinita creación?... ¿Sin ver los ojos que queman Siempre vivaces, traviesos, Y esos labios que dan besos Que ruedan al corazón?

Oh, mujer, no hubiera vida
Si la tuya no existiera,
Y fuera el hombre una fiera
Si no te tuviera á tí:
Sin tí su salvaje planta
Los agrios montes hollara,
Y entre fieras habitara
Siendo cual ellas allí.

La misma naturaleza
Ningún encanto tuviera;
¿Su hermosura qué valiera,
Su luna, su cielo azul?
¿Qué importara la pradera
Cubierta de bellas flores,
Ni que variados colores
Le diera el sol con su luz,

Reflejo digno del cielo,
La flor de mayor belleza,
La luz de más esplendor,
No hubieras venido al mundo
A endulzar nuestro quebranto,
A enjugar el triste llanto
Que nos arranca el dolor?

Oh, mujer, tú hiciste al hombre Sabedor de su destino. Tú del decreto divino Le hiciste revelación; Por tí se afana acucioso, Por tí se agita y desvive, Por tí su mente concibe De otro mundo la visión. No hay un sér en esta vida Que no ligue su existencia, Que no quiera verla unida A la vida de otro sér; Hasta la indómita fiera Que vierte la sangre humana Tiene con su compañera Grato, inocente placer.

Y de no, ¿qué sensaciones
El alma sin tí gozara?
¿ Qué fueran los corazones
Yertos, vacíos de amor?
¿ Qué noble ambición moviera
Las acciones de la vida?
¿ Cómo el hombre distinguiera
Entre el placer y el dolor?

Mujer! tú no has comprendido Cuánto vale la existencia; Dios te dió la omnipotencia De partir un alma en dos! Tú eres la gloria del mundo, Su excelsa reina y señora, Tú eres la luz de la aurora, La obra completa de Dios!

Bogotá, 1846.

AL BAZAR DE LOS POBRES

BN SU ÁLBUM

Vamos à ver, musa mía, Si apesar de tu vejez Das de limosna esta vez Una ligera pocsía.

Poco importa lo que sea:
Oda, soneto, letrilla...
Cualquier cosa! — Carrasquilla
La exige bonita ó fea.

Lo que importa es respetar El decreto promulgado, Y por el cual se ha mandado Limosnas en verso dar.

Ni te retraiga tampoco Lo prosaico de mi oficio, Que si hacemos el servicio, Lo demás importa poco.

Comencemos... Pues, señor, Ya no sé ni áun comenzar!... « En el álbum del Bazar... Lágrimas de un trovador. »

Malo!... Títulos vulgares! El primero es pleonasmo Que bien puede causar pasmo A uno, á dos y á tres bazares. El segundo, á lo que advierto, Está muy bien ideado Para verse colocado En el túmulo de un muerto.

¿Qué me pasa?... Una friolera! Mis papeles se han mojado! Tánto en rentas he viajado Que ya soy *Renta viajera*.

¡Habrase visto jumento! Ya, en vez de perlas y flores, Sólo sé escribir: Condores Del medio al uno por ciento;

Y Renta sobre el Tesoro, Deuda de Tesoreria, Y que es una tiranía Pagar la Aduana con oro;

Y si la *Deuda flotante* Alza ó baja en el mercado; Si el Gobierno no ha pagado; Si *el crédito* está en menguante;

Si protestar las *libranzas*De Aduana pésimo ha sido,
Porque el crédito ha perdido
Sus mejores esperanzas;

Si los billetes que tienen Retrato de don Tomás Van, como antes, para atrás, O si buen precio mantienen;

Si los servicios prestados À la Confederación Deben en ley y en razón Mirarse tán mal pagados; Si hay demanda o no hay demanda De la Renta nominal; Si el Impuesto seccional Anda bien o si mal anda;

Si el pueblo, cual manso buey, Debe tolerar callado Que el Gobierno haya embrollado La plata de baja ley...

¡Qué maldita algarabía! Solicitar Redenciones, Capitalizar pensiones, Cobrar, que es perder el día;

Y si empiezo, como antes, Un soneto á la indigencia, Se entra algún diablo en la Agencia, Buscando Bonos flotantes.

Si el estro en mi pecho exalta Alguna noble pasión, Me manda decir Pontón Que *La Revista* hace falta.

Si à veces en santa paz Medito, llega à mi oido Un « ¿me presta usté un vestido Para un baile de disfraz? »

Quiero al héroe de Tarifa Escribir una canción, Y entra Scarpetta ó Rincón Diciéndome: «¿qué hay de rifa?»

Y estar oyendo á los chinos Preguntar si no hay venduta, A un indio si compran fruta; Ver ébrios á los vecinos; Amén del amolador Que en su amolar es tan chinche, Que si amuela algún agüinche Me amuela que es un primor!

Y ¿ en esta brega podré Complacer à Carrasquilla? ¿ Ni una mala redondilla Para los pobres haré?

Sepa bien ó sepa mal Lo que hasta aquí dejo escrito, Yo al *Bazar* se lo remito Como *Revista industrial*.

Bien corta, escasa será De sus lectores la lista; Mas si la ve un agiotista, De fijo... la comprará.

Bogotá, 1866.

Á MI HIJA PEPITA

Siempre que te oigo, hija mía, Contar con labio inocente
La manera sorprendente
Con que Dios hijos me envía.
Diciendo con ufanía
Que Joaquín vino del mar,
Que Antonio se hizo encontrar
Bajo del arco de un puente...
Cruza un recuerdo mi frente
Que la anubla de pesar.

Luego refieres tu historia:
Y con interés prolijo,
Haces de mi último hijo
Idéntica aclaratoria;
Pero nunca á tu memoria
El fatal recuerdo llega
Del hermoso ángel que ruega
Por nosotros en el cielo...
Y cuya tumba en el suelo
Nuestro ardiente llanto riega.

Lázaro su nombre era.

Pero no resucitó:

Vino, nos vió y se volvió

A la celestial esfera;

Le pareció sucia y fiera

Nuestra terrenal mansión:

Se le oprimió el corazón

Al ver nuestro paraíso

De miserias, y no quiso

Su herencia de proscripción.

¿Recuerdas bien, hija mía, La faz de aquel ángel bello? ¿Su crespo y rubio cabello? ¿Su franca fisonomía?
¡La memoria!...; Qué agonía!
¡Sólo y siempre la memoria!
¡La vida!...; Cuán transitoria!
¡La muerte!...; Santa es la muerte!
Ella en oro nos convierte
El orín de nuestra escoria.

Sigue contando tus cuentos,
Hija mía, que no tarde
El recuerdo que en mí arde
Amainará sus tormentos:
Estos mismos pensamientos
Que hacen mi tribulación,
Por el mar de la aflicción,
Envueltos en blanca bruma,
Traerán la esperanza suma
A mi pobre corazón.

Sigue contando, que yo,
Tus tiernos cuentos oyendo,
Voy de tus cuentos haciendo
Salmos que el duelo inspiró:
El ángel que nos dejó,
Arriba, en el cielo está,
Parte del grupo hace ya
Que alza á Dios sonoro canto...
Él allá en el coro santo
Esos salmos cantará.

Y quiera Dios que así sea!

Que la purificación

De mi sér y mi razón,

De mi materia y mi idea,

Cual solución gigantea

Pido en contrito dolor;

Quiero ofrecerla, Señor,

Como un milagro prolijo

Que en el ángel muestra al hijo

Y al padre en el pecador.

Á ZOILA

Yo no sé, Zoila, si cumplir un año, Si tener menos vida y más edad, Deba tenerse por ventura ó daño En nuestra pobre y triste sociedad.

Hoy te da el tiempo un año más de vida; Pero ese ménos deberás vivir, Que el año ido es como flor perdida Que no embalsama el aura del jardín.

Por eso yo que te amo tán de veras, No sé si pena ó si placer sentir, Yo que quiero endulzarte las severas Horas que deba junto á tí vivir;

Ansio que elijas tú, Zoila querida, Lo que juzgues mejor para tu bien : Hoy que brilla la aurora de tu vida, Escoge, pesarosa ó complacida, Pésame ó parabién.

Quibdo. 1845.

VOY Á PARTIR

À ANITA

Valor mi corazón! — Unas tras otras Cuenta las horas de tu acerbo afán; Pesaroso reló del infortunio, No aceleres tu péndulo fatal!

Pocas horas nos quedan! — Tú latiendo Marcas el tiempo que se va veloz, Y mi convulsa mano al comprimirte Remeda tu agitada pulsación.

Pocas horas nos quedan! — De éste cielo La esplendorosa luz voy á dejar; Ay! yo lo amo como al cielo mío, Porque mi estrella en él brillando está.

Pero debo partir! — Partir! — La angustia Encadena fatídica mi pié; Mi vista torpe, mi cabeza ardiendo... Ay! cómo mata el sinsabor también!

Para aspirar aromas de la patria, Caro llevaba su naranjo en flor, Yo nada llevo... sí, llevo mis lágrimas, Gotas de hiel que vierte el corazón!

Y hoy al decir adios à la que quiero, Prenda que amo con sincero amor, Náufrago sobre un mar de desventuras Alzo mis ojos y bendigo à Dios! À Dios, que fuente de inmortal consuelo Las olas encrespadas calmará; A Dios clemente y bueno, á Dios benigno, Que mi humilde oración escuchará!

Pero decir adios... no, no es posible! Mi labio no lo acierta á pronunciar! Decir adios á la que el alma quiere No es cariño ni amor, — es crüeldad!

Por eso, en vez de trance tan amargo, Escribo en despedida esta canción; Últimos ayes del que te ama tanto, Prenda inefable de inefable amor.

Y la escribo con lágrimas lloradas Al impulso vehemente del dolor; Lágrimas que ha arrancado la amargura Del hondo manantial del corazón.

Yo sé que acogerás mi último canto Como un humilde y doloroso dón Que ofrece á la bondad y á la hermosura Un desterrado y triste trovador.

Lejos, allá sobre la inmensa orilla, Dónde ruge el atlántico león, Yo verteré mis lágrimas ocultas, Si aún me deja algunas el dolor;

Y esas lágrimas, frutos del esfuerzo, Reliquias de mi ruda adversidad, Convertidas en brumas por las olas Que te amo mucho le dirán al mar.

Y unos tras otros pasarán los dias. Y solo y triste, al recordar mi amor, La espina de la horrible incertidumbre Desangrará mi amante corazón. Ó rendido en la lucha, intima y fiera, Que la mente del alma mantendrá, En el piélago undoso de la duda Mi esperanza y mi fé naufragarán.

Y tú, entre tanto, ¿qué amorosa ofrenda Á este tu pobre amigo guardarás? ¿Lágrimas? — No. — ¿Recuerdos? — Vendrán tarde. ¿Coronas? — La de espinas tengo ya.

¿Compasión? — No la quiero! que la lástima Es á veces el signo más fatal; Es un veneno para el alma noble, La máscara crüel de la piedad!

Solo una ofrenda en mi infortunio quiero, Si es que no hubiere amor para mi amor: Que hagas pedazos y que des al viento, Convertida en cenizas, mi canción!

Bogotá, 1855.

LA MASCARILLA DE NAPOLEÓN I

À LA SKÑORITA BLMIRA ANTOMMARCHI

Si me parece mentira! Si lo miro y no lo creo! Si me parece que sufro La alucinación de un sueño!

Estoy viendo con mis ojos, Y tocando con mis dedos, Del Gran Capitán del Siglo La faz modelada en yeso!

Y no es copia de otras copias, Remedo de otros remedos; Es la estampa original Tomada del molde egregio!

Aquí están los trasudores Que exprimió el último sueño; Aquí están las quemaduras De los postreros alientos!

Aquí están las impresiones De ese combate supremo En que se liberta el alma De las prisiones del cuerpo!

Casi columbrarse pueden Los agrios, salados besos, Con que el mar de Santa Helena Despidió á su prisionero!

Esta muda mascarilla Modelada en frágil yeso, Que sobrevive á los años, Que no pulveriza el tiempo: Que no se altera, ni sufre Al sol, al aire ni al viento; Que parece haber tomado La entereza del modelo;

Tiene en todos sus contornos El más intachable sello, De ser la primera copia Del que en todo fué el primero.

Aquí está la altiva frente Dónde entraron y cupieron De las grandezas más grandes Los más grandes pensamientos.

Aquí están aquellos ojos Que, al fruncir el entrecejo, Producían tempestades Como Austerlitz y Marengo.

Aquí están aquellos labios Que, dando la voz de « fuego! » Cubrieron de plomo al mundo Y de asombro al Universo.

En fin, aquí está la faz Del moderno Prometeo, Que dió al buitre, con su sangre, La sonrisa del desprecio.

En esa postrera lucha, ¿Quién ganó el mejor trofeo? — Si es la víctima inmortal, No fué el verdugo por cierto!

Guarda, muda mascarilla, En tus facciones de yeso, Del que fué Rey de los reyes Las glorias y los recuerdos!

TU NOMBRE

À MARÍA DR JRSÚS TRJADA

Quiero cantar tu nombre!
Unión feliz que concibiera el hombre
Para un nombre formar juntando dos;
Corona de dulzura y poesía,
Para quien nace á imagen de María,
Para quien brilla emanación de un Dios!

¡Qué bien te coronaron!
¡Qué bien tu porvenir adivinaron
Los que velaron tu primera luz!
María, por tu plácida hermosura,
Y por tu noble, angelical ternura,
El dulce sobrenombre de Jesús!

Al verte y al nombrarte, En dos mi pensamiento se comparte Y siente como dos mi corazón; Que tu nombre recuerda á la memoria De dos martirios la doliente historia: Un milagro de amor — y una pasión!

Y no en vano buscaron Corona para tí, que matizaron Con las dos flores del primer Edén; Digna señora de tu hermoso nombre, Al verte y al nombrarte siente el hombre Que al ponerte ese nombre hicieron bien! La casta Nazarena,
Con su faz tinta en rosa y azucena,
Con sus divinos labios de rubí,
Con su mirar angélico y doliente,
Quiso hacernos de sí rico presente
Y su belleza reflejóla en tí.

Y el botón delicado, Milagroso misterio consagrado, El inocente Sabio — el Niño rey; El Jesús que los mundos adoraron, El Dios que en una cruz sacrificaron Hombres infames, sin poder ni ley;

Ese también, donoso, Puso en tu blanco pecho, candoroso, Noble, leal, sensible corazón; Y al soplo de su aliento soberano, Guardó en tus lindos ojos el arcano De arrebatar en pos la admiración!

¡Qué bien te coronaron!
¡Qué bien tu porvenir adivinaron '
Los que velaron tu primera luz!
María, por tu plácida hermosura,
Y por tu noble, angelical ternura
El dulce sobrenombre de Jesús!

Que no le basta un nombre À la creación fantástica que el hombre Mira como el ensueño de su Dios!... Y los que vicron alumbrar tu aurora, Felices ellos, que en tan buena hora, En vez de un nombre te pusieron dos!

Bogotá, 1855.

EMOCIONES

Á JESÚS BUITRAGO

¡Oh! si te fuera dado, pobre artista, Ver la ovación que al genio se tributa; Si á traves de los bosques y los mares Llegara á tí la voz que te saluda;

Si pudieras oir nuestros cantares, La voz que llora el llanto de tu angustia; Los sones deliciosos con que oprime El aire patrio la doliente música;

Ó, como en otra vez, sijar pudieras Tu mirada feliz, humilde y pura, En el recinto augusto en que sonara De tu dulce violín la nota última;

¡Oh! si pudiera ser, aqui encontraras La mano amiga que tu mano busca, Los hermanos de hogar que abandonaste, La sonrisa y la voz que no se mudan.

¡Oh! si pudiera ser, no devoraras La duda amarga que tu fé conturba, Ni acusaras de olvido nuestro afecto, Ni enlutara tu voz la desventura.

No lloraras la lágrima doliente Que á nadic ablanda y que ninguno enjuga. Ni en el yermo desierto de la ausencia Te encontraras así, sin sombra alguna. ¡Vivir en ese centro de placeres Donde el sol de los goces no se anubla! ¡Donde no alcanza para el bien soñado La doble vida que el insomnio abulta!

¡Vivir en el festín de cien ciudades, Bajo el incendio que la luz ondula, Oyendo la explosión de esas mil voces Que enroquece el placer y la locura!

¡Vivir en ese carnaval eterno, En esa eterna y tentadora lucha, Sin ser siquiera en ese mar de goces De la emoción común ligera bruma!...

Deja, por Dios, artista, esos lugares Que el fausto asedia y la mentira adula; Regresa al seno de tu amante patria, Que, al fin, como tu patria, es toda tuya;

Oye mi voz que siempre y sin descanso Repugnó de tu ausencia la amargura;

« Dime, ¿por qué te vas? » yo te decia,

« Si todo aquí lo tienes, ¡ay! ¿qué buscas? »

Deja el farsante mundo en que agonizas, Ese París, cuya molicie asusta; Regresa al seno de tu amante patria, Que, al fin, como tu patria, es toda tuya.

Bogota, 1857

UN CONSEJO Y UN OBSEQUIO

Á ANITA

Este álbum será el arca en que guardados, Bajo una llave fina más que el oro, Tendrás de afectos nobles un tesoro, De perlas y de flores un Edén.

Poëma de tus gracias y virtudes,
- Preciosa historia de tu edad florida,
Bellísimos recuerdos de tu vida...
Otros recuerdos guardará también.

¡Nunca lo olvides, no! — La mano amiga Deja que en él sus ricos dones guarde; Deja brillar también de tarde en tarde Del duelo amigo la doliente flor.

Deja al poëta que en tus lindos ojos El fuego beba, y su canción te escriba; Deja al pincel que de tu faz reciba, Para pintar sus flores, el color.

Pero nunca permitas que sus hojas Manche insidiosa tinta cortesana; La adulación vulgar, — lisonja vana, Áspid sería para cada flor.

Nunca ¡ por Dios! la brisa venenosa De alabanza falaz tu alma persiga; Huye su torpe halago, dulce amiga, Porque empañar pudiera tu candor. Y cuando mires en tu hermoso libro De una mala pasión la voz cualquiera, Expresión ó palabra lisonjera Que avance más allá de la amistad,

Rásgala, Anita. — La maleza nunca Deja lucir en el jardín las flores, Ni esa turba falaz de aduladores Deja á la luz tender su claridad.

Bogoti, 1855.

LÁGRIMAS

Tu hermoso libro, amiga, en los momentos En que debo partir, me causa pena; Mi alma rebosa de pesares llena Y en la hora amarga de la ausencia está.

Pero tú me dirás: « También yo sufro, También empaña mi mejilla el llanto; Cántame tus pesares, que tu canto Mi espíritu afligido halagará. »

Te comprendo muy bien. — El duelo amigo. El propio duelo con su roce calma; Para el hondo pesar que aflige al alma Las lágrimas son gotas de salud!

Pero las tuyas, lágrimas vertidas À impulsos de un dolor que aslige y mata; Digno tributo, recompensa grata Que consagra tu amor á la virtud,

No son como mis lágrimas, lloradas De ruda adversidad en el despecho; ¡Gotas de pura hiel que entran al pecho Como efluvios de plomo abrasador!

Las tuyas son el riego que fecunda Ciprés que cubre funeraria losa; Las mías riego de esa lluvia odiosa Que abate y pudre la preciosa flor. Sin embargo, lloremos! — Tú la angustia Que tu abatido corazón lacera; ¡Llora, sí, llora la desgracia fiera Que te impuso cruel la adversidad!

Yo también lloraré la desventura Que por do quier persigue mi destino; ¡Sombra oscura que anubla mi camino, Nube negra, crespón de tempestad!

Sin embargo, lloremos, que tu llanto Dios lo recibe — tu filial tributo — Prenda de un alma sumergida en luto; Reliquia santa de inefable amor.

¡Pero mi llanto...! Lágrimas rebeldes, Rencorosa protesta á mi destino, Anatema lanzado en mi camino, Último grito que me da el dolor!

Ese llanto, señora, lo condena La sociedad que exije y no da nada; ¡Llanto de un alma de sufrir cansada, Abominable fruto del pesar!

¡Y el mundo rie de ese noble llanto Y sin piedad se burla del que llora!... ¡Pobre de él! que sonará lä hora En que el dolor también le hará llorar!

¡Lloremos, sí, lloremos! — Este libro Será de nuestro duelo santüario; Mi canto será un canto funerario, Página escrita con amarga hiel!

Y al dejar estos aires y este cielo, Muerta ya mi esperanza y mi ventura, Este libro será su sepultura Y su fúnebre lápida el papel!

Á JULIA

¿ Has visto alguna vez, cuando la aurora Abre su rico manto de carmín, Al pajarillo que con voz sonora Las más preciosas flores enamora En su vistoso harén, en el jardín?

¿Lo has visto los aljófares libando En la marmórea copa del jazmín, La humilde trinitaria desdeñando, Y en un bosque de dalias retozando, Besarlas todas, y volar al fin?

¿Lo has visto en su agitada fantasía, Voluble trovador, falso galán, Darle á la malva-rosa su alegría, Robarle á una camelia su ambrosía Y perfumar con ella á un tulipán?

¿Lo has visto en su fastática locura Cantar del heliotropio la altivez, Y adular con hipócrita ternura De humilde violeta la dulzura, Y de triste amaranto la viudez?

¿Lo has visto saludar con vuelo esquivo À la anémona, al lirio, al alelí... Y ver con ojo rutilante y vivo La hermosa tior de continente altivo. La reina de corona carmesí? ¿Lo has visto entonces con el ala hermosa Los sonrosados pétalos rizar, Y darle el trino de su voz preciosa, Y con cántiga dulce y amorosa Rendirle culto en su aromoso altar?

Así, no yo, sino otro afortunado, Digno cantor de Julia la gentil, Volará en este Edén enamorado, Viendo el inmenso césped matizado Por la mano de Dios con flores mil;

Y al ver á Julia, flor esplendorosa, Que luz y aromas lleva de sí en pos, Pajarillo humillado ante la rosa, Rendirá culto á la mujer hermosa, Obra acabada del poder de Dios!

Bogotá, 1855.

¡QUÉ VIEJO SOY!

Á MI SOBRINA ANITA

¡ Imposible creerlo! — Del bautismo En la fuente sagrada ayer no más Recibiste la unción del Cristianismo... Tú, á buen seguro, no te acordarás.

Ayer no más, dormida en mi regazo, Pimpollo sin olor, flor en botón, La fe de Cristo te ofreció su abrazo Y cubrió con su cruz tu corazón.

Yo abandoné la luz del patrio cielo, Dejé el cariño de mi amante hogar, Y en otro clima y en extraño suelo, Ave sin nido, resolví volar.

Veinte años pasaron!... Hoy regreso Cambiado, viejo ya, muerto al placer; Y con abrazo esquivo, y sin un beso, Saludo al ángel, hecho ya mujer.

¡Qué mudanza tan grande! — Los despojos Tan solo traigo de lo que antes fuí, Y encuentro ardientes en tus lindos ojos El fuego y la expresión que ya perdí.

¡Cuál transforman los años! — ¡En sus alas Baja y se eleva la mundana grey! Hoy vistes tú sus primorosas galas; Yo llevo su mortaja... — ¡Esa es la ley! Se descubre en mi faz su helada huella, Y al rigor de la edad llevo mi cruz... Tú estás lozana y fresca, alegre y bella, Y el sol de la ilusión te da su luz.

Esta es la vida, Anita. — Acá en la tierra Los seres viven en perpetuo afán: Nacen, crecen, batallan, y en la guerra De esto que llaman vida, á morir ván.

Por eso tú, como lucero hermoso, Tu luz confundes con la luz del sol; Por eso yo, reflejo nebuloso, No tengo luz, ni fuego, ni arrebol!

Dios sabe lo que hace. — El paraíso Disfruta de tu fresca mocedad; Mientras que yo, hastiado ya y remiso, Sigo la senda de mi nueva edad.

Cartagena, 1875.

EN FAMILIA

A MIS QUERIDOS HIJOS

Pues que estamos en tiempo
De los exámenes,
Traigo para mis hijos
El premio grande.
Y no exajero,
Que es un premio que vale
Lo que no tengo.

Vengan á disputarlo
Mis cuatro chicos;
Pero nada de zambra
Ni de alaridos:
Vengan en forma,
Sin más armas en mano
Que sus diplomas.

Aquí no hay distinciones,
Ni preferencias;
Que el amor de los padres
Justo es que sea;
Y hasta el adagio,
Que « obras son amores, »
Dice bien claro.

Vengan, pues, mis cachifos,
Uno por uno,
Que por hoy no conviene
Tenerlos juntos;
Sus libros traigan,
Que esos son los cañones
De esta batalla.

Á la lucha, muchachos!
Sonó la hora
De poner en tortura
Genio y memoria!
Yo les ofrezco
Que se gana un tesoro
Quien gane el premio.

Aquí lo tengo oculto
Bajo el pañuelo;
No es cosa de oro ó plata,
Tampoco es juego;
Ni se figuren
Que son piedras preciosas
Blancas ó azules.

Es como dijo « El Duende »

Multum in parvo;

Cofrecito con joyas,

Pero sin fausto.

Su valor todo,

Es el valor intrínseco

Que tiene el oro.

Vamos á ver, muchachos,
Quién se lo lleva:
Yo le doy al que gane
Cinco pesetas!
Arriba, niños!
Aquí tengo tapado
Todo un prodigio!

Pues, señor, allá viene,
Muerta de risa,
Muy galana de bucles,
Mi hija Pepita;
Pero no crea
Que por su linda cara
El premio lleva.

Tiene en la diestra mano
Doblado un pliego;
Es el primer diploma
De su colegio:
También presenta
Un escudo que dice:
« Por excelencia. »

Más allá, mesurando,
Viene tras ella
El mayor de mis hijos...
Justo es que venga!
Que él, más que todos,
Comprender puede el precio
De mi tesoro.

Ahora bien, Joaquincito,
Le digo serio,
Como el mayor de todos,
Como el primero,
Estoy seguro
Que traerá mil títulos
Para el concurso.

Él entonces me entrega,
Medio azorado,
El diploma de estilo,
Todo dorado;
Y un libro bello
Con el nombre y la firma
De su maestro.

Iba à felicitarle
Por sus trofeos,
Cuando de un terremoto
La impresión siento:
Era mi Antonio,
Que de mis cuatro diablos
Es el demonio!

Es el tal un chiquillo
Que va à la escuela,
Más por tenerle lejos
Que porque aprenda.
Juzguen ustedes
¿Cómo dará al concurso
Lo que no tiene?

Sin embargo, presenta
Treinta y dos buenos,
Diez planas de palotés,
Y un libro nuevo
Que no se sabe
Por qué gracia le dieron
En los exámenes.

El menor de mis hijos
Es tán pequeño,
Que no sabe ni el cristus
Del alfabeto;
Por cuya causa
No podrá tomar parte
En la batalla.

Confrontando los títulos,
Y los diplomas,
Los palotes del uno,
Los de la otra,
El libro bello
Que el autógrafo tiene
De un buen maestro;

Y tomadas en cuenta,
Como es debido,
Las edades exactas
De cada niño;
Falló el Jurado
Que por los tres, vencido,
Quedaba el campo.

Hallando que los méritos

Eran iguales:
Aplicación, talento,
Porte y edades;
Todos creimos
Que, á elección dar el premio,
No era debido.

À la práctica vieja
De los sorteos
Ocurrimos entonces,
Como más cuerdo;
Y en papelitos
Al punto los tres nombres
Fueron escritos.

Metidos los tres rollos

En mi sombrero,

Dije á mi buena Anita:

« Saca el primero!

Y sepan todos

Que el que primero salga

Gana el tesoro. »

Mete la mano Anita,
Con miedo horrible,
Porque el amor de madre
No tiene límites:
Ella querría
Sacar á los tres juntos...
¡Pobre de Anita!

Al fin, como picada
Por alacranes,
Saca la mano aprisa
Y el papel cae...
¡ Cosas del diablo!
El diablillo de Antonio
Sale premiado!

Era de ver la cara
De mi Pepita,
Que por ser entre todos
La mujercita,
Tiene costumbre
De que todos la mimen
Y hasta la adulen.

De Joaquin... no se diga,
Se quedó mústio;
En tanto que el diablillo
Saltó de gusto:
La pobre madre
Vió marchitas las rosas
De su semblante.

Y hasta el más chiquito,
Viendo aquel cuadro,
Ni acertaba á reirse,
Ni á verter llanto.
El pobrecito
¡Quiere tánto á Pepita
Y á Joaquincito!

Viendo yo aquella escena
Tan lamentable,
Resolví dar al drama
Su desenlace:
Alcé el pañuelo...
Y mostré ante el concurso
Mi rico premio.

Era un pobre librițo
De humilde traza;
Lomo de tela oscura,
Pasta ordinaria;
Y ni siquiera
Indicaban su título
Doradas letras.

Al ver los muchachos
Tánta pobreza,
De encontrados afectos
Hacen mil muecas;
Y hasta mi Anita
Exclamó con enfado:

Qué porquería! >

Antonio, el agraciado,
Viendo aquel premio,
Nubló los arreboles
De su contento;
Y ni siquiera
Recibir lo ganado
Su mano intenta.

Yo, ante aquella mundana Fotografía, Como buen perro viejo Solté la risa. Abrí mi libro, Y mostré á la familia Lo que iba escrito.

Ni todo lo que brilla
Resulta oro,
Ni el harapo del pobre
Es mugre sólo:
Hay cierto mérito
Que no está en la corteza,
Sino por dentro.

Era mi pobre libro
Valioso obsequio
De un hombre virtuoso,
Sabioly modesto:
Su primer foja
De su puño contiene
Lo que va en copia:

Para que usted lo obsequie,
Mi buen amigo,
Al que menos merezca
De sus hijitos. >
Y al pié su firma,
Que por si sola vale
Más que la China.

¡Qué cambio tán notable
Tuvo el concurso!
¡Qué distintos afectos
Noté por turno!
El buen Antonio
Me arrebató su libro
Con alborozo.

Entonces á mi Anita

Le hice el recuerdo

De algo que yo le dije

Cuando soltero:

« Caja cerrada!

Que así juegan los niños

A la tapada. »

Si yo hubiera de darle
Al agraciado
Los tesoros de Creso
Tán ponderados,
Menos daría
Que dándole ese autógrafo,
Con esa firma.

Guarda, Antonio, tu libro Como un tesoro, Y si el tiempo lo rompe, Guarda el autógrafo; Que ante esa foja, No hay Potosí que valga, Ni Californias¹.

Bogotá, 1874.

^{1.} La dedicatoria copiada tenía esta firma: « Pedro Fernández I Tal vez la última que puso de su puño este eminente americano.

VANIDAD DE VANIDADES

En una gran ciudad, centro ostentoso Del lujo y la molicie cortesana; De esas ciudades donde el sexo bello, No sabiendo llenar su misión santa, Se hace el demonio del hogar doméstico, En vez de ser el ángel de la casa, Rivalizaban en rumbosos trenes De la alta sociedad dos ricas damas.

Si hoy Leonor ostenta en su tocado De oro, perla y coral regia guirnalda, Mañana Elena, su rival preciosa, Pondrá en el suyo trenzas de esmeraldas. La cachemira, el raso, el terciopelo, El bramante de seda, la aérea gasa, Los adornos de armiño, plata y oro, El rico encaje y la florida falda, Corpiños de tisú, flecos de seda, Sobrepuestos de tul, vinchas de indiana, Son recursos vulgares que en la lucha Ni descubren esfuerzo ni dan fama. Los diamantes, la turca, la amatista, El ópalo y rubí, ya no son armas Que en los recios combates del Orgullo Den á la Vanidad triunfante palma. Nada la Moda en su capricho inventa Que no quemen las dos en sus batallas, Y en el dosel do la Elegancia reina Estrellas son que viva luz derraman.

Pero viendo melladas en la lucha Las que el honor permite nobles armas. A las que son vedadas, por indignas, Coléricas y ciegas se avalanzan: El soborno, la astucia, el torpe dolo, La corrupción, la intriga y toda infamia Se juegan como ardides en la guerra De que Elena y Leonor son capitanas.

Versatil la Victoria se deleita En agitar el fiel de su balanza; Y si hoy corona de laurel á una, A la otra de laurel cubre mañana. En la éra de mi cuento el sol de gloria Sobre el campo de Elena destellaba, Y la infeliz Leonor se retorcía En parasismos de vergüenza y rabia. Los que conozcan esa fiebre ardiente Con que el orgullo nos enferma el alma, Podrán juzgar lo que pasaba entonces De esa pobre mujer en las entrañas: Su cabeza se ardía; por sus venas Corría, en vez de sangre, fuego en llamas; Sus ojos, dónde afluye aquel incendio, Centellas de coraje disparaban: « Cómo vencer? » decía, « ¿ de qué modo Podré á mi afrenta dar digna venganza? ¿Cómo humillar y escarnecer, rendida, A esa odiosa mujer que me avasalla? > Colérica é impaciente recorría Los inmensos salones de su estancia, Sudando á chorros el sudor del odio, Tragando á tragos la saliva amarga Que pone sobre el labio del despecho La emoción y el calor de la desgracia. Mas se detuvo al fin... El fresco labio Mordió sin ira; vanidosa y franca, Una aciaga sonrisa dió á su rostro Todo el tinte feroz de la amenaza; El fuego de sus ojos descubría Todo el volcán que le abrasaba el alma.

- « Hoy es lunes, » decía, « tengo tiempo De dar y de ganar otra batalla; En los seis siglos de amargura y mengua Puedo lavar mi herida y aun curarla... ¡Que preparen mi coche! — Aceleremos La hora feliz de mi feroz venganza! » Y poniendo por obra sus designios Recorrió calles, visitando fábricas, Talleres de dibujos y modistas, Almacenes y tiendas de gran fama, Lapidarios, joyistas, peluqueros, Ventas de novedad y de antiguallas... No quedó del Capricho y de la Moda Nada que esa mujer no escudriñara; Todo prolijamente lo inquiría; La intriga y el soborno puso en planta; Y por fin descubrió que, entre mil dijes, De gusto y de esplendor y de elegancia, Recamado de rica orfebrería, La victoriosa Elena preparaba Un rico traje de preciosa tela, Nuevo y raro color, pintas extrañas, Para asistir á la ostentosa fiesta Que debe dar Leonor esa semana; Y alli, sobre su trono, y en presencia Del cortejo de amigos que la ensalza, Darle en el corazón tán honda herida, Que todo nuevo esfuerzo la evitara.
- No habrá cuartel! » decía, y al instante Del nuevo mundo en pos se puso en marcha; La fe del gran Colón no fué más viva Que la que puso fuego en aquel alma! Compró los restos de la hermosa tela, Los adornos compró que allí quedaban, Y, encargando sigilo al fabricante, Voló alegre y feliz para su casa...
- ¿Qué infernal pensamiento habrá prendido En aquella cabeza atormentada? ¿Qué diabólico plan tendrá en su mente

Esa infeliz mujer que el vicio arrastra?... Fué un misterio. — Llegó la ansiada noche: Soles de inmensa luz todo lo abrasan; Los estucos de mármol, bronce y oro El resplandor reflejan de las lámparas; Plegadas, caprichosas colgaduras Quiebran el tornasol de las ventanas; Anchos espejos de brillante luna La rica faz de aquel edén retratan; Mullidos muebles de escarlata y oro, Festones de cristal, grupos de arañas, Pebeteros de esencias exquisitas, Bosques espesos de camelia y dalia, Hacen de los salones santuarios Destinados al dios de la Elegancia. Ya se agrupa el concurso: todos miran Con respeto y pavor la liza franca, Dónde las dos rivales, muy en breve, Van á librar su postrimer batalla.

De admirar era el plácido donaire, La amable risa y la feliz mirada Con que Leonor acoge á sus amigos, Sin dejar traslucir temor ni ansia.

Un notable murmullo en el concurso, Anunció á todos que el conflicto estalla: La venturosa, la triunfante Elena Va á oscurecer la luz de aquella Alhambra. ¡Qué felices contrastes descubría En su lindo tocado! — ¡ Cuánta gracia En el regio vestido y los adornos Que decoraban la elegante falda! ¡Qué primores de perlas y diamantes En el turgente pecho y la garganta! Al herirla la luz, monte de fuego, Sol que su propio sol iluminaba, Parecía esos grupos de luceros Que alegran la alta noche y la acompañan. Llegó risueña, con mirar templado Y en ademán de paz...; Qué hermosa estaba! Pero no bien en el sangriento campo Con denuedo gentil puso la planta, Cuando todos notaron que en sus ojos Nubló la luz una emoción extraña: Palideció su rostro y, contraido, Mordió su labio en ademán de rabia; Quiso avanzar... y se rindió al esfuerzo; Quedó sin luz y tambaleó azorada; Y al sofocante ambiente de la afrenta Sintióse ahogar... el aire le faltaba! Iba en tierra á caer, cuando sus brazos La tendió su rival que la acechaba.

La confusión fué horrible! Pero inmensa, Superior al conflicto la venganza!

La hermosa tela del hermoso traje

Era igual al tapiz de la ancha sala;

Igual á las plegadas colgaduras

Que quebraban la luz de las ventanas;

Los muebles todos, y aún la alfombra misma Cubiertos; ay! con esa tela estaban!...

Cuando alzaron á Elena, parecía

Que todo en el salón se levantaba.

ا**د** و این این است. بهمنمد،

Honda, 1858.

¡VIVA COLOMBIA!

EN RL « LIBRO ESPRJO » DE LA SEÑORA Dª LASTENIA SOFFIA DE SOFFIA

- «

 «

 « iva Colombia! » tu graciosa mano

 mprimió en esta página, y en ella
- « < iva de Chile la envidiable estrella, »
 pradecido exclama un Colombiano.
 </p>
 - □ umpla el pueblo chileno su destino:
 □ rgulloso y feliz con su victoria,
 □ evante de la paz el blanco lino,
 □ riflama de más perpétua gloria;
 ⋈ ida con vara propia ajeno sino;
 ⋈ rille por la clemencia su memoria;
 ⋈ como noble pueblo americano
 ⋈ lce y abrace al pueblo peruano.

Bogotá, 1881.

QUIEN MÁS MIRA, MENOS VÉ

Ver sin mirar es arte
De las mujeres;
Mirar sin ver defecto
Que el hombre tiene.
Cosa es sabida
Que en la mirada siempre
No está la vista.

Conocida estrategia
Del que batalla,
Es poner del contrario
La vista en Babia.
El mismo rayo
Nunca sigue la huella
De su relámpago.

Por eso en este mundo
Pierden la pista
Los que ponen directa
La puntería.
No es paradoja:
El que vé lo que mira,
Su vista acorta.

Si con mirar se viera,
No hubiera ciegos,
Que, sin ver, ellos miran
La luz del cielo;
Y en su ceguera,
Con los ojos del alma
Ven lo que anhelan.

Si yo hubiera de verte,
Tu faz mirando,
La mirada y la vista
Llevaran chasco;
Que no es tu rostro
El espejo que muestra
Lo más hermoso.

Por eso no te miro,
Mi tierna Lola,
Que mirarte y no verte
Me da congoja.
¡ Cosa inaudita!
Que do está la mirada,
No esté la vista.

Bogotá, 1856.

CAPRICHOS DE NOVIA

À BMILIA

Tu nupcial antojo, Emilia,
Me ha puesto fuera de quicio...
Sí, señor, es mucho oficio
Que con nada se concilia,
Pretender que así, en familia,
Y por distraer el rato,
Haga la tinta nitrato
Y máquina mi tintero
Para que, de cuerpo entero,
Saque tu lindo retrato.

Luego, ese blanco atavío
De las novias uniforme,
No está, Emilia, muy conforme
Con el aparato mío.
Pareces muerta de frio;
Opinión que en mucho abona
Esa pálida corona
Que pliega el blanco crespón...
¿Cómo podrá el colodión
Resucitar tu persona?

Además, yo no sé en dónde He leido una conseja, Que con enseñanza vieja, A tu capricho responde: Preguntóle á un viejo conde Una joven desposada Si, cual antes de casada, Su hermosura conservó, Y el conde la respondió Con la siguiente balada:

« El espejo discreto
Para una esposa,
Cuando saber quisiere
Si áun está hermosa,
Es conocido:
Son los amantes ojos
De su marido. »

Bogotá, 1881.

EPITALAMIO

IMPROVISACIÓN

Liga el dios del amor dos corazones.
Y de dos voluntades hace una;
Hace común placeres y aflicciones,
Hace común desdichas y fortuna;
Y mezclando diversas emociones,
Que en emoción común funde y aduna,
Parodia una vejez, que es siempre nueva;
El idilio de amor de Adán y Eva.

De ésta hermosa parábola el ejemplo
Lo tenemos aquí. — Consustanciales,
Han fundido sus almas en el templo,
Al calor de sus votos terrenales:
¡ Milagros del amor! Yo los contemplo
A la luz de sus júbilos nupciales,
Renovando, con fe de honrado pecho,
El mismo juramento que hoy se han hecho.

¡Quiera Dios que á la sombra de esa vida, Que predice el amor y la fe alienta, Podamos ver la predicción cumplida Que la dulce parábola nos cuenta! ¡Felices, cuanto cabe en la medida Del goce humano, que el encanto aumenta, Derramen en nosotros, sin usura, Lo que debe sobrar de su ventura!

EL ADIÓS DEL PROSCRITO

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ANA L. VILLAMIL

Tu libro en el instante doloroso. En que voy á dejar esta ribera, Me ofrece la ocasión triste, severa, De dar mi adiós á un pueblo generoso.

Aquí lo guardará tu álbum hermoso, En esta muda página postrera; Que el adiós de un proscrito bien pudiera En un lugar mejor ser enojoso.

Un álbum es un cofre de primores; De cariños y amor urna preciosa; Es un ramo bellísimo de flores, Puesto en el seno de una niña hermosa; Y éste mi triste adiós, con sus dolores, Será en tu ramo humilde zarzarosa.

Guayaquil, 1877.

YA NO TE QUIERO'

Un tiempo fuiste el alma de mi alma, Mi primera pasión, — mi amor primero; Hoy ya no tengo fe, no tengo calma: Ya no te quiero!

El juramento que me hiciste, ingrata, No fué, no ha sido, no será sincero; Y yo por eso, aunque el pesar me mata, Ya no te quiero!

Limosna hacerme de tu amor quisiste...; Era por cierto un don bien lisonjero!; Amor por caridad! — ¡Qué amor tan !riste! Yo no lo quiero!

Jamás olvido tu primer caricia, Trasparente disfraz de un desdén fiero: No más halagos, no; su agria delicia Yo no la quiero!

No quiero amor verdugo del decoro, Ni ser imán de un corazón de acero; Si antes te amé, mi desencanto adoro: Ya no te quiero!

Tú me dirás: «¿Qué importa? Yo tampoco Te quiero ya; mi libertad prefiero.» Quedemos libres, — la igualdad invoco: Ya no te quiero!

Cartagena, 1838.

1. Sin desconocer la simplicidad de esta composición, la publicamos como la muestra típica del poeta niño.

LA CORONA DE ESPINAS

Basta, por Dios! Olvida que hubo un día En que transido el corazón de amor, Canté con alegría Tu hermosura gentil, — la pasión mía, Que fué, más que pasión, funesto error.

Olvidalo, Edelmira: — yo no quiero
Decir al mundo lo que hiciste tú:
Olvidarlo prefiero,
Que es el olvido sombra en dónde espero
Guarecer del naufragio tu virtud.

Tu virtud! — Yo no sé por qué hoy no brilla Ese sol de salud sobre tu faz : Pálida tu mejilla, Parece reflejar de una mancilla El tinte impuro y áun su roce audaz.

No sé que advierto en tí. — Cobarde, inquieta, Tu mirada no encuentra donde estar:

Mal compuesto y ajado

El rico trén de espléndido tocado,

Parece luz que alumbra un funeral.

¿Qué ha pasado por tí?—; Frunces el ceño Y el blanquecino labio muerdes!...; oh! ¡Ojalá fuera un sueño! ¡Ojalá en brazos de un indigno dueño Te viera amante, pero impura... nó! ¿Qué tienes, Edelmira? — Esos sonrojos Que llevan á tu faz su confusión, El llanto de tus ojos, No son del desamor tristes despojos... De deshonra y vergüenza signos son!

Silencio! sí... silencio! — Que no sepan Dónde la úlcera está que la ha matado; Que no alcancen á ver su rostro ajado, Que no alcancen á ver mudanza tal.

Ella no fué!... No fué! — Tamaña falta No estaba en el crisol de su inocencia, La corrupción del siglo hizo violencia En el crisol del bien, y brotó el mal.

Atrás! — Atrás, impúdicas mujeres, Que cual de igual á igual la estáis mirando; Aun no ha muerto su fama. — Está brillando De su propia desgracia bajo el sol!

Atrás! Las que con risas de desprecio Pretenden castigar eso que ignoran: Si sóis buenas, llorad! que las que lloran Ganada tienen la mansión de Dios!

Honrad la desventura, que ella exije, Como toda desgracia, su homenaje; No alcéis al que sucumbe con ultraje, Si luz de todo bien es la bondad.

El mismo Dios al amparar la adúltera Dijo á la multitud: « Piedras afuera! Tire, quien ose hacerlo, la primera; Si es que impecables sóis, la prueba dad! »

EN EL ÁLBUM DE SARA

Estabas tan preciosa anoche, Sara, Que eras la luz, el son de nuestra fiesta; Donde llegabas tú todo era vida, Dónde no estabas tú — todo tinieblas.

Las otras compañeras de tu triunfo Astros opacos á tu lado eran; Si reflejaban luz — era la tuya Que alumbraba su séquito de estrellas.

¿Pero acaso era sólo tu hermosura Lo que daba prestigio á tu belleza? Yo voy á ser el eco de mil voces Y á decir, Sara, la verdad entera.

Muchos al escribir en este álbum Graciosa te dirán, — te dirán bella, Que en el rico cestillo de una hermosa No poner una flor mal gusto fuera.

Pero, infeliz de mí! si yo tan sólo Lo que ven los demás nada más viera, Que ha puesto Dios en tu precioso seno, Más que en tu hermosa faz, mucha belleza.

El vulgo encomiará tus ojos negros, Tu suave tez de rosa y azucena, La majestad de tu divino talle, Y la sonrisa que en tus labios juega. Pero yo que he mirado más adentro, Que he visto el corazón tras la corteza, Quiero ensalzar en íntimos cantares Esos dones que sólo Dios dispensa.

Quiero cantar el alma de tu alma, Su belleza gentil, mucho más bella Que tu rosada tez, tus negros ojos, Tu enhiesto talle y tu sonrisa leda.

Allí está, Sara, tu esplendor divino, Esa luz pura que tu faz refleja; Por eso quiero en el altar del alma Poner, humilde, mi modesta ofrenda.

Medellin, 1845

Á DELINA

Perdóname, Delina, si acaso atribulado Con lúgubres historias renuevo tu pesar; Perdóname, si es cierto que al fin me has olvidado, Que tu infeliz sosiego me atreva á perturbar.

¡Es tánto lo que sufro! — Son tántos y tán fieros Los vértigos que asaltan mis horas de dolor, Que llego á imaginárme que son menos severos Cuando recuerdo á solas memorias de tu amor.

No pienses que es mi intento culparte de inconstante Ni que de ingrata ó falsa la acusación te haré; Yo sé cuánto padece tu corazón amante Con los recuerdos tristes de nuestro amor... lo sé!

Yo sé que allá en tu pecho los hielos del olvido No alcanzarán siquiera las llamas á entibiar; Yo sé, preciosa mártir, cuán fina me has querido; Yo sé cuánto padeces, Delina angelical!

Si en medio de sus penas, altivo y vanidoso, Quisiera sus victorias contar mi corazón, Muy fácil le sería, matando tu reposo, Mostrar en tu semblante las huellas de tu amor.

Pero hay en nuestra suerte misterios tan profundos; Son tan inesperados los golpes que nos da, Que al ver que los redobla terribles, iracundos, Me inclino ante la mano que mueve el huracán. ¡Oh! si mirar pudieras la dolorosa herida Que sufre resignado mi corazón leal!... Si vieras cuán amargas se pasan de mi vida Las horas de la ausencia... tuviérasme piedad!

En esas horas tristes, sin luna y sin estrellas, Me asaltan mil recuerdos, reliquias de tu amor; Recuerdos venturosos de la época en que, bellas, Mis horas alumbraba de tu cariño el sol.

Tal vez esos recuerdos que endulzan hoy mi vida, Que encierran la esperanza de un porvenir mejor, Serán para tí sombras de una época perdida, Memorias olvidadas que ya no tendrán voz.

Tal vez...; Oh! no, Delina! — Perdona el arrebato Que agita y enloquece mi espíritu febril: Que ya me has olvidado, me dicen, é insensato En la calumnia busco cadalso para tí!

Si llega por desgracia de inmolación mi día, Si el tiempo borra airado mi nombre de tu altar, Por compasión te pido que alivies mi agonía Poniendo, en vez de olvido, tu enojo por dogal.

Así podré à lo menos mirar tus ojos bellos Resplandecer airados de ciega indignación; Pero esos resplandores, serán al fin destellos De una pasión injusta... mas siempre una pasión!

Perdóname, Delina, si acaso inadvertido Con lúgubres historias renuevo tu pesar; Perdóname si acaso, por la sospecha herido, Tus nobles sentimientos calumnio sin piedad.

Si sufres como sufro, — si sientes como siento. Bendita la memoria de tan valiente amor! Si ya me has olvidado... disculpa el sentimiento Que pone en mi pupila su gota de dolor!

LA LOCURA DE AMOR

Allí van: son dos gotas de rocio Que el esluvio formó del Oceano; Dos ángeles gemelos Que hacen pruebas de loco señorio, Y dados de la mano Quieren, sin alas, remontar los cielos.

Ella más que él audaz en la carrera Va por el verde otero, Como flecha ligera Que arrojó el arco con impulso fiero; Engreida y voluble mariposa, Remontarse querría A la altiva región de las estrellas, Que como diamantillos Forman el cerco de la luna hermosa, Por ver si dos de ellas Le sirven en su insana fantasía De femenil adorno en sus zarcillos.

Parodia eterna de la eterna historia
Del Edén primitivo;
No hay una edad de más completa gloria
Para la raza humana; es la dulzura,
Sin mala mezcla, del placer esquiva;
Es ambrosía pura
Bebida en copa de naranjo y rosa;
Idilio tierno, amante,
Que nos trasporta de la tierra al cielo;
Época venturosa,
En que las flores que regala el suclo
Se vuelven al instante
Cadenas de opresión que el hombre lleva,
Como aquellas que á Adán le impuso Eva.

Allí van: son dos vidas que una vida
Resume en sus deliquios y quebranto;
En una alma otra alma confundida;
Dos lágrimas que llora un mismo llanto.
Dó quiera que va ella
Se ven dos cuerpos y una sola sombra;
Del césped en la alfombra
Se ve de ajenos piés la misma huella.
¡ Insólito egoismo
Que de dos existencias hace una!
¡ Milagros del amor que Dios bendice
En el nupcial bautismo
Que da á la humanidad forma y fortuna!...
¡ Quiera Dios que esos lazos
No vuelva el desamor ¡ ay! pedazos!

Dios y su voluntad los tiene unidos;
Amor y juventud los encadena;
En piélagos de dicha confundidos
Prefieren el naufragio á ver la arena
De la playa cercana;
En su dulce aislamiento
No piensan en ayer ni en el mañana;
Se figuran, ilusos, que en el mundo
No hay más placer, ni goces, ni contento
Que los que apuran en su mar profundo!...

La unión que amor bendijo, bendigamos, Hoy que es apenas de ilusión emporio; Bendigamos mañana el lazo eterno, Que el fastidio ha cambiado en purgatorio: Pero más adelante no vayamos. Porque al fin encontramos Que el fino amor, no obstante ser tan tierno, Suele hacer su reinado nugatorio, Al convertirlo el diablo en un infierno.

Á VICTORIA

Quien te puso ese nombre
Fué un adivino,
Que ese nombre de reina
Te era debido.
Cuando te veo
En los aires columbro
Corona y cetro.

Si tu nombre tomamos
En absoluto,
¿Quién no ve que te llevan
Siempre en triunfo?
Eres, Victoria,
Por activa y pasiva
Signo de gloria.

Lima, 1877.

MI ÚLTIMA PRENDA

Á ISABRL

Óyeme por vez postrera, Mujer que yo quise un día, Y á quien un tiempo decía Dulces palabras de amor.

Si apesar de los agravios Que me has hecho, y que perdono, Mi última canción entono Sin cólera y sin dolor,

Es que à pasados favores, De época que olvidaremos, Ambos, Isabel, debemos Una memoria final.

Y yo, como el agraciado Por tánta y tánta terneza, Debo hacer una fineza A mi éra primaveral.

Voy, pues, á darte un consejo, Porque ese consejo sea La más provechosa idea Que ofrezca á mi desamor:

No hagas de tu falsedad La gala que estás haciendo, Porque así vas destruyendo El caudal de tu pudor: Si por un error ó cálculo Fuiste ingrata á mis amores, Cuida ganar en honores Lo que en honor perderás:

Mantén oculto en la sombra Y al calor del sentimiento Todo nuevo juramento... El que has hecho, y los que harás:

Tu hermoso nombre, tu fama, Tu fama, que es lo primero, No la des al aire fiero De la mundana opinión.

Que allá en sus oscuros vórtices No solo el deshonor mata; Pues también duele y maltrata La úlcera del corazón.

Sin cólera y sin pesar Te ofrezco mi adiós postrero... ¡No recuerdes el primero, Que es muy triste recordar!

Sigue, Isabel, el consejo Que en gaje final te he dado: Olvida lo que ha pasado Sin cólera y sin pesar.

Cartagena, 1838.

ORIENTAL

BN UN ÅLBUM

Hay en el mundo un mundo fabuloso Que tiene un cielo de ópalo y carmín, Un sol de fuego, límpido y precioso, Y una brillante luna que el reposo De sus horas de amor vela sin fin.

Allí galana, eterna primavera Duerme el más dulce sueño en el jardín; Y en su rizada, alegre cabellera Rien la risa de la edad primera La turca rosa, el árabe jazmín.

Las auras de la tarde embalsamadas Bañan de aroma el nítido cristal De bulliciosas aguas destrenzadas; Hebras de hilo de plata destinadas Para lujo del sauce y del nogal.

Allí la voz de alegre pajarillo Dulce concierto de los aires es; Himnos de amor exhala el jilguerillo, Ya en la risueña palma del tomillo. Ya en la llorosa copa del ciprés.

Allí se ven de mármol, jaspe y oro Alcázares de regia excelsitud, Y entre los pliegues de obelisco moro De seda y gasa osténtase un tesoro. De perlas y diamantes multitud. Allí se duerme en lecho recamado, Sobre plumas de turca y ruiseñor; Allí se duerme el sueño regalado Que ofrece pebetero cincelado En que se quema el ámbar del amor.

Allí se mira à la agarena hermosa Muellemente dormida en un cojin; Sobre cada mejilla hay una rosa, Y en su mirada célica, donosa Se refleja la luz de un serafin.

Allí se vé la altiva circasiana Con su elevada frente de marfil: Nieve en su cuello y en sus labios grana, Brilla en sus ojos limpia y soberana La ardiente luz de nuestro sol de abril.

Allí también la flor de Andalucía Voluptuosa y gentil se ve brillar: Tiene en su faz un cielo de alegría, Y, reina del harén, lucha, porfía Y hace al sultán postrarse ante su altar.

También allí modesta nazarena, Triste, prendida al hierro del harén, Destrenzada en el seno la melena, Llora al triste compás de su cadena El fruto de su indómito desdén.

Paraiso feliz! Bella guirnalda Que se ciñe en la frente un musulmán! Sus palmas son penachos de esmeralda Que de la Alhambra en la lujosa falda Sombra y frescor al Agareno dan.

Los bardos llaman á ese mundo Oriente, Maravilla de lujo y de placer; Y entre tánta grandeza y lujo tánto, En su precioso, enamorado canto Adorada cual dios es la mujer! Mundo de Oriente, excelso panorama, Tu orgullo, engaño: — error tu vanidad! Ven á mi Oriente cuyo seno inflama De ardiente sol la abrasadora llama Para alumbrar al Dios de la Verdad.

Mundo de Oriente, ven, esta Granada No es la Granada de tu rey Boabdil: No tiene Alhambra de oro decorada Ni muros, ni obeliscos, ni engastada Se ve en un rey la efigie de un reptil.

No tenemos harém. — Nuestras doncellas No son mudas esclavas de un sultán! Si reinas hay en nuestro Edén son ellas, De nuestro ciclo fúlgidas estrellas Que vida y luz á nuestros ojos dan.

Aqui está nuestra Córdoba. — Dormida Al pié del alto Monserrate está! La frente tiene de arrayán ceñida, La arrulla el aire que su monte anida... Despierta de tu sueño, Bogotá!

Ven, altivo Agareno. — De mi Oriente Goza la luz. — Mi ciclo en su esplendor Va á halagar tánto tu glacial ticreza Que olvidando tu Oriente y su grandeza Confieses ya tu vanidad, tu error!

Ven, altivo Agareno. Ven y admira À Bogotá, nuestro modesto Edén; Aquí el aroma de la flor se aspira Mágico y puro, y la voluble lira Del pintado turpial se oye también.

Ven, altivo Agareno. Ven y goza En primavera nuestro cielo azul; Ven á sentir esa emoción medrosa Del ronco trueno en noche tenebrosa. Rasgando el rayo el pavoroso tul! Ven, altivo Agareno. Ven, inflama, Nuestras aguas al ver, tu corazón!... Manso arroyuelo duerme aquí en la grama, Y el trueno allá del ronco Tequendama Se estrella contra el rústico peñón!

Ven, altivo Agareno. La belleza En rostro de ángel hallarás también; Ven á admirar el celestial encanto Del serafín en cuyo libro canto, Eva gentil del bogotano Edén!

Ven y admira mi musa inspiradora, Flor trasplantada, orgullo del pensil! Nieve en su cuello y en sus labios grana, Brilla en sus ojos limpia y soberana La ardiente luz de nuestro sol de abril!

Ven à admirarla, si! Púdica y bella, Brilla en su faz un sol de juventud; Reina de la elegancia y los amores, Su casto seno es un verjel de flores Que fecundiza el sol de la virtud.

Ven á admirarla, ven; y á ese tu mundo, À ese tu hermoso Oriente díle adiós! Que para gloria de mi hermoso Oriente Voy á ofrecer un turco penitente Llevado por un ángel hasta Dios!

Bogotá, 1857.

EN EL ÁLBUM DE AURELIA

El mes entrante hará un año
Que á impulso de mi cariño,
Como prenda de regreso,
Puse mi firma en tu libro;
Y has sido, Aurelia, tan buena,
Que, á pesar de que la has visto
Al pié de una foja en blanco,
No te ha tentado el Maligno
Para escribir sobre ella
Lo que tú hubieras querido;
Y en blanco me la has guardado
Como un depósito mío.

Suponte que hubiera dado
Con uno de esos vestiglos
Que cansados de la paz
En el paternal abrigo,
Hubiera...; Dios me perdone!
En la foja blanca escrito
Un matrimonial contrato,
Ante notario y testigos,
En el cual constara, Aurelia,
Con todos sus requisitos,
Que á ser su presunto esposo
Estaba comprometido!...
¡Y mi firma al pié de todo
Para mi eterno martirio!

He reflexionado tánto, Viendo mi firma en tu libro, Que ya toda foja en blanco Me produce escalofrío;

Y si hay pluma de por medio Y algún tintero vecino, Me da vértigos mi nombre Y mi rúbrica ultra-tifo: Si de esta logré escapar, A favor de tu buen juicio, No quiero por confiado Arrostrar nuevos peligros: Tú al fin me conoces bien, Y sabes por eso mismo Que mi firma puesta en blanco Riesgo no corre en tu libro: ¿Qué hubieras hecho en efecto, Aún tentándote el Maligno? ¿Girar una letra en contra De mi anémico bolsillo? Bien sabes tú que en metales Somos tales los Piringos, Que por honor al aseo Cuidamos siempre de ir limpios.

¿ Hubieras escrito acaso
Billete de desafio,
Arrojándome á las uñas
De algún espanta-pericos?
¡Qué chasco hubieras llevado
Por tan pícaro capricho!
Porque estoy tan aferrado
Al decálogo de Cristo,
Que he jurado no matar
Ni que me mate un mal vicho;
Quiero llevar á la tierra
Mi pobre y triste vestido
De piel, sin mancha ni roto,
Como hombre honrado y pacífico.

Á mi supuesto primero Nunca hubieras ocurrido; Porque tú, jóven y hermosa, Con un porvenir tan lindo, Por propia mano no hubieras Preparado tu suplicio.
¡Escoger para tu novio,
Para tu cuasi-marido,
Un Colombiano que tiene
Treinta y dos años cumplidos!
Largo como un cocotero,
Como una patena limpio,
Y en ajuste personal
Medio ciego y medio vizco;
Novio, en verdad, que en amores
Nunca ha pasado del cristus;
Que en la ciencia del gran tono
Tan desaplicado ha sido,
Que en redowa, straus y polkas
Es otro nuevo Robinson!

Si encontrar en mí pensaras Esmaltes de lechuguino Te accidentaras, Aurelia, Viendo mi ligero equipo! ¡Un cuello de porcelana Sobre mi cuello!...; Dios mío! Fuera morir de mal aire, O emparedado en un nicho: Los guantes de cabritilla, Aunque de Jouvin legitimos, Son para mis pobres manos Dolores de reumatismo. Los botines in utroque, Esos de un punto al olvido, Si cayerau en mis piés. Cometieran pedicidio! ¡Qué guillotina de callos! ¡Qué prensa de lobanillos!

De dandy no tengo empaque, Ni cosa por el estilo, Soy Colombiano y muy rancio De los de tuerca y tornillo; Y ya ves que para novio No corro ningún peligro.

Pero vo te prometí
Escribir algo en tu libro,
Y, apesar de los pesares,
Yo cumplo aquello que digo:
Vayan, pues, cuatro renglones,
Y perdona los que he escrito.

Es mi cariño, Aurelia, de tal modo, Tan grande, tan extremo y tan sincero, Que queda dicho todo Con repetirte, Aurelia, que te quiero!

Bogotá, 1856.

Á DELINA

BN UN BAILB DR DISFRAZ

¡Qué bella estabas, Delina, Con tu vestido oriental! Nunca mora peregrina Llevó con gracia más fina Su turbante y su puñal.

Tu rostro de nazarena Bajo el plegado atavio De la incrédula agarena, Se me figuró, bien mío, La libertad en cadena.

¡Extraño capricho fué Vestir el disfraz de mora! Yo al punto reflexioné Que eras mora sin la fe Que tu fe tanto demora.

Y te juro, vida mía, Que tus galas de agarena No me dieron alegría; Pues con ellas te veía Mejor que de nazarena.

Y no hay quien con gusto pueda Ver que una virgen cristiana Arroja su alba de seda Y en traje arabesco queda Más hermosa y más galana: Pero tú, según sospecho, Dirás como Magdalena, Dándote golpes de pecho: « Mi intención, Señor, fué buena, Aunque el hecho fué mal hecho. »

Fué un mal capricho, Delina, Poner tu faz peregrina De tan cristiana belleza, Bajo la turca rudeza De una hermosa bedüina.

¿Eres acaso sultana Robada de algún harén, O seducida cristiana Que la gente musulmana Llevaba para Salén?

¿Ó acaso eras, vida mía, Modelo que para Oriente La madre América envía, Como bella fantasía De esta tierra de Occidente?

Dime, por Dios, ¿qué pensaste Al tomar ese disfraz Con que tu fe calumniaste?... ¿Cuando ese puñal tomaste, Lo hiciste con santa paz?

Que para echarla de mora Ese arabesco vestido Trajeras, ¡vaya en buena hora! Pero esa arma matadora, ¿Con qué fin te la has ceñido?

De los extraños antojos De tu capricho oriental Sólo el puñal me da enojos; Porque donde están tus ojos, Está de más un puñal. ¿Ó es que el disfraz de sultana Contagió tu corazón, Y en odio á la fe cristiana Te has hecho esfinge pagana De maligna inclinación?

Arroja ese puñal fiero Y aun ese disfraz también: Yo Nazarena te quiero, Que el santo aroma prefiero De las flores de Belén.

Bella estabas, peregrina. Con tu vestido oriental; Pero mucho más divina Es tu hermosura, Delina, Bajo el cristiano sayal.

Guayaquil, 1845.

EN EL ÁLBUM DE ELVIRA

Mandas, Elvira, tu precioso libro Para que guarde un pensamiento en él; Pensamiento fatal de amargo duelo, Porque te vas de mi nativo suelo, Robándole una flor á su verjel.

Te vas, Elvira, y llevarás contigo Al delicioso suelo á que te vas, Recuerdos mil de gratas emociones, Deliciosas y dulces impresiones Que nunca ni por nada olvidarás.

Te vas! — Yo he sido en tu amistad el último, En tu libro también último soy; Fresca la tinta de mi canto llevas Y palpitantes las sensibles pruebas Que buen amigo en vez de adiós te doy.

El mismo siempre mi destino ha sido! Va de mi dicha la desdicha en pos: Mi adiós con mi saludo se ha juntado Y en un rápido instante se ha pasado Toda una eternidad... Adiós! Adiós!

Cartagena, 1839.

AMO Y ESPERO

¡Ay! ¿Qué fuera de tí, corazón mio, Si la esperanza no te alimentara? ¿Qué fuera de tu amor si no contara Con ese sol, reflejo de otra luz?

¿Cómo vivir sin alentar la vida? ¿Cómo pensar si falta el pensamiento? ¿Cómo creer sin fe ni sentimiento?... ¡No se concibe redención sin cruz!

¡Vida sin esperanza... esa no es vida! Que lo diga si no el pájaro errante Que vuela y vuela, porque vé delante La esperanza de sér, vivir, amar:

Sin la esperanza, — estúpida, indolente La vida fuera; — caminar sin guía; Hasta el mismo dolor se enervaría, Hasta el mismo placer fuera un pesar.

Y el mundo ¿ qué sería? — Vasto osario, De muda y triste soledad cubierto; Campo sin flor — erial en el desierto, Cárcel sin luz — tribulación sin sol:

La luna de sus noches no alumbrara, Su lucero mejor se eclipsaría; Densa tiniebla fuera el claro día, Espesa oscuridad su tornasol. Esa misma belleza que enamora, Que déspota domina tu albedrío, ¿Qué fuera para tí, corazón mío, Sin la dulce esperanza del amor?

Te fuera indiferente: — la verías Como se ve la flor en la pradera. Como se ven las brumas en la esfera, Como se ven la luz y el resplandor.

Todo sin la esperanza es humo, nada! Todo con la esperanza resplandece! Sin ella el sér en el no ser perece; Con ella hasta el no ser causa ilusión!

La esperanza es el alma de las almas, Soplo que anima el aura de la vida: Acógete á la luz que ella despida, Y cesará tu angustia, corazón!

Cartagena, 1840.

HOY ES TU DÍA!

A DELINA

Hoy es la aurora de tu hermoso día! ¿Qué ofrenda digna de tu nombre hallara? ¿De qué modo, Delina, festejara La luz preciosa que nacer te vió?

¿Qué podré darte yo, si todo, todo Lo juzgo para tí pobre y mezquino? ¿Mis versos? — No! Que sufran su destino! Ellos tal honra no merecen, no!

¿Qué podré darte yo? — Si ajeno fuera, Te diera el voto de mi amor primero; Te diera el dulce bien que amante quiero. Te diera su sonrisa y su mirar!

Pero darte lo tuyo! — Cuanto tengo En aras de tu amor lo he consagrado; ¿Si todo entero el corazón te he dado. Ya qué me queda que poderte dar?

¿Coronas para tí? — No! — Ya tu frente De virtudes y gracias tiene una; En tu hermoso camino la fortuna Sus dones todos pródiga regó.

En la vívida lumbre de tus ojos Bello sol de salud su luz derrama; No hay virtud que no mire su oriflama En ese seno que el amor formó. La sonrisa del ángel en tus labios, Inocente y feliz, vaga perdida; El dolor en las fuentes de tu vida Es muy distinto del común dolor.

Sufrimientos á tí! — Si Dios lo quiso, Fué como en burla del común quabranto; Te dió sonrisas para ahogar el llanto; Para herir los dolores te dió amor.

¿Qué podré darte yo, si cuánto tengo Es gaje tuyo, — de tu afecto prenda? ¿Qué podré darte si mi amante ofrenda, Por ser ya tuya, no te puedo dar?

Si nada tengo, que esa nada oculte El sonrojo que sufro en este día: Si yo tuviera...; tánto te daría, Que te faltara para el dón lugar!

Antioquia, 1845.

Á LOLA

Lola, mi tierna Lola,
¿Quién lo creyera?
Que tan mala memoria
Me persiguiera!
¡Bien empleado!
Que en la falta el castigo
Yo me he llevado.

Repetido lo tengo,

Lola del alma,

Que en la edad de los vicjos

Mi edad ya raya:

De otra manera
¿Cómo haber olvidado

Tan grata fecha?

Al saber que era viérnes
De los Dolores,
Descargué en mi cabeza
Tan fiero golpe
Que todos, todos
Exclamaban al verme:
«¡Se ha vuelto loco!»

Si mentir yo supiera

Te hubiera dicho

Que mi paje es un bestia,

Torpe borrico,

Que mi tarjeta Llevó donde otra Lola Gangosa y fea!

Pero yo siempre digo
La verdad pura,
Que no siempre el olvido
Revela culpa;
Y aunque así fuera,
Tú me perdonarías,
Mi Lola bella!

Bogotá, 1855.

EN EL ÁLBUM DE S. R.

La poesia es una arma mellada; los mejores versos son los que no se pueden hacer. — Lamartink.

Voy à manchar la página de un libro Que otro y no yo pudiera engalanar Con esas bellas cosas que se escriben En lenguaje del alma, Soledad.

Yo debiera en obsequio de tu nombre Dejarla limpia, — en blanco como está; Que la callada página de un álbum, Más que la escrita á veces suele hablar.

Y serán tántas, ¡ay! las que á porfía Tus gracias y virtudes cantarán; Que la que mancha mi tenaz afecto Ni tú, mi amiga, la verás quizá.

Yo sé que no podré, como otros pueden, Con colores vivísimos pintar La luz preciosa que en tu faz refleja El bello sol de tu primera edad.

De tu candor el merecido elogio, De tu candor, herencia maternal, La voz cuitada de mi pobre ingenio, En su pobreza, díme, ¿ qué dirá?

Nada digno de tí; nada que pueda Ser digna excusa de mi necio afán; La pobre foja en que mi obsequio escribo Proscrita por las otras quedará. Mas en el rico Edén donde descuellan Preciosas flores de fragancia tal, ¿Qué te importa que oculta entre el follaje Duerma la humilde sensitiva en paz?

En este libro que será tu historia, Tu intimo poëma, Soledad, Mi voz será la voz de tus secretos, Que tú tan solo comprender podrás!

Muda emoción, pero sincera y pura, Gesto sin expresión, pero leal, Lo que decirte quiero tú lo sabes, No importa que lo ignoren los demás.

Es un enigma cuya clave encierra Esta franca expresión de mi amistad: Página en blanco donde tú tan solo Puedes mi pensamiento adivinar.

Cartagena, 1852.

TE QUIERO TANTO!

Á AURELIA

Diez años han pasado! — Tú inocente, En la edad infantil, graciosa y bella, Levantabas la frente, Con la corona del candor en ella.

Tierna flor por el césiro halagada, Rica en olor y esencia, Entonces tu sonrisa y tu mirada Reslejaban un cielo de inocencia!

Entonce, Aurelia, te quería tánto, Con tan sincero amor, con tal cariño, Que era mi dulce encanto, Volver contigo á mi ilusión de niño.

Diez años han pasado! — Ya soy hombre, Y tú en la edad de los placeres brillas; Hoy, Aurelia, tu nombre Lo pronuncia el respeto de rodillas.

La tierna flor abierta a los amores, Fresca, lozana y aromosa y pura, Envidia de otras flores, Ostenta ya gallarda su hermosura.

Y aun llevas del candor la aurea corona En tu frente graciosa, Y el cielo de inocencia no abandona De tu modesta faz la luz preciosa.

Y te quiero cual antes te quería, Con sin igual cariño! Sólo que ya no puedo, como un día, Volver contigo á mi ilusión de niño!

Bogotá, 1856.

MI CORAZÓN Y YO

¿Qué tienes corazón? ¿Qué te entristece? Tú que al amor indiferente estabas, Que mirabas con tedio los placeres, Lates violento y tus pesares callas?

Tú que fuiste señor de una belleza Que con ciego delirio te adoraba, Y á quien hiciste, por pueril capricho, Verter de desamor acerbas lágrimas,

Llora tu mal y tu inconstancia paga!

Pero no, corazón, te compadezco! Yo ví también la que mató tu calma; Yo la ví enamorado, y desde entonces Extraño fuego mi existencia abrasa.

Bella como las brumas matutinas, Pura como la gota que da el aura, Modesta como el lirio de los montes, Sensible como el hielo de la escarcha...

¡Albricias, corazón! — Amar á un ángel Que une á su estirpe la belleza humana, Es la mejor misión que darte pudo El Supremo Hacedor de tántas gracias.

Corozai. 1840.

EN TU ÁLBUM

À CÁRMEN DEL RIO DE NARVÁBZ

« Toma tu cruz » le dijo à su discipulo Al comenzar la redención Jesús; Y desde entonces para toda lucha El arma de las armas es la cruz.

De esa te armaste tú cuando el destino Abrió su larga lucha para tí; « Tomo mi cruz, » dijiste, y ese lábaro Te hizo fuerte al principio y fuerte al fin.

Muchos sabrán honrar tu sacrificio; Muchos harán justicia á tu valor; Mas de seguro que de cada esfuerzo El justo peso no han tomado, no!

El conjunto se ve. La mujer fuerte Batalla en la desgracia, en el dolor... Y al ver que triunfa en el feroz combate, Palma de gloria le concede Dios.

Pero luchar sin tregua ni esperanza, En lo oscuro, à la sombra, en pleno sol; No recibir heridas en la lucha, Sino quejas de amor, solo de amor!...

No ver sobre la frente del contrario La enrojecida muestra del furor, Sino el dulce semblante del que tiene Para cada dolor resignación!... ¿Cómo llamar á la mujer que lucha En ese campo en que has luchado tú?... Con razón que imitando á tu Maestro, Como él dijeras: « tomaré mi cruz. »

La lucha termino. — Tu noble esfuerzo La anhelada victoria no alcanzo... Tu corona la forman tus recuerdos, Tu misma fama te dará aflicción!

Que los combates que no dan victoria, Que las victorias que no dan laurel, Ni acrecientan la fama del que lucha Ni le dan á su triunfo esplendidez.

« Ha llenado un deber, » dirán los unos, Otros agregarán: « amó su amor, » Y áun no faltará alguno que á tu nombre Conceda su entusiasta admiración.

Pero ¿ser pueden para tánto esfuerzo Tan mezquinas ofrendas galardón? ¡Cuánta virtud, en lucha ménos recia, No recibe del mundo honra mejor!

Sin embargo, mi amiga, Dios lo ha visto; Él sabe y pesa lo que hiciste tú; El guarda una corona á tu martirio, Enlazada en los brazos de tu cruz.

Deja que luzca su laurel festivo La virtud que venció á la adversidad; Que tú puedes decirle con orgullo: « Mi corona de espinas vale más! »

TU CANDOR

EN EL ÁLBUM DE D. A.

Brilla en ameno prado,
De alegre y verde césped esmaltado,
Rica de aroma la risueña flor;
Mas ¿ qué valiera su corola hermosa
Si no guardara en ella misteriosa
La tinta del candor?

En su argentado coche, Rueda la luna, reina de la noche, Galana en su romántico fulgor. Mas ¿qué valiera su ostentoso brille Sin ese velo místico y sencillo De paz y de candor?

La tórtola que canta,
Que con su arrullo la floresta encanta,
Himno precioso de doliente amor!
¿Qué hiciera de sus tiernas emociones,
Si no diera á la voz de sus canciones
La magia del candor?

Ay! por eso, Dolores, Al poner un abrojo entre las flores Que llenarán tu libro de esplendor, No canto de tus gracias la belleza, Sino esa luz, la luz que en su pureza Refleja tu candor.

¡NACISTE EN MARTES!

Entre afan y congoja,
Mi bella Anita,
Me ha cogido la aurora
De tu gran día:
¡Cosas del diablo!
Que hasta en martes cayera
Tu cumpleaños!

Son los martes y viernes
Mi pesadilla ;
Si yo agüeros creyese,
Recelaría
Que hasta mi muerte
Ha de ser, de seguro,
Martes ó viernes.

Pero cuántas inepcias
Estoy diciendo!
¿Es acaso tu santo
Fiesta de muertos?
¡Fuera pesares!
Y en placeres ahoguemos
Siquiera un martes.

Que se quede el trabajo Para otro día, Que hartos hay en el año De gran fatiga:

^{1.} El autor redactaba en esta época un periódico político que parecía los martes y viernes.

Venga el sombrero Que á buscar para Anita Voy un obsequio.

Ya en el mar de las modas
Me encuentro náufrago,
Sin hallar cosa digna
Pare un regalo;
Y soy tan bolo,
Que, de puro exquisito,
Lo malo escojo.

La medida no tengo
Para un anillo;
Crinolinas hay muchas
De alambre fino;
Pero no quiero
Que mi propio regalo
Me quite el sueño.

Una cruz para el pecho
No fuera malo,
Que una cruz en el pecho
Conjura al diablo;
Mas ¡ay! quién sabe
Si es que al diablo no quieres
Tú que se espante.

Trabajoso me encuentro,
Mi bella Anita;
Tanto enredo y no hallo
Cosa que sirva!
Tiendo la mano,
Para tomar á tientas
Ángel ó diablo.

Por fortuna he cogido Caja cerrada: Así juegan los niños
A la tapada.
Ábrela luego,
Y aunque pique en tus manos,
Ese es mi obsequio.

Y si alguno pregunta
Qué te he mandado,
Dile que diez mil pulgas
Dentro de un cacho;
Que mala ó buena,
Yo no quiero que nadie
Mire mi cuelga.

Bogotá, 1858.

EN EL ÁLBUM DE ISABEL

Escribir unos versos en tu libro, Fuera hacer lo que todos, y yo quiero Entresacar del vulgo de afecciones Algo especial y digno de este obsequio.

Yo tengo un pensamiento — es uno solo, Y á más de pensamiento es un deseo; Y por verlo cumplido, en todo instante, Hago fervientes votos á los cielos.

Ponerlo aquí sería profanarlo! Si hubiera tinta de escribir secretos, Lo escribiera, Belisa, lo escribiera Y solo tú podrías comprenderlo.

Pero noto en tu risa y tu mirada Que excede la malicia á tu talento; ¡Bien haya la intuición á tu alma noble, Que adivina y comprende mi deseo!

¿Para qué, pues, poner en este libro De mi pobre jardín ortiga ó brezo, Si estoy leyendo en tus preciosos ojos, En toda su extensión, mi pensamiento

Guárdalo, amiga, donde guarda el alma El valioso caudal de sus afectos; Pónlo á la sombra del cariño amante, Y resguarda su aroma de los vientos.

À LA DISTINGUIDA DAMA CHILENA

DOÑA LASTENIA SOFFÍA DE SOFFÍA

Garcilaso en su trova más donosa, Afirma en boca del pastor Tirreno, Que la fruta más dulce y más sabrosa Es la que nace en el cercado ajeno.

Y el afamado crítico Hermosilla, Haciendo corro al vate toledano, Pondera, cual la octava maravilla, Eso que, á ser verdad, no es muy cristiano.

Yo que he juzgado siempre un cuasi crimen Siquiera codiciar lo que es ajeno, Siento vacilaciones que me oprimen, Viendo esta confusión de malo y bueno.

Y hoy al tener entre las manos mías, Brindándome esta página preciosa, El libro de una dama que, en poesías, Es, no diremos rica, poderosa;

Vacilante mi fé, de angustia llena Mi enfermiza virtud, virtud de hombre, Al ver tu libro, de la fruta ajena, Sin cambiar la intención, se cambia el nombre.

¿Para qué querrá versos la que tiene De su propia cosecha tanto bueno? Y al decir *propia*, la expresión se aviene Con lo de ser mejor lo que es ajeno. Pues en tu mismo libro yo he leido Una franca verdad que me ha encantado. Y es que el verso más bello y aplaudido Honra también al sér que lo ha inspirado.

Lo que equivale á confesar de plano Que las glorias que alcanza toda lira Son, por mitad, del vate soberano Y de la bella musa que lo inspira.

De modo que, á ser cierto lo anotado, Tu poética herencia es muy cuantiosa; Pues si tu esposo mucho ha poetizado, Lo ha inspirado también mucho su esposa.

Y él, no solo respeta tu derecho, Sino que en mucho más le dió cabida, Cuando te dijo con amante pecho: « Tuyos mis versos son como mi vida. »

¿À qué, pues, aceptar cristal de roca Quien vé su cofre de diamantes lleno?... Voy creyendo, por fin, que sí provoca La insulsa fruta del cercado ajeno.

Bogotá, 1881.

LA HERMOSURA

A SARA

En el ampo de nieve de tu frente Puso el pudor su cifra recatada; En el precioso sol de tu mirada El verano gastó su fuego ardiente.

Bajo tu labio de carmín, riente, Las gracias ocultaron, nacarada, Una sarta de perlas, que cuajada Brotó en los golfos de la mar de Oriente.

La escarcha del abril, tan fresca y pura, Bañó tu aliento, de ámbar saturada; Toda luz de belleza y donosura Se vé en tu faz de gracias coronada: ¿Cuál otro dón le falta á tu hermosura? Uno tan solo: — estar enamorada!

Medellin, 1846.

EN EL ÁLBUM DE AGRIPINA MONTES

Hubo una edad risueña y generosa En que, siendo feliz, pude cantar; La maga de esa edad, maga engañosa, Una lira me dió que osé pulsar;

Y saqué de esa lira muchos sones Con que halagué mi alegre juventud; Canté en ella el cantar de las pasiones, Rendí culto al amor y á la virtud.

Pero fueron viniendo, menos bellos, Los turbios tiempos de avanzada edad; Se llenaron de nieve mis cabellos; Se marchitó mi fresca mocedad;

Y, sin notarlo yo, rota, insonora La hermosa lira de mis cantos ví: En vano trato de pulsarla ahora, Ya no tiene sonidos para mí.

Por eso he deplorado que tan tarde Me pidas en tu libro una canción... ¿Cuál te he de dar, amiga, si no arde Ni da una chispa en mí la inspiración?

¡No poder ensalzar à la poetisa Ni lisonjear siquiera à la mujer!... ¡No quedarme otro don que la ceniza, Rezago triste del volcán de ayer...! ¡Misera condición del que ha tenido De fuego y emoción tánto caudal! ¡Lástima del tesoro ya extinguido! ¡Lástima de la fuente hecha arenal!

Y si es cierto, cual dicen, que la ausencia Pondrà pronto su niebla entre los dos, Se unirà otra desgracia à mi impotencia, Dándote, en vez de canto, un triste adiós!

Bogotá, 1863.

EN UN ÁLBUM

Esto es hecho, Avelina ¡ es imposible! En vano lucha el pensamiento mío; Todo cuanto me ocurre es mudo, frío, Para aquello que pienso y quiero hacer.

Que al poner estas líneas en tu libro, No debo, como el vulgo de cantores, Decirte elogios, ni cantarte amores Para adular tu orgullo de mujer.

Pues bien comprendo que tu noble espíritu, Rico de luz y aspiración vehemente, Ni pide, ni merece, ni consiente La triste flor de adulación vulgar.

Tu libro es un tesoro en que guardadas Querrás tener excelsas emociones; No triviales y frívolas canciones Que una emoción común puede inspirar.

Yo te comprendo, sí; no es la quimera De necia vanidad la que te halaga, Ni es con gotas de hielo que se apaga De tu noble ambición la ardiente sed;

Yo sé, Avelina, que tu hermoso álbum No es canastillo que mendiga flores; Bien sabes tú cuán ricas y mejores De tu ingenio las tienes á merced.

Por eso yo vacilo al consagrarte El pobre pensamiento que concibo, Y escribo y borro y nuevamente escribo Buscando alguno digno de los dos. Y brego y lucho y me fatigo en vano, ¡Y la página en blanco me tortura! Pienso y pensando mi conflicto apura... ¡Triste y horrible posición, por Dios!

Yo te comprendo, sí; la alondra errante Busca y persigue la canción distante Que entona en la alta selva el ruiseñor;

Pero esquiva el arbusto, desdeñosa, Donde levanta su canción llorosa El Dios-te-dé, — fatídico cantor.

Yo te comprendo, si; la alta viajera Que hace brillar la noche en su carrera, Tiene una estrella á la que da su luz;

Pero al lucero que su sombra hiere, Lo deja como lámpara que muere Al pié de humilde y funeraria cruz.

Yo te comprendo, si; para agradarte Y un pensamiento digno consagrarte Es preciso un esfuerzo superior:

Talento, genio, aliento poderoso, Para ofrecerte un cántico armonioso Lleno de luz, de vida, de vigor.

Esas almas de fuego, en cuyas alas El relámpago brilla con sus galas, Y el hondo trueno con su ronca voz;

Uno de esos cometas peregrinos, Que, como el rayo, se abren mil caminos Y arroyos lanzan de su luz veloz.

Esos son los que pueden, Avelina, Con los acentos de su voz divina Tu alma mover, tocar tu corazón;

Pero tu pobre amigo...; Ay! generosa, Cubra su triste canto y bondadosa, Si la indulgencia no, — la compasión.

Bogotá, 1855.

EL RAMO SECO

A EDELMIRA

Imagen de mi amor es ese ramo:
Nació, creció, se marchitó y ha muerto!
Lo destinaba á la mujer que amo,
De quien ya ni áun las lágrimas reclamo
Para dar vida á su cadáver yerto.

Guarda, Edelmira, el mísero esqueleto De ese que bello fué ramo de flores; Nada le falta, nada; — está completo! Guárdalo con cuidado, con respeto, Que van con él mis últimos amores.

Ya todo concluyó! — Cierra esa historia Que hace tu orgullo y que mi afrenta ha sido! Aquí yace mi amor! — Aquí tu gloria!... Que ese ramo consagre su memoria Sobre la losa eterna del olvido!

Ocafia, 1852.

CONTRASTES

A JOSE MARÍA SAMPER

En la éra en que Polonia fué reinado Por ley fundamental se disponía Que proclamar un rey no se podía Sin ser por la nobleza sancionado; Pero era tal el voto estipulado, Que si un noble cualquiera, sólo uno, Al nuevo rey negaba su aquiescencia, Quedaba el voto sin efecto alguno Y el candidato electo sin regencia.

Por muerte del reinante, la corona Iba á ceñir Uladislao, su hermano; Pero uno de los nobles se apersona Y le niega su voto al soberano: La opinión general se desazona, Porque en el nuevo rey tiene fe viva, Y el Primado pregunta al gentilhombre Si puede motivar su negativa; Si hay falta alguna que oscurezca el nombre Del aclamado rey; si razón tiene Que justifique el voto inesperado; Y el noble opositor dócil se aviene A complacer al pueblo amotinado. « La razón de mi voto voy á daros, Aunque de darla obligación no tengo: No quiero hacerle rey, os lo prevengo! Y siento vivamente disgustaros. »

Ante capricho tal de temer cra Que la ley la nobleza irrespetara Y su elección el pueblo sostuviera; Pero, ofreciendo una lección bien rara, Y un raro ejemplo que imitarse debe, El elegido príncipe declara Que á violar el precepto no se atreve.

« Ante todo la ley! » dijo, « que en ella La voluntad del pueblo se vé escrita; Quien burla su precepto ó la atropella Cometer mucho crimen necesita! Que se cumpla la ley! — Y yo el primero Ante su augusta majestad me inclino: No es poloués, ni honrado y caballero Quien se hace de la ley vil asesino! Si mi mando quisísteis... eso os mando! Esa es de vuestro rey la órden primera! » Y el gentilhombre entonces admirando Lección de patriotismo tan severa, Tan austera virtud, ante el electo Se prosternó de admiración vencido: « Para ser un gran rey eres perfecto!... Serás mi rey! » le dijo enternecido. « Al negaros mi voto, yo quería Saber si la Polonia libre era; Y pucs que áun libre es la patria mía, Sé tú su rey — el trono ya te espera! »

En presencia del hecho que refiero, Yo que soy de Colombia ciudadano, No de vergüenza, de pesar me muero, Viéndome ante un reptil hecho un gusano. Parte del pueblo-rey, del soberano, Mi voto es irrisión, ludibrio y lodo; Y el voto-rey del pueblo colombiano Farsas y nada más — sarcasmo todo! Allá el rey polonés ante la ley Sumiso dobla la real rodilla;
Aquí todo ambicioso se hace rey
Y ante el la ley con humildad se humilla:
Allá el electo rey la ley acata
Y ante una sóla voluntad se inclina;
Aquí el que no es electo la ley mata
Y el voto popular cruel asesina.
Amarga decepción! — La monarquía
Hace mejor á un súbdito cualquiera
Que al ciudadano de esta patria mía,
República sin ley! — Grey sin bandera!

Bogoti, 1875.

TRES SONETOS Á LA ESPERANZA

¿Cuál es el bién que porque á todos toca Ni emulación, ni envidia lo envenena? ¿Cuál la felicidad que causa pena Al irse de las manos á la boca?

¿Cuál es esa ilusión que amante y loca Mientras más nos engaña más nos llena? ¿Cuál el gozo que avaro nos condena Al infernal suplicio de la roca?

¿Es algo en realidad, que así cautiva? ¿Alcanza mucho el que ese bién alcanza? ¿O es bomba de jabón que, fugitiva,

Brilla fugaz y en el no ser se lanza?... Dicen que es un botón de siempreviva La suspirada flor de la Esperanza?

Hay una luz que solo en sueños veo, Y que despierto su fulgor me niega; Luz que dista de mí, pero me ciega, Aspiración que anima mi deseo.

Puede mentira ser, pero la creo; Loca y vivaz, con mi existencia juega; Y mientras más incertidumbres riega, Más en sus confusiones me recreo. Siempre me encanta más, mientras más vaga; Su ala de mariposa me seduce; Es una bella y aturdida Maga

Que en la alta noche sus esmaltes luce; Luz de felicidad que no se apaga Ni aunque su llama por las tumbas cruce.

¡Todo acaba en el hombre! Yo tenía Rico caudal de bienes en mi mano... El placer me adulaba cortesano, El amor me miraba y sonreía...

Todo pasó! Mi loca fantasía Víctima ha sido del orgullo vano! El vigor de mi fe se hace liviano Para los hiclos de la duda impía...

Ya mi vista se apaga. Ni un suspiro De mi apretado corazón se avanza... Ya el anhelo murió... Ya á nada aspiro...

¡ Qué edad tan triste la que á nada alcanza! ¡ Un solo bién en lontananza miro!... ¡ Es la luz inmortal de la Esperanza!

EL AVE DE PASO

À MI HERMANA CONCRPCIÓN G. DR ORRANTIA

Dejar no quiero del risueño Guayas
Las benignas y plácidas riberas,
Sin contarte una historia que en sus playas
Me contó un viejo de las viejas eras;
Pero, por Dios, ni á imaginarte vayas
Que es un cuento de brujas ó hechiceras,
De esos que nos contaba, cuando niño,
La dulce voz del maternal cariño.

Me contó el viejo que una vez errante Por los manglares de la hermosa ría, Miró sobre una rama, sollozante, Presa de una mortal melancolía, A un pájaro extranjero; y anhelante De saber la aflicción de que moría, Se acercó paso y con amable acento, La causa preguntó de su tormento.

- « Pareceros podrá torpe quimera, » Me dijo el viejo, « y hasta intento vano, Pretender que aquel ave respondiera A las preguntas de este pobre anciano; Pero habrás de saber que ave parlera No es de extrañar en bosque americano, Pues es sabido que en el Nuevo Mundo Sabe contar historias todo el mundo.
- El pájaro me vió, y en su mirada
 Tanto su amarga pena descubría,

Que, en compasivas lágrimas bañada, Encontró triste y comprendió la mía; Su plumaje batió, y aunque cuitada Alzó la faz y vió la luz del día, Y al fin lanzó tristísimo graznido, Como suspiro de alto bien perdido.

- Lejos, me dijo, tras del mar de Atlante, Entre el follaje de una hermosa liana, Dejé mi nido, donde hermosa, amante Una turpial de estirpe soberana Cuidaba, con amor siempre constante, La tierna prole que me diera ufana; Lo fabricó mi mano cariñosa Con musgo seco y seca zarzarosa.
- » El airecillo fresco y aromoso
 Que al despuntar la luz besa la fuente,
 Con ala blanda y hálito amoroso
 Mi nido balanceaba dulcemente;
 El sol, el mismo sol esplendoroso
 Era en mi hogar feliz menos ardiente,
 Que, al penetrar su luz, se quebrantaba
 En la tupida red que atravesaba.
- » De la empinada sierra el fresco ricgo Formaba, al descender, una cascada Que, herida por el sol, bañaba en fuego El follaje sutil de la enramada; Era de agua y de luz brillante juego, De frescura y fulgor lluvia animada Que adornaba con perlas de rocío La seca paja de aquel nido mío.
- » Pero una noche, al declinar la luna, Densa la oscuridad nubló el ambiente; Bramó la tempestad fiera, importuna, Y abrasó con sus hálitos mi frente... Puesto mi nido en tierra, una por una Ví mis dichas morir súbitamente;

Y al desatarse el huracán reacio, Ave sin nido, me lancé al espacio.

- > Y volé lejos, y en extraño suelo,
 Buscando hogar y patria en otro clima,
 De región en región, de cielo en cielo,
 Por hondo valle y por enhiesta cima,
 El Ecuador crucé con raudo vuelo,
 Y el mar del Sur y la opulenta Lima...
 Y hoy, abatido y triste y fatigado
 Sombra este mangle en mi orfandad me ha dado.
- » Lejos están mis bosques de palmeras, Mi hermoso sol y aquel Edén ameno, Donde, del padre Funza en las riberas, Sentí de amor el corazón tan lleno; Se quedaron allá mis compañeras, De aterradores rayos bajo el trueno... ¡Quién sabe de mi prole y de mi nido, En medio á la borrasca qué habrá sido! »

« El nájaro calló Sobre su cuello

- Ven conmigo, le dije, que allá en frente, Sobre la márgen de la opuesta orilla, Tengo retamas secas al ambiente Y una arboleda que lozana brilla; Allí haremos un nido tan caliente Como aquel que perdiste, ave sencilla; Allí hallarás, como en tu propio nido, Todo el caudal de dichas que has perdido.

- » No lo crecréis; apenas hube dado Unos pasos en pos del barquichuelo, Cuando noté que el pájaro animado Batió las alas y tendió su vuelo: Yo, en ondas de la ría sepultado, Él suspendido como alud del cielo... ¡Caprichos de la suerte! las figuras Cambiaron de repente sus alturas.
- Yo bogando sin tregua y él volando,
 À la ciudad llegamos; tarde era:
 El sol sus rojas tocas desnudando,
 Quebrantaba su luz en la ribera;
 La brisa en la arboleda jugueteando,
 Le robaba su aroma placentera,
 Y hasta las ondas de la hermosa ría
 Frescura regalaban á porfía.
- » Rendido el viaje y con mi barca atada, Andando cada cual en su elemento, Fuimos à la mansión por mí anunciada Como oásis feliz de aquel tormento: Era una hermosa y plácida enramada Edén de amor, tesoro de contento, Donde dos oropé...dolas tenían El rico hogar de paja en que vivían.
- » No bien el noble par hubo sabido
 La leyenda del ave infortunada,
 Cuando alegre y feliz partió su nido
 Y el abrigo que daba la enramada;
 El sustento también fué dividido
 Con mano generosa, y nada, nada
 Se recató del pájaro viajero
 Que vino á ser, no huésped, compañero.
- » Era de ver cuán presto el libre ambiente Su saludable influjo derramaba Sobre el pobre proscrito: diligente, Al asomar el sol, su luz buscaba;

Su plumaje, hace poco tan doliente, La brisa del cariño reanimaba; Y con erguido cuello y voz sonora Los cantos patrios entonaba ahora.

- La acogida que tuvo en aquel nido, Que el que dejó en el suelo colombiano Ni fué más suyo, ni mejor partido; De todo dueño, y dueño soberano, Si bien el propio nunca dió al olvido, Aquel nido de amor ligó su pecho Con suave lazo, pero bien estrecho.
- Y pasaban las horas y los días Sin alterar la dicha que gozaban Aquellas aves... no las alegrías, Porque á un proscrito su hospedaje daban; Pero sí los deliquios y armonías Del fraternal cariño que cambiaban... Cuando llegó terrible, asoladora De cruel separación la triste hora.
- PQué cuadro aquel! Los ayes doloridos Del infeliz proscrito contrastaban Con los profundos, trémulos gemidos Que las dos oropéndolas lanzaban... Aun sus tiernos hijuelos, conmovidos, Con la doliente escena que miraban, Con un piar de fúnebre terneza Daban al cuadro aquel mayor tristeza.
- Yo mismo, y à pesar de que mis años Han hecho rudo mi caracter, via Que, à pesar de la edad y sus amaños, Aquel cuadro tan triste me afligia! La falsedad del mundo, sus engaños, La aflicción de aquel nido desmentía, Ofreciendo el cariño de las aves A un hombre y viejo reflexiones graves.

Al fin se separaron. Yo mi historia
Termino aquí. Tan solo me acobarda
El pensar que de un viejo la memoria
Para hacer un relato es siempre tarda;
Tampoco sé qué penas ni qué gloria
A cada cual en lo futuro aguarda...
Obraron bien, y Dios ha prometido
Pagar con sumo bién un bién cumplido.

Esta la historia fué que, contristado, Me contó el viejo, sin pensar siquiera Que yo también proscrito, desterrado Llegué infeliz á esta feliz ribera; Que, ave de paso, yo también he estado Sólo en la multitud; que también era, Como el protagonista de su cuento, Bruma perdida á la merced del viento.

Que también, como él, miré mi nido Por airado huracán roto en el suelo; Que también, como él, vagué perdido En busca de un hogar bajo otro cielo; Que también he llorado y he sufrido; Que también, como él, hallé consuelo; Que soy el ave de marchitas galas Que á la voz del anciano abrió sus alas.

Guayaquil, 1877.

LA HERMANA DE CARIDAD

Á JUAN M. HERRERA UMAÑA

Miradla! No se ocupa en su provecho; Vive para hacer bien à los demás: Con la imagen de Cristo sobre el pecho, Por ancho valle ó por sendero estrecho, En pos de los que sufren, allá va.

Semejante á la blanca gaviota Que cruza diligente el ancho mar, Su toca blanca en el espacio flota, Buscando en choza humilde ó tierra ignota El pan de su insaciable caridad.

No preguntéis quién es; no tiene nombre... Mensajera del Bién, ángel de Dios, Cruza la tierra por servir al hombre, Sin que haya sacrificio que la asombre, Ni estorbo que detenga su intención.

No tiene patria. Donde el mal impera, Donde hay duelos y llantos que aliviar, Allí está la divina mensajera, Repartiendo con mano placentera Cosechas de abundante caridad.

Como hay madres que niegan á sus hijos El calor de su seno maternal, La Caridad los ve con ojos fijos Y les brinda consuelos bien prolijos En esta nueva madre que les da. Como el demonio del linaje humano No cabe en su caverna terrenal, Mueve guerras de hermano contra hermano; -Y á ese campo de muerte va su mano Las cóleras sangrientas á calmar.

¡Divina Caridad! Cuánto no debe El mundo á tu santísima misión! No hay bién que en hombros de tu cruz no lleve, Desde el antro del fuego hasta la nieve, Tu valiente y seráfica legión.

En remotas regiones la hidra impía De torpe vanidad te calumnió... Alguno te llamó Filantropía!... Como si el astro de la noche fría Diera la misma luz que irradia el sol!

Esa falsa deidad, ingerto vano De necio orgullo y fatua ostentación, Si alivia el mal con opulenta mano, Nunca tiene la unción del dón cristiano, Porque, aunque todo sobre, falta Dios!

No así la Caridad. Su pobre ofrenda Se hace rica á la luz de la piedad; Beneficio de amor, de amor es prenda; La Fe la lleva por su hermosa senda, Y, como allí está Dies, todo allí está!

Bogotá, 1882.

MI BIOGRAFIA

En los tiempos pacíficos Fuí mercader, Y lo poco que tuve Lo eché á perder. ¡Cosas del diablo! El caudal de San Pedro Pasó á San Pablo.

En los tiempos de guerra Fuí general; Pero en toda batalla Me fué muy mal. Quedó probado Que vocación no tengo Para soldado.

Pasada la tormenta

Me hice impresor,
Y de culpas ajenas
l'ui redentor.
No se me olvida
Que, por poco, una noche
Pierdo la vida.

Cuando más aperreada Mi suerte fué, De agente de negocios Plaza senté; Pero el Gobierno Principal y ganancias Me tomó á préstamo.

Hoy por hoy, miscelánico
Tan solo soy;
Mandadero del público,
Si vengo, voy;
Y trasegando,
Como un negro del África,
Lo voy pasando.

Bogotá, 1877.

CUENTOS DE SELGAS

REMINISCENCIAS DE UN LIBRO

I

EL AMOR

Una niña á su amante preguntaba ¿Qué cosa es el amor? y él le decía: « El amor es la vida, prenda mía; Pero vida inmortal que nunca acaba! »

- « No acaba con la muerte? » replicaba La niña con sarcástica ironía.
- « No acaba con la muerte! » respondía, En tono sentencioso, el que la amaba.
- « No es la vida del cuerpo, es esa vida Que de sangre inmortal el alma llena; Luz de eterno esplendor, que, suspendida, En los espacios del placer, serena, Ni el huracán del odio la intimida, Ni la eclipsa el nublado de la pena. Luz de cielo que todo lo embellece, Todo lo alumbra y lo fecunda todo; Que, como el cielo, á su capricho ofrece Cada celaje de distinto modo; Que tiene, como el cielo, tempestades, Sereno sol y tardes nebulosas; Que tiene, como el cielo, claridades, Días sin luz y noches misteriosas; Que, como el cielo, esconde su horizonte De otros más altos cielos en la bruma; Que, como el cielo, da su luz al monte, Y orla de plata de la mar la espuma;

Que, como el cielo, es uno, siempre el mismo, De luz perpétua y eternal consuelo; Porque allá en los secretos de su abismo No hay más que un sólo amor y un sólo cielo.

II

EL MATRIMONIO

Nos cuenta Selgas que una vez comían Cuatro cachacos de la piel del diablo, Y en diálogo tranquilo discutían La epístola famosa de San Pablo.

Pero advirtió sobre el mantel, serenos, Cuatro grupos de copas diferentes,. Que anunciaban que aquellos calvatruenos Iban más tarde á ser menos prudentes.

En trasparentes, sendos botellones De la vida feliz la sangre hervía; Elixir para cuatro corazones Que el tedio de los goces afligía.

Matusalém, de todos el decano, Y el anfitrión de aquella alegre fiesta, Daba su último adiós, — su adiós de hermano — A un alma enferma que á morir se apresta.

Era Miguel bizarro y buen muchacho Que en próxima ocasión iba á casarse; Enfermo que, in extremis, de un empacho De amor, de puro amor iba á enterrarse.

Eran los otros dos Pablo Medina Y Gustavo Guillén, buen cirujano; El primero bolsista, á quien inclina Poner en bolsa extraña propia mano. Conocidos los heroes de mi cuento Ó del cuento de Selgas, que es lo claro, Pasaremos por alto el suculento Tren de manjares, que es chico reparo.

Vamos á lo esencial de nuestra historia, Contando á mi lector lo que pasaba En esta bacanal, donde la gloria, En olas de Champaña se eclipsaba.

Como es de presumir, nuestro cuaterno, Con solo una excepción, se dió al demonio, Probando que el amor es un infierno Que tiene por caldera el matrimonio.

Y como aquí la narración ya toma Del elevado diálogo el coturno, A fin de no omitir punto ni coma, Pondré en escena al orador de turno.

MATUSALÉM

Pasó la mocedad! No somos niños Y ya en la edad viril nos encontramos; La infantil inocencia y sus aliños De tiempo atrás en árboles colgamos.

Quedó ya lejos la época ominosa De agrios estudios y forzosa escuela; Del viejo pedagogo la éra odiosa Como el tiempo pasó... y el tiempo vuela.

Somos lo que se llama cuatro hombres Sin yerro ni omisión, faltas ni sobras; Tenemos, y no es poco! cuatro nombres, Y somos padres ya... de nuestras obras.

Naturaleza incorregible y ciega, Á todo nuevo esfuerzo refractaria, Del vapor y telégrafo reniega, Y de todo progreso es adversaria. Por eso, caminando en lo trillado, Copias de tantas copias hemos sido; Como el común del vulgo procreado, De padre y madre por igual nacido.

¿Cuánto mejor no fuera que á la escena Viniera el sér humano hecho y derecho, Ahorrándole esa edad de angustia y pena En que todo es raquítico y estrecho?...

Es una usurpación abominable Contra el derecho electoral, privarnos Del poder de elegir un padre amable... O una madre gentil siquiera darnos.

Pero dejando al tiempo y los congresos La indicada reforma como urgente, No lo es menos dejar de ser traviesos Y sentar plaza entre la honrada gente.

Ya somos hombres; y pensar debemos, Siquiera para honrar á nuestras madres, En dejar la careta que hoy tenemos Y adquirir el derecho de ser padres.

Ruidoso aplauso y estupenda risa Hicieron comprender al preopinante Que los tres niños, que pintó en camisa, Hombres iban á ser en adelante.

Un prolongado trago de Borgoña Puso á aquella promesa ardiente sello, Que es con riegos de vino que retoña Del recto y sano juicio el árbol bello.

MEDINA

Derecho de ser padre no se adquiere Sino aceptando la nupcial coyunda: Es, como dicen: « si la sangre muere... » O como dijo el otro: « palo ó tunda. »

Examinemos, pues, el lazo eterno. ¡Tres faces á la vez tiene el demonio! Lo que hace ver que hay hueco en el infierno Para vivir en santo matrimonio.

Tres faces, tres aspectos, en conciencia, Tiene como contrato y sacramento: La costumbre, el amor, la conveniencia, Pues toda otra razón es puro invento.

Por costumbre se casa el rutinario; El que se casa por amor es ciego... Luego para casarse es necesario Que entre la conveniencia en el talego.

Comprendo el matrimonio por costumbre Allá en la patria boba... en la inocencia; Cuando el tapete y club no daban lumbre, Cuando ignoraba el mundo su potencia.

La vida patriarcal... bien la comprendo! Los goces del hogar... los he soñado! La paz de la familia... no la entiendo! El placer del trabajo... me es vedado!

Los que de tanta dicha disfrutaban, ¿Qué de menos hacer sino casarse?... Hasta las mismas aves que volaban, Nada mejor hallaban que enjaularse.

Pasaban de las faldas de una madre De otra madre más joven á la falda; Bien pudieron nacer sin tener padre, Como nace en la piedra la esmeralda. Como si no pudieran vivir solos, Sino al sabroso abrigo de una ella, Se pasaban la vida esos Bartolos Viendo que el sol se arrima á alguna estrella.

El matrimonio por amor se explica En la edad de los Cides y Pelayos, En que cada Jimena, pobre ó rica, Tenía, como Júpiter, mil rayos.

Éra de trovadores y torneos, En que, rey absoluto, honor mandaba, Y el valor, acatando sus deseos, Por su Dios y su dama se inmolaba.

Solo un vínculo enlaza el matrimonio Con firme nudo y con eterno lazo: El interés! — Resorte del demonio, Que no da tregua ni consiente plazo!

Planteada la cuestión en mi terreno, Casamiento es unión de dos fortunas; Es negocio redondo, siempre lleno, En interés de algunos ó de algunas.

Y en la categoría de un negocio, Dejando así de ser una locura, Trocando el tedio mundanal en ocio, Puede labrar de ambos la ventura.

Aceptada mi tésis, poco importa Que sea la mujer joven y bella; Si alguna suma trae, larga ó corta, Será, en lengua de amor, divina estrella.

En conclusión; buscadme una opulenta Para ajustar negocio con su dote, Y me caso ahora mismo, sin más cuenta, Viniendo en orden: — suma y sacerdote!

MATUSALÉM

¿Acabaste?

MEDINA

Pues, hombre, ya lo creo! Me parece que todo queda dicho.

MATUSALÉM

Tiene, pues, la palabra y lo desco, La ciencia de Guidén.

GUILLÉN

¡Vaya un capricho! Yo no puedo negar que el matrimonio Es higiénico; así Monlau lo explica; Pero os puedo jurar, por San Antonio, Que es la sarna mayor... la que más pica. Yo he podido observar, con ojo austero, Tanto el original como la copia, Y opino que de males el más fiero Es ese que se llama mujer propia. El hombre y la mujer, seres distintos, Con varios y aun opuestos pareceres, Forman en sus enlaces laberintos Que ata el bombre y desatan las mujeres. Seres heterogéneos que se juntan, Uniendo cantidades y valores, Y las cifras sumadas que se apuntan Forman ese dolor de los dolores. Pero ustedes dirán, y lo anticipo, Si heterogéneas son las cantidades, Por más que sumo, resto y multiplico, Me da el absurdo en muchas variedades... Y es así la verdad. Pero el absurdo Es tan antiguo como el hombre mismo: ¿Ni cómo fino hacer lo tosco y burdo,

Ni tomar por Edén el negro abismo?
Buscadme una mujer que no sea Eva,
Aunque tenga su gracia y su hermosura,
Un Paraíso sin manzana ó breva...
Y os juro hacer la postrimer locura.

MATUSALÉM

Sigue, Miguel.

MIGUEL

Corriente; y seré breve, Porque quiero salir pronto del paso: La mujer será falsa, inícua, aleve; Pero, apesar de todo... yo me caso!

Una homérica, inmensa carcajada Fué del brindis final digna corona! Nada pudieron contestarle, nada, Que la fiebre nupcial todo lo abona!

Matusalém, Guillén, Medina, todos, Cada cual con la copa sobre el labio, Dieron su aplauso de distintos modos Y declararon á Miguel un sabio.

Bogotá, 1876.

LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES

Del padre Astete
Dice que hay siete vicios,
Tan solo siete;
Y á más de eso
Pone siete virtudes
Por contrapeso.

Pero yo que he vivido
Cincuenta años,
He encontrado á las pesas
Muchos engaños;
Siempre pasiva
La virtud está abajo
Y el vicio arriba.

Por ejemplo, la Ira,
Que grita y manda,
Subyuga á la Paciencia,
Dócil y blanda:
La gran señora
Ha encontrado en la humilde
Su servidora.

En sus mesas la Gula
Tiene de asiento
Al humano linaje
Que es muy hambriento;
Mas la Templanza,
Si á un parroquiano sigue,
Nunca le alcanza.

Y ¿qué tal la Soberbia?...
Como es altiva,
Lleva al género humano
De comitiva:
Baja la ola,
Y la Humildad se muestra
Maltrecha y sola.

Domina al mundo,

Que el avaro es un pozo
Ancho y profundo;
Y la Largueza,
Una vez que ha largado,
De hambre bosteza.

De la Envidia no hablemos,
Porque su imperio
Hace el ámbito estrecho
De este hemisferio;
Y, pobrecilla,
La Humildad vive, holgada,
Pobre buhardilla.

Por esto, con permiso
Del padre Astete,
Sostengo que los vicios
Son más de siete;
Y que, por eso,
Las virtudes no alcanzan
Al contrapeso.

STOP!

¿Qué vas à hacer, anciano? ¿Cómo quieres Poner la nieve junto à tanto fuego? ¿No ves que se derrite y corre luego Por el muerto raudal de tus placeres?

¿No habrá en el torbellino de mujeres Una capaz de tu amoroso ruego?... Si es tan niño el amor y además ciego, ¿Por qué á la calma el huracán prefieres?

Tarde prendió la llama en tus pasiones, Tarde incendió su fuego tu cabeza, Tienen su edad de amor los corazones,

Cual su invierno glacial Naturaleza; El que se casa viejo, en ocasiones, Paga, haciéndose ciervo, su torpeza.

Bogotá, 1855.

LOS CORTESANOS

A BMILIA

¿Ves ese pordiosero, en cuya mano
Brilla un anillo de diamante fino?
¿ No descubre su porte, asaz liviano,
Todo el dejo glacial de un libertino?
¿ No ves en su bajeza el triste sino
A que puede llegar un ente humano?...
Pues ese, hermosa Emilia, es cortesano,
Mendigo de los clubs y del Casino;
Adular al que manda es su destino
Y al que priva envidiar su único arcano;
Mas, si el Mérito llega á soberano,
Al grito de ¡ igualdad! se hace asesino.

¿Cómo dejan vivir en los salones, À la sombra de ricas colgaduras, Con iguales obsequios y atenciones, Seres de tan diversas cataduras?... Ese inmundo reptil que asecha á oscuras De calumniar y herir las ocasiones, ¿Por qué á subir alcanza á estas regiones De santa paz y de emociones puras?... ¡Dios, al hacerle hueco á sus hechuras, Puso en el bosque erial los culebrones!

Bogotá, 1854.

MALES DE AMOR

- ¿Qué tienes, Fabio? ¿Qué pesar aniega De lágrimas tu faz? ¿Qué mal te infiere? — Es que Anais me desprecia y no me quiere Y en vano amante el corazón la ruega.
- Pero ese loco amor que así te ciega, ¿Ante tu herida dignidad no muere? ¿El amor propio que al desprecio hiere No será el propio amor que al alma llega?...

Alza la frente, Fabio. — Tu locura, Que otra cosa no es amor tan tierno, Del alma desterrar, por Dios, procura.

¡Hay un mal más terrible, y que es eterno! Si amar, sin ser amado, es desventura, No amar ya, y ser amado, es un infierno.

Bogotá, 1857.

LA PASIÓN DE LOS CELOS

Principia en ceños y besando acaba, Es una tempestad de un solo trueno, Es un vacío que se siente lleno, Grito de libertad de un alma esclava.

Es Cupido con flecha y sin aljaba, Panal disuelto en zumo de veneno, Culebra que se abriga en nuestro seno, Aguda espina que el amor nos clava.

Fibra que artera la sospecha muerde, Pesar que no da entrada à los consuelos, Pasión que al alma en sus abismos pierde,

Maldición de la tierra y de los cielos... ¿Quién habrá que el suplicio no recuerde De la espantosa noche de los celos?

Bogotá, 1858.

LA CALUMNIA

Vedla! Allí está. — De seda y terciopelo, Recamada de rica orfebrería, Luce en el mundo la Calumnia impía Lujoso manto de color de cielo:

Cubre su faz de la mentira el velo, Juega en sus labios la sonrisa fría, Su ojo vivaz remeda el de la arpía; Pájaro vuela, — sierpe azota el suelo:

Por ella el hombre à sus hermanos mata Y à eterno duelo su heredad condena; Por ella la Verdad su faz recata,

Y la Virtud la suya hunde en la arena; À ella debió Jerusalén la ingrata Su torpe crimen y su eterna pena.

Bogotá, 1854.

MATILDE

RONANCE HISTÓRICO

A JUAN MANUEL GRAU

I

EL 4 DE MAYO DE 1840

De la tarde à los fulgores
Entre flores
Retoza el céfiro audaz,
Y entre juncos espirales
Y zarzales
Corre arroyuelo fugaz.

La floresta sus olores
De mil flores
Al inquieto ambiente da,
Y respirando su aroma
La paloma
De su nido en busca va.

El clavel y la amapola
Su corola
Alzan en aquel Edén,
Y cual grupos de esmeralda,
A su espalda,
Brillan las palmas también.

El travieso cervatillo De un tomillo À la sombra se acogió, Miedoso de la congoja Que una hoja Al moverse le causó.

Grata ostenta y hechicera
Primavera
Su faz de lirio y carmín:
Un ciclo con mil colores
Seductores
Y un arroyo y un jardín.

Y un sol que inclina su frente De Occidente En el vago rosicler, Y albas nubes caprichosas Que afanosas Van su luz á oscurecer.

Y en la plaza de la aldea
Se puntea
Arpa sonora y laud;
Y allí cuentan sus querellas
Esas bellas
Que han perdido su quietud.

Y unas bailan y otras cantan Y levantan Cántigas de paz y amor, Y zagales amorosos Van gozosos Danzando á su alrededor.

Mas entre todas descuella Linda, risueña, gallarda, Con su delantal de flores Y su sombrero de pascua,

Una beldad hechicera Que pudiera ser llamada La hurí de aquellos contornos, De aquellos bosques la maga. Tendido en dos largas trenzas Que una cinta verde enlazan, Su negro cabello ondea Sobre el marfil de su espalda: Ciñe su esbelta cintura Un cordón de seda blanca Que, más que ajusta, su talle Al ojo inquieto señala, Por encima de los pliegues De un camisón de esmeralda; Luce, prendida á su cuello, Gargantilla nacarada Que sobre su tez de rosa Preciosamente resalta. ; Aquellos traviesos ojos! ¡ Aquellas dulces miradas! Tan negros como modestos...! Tan ardientes como varias...! Ojos que rebosan vida Y mortal veneno maman; Ojos que despiden fuego En que se nos quema el alma.

Tal es la divina, preciosa zagala

Que luce en la sala que el bosque adornó:

Ninguna belleza su mérito iguala!

Modesta zagala,

Campestre modelo de gracia y candor!

Su timido acento seduce armonioso, Si canta dolioso quejido de amor; Su negra pupila fulgura brillante Llorando al amante Con himno sentido de pena y dolor. ¡Donosa zagala! — ¡Renuevo precioso Del árbol frondoso que vida te dió, Benévola acepta mi canto de amores, Mi ramo de flores, Y el voto ferviente que amor me inspiró!

Recibe la ofrenda de citara humilde, Graciosa Matilde, recibela, si! Que el canto que ofrece laud peregrino Al trono divino Se eleva, y bendito de Dios vuelve aquí.

Así en bulliciosa fiesta, Así en inocente zambra, Aquellas gentes gozaron Placeres que yo envidiaba... ¡Tántos jóvenes pastores Que la emoción trasportaba! ¡Tántas bellas, pudorosas, Interesantes zagalas, Llenos los labios de risa Y de pureza las almas! ¡Aquella de negros ojos...! Entre todas descollaba, Como brilla entre los brezos Humilde la trinitaria: Allí estaba con su risa, Con su inocencia allí estaba, Con su delantal de flores Y su sombrero de pascua.

Así en bulliciosa fiesta, Así en inocente zambra, Aquellas gentes gozaron Placeres que yo envidiaba, Cuando ya por el Oriente, Entre celajes de grana. Asomó de triste adelfa La nueva luz coronada. Pasaron las fiestas, los goces pasaron,
Los sones callaron,
El canto cesó;
Y hora tras hora la luz apagaron
Y el último rayo su Ocaso marcó.

Cortina de luto visticron los ciclos, Con diáfanos velos Cubierta también, En lo alto prendida mostraba la luna De negros crespones vestida la sien.

Las cañas sonantes, la ceiba frondosa,

La mata de rosa,

La flor del jabón,

Sus copas alzaron de bellos matices,

La tromba afrontando de fiero aquilón.

Retumban los quicios, la ruda techumbre:
Sucede á la lumbre
Tiniebla y pavor:
La nube inflamada sacude sus truenos,
El éter alumbran centellas de horror.

La noche sus sombras de luto presenta:

Horrible tormenta,
Feroz huracán,
Levantan al aire celajes de polvo,
Los cielos parecen inmenso volcán.

Las aguas que arrastra corriente sonora
Pesadas ahora
Se miran correr;
Y turbias se miran, que enturbian las aguas
Las negras cenizas del rayo al caer.

La blanca paloma su arrullo suspende:

Los aires no hiende

Cantando de amor,

El pájaro lindo de pluma pintada;

Callado en el tronco se está el ruiseñor.

Los truenos arrecian: — Feroz, cenicienta La nube revienta Y un rayo cayó...! Y allá entre los pliegues del viento deshecho Un grito de muerte su voz apagó.

Momento medroso, silencio solemne...!

Postradas de hinojos

En santa oración

Se miran las gentes de aquellos contornos,

A Dios implorando consuelo y perdón.

Pasaron las fiestas, los goces pasaron, Los sones callaron, El canto cesó: Y hora tras hora la luz apagaron; Y el último rayo su Ocaso marcó.

Es alta noche. — El pabellón del cielo, Se ve de luz y estrellas coronado, Alumbrando, rompida y por el suelo La gasa funeral que se ha quitado.

Brilla la luna. — Las cortinas dobles Con que al mundo las nieblas revistieron Yacen rasgadas, y en los altos robles Su oscuridad fatídica escondieron.

Reina la paz. — La ceiba majestosa Al cielo alzó sus palmas colosales, Y lozana y tranquila está la rosa Suspendida en los tallos desiguales.

Todo pasó. — Tan solo prevalece El llanto de aquel pueblo atribulado; Llanto infeliz que en su amargura ofrece Por tributo á su Dios que lo ha salvado.

II

EL 5 DE MAYO

En la iglesia de la aldea Doblan tristes las campanas, Y el canto de los difuntos De un féretro al pié levanta Un anciano venerable Con voz medrosa y ahogada: El pueblo en tumulto acude De llanto la faz bañada; Allí de luto vestidas Se arrodillan las zagalas, Con lágrimas en los ojos Y con tristeza en el alma... ¡Oh! ¿qué será? ¡Grande, inmensa Deberá ser la desgracia Que hace entonar esos cantos Y derramar esas lágrimas! ¿Será el padre de la aldea Cuya vejez centenaria Rindió su postrer aliento Por el rayo electrizada? ¿Será alguna pobre madre Que de sus hijos se aparta? ¿Será algún benefactor Que con mano hospitalaria La orfandad y la indigencia Generoso consolaba? ¡Oh! ¿qué será? — ¡Grande, inmensa : Deberá ser la desgracia Que hace entonar esos cantos Y derramar esas lágrimas...! Con lento paso recorro La estrecha nave enlutada, Y de la luz al reflejo, De pavor cubierta el alma,

Me acerco al pié del sepulcro Que el triste secreto guarda, Y...; oh dolor!... de mustia adelfa La yerta sien coronada, Sobre un cojín de crespón, Inerte y amortajada, Con la sonrisa en los labios, Con su inocencia, sin alma... La hurí de aquellos contornos, De aquellos bosques la maga, Plácida, hermosa, riente, Su último sueño gozaba... No muerta, sino dormida, Su espléndida faz mostraba; Que al ser por la muerte herida, Mucha vida la amparaba! Era alegre hasta el sudario, Risueña hasta la mortaja, Con las galas de la fiesta Su postrer sueño gozaba... Con su delantal de flores Y su sombrero de pascua.

Cartagena, 1844.

LA ENVIDIA

Vedla! Allí está. — Del bienestar ajeno Labra el dogal de su profunda pena; Ni el bién presente su ambición enfrena, Ni el bién futuro, de ilusiones lleno.

¿Qué avaro manantial habrá en su seno Que tánto absorbe y su caudal no llena? ¿Cuál la fuente será que así envenena La flor más rica del Edén terreno?

Vedla! Allí está. — Del propio bién hastiada, El bién de los demás la causa enojos; De hosco carmín sobre sus labios rojos

La risa de la insidia está pintada; La torpe emulación brilla en sus ojos, Y el sol de la codicia en su mirada.

Cartagena, 1855.

ANÉCDOTAS

ORIGINALES E IMITADAS)

I

CUENTO LIMEÑO

Hubo un capitán Piñérez Bizarro, apuesto, marcial, Que llegó á ser general Sin dejar de ser al férez;

Pues no hubo fiesta ó función En que él no hiciera el encierro. Ni hubo banquete ó entierro Del que no fuera anfitrión.

Ahora bien: el capitán, Vencedor en Ayacucho, Fué muy celebrado, mucho, Como valiente y galán.

Y además de tales dones Tenía otro magnético: El famoso dón poético Que inspira dulces canciones.

Su charla era sin igual, En la tertulia, ocurrente, En la tribuna, elocuente, Ante la tropa, triunfal. Bien pues. — Un mancebo tal De dones enriquecido, Fué un subalterno querido De Córdoba el general.

Córdoba como Piñérez Era bizarro y marcial, Y también fué, general, Sin dejar de ser alférez.

Una tarde, de paseo, En Lima, bella ciudad, Vió Córdoba á una deidad Que arrebató su deseo.

- «— ¿Quién me presentara ; oh! Á ese cielo de belleza? » Dijo, y con mucha presteza Contestó Piñérez : « — Yo! »
- « ¿Está usted relacionado
 Con esa familia ? » « Sí. »
 « Pues presénteme usté à mí. »
 « Dése usted por presentado.
- » Esta noche, á la oración,
 Luego que pasemos lista,
 Daré con esa entrevista
 Retreta á su corazón.

Dicho y hecho. — Se colaron En la casa de la bella, Y con la madre de ella En el salón se encontraron.

La dama se sorprendió, Que á ninguno conocía; Pero por cortesanía Asiento les ofreció.

- Señora, tengo honor mucho, »
 Dijo en tono militar
 Piñérez, « de presentar
 A un valiente en Ayacucho;
- Capitán de cazadores
 Soy, señora... él... general!
 El que dió el grito inmortal
 De ¡ A paso de vencedores!... »

En tan dramática escena Córdoba y doña María Pasaban de la alegría Al asombro y à la pena.

Por fin, Piñérez calló, Y, repuesta la señora, Con voz clara y bien sonora A Piñérez contestó:

« — Venga el señor en buenhora;
Pero á usted ¿quién le presenta? »
« — Nadie. Vine por mi cuenta,
Pero me retiro ahora. »

Respuesta tan ocurrente Celebró doña María, Y agregó: « — Su compañía No será un inconveniente.

» Tiene usted donaire y mucho; Siéntese usted, capitán, Que à usted presentarán Sus glorias en Ayacucho. »

Hé aquí cómo el capitán Dió á su general entrada, Y al emprender retirada Ganó gloria, prez y pan. II

Por un puente de Paris
Un filósofo pasaba
Y con lástima miraba
A un labriego del país,
Que desnudo, y vis á vis,
Un crudo invierno sufría,
Y ante el mal que presentía
Le dijo: «¡Oh, amigo mío!
Desnudo con este frío
Que congela el alma mía? »

El pobre le contestó,
Con marcada indiferencia:

« Vuestra cara su Excelencia

¿ Por qué desnuda sacó? »
Pero aquel le replicó,
Sin que su rostro ocultara
Gesto de admiración rara:

«¡Yo nunca mi cara abrigo! »
Y el pobre agregó: «¡Ay, amigo,
Yo he sido y soy todo cara! »

III

Un alguacil conducía
Preso à un inglés marinero
Por no sé qué desafuero
Que en Cartagena hizo un día:
Un negro que le veía
Resistiendo la prisión
Le dijo en tono zumbón
Y con su acento de allá:
« Hombe, déjate llevá
Que tú ar fin eres nación. »

IV

En el templo de Talia
Se daba en cierta ocasión
Una chistosa función
De que el público refa;
Y yo, al ver que Rosalía
No daba al chiste tributo.
Que algo la aflige computo,
Y al tratarlo de inquirir
Me dijo: « — ¡Cómo reir
Estando de medio luto! »

V

Una bonita joven, ya casada,
Sin más defecto que su escasa vista,
En ocasión solemne fué encontrada
Besando á Migel Ángel, no el artista;
Y como por desgracia iba á la pista
El mismo Belcebú,
Es decir, el marido de la hermosa,
Díjole con furor: «¡Sierpe engañosa!
¿Así traicionas á quien te ama tanto? »
Y ella le contestó, bañada en llanto:
« l'erdóname, José, creí que cras tú. »

VI

Voy à contar una anécdota De los borrascosos tiempos En que los escarabajos Se adueñaron del gobierno. Dictó un mandarin de entonces Un enérgico decreto, Mandando que todo el mundo Se alistase en el ejército.

Pero como letras muertas No mandan ni hacen efecto, Dispuso que en un domingo, Santificando el precepto,

Fuesen llevados, por fuerza, À los claustros de un colegio Los godos y liberales Remisos al mandamiento.

Entre la gente cogida Fué reclutado un gallero, Que ocultaba con su capa Al gallo « Guzmán el Bueno. »

Tan luego como el concurso Fué numeroso en extremo, Llegó el mandarín al circo Y en voz alta dijo esto:

- « Señores, como emisario Del Gran General, Supremo Director de paz y guerra, Y Jefe actual del Gobierno,
- » Debo hacer saber à todos
 Que, forzados, no queremos
 Tener un sólo soldado
 En las filas del ejército :
- » En tal virtud, los que sean Enemigos, desafectos Del actual órden de cosas, Quedan del servicio exentos;

Y para remover dudas
Y precaver todo yerro,
Los indicados podrán
Dar un paso sobre el centro.

Un joven que allí se hallaba, Hijo menor del gallero, Maliciando una celada, Dijo al padre: « — ¡ Estése quieto!

- Que ese es un ardid infame
 Para tomar prisioneros
 A cuantos hoy se declaren
 Enemigos del Gobierno.
- «—; Arre allá! » dijo indignado, Y con ademán severo, Sofocando la intención Del joven, el noble viejo:
- «¡Aunque aquí me fusilaran! Si yo mi partido niego, Éste gallo me cantara Como el gallo de San Pedro.»

Y dando un paso adelante, Probó su noble ardimento; Pero al punto el mandarín Lo puso en un cuartel preso.

VII

Paseaban la Sabana Varias cachacas bonitas, De esas blancas, rosaditas De alma pura y fe cristiana; Cuando la más campechana Vió un corderito, que atado Conducia un concertado, Y exclamó: « ¡no tiene cacho! » A lo que dijo el muchacho: « No, mi amita, no es casado. »

VIII

Un ciego, sin lazarillo.
Que por la calle pasaba,
A tiempo que se escapaba
Del rejo un bravo novillo;
Al sentir el airecillo
Convertido en huracán;
Que unos vienen y otros van;
Y, en fin, que el pánico estalla,
Su peligro en la batalla
Comprendió, no sin afán.

« No habrá en esta confusión
Una alma buena, » decía,
« Que me dé su compañía
Y me arrime á algún rincón? »
El novillo á la sazón
Pasó con ciega avidez,
Le arrojó con altivez,
Y el ciego, al verse lejano,
Exclamó: « Por Dios, hermano,
Menos dureza otra vez! »

IX

Un retrato de Berrio, El renombrado antioqueño, Veía con agrio ceño Y con marcado desvío Una dama que, lo fio, Era una ultra-liberal, De esas de gesto feral, Que al verlas sus adversarios Rezan dos y tres rosarios A la corte celestial.

Notó, y es mucho notar!
Que en hombre tan distinguido
Denotase en su vestido
Un desaliño ejemplar;
Y tratando de picar
A la godísima Elisa,
Exclamó: «¡Si causa risa!
¡Caramba! Un hombre tan grave,
Tan importante!... y no sabe
Abrocharse la camisa!

Elisa, se sonrió
Y en tono amable y chancero
«¡Es un infeliz maicero!»
A su amiga contestó:
« Es cierto que él humilló
De los rojos las legiones;
Mas no sabe esas nociones
De abrocharse la camisa....»
« — Entonces, qué sabe, Elisa!»
« — Abrocharse los calzones!»

X

El tonel de las Danaides Dicen que nunca se llena, A pesar de que mil cosas Incansables manos echan. Pues bien! — Exacta parodia Es nuestra pública Hacienda. Pues vemos que cada día La nutren chorros de rentas, Y apenas llega la noche Chorros de sueldos la secan.

Una vez en el Senado
La más clara inteligencia
Quiso sacar del marasmo
Nuestra mal parada Hacienda;
Y despues de mil desvelos
Dando á su ingenio ancha suelta,
Redactó una larga ley
Que ante el Senado presenta.

Estupefactos oimos

La exposición de la idea,

Al presentir que muy pronto

Iba á morir la miseria:

El patriotismo se expande,

El patriotismo se encela,

Y todos ansían oir

La solución del problema.

Llegó el momento solemne De abrir al anhelo puerta; El acta ha sido aprobada, Sin observación siquiera; Se altera el orden del dia; La comisión de la mesa Omite la larga lista De sustanciales faenas; Y oimos que el Secretario, Con voz estentórea y hueca, Al asombrado concurso El gran secreto revela: « Artículo..... Desde hoy, Para doblar la riqueza, Tanto pública y privada, Como de dentro y de fuera, Cada peso valdrá dos, Cada real una peseta. »

Ante el estupendo rayo De tan estupenda idea. Todo el Senado quedó Como un Senado de piedra. Las barras... no hay que decir, Contra su costumbre vieja, Lejos de hacer alboroto, Y convertirse en gallera, Cariacontecidas, mustias, Tristes, extáticas, serias, Fiel trasunto parecían Del Purgatorio de Viedma; Pero, al fin, uno de tántos Que sudan sal de la lengua, Quebrantando aquel silencio Del Senado y la barrera, Exclamó: « — ¡Todo es igual! · Doblados los sueldos quedan, Y cada valor se dobla Por un real una peseta! Siempre, y por más que se afanen, Pobre estará nuestra Hacienda. Soltando en chorros de sueldos Las gotas que entren de rentas. »

XI

Á un letrado profesor
Un cachi/o preguntaba
Qué era lo que se llamaba
Obra póstuma? El doctor,
Enseriando su exterior,
Contestó con aire experto:
« Es una obra que ha muerto
Quedando vivo su autor. »

XII

Hubo un Antioqueño aquí
De talento muy picante,
Que en tertulia era un diamante
Y en los bailes un rubí.

Tan ocurrente y jocoso, Tan listo y tan campechano, Que el Quevedo colombiano Le llamaba el sexo hermoso.

Una noche el chocolate En cierta casa tomaba Y á su taza vueltas daba Con la inquietud de un Orate.

Y creyendo la señora Que aquella perplejidad , Fuera tal vez cortedad, Dijo á su amigo, en mal hora:

«¡Vamos! A ¿qué viene eso? Tómelo con confianza!» Y él contestó, como en chanza, «¿No fuera mejor con queso?»

XIII

Un joven se confesó En vísperas de casarse, Y notó, ya al retirarse, Que el clérigo descuidó, O á lo menos olvidó La penitencia: al instante Advirtióselo, y picante Le replicó: « No os casáis? Pues, hijo, en eso lleváis La penitencia bastante. »

XIV

De su ranga desmontó
Á un pobre indio un caballero,
Porque su caballo overo
En la cuesta se cansó:
El indio se resistió
Cuanto pudo y le fué dable;
Pero no teniendo un sable,
Ni revolvers, ni puñal,
La expropiación fué cabal
Y el despojo inevitable.

Llegaron á Bojacá
Y el indio pidió justicia;
Pero el otro en su malicia
Quiso avanzar más allá:
En disputa el ranga está,
El juez no sabe qué hacer,
Cada cual pretende ser
Del ranga dueño presunto,
Y el pleito llega hasta el punto
De dudar y no saber.

Para obtener la verdad, Abrióse á prueba la causa; Pero el indio era de Tausa Y vivo con terquedad:

^{1.} Nombre que en el interior de Colombia dan los labriegos á los caballos le mala raza.

Cubrió con celeridad

Los ojos de su cebruno,

Y dijo al señor: « — So tuno,

Mi ranga es tuerto... ¿de cuál? »

« — Del derecho. » « — Pues no tal;

Porque no lo es de ninguno. »

XV

El general Bonaparte
De su médico inquiría
Si esa cosa que ejercía
Era un oficio ó un arte;
El doctor, haciendo en parte
Un inmenso sacrificio,
Dijo al general: « Mi oficio
Tiene de todo, señor,
Viniendo á ser en rigor
Un verdadero arti-ficio. »

XVI

Suscitóse un altercado
Entre un par de comerciantes,
Porque en puja los bramantes
Habían abaratado:
« — Yo, dijo el uno, he entrampado
Mis telas al extranjero,
Vienen por alto; al mulero
Le rebajo..... » « — Tonterías! »
Contestó el otro, « las mías
Las entrampo por entero! »

XVII

Cárlos á Hortensia le dió Palabra de casamiento; Mas Cárlos su juramento Con daño y burla olvidó.

La desventurada Hortensia. Al ver su fiera desgracia, Puso toda la eficacia De su fe en la penitencia.

Una noche predicaba El párroco de las Nieves Contra esas burlas aleves De que Hortensia se quejaba;

Y era tánta la energía Con que el crimen condenaba, Tal vehemencia desplegaba, Que en su arrebato decía:

- « El que engaña á una mujer Con tan infames amaños, Responde á Dios de los daños Que esa mujer pueda hacer.
- » Sus faltas son de los dos,
 Y, como causa primera,
 De toda su vida entera
 Responde ante el mundo y Dios.

Al escuchar esto Hortensia Exclamó: «¡Dios soberano! Yo haré que sufra el villano Cotidiana penitencia; » Y pues mis nuevos desvíos Puedo á tu cuenta imputarlos, Yo vengaré, infame Cárlos, Uno tuyo con cien míos! »

XVIII

En un baile de disfraz Buscó á Cosme Dorotea, Que es la muchacha más fea Que ha cubierto un antifaz.

La essinge el papel hacía, Con primor, mas sin limpieza, Del Génio de la Pobreza, Y una limosna pedía.

À Cosme el turno tocó, Y, creyéndola una diosa, Limosna bien fastuosa En una onza le dió.

La dádiva del doncel Interesó á la doncella: Él encantado con ella, Ella encantada con él.

No podía darse ya Más amante frenesi; Se buscaban por alli, Se encontraban por acá;

Pero al fin, como mujer, La piadosa Dorotea Cuanto le ha dado desea A punto fijo saber. Y aprovechándose ella Del ruido y confusión, Llamó á su primo Ramón Y le mostró la onza aquella:

Él, con pasmosa ansiedad, Pesó al tiento... era una balsa! La onza de Cosme era falsa, Y falsa su caridad.

Furiosa aquella mujer Pierde la calma, se ofusca, Y vuela de Cosme en busca, Sudando... que era de ver!

Era tal sofocación La que asaba á Dorotea, Que estaba *repluscuant* fea, Y roja como un piñón.

Echó à tierra el antifaz, Secó el sudor de su frente, Y con semblante inclemente Busca y rebusca al falaz.

Al fin y al cabo le halló, Y con aire adusto y fiero Le dijo: «¡Mal caballero! ¿Juguete vuestro soy yo?

- » Si es que á vuestra caridad Algo de rubor le queda, Dadme una buena moneda, Y la onza falsa tomad;
- » Que, pues falsa la merced
 Resultó, debéis cambiarla! »
 Y él le replicó, al mirarla,
 « Y ¿quién me la cambia á usted? »

XIX

Un galán enamoraba Á dos damas á la vez, Y su amante intrepidez Ningún escollo encontraba; Pero un día en que se hallaba De las dos en compañía, Una de ellas le decía, Hondo suspiro exhalando: « Si nos viera usted ahogando ¿Cuál primero salvaría? »

El galán, medio corrido, Un rato reflexionó Y « á ninguna » contestó, Alarmado y confundido: En ambas sintióse herido El orgullo batallar, Y él, tratando de enmendar Dislate tan estupendo, Logrólo, al fin, añadiendo: « Porque yo no sé nadar. »

XX

Un ministro peruano, Cortesano y muy galante Nos dió un baile asaz brillante En *El Club Americano*.

Y fué la tal reunión Centro de damas tan bellas, Que en rico cielo de estrellas Fué convertido el salón. Por desgracia aquel jardín De flores tan delicadas Tenía algunas pintadas Con albayalde y carmín.

Una de éstas al retrete De descanso se allegó, Y al espejo retocó Los golpes de coloretc.

À su regreso encontróse Con el mimado anfitrión Y le dijo: « Su función Es, ministro, el acabóse!

- »; Qué espléndida concurrencia!; Qué escogido señorío! Le aseguro, amigo mío, Que no tendrá competencia.
- » De fijo, usted estará
 Como el lirio entre las rosas,
 Que al buscar las más hermosas
 De indecisión morirá! »
- Señorita, hay hermosuras, »
 El ministro respondió,
 Que no puedo juzgar yo....
 Porque no sé de pinturas. »

La dama palideció, Más que de color, de gesto; Volvió el ministro á su puesto, Y ella á su asiento volvió.

XXI

En la austera procesión
Del Viérnes santo, un beodo
Iba perturbando todo
El orden de la función:
El cura de Nemocón,
Por desacato tamaño,
Le fulminó su regaño,
Y el borracho dijo: « Adiós!
Cuando muere todo un Dios,
¿Que yo caiga será extraño? »

XXII

Un profesor de inglés à su discípulo Con extrema dureza reprendía, Porque al dar la lección le descubría Falta de aplicación y de interés.

« Sabe usted, perezoso, por qué sobra El tiempo para todo á los ingleses?... » Y el mozo interrumpió y dijo: « Sandeces! Porque no tienen que aprender inglés. »

XXIII

Las playas de California De tánto oro están llenas, Que un Chileno me contaba, Ponderando sus riquezas, Que una tarde, de paseo, Un puntapié dió en la arena, Y una pepita saltó
Que pesaba libra y media:
Aturdido con el cuento,
Y más aún con la pesa,
Exclamé: « — ¿Llamáis pepita
Veinticuatro onzas completas? »
Y él replicó con donaire
Y marcada indiferencia:
« — ¿Cómo, pues, debí llamarla? »
« — ¡Mi señora doña Pepa! »

VIXX

Preguntóle Rosalía,
Que es curiosa y preguntona,
Al hijito de Ramona
La edad fija que tenía;
El niño, con sangre fría,
Y sin ver el más allá,
Dijo, mirando al papá
Que es enemigo de engaños:
« Cuando estoy solo, diez años,
Y seis, si voy con mamá. »

XXV

En esta buena ciudad
Un cachifo del Rosario,
Al pasar el Seminario
Exclamó: « — ¡Qué oscuridad! »
Y con mucha propiedad
Un ciego que le escuchó
Al niño le contestó,
En puro acento labriego:
« Mi amito, vusté está ciego
Y vé escuro como yo. »

XXVI

En la vecina labranza
Quiso una flaca perrilla
Comerse mi pantorrilla,
Que no es muy parca pitanza:
No bien me embistió, la lanza
Le escondí en el flaco pecho,
Y, negando mi derecho,
Me dijo Pancho Cancino:
« Ha hecho usted muy mal, vecino,
Porque hubo exceso en el hecho. »

«¡Cómo exceso!» repliqué
«¡Acaso debí dejarla?»
«— No tanto; pero espantarla
Con el asta ó con el pié.»
«— Su consejo seguiré
En algotra batahola;
Por hoy que corra la bola,
Y de geremiadas basta:
Yo le daré con el asta
Cuando embista con la cola.»

XXVII

Un patojito, sirviente
De un general colombiano,
De esos que de llano en llano
Y sin ningún accidente
Ilan sentado el precedente
De no pagar deuda alguna,
Entró, por mala fortuna,
Al colegio de Ramón,
Donde enseñan Religión
De cada seis tardes, una.

En la presente ocasión
Nuestro héroe desocupaba
La casa, pues no pagaba
El arriendo á su patrón:
Y el chico al dar la lección,
Teniendo que responder
Por qué Adán tuvo que ser
Echado del Paraíso,
Contestó: « Quizá no quiso
Pagar ningún alquiler! »

XXVIII

Una pobre campesina Tuerta, á causa de una nube Que la pupila de un ojo Completamente la cubre, Quiso rogar peregrina A nuestra Madre de Lourdes, A fin de que recobrara El ojo tuerto sus luces: Vendió su collar de oro Y unos zarcillos azules, Dos anillos de tumbaga Y un rosario con tres cruces. Preparados los avios Como tienen de costumbre, Emprendió su carabana Al amanecer de un lunes. Componían su cortejo, Que era de escaso volumen, Un sirviente de la estancia Y dos guarichas de Une, Un mastín de Pueblo-viejo Y dos mulas de alto empuje. Muy complacida venía Haciendo dengues y puches Nuestra pobre campesina, Cuando una punta de chusque,

Hiriéndola el otro ojo, La dejó ciega en resumen. Eran de oir los clamores Y de ver las actitudes Con que la infeliz mujer Lloraba su pesadumbre! ¡ Qué espantosa confusión! ¡Qué sufrimiento la aturde! ¡Cuál la asustan las tinieblas Que por do quier la circuyen! La más ligera esperanza Ve que la abandona y huye, Y, á pesar de todo, sigue Con la luz que la fe infunde Hasta la santa capilla De nuestra Madre de Lourdes. Llega, se postra de hinojos, Y su aspiración resume En esta vehemente súplica, Sintesis de los que sufren: « Madre! si yo no merezco Que más de una luz me alumbre, Quede perdido el primero..... Pero volveme el que truje! »

XXIX

En la iglesia protestante
Metían, cubierto, un cuadro,
Y con asombro una vieja,
Creyendo que era algún santo,
Al conductor preguntaba
Si era San Pedro ó San Pablo;
Pero el porta-cuadros era
Un pobre inglés tan cerrado,
Que no entendía ni jota
Del idioma castellano.
La vieja, de necia, urgía
Por saber qué era el retablo;

Y el pobre inglés la miraba Atento, pero alelado: « Mi no entende, » la decía, « You spack inglish? » — « San Cipriano? Pero ese Santo es ya hereje En el rito colombiano: Muéstreme, muéstreme à ver..... » A ese tiempo cayó el paño, Y del Presidente Grant Quedó á la vista el retrato. « Ave María purísima! » Dijo la vieja, « ese santo No tiene unción, ni su traje Es del Imperio Romano: Ab renuncio, Satanas, Tiene casaca de paño, Y botones de metal. Y presillas y bordados: Ese santo es general, Es decir, excomulgado: Tápelo, tápelo pronto No sea que por contagio Quieran muchos generales, Que también se llaman Santos, Que los pongan en capilla Y les recen un rosario. » El inglés que no entendía El guirigay rabilargo De la beata, se entró En la capilla exclamando: « He is very well, my friend, Mi no entende, casteliano. »

XXX

À Santa Rita de Casia Se encomendaba Isabel, Que su corona de azahares Muy pronto cambiada ve Por la maternal corona, Que tiene zarzas también. ¡Pobre la novia del Funza! Sus mejillas de clavel Son dos grandes azucenas, Tan blancas como el papel. En el duro, horrible trance De dar la vida á otro sér, Casi en la muerte su vida Náufraga y perdida ve. ¡Qué diluvio de dolores! ¡Qué padecimiento aquel! La noche de un tercer día Daba su sombra á Isabel, Sin que el conflicto brotara Para tanto mal, un bién.

La pobre niña una vela Hizo á la santa encender, Sin que algún despreocupado Vaya por esto á creer Que la misma Santa Rita, Bajando de su dosel, Trajo y encendió la vela En su honra y para su bién; Digo que la pobrecita Hizo la vela encender, Rezando porque abogara En el imposible aquel; Y fué tánta su vehemencia, Y tan fervorosa fué, Que hizo ofertas indiscretas Y aún juró, á fe de Isabel, No provocar otro trance Como aquel trance cruel.

Es posible que la Santa, Lo que es fácil de creer, Abogando el imposible, Hiciera posible el bién;

Pero lo cierto es que un niño, Como el astro de Belén, Inundó de resplandores El semblante de Isabel: Los claveles de la novia Cobraron su rosicler, Y el calor de la sonrisa Dió vida al labio también; Y apenas cesado habían Los agrios tragos de hiel, Apenas la tempestad Dió à la bonanza el laurel, Reconocida á la Santa, Pero ingrata con la fe, Dijo con acento débil, Viendo cerca á su Gabriel : « Apaguen pronto esa vela, Por si se vuelve à efrecer. »

XXXI

Hoy salió don Polidoro
Del Banco de Bogotá;
Alegre á su casa va,
Llevando casi un tesoro;
Pero no es plata ni oro
Lo que lleva en los bolsillos,
Son mugrosos papelillos
Con firmas de gente rica,
En cuyo texto se explica
Lo que valen en cuartillos.

Pero bien poco hubo andado, Cuando una recia tormenta A nuestro hombre amedrenta Por lo que lleva guardado: Llega á su hogar, medio ahogado, Y á su hija dice: « Tomad! Esos hilletes guardad!
Ya casi tengo cefálico!
Guárdalos, porque el metálico
Atrae la tempestad!

XXXII

Á traves del ruidoso Magdalena
Un pobre boga, de palanca armado,
Desde un pueblo vecino, en su barquilla,
Para un vapor llevaba à un literato;
Y ya fuera por burla ó petulancia,
O quizá por matar el sobresalto,
Distrayendo con algo bien distinto
Ese miedo cerval que inspira el paso,
Este le preguntaba à su barquero
Lo que en seguida nos dirá un buen diálogo:

« — ¿Sabes filosofía? »

« — Ni la he vito

Aqui en er Magalena en tantos años; Ni ecuché nunca que jablara arguno De esa señora.»

«— Pues, amigo, malo!

La mitad de tu vida se ha perdido! »

«— No sea chusco, señó; yo soy mulato,

I' no sé sensias ni pisé la ecuela,

Por ma que er viejo Roque, mi padrato,

Me desta: Camilo, aprende letra,

Deja la orqueta y er champán y er palo. »

« — ¿Sabes astronomía? »

« — No se burle

De su probe boguita de San Pablo, ¿Astromía? ¿Qué fruta será esa? ¿Es de tierra caliente?»

« — Desgraciado! ¿Tampoco has penetrado en los misterios Que rigen y dan leyes á los astros?. Entonces has perdido de tu vida La cuarta parte! »

« — No geringue, branco!
Ante dise la gente que es letraa
Que en sabé lo que saben se acabaron;
Que er mucho etudio los mato en la ecuela,
Y que gieren á muerto! »

« — Te engañaron!

El hombre sabio, su preciosa vida Multiplica, por uno, muchos años; Goza con la Creación que le rodea, Comprende á Dios, descubre sus arcanos, Y en su afanoso viaje por el mundo Deja de su saber brillante rastro! »

Magnetizado el hoga y distraido, Tomando por las hojas aquel rábano, La buena dirección de su barquilla Hubo de descuidar, y en un mal paso La barca zozobró, volcó su carga, Interrumpiendo el diálogo intrincado.

El boga contemplaba sonriendo Las angustias del pobre literato, Confiando, tal vez, en que su ciencia Le sacara feliz de aquel naufragio; Pero viendo que más y más se hundía, Siguiendo la corriente en su desmayo, Le preguntó: « — ¿ Sabéi naar? »

« — Ni jota, »

Dijo en voz apagada el literato.

« — Toa la via entonce habéi perdio,
Porque la sensia aqui se muere á trago. »

ELVIRA

LEYENDA MISTÓRICA

A MANUEL POMBO

I

EL CONVENTO

Por sobre altos edificios, Casi á las nubes tocando, Con bellisimos jardines Y antiguas fuentes de mármol; Con extensas galerías De blanco y puro alabastro, Cuyas paredes tapizan Bellos y bíblicos cuadros, En cuyos marcos relucen Oro bruñido y amianto; Con ciento treinta columnas Que sostienen el pesado Pórtico, en cuyos relieves Están en piedra tallados Los sencillos pescadores Del divino apostolado; Con cinco torres macizas Y altísimos campanarios, Cuyas agujas se picrden En las brumas del espacio, Levanta su erguida frente Un convento hospitalario, Donde en penitencia austera,

Lejos del concurso humano, Las religiosas del Carmen Entonan místicos salmos A los acordes süaves Del órgano centenario.

Allí la vejez cansada Bajo el peso de los años, Aligera con sus rezos La hoya de tierra ó guijarros, Donde encontrará bien pronto Su último, eterno descanso. Alli está la juventud Sin oropel y sin fausto, Separada del bullicio Y del tentador contacto De los placeres del mundo, Que hacen del mundo el encanto! Allí está sin esas galas, Sin los adornos fantásticos, En que volantes de blonda, De diamantes salpicados, Contrastan con las diademas De perlas, oro y topacio. Allí está sobre la brecha, En su sublime calvario, Bajo el sayal religioso, Bajo el austero tocado Que da á las formas del ángel La aureola de los santos. Allí está la juventud A la sombra del descanso, Bajo la terrible llave De un voto ante Dios prestado! Allí se la vé incansable Sus encantos marchitando A la impresión del cilicio O al rigor de los trabajos. Allí se la ve rendida, Enferma, flaca, espirando, Muerta la luz en sus ojos,

Muerta la risa en sus labios. Allí está, sin voz ni vida, Sin diferencia en los años... Que en aquel santo recipto Todo aparece igualado Bajo los inmensos pliegues De aquel religioso manto.

II

ELVIRA

Mañana, al sonar las diez, Un año cabal espira, En que, llorando tal vez Del mundo la brillantez, Entró en el convento Elvira.

La joya de San Germán, La reina entre las hermosas, ¡Cuánto sus rezos valdrán! Yo sé que húmedos irán De lágrimas dolorosas.

¡Elvira bajo una toca! ¡Elvira bajo un sayal!... ¿Así temeraria y loca De Dios el juicio provoca De un templo ante el santo umbral?

¡Oh! ¡qué raro talismán Habrá obrado este portento Que todos admirarán! ¡Ver reclusa en un convento La joya de San Germán! ¡La perla de los salones. La reina de la elegancia, Rinde armas y pendones, Y en estas santas regiones Abate así su arrogancia!

¡El embalsamado ambiente De su retrete gentil, Cambia así modestamente Por el aroma inocente Que da este agreste pensil!

¿Cómo condenó al olvido Los deliquios de sus fiestas?... ¡Pobre paloma sin nido! ¿Qué influjo desconocido La robó de sus florestas?

¿Cómo ha podido olvidar El tornasol de sus plumas, Y ese proceloso mar Que hace diamantes brotar Y perlas de sus espumas?

Reina de estirpe real, ¿Do está tu magnificencia? ¿Qué hiciste de la oriental Diadema, en donde el coral No hizo al rubí competencia?

Reina de castos amores, ¿Qué has hecho de tu pasado? ¿Quién marchitó tus colores? ¿Qué aliento secó las flores De tu precioso tocado?...

Silencio! — Ya son las diez! Un año cabal espira, En que, llorando tal vez Del mundo la brillantez, Entró en el convento Elvira.

III

FELIPE IV

Es un salón. — De terciopelo y oro La ancha extensión se mira tapizada; Hace brillar la aurífera techumbre La inmensa luz de las inmensas lámparas.

Alzan enhiestas sus cornisas dobles Las columnas de mármol fabricadas, En cuyos broches de oro cincelado El más rico tapiz plega sus galas.

Iris reflejan de colores varios En sus blancos cristales las ventanas; Y á través de las naves de granito Luce el jardín su manto de esmeralda.

Ricos paisajes en su centro animan Las bélicas leyendas de la España; Y al recuerdo ostentoso de sus reyes Sirven de testimonio cien estátuas.

Sobre un rico dosel, que no es el trono, El escudo real muestra sus armas; Y espléndido sitial de plata y oro La majestad de su señor reclama.

Todo en aquellos sitios es boato, Regio esplendor en la anchurosa sala; Que es allí donde el rey Felipe cuarto Acuerda citas y sostiene pláticas. Y allí don Felipe está, Y con él un personaje, Que denota por su traje Que algo de su rey será. Habla con ruda llaneza, Y con franqueza bien rara; Pues, mirándole á la cara, Cubierta está su cabeza.

REY.

Pero nada en conclusión, ¿ Á nada accede, Rugiero?

Rugiero.

Señor, jura que primero
Se arrancará el corazón.
¡Oh! sí, si la viérais vos
Tan enferma, tan postrada!...
Es imagen de la nada,
Un cadáver ante Dios.
La luz del cirio sagrado
Su austeridad engrandece;
Busto de mármol parece
Sobre una tumba tallado.
Y sin embargo, señor,
¡Qué incontrastable energía!

REY.

¡Maldita suerte la mía
Si no conquisto su amor!
¡Qué mérito hay en reinar
Sobre Castilla y España?
Ni qué en la valiente hazaña,
Ni en el amor popular!...
¡Qué importa que humana ley
Venga de mi ley en pos,
Si en los altares de Dios
Soy yo vasallo y no rey?
¡Qué gano con ser galán,
Generoso y caballero?
¡Qué me vale ser primero
Por mi valeroso afán,
Si el galardón que ambiciono

Excede à mi valimiento,
Si prefieren un convento
Al esplendor de mi trono?...
¡No, Rugiero, no! Se engaña!
Díle à esa monja inclemente
Que arrancaré de mi frente
La corona de la España,
Si al rayar la última luz
Mi ardiente volcán no apaga!...
¡Díle, díle que lo haga
Por el que murió en la cruz!

RUGIERO.

¡Señor! ¿Por qué así se abate Vuestro orgullo altivo y fiero? No es de un experto guerrero Librar expuesto combate. ¿ No hallaréis en los primores De nuestro andaluz jardin Flores de mayor carmin Y de más ricos olores? ¿ No tendrá el cielo español En su constelación bella, Una más luciente estrella, Otro más vívido sol?... La ruda tenacidad De esa insensata mujer, ¿Logrará entenebrecer Tan brillante majestad? ¿Así su Alteza malgasta, Por capricho ó empeño vano, La savia, el vigor lozano De tanto amor?

REY.

¡Basta! ¡Basta!
¡Harto su altivez impía
Mi vanidad avasalla!
¡No la irrites, que ya estalla
Con colérica osadía!
Monja que roba mi fe,
¡Yo la robaré del templo!
¡Será un horroroso ejemplo
Que á mis vasallos daré!

RUGIERO.

Pero, señor...

REY.

¡Está dicho! A mi ira nada prevale! Ella sabrá cuánto vale Del rey de España un capricho! Vuelve al convento, Rugiero, Y advierte á esa desgraciada Que una fiera enmelenada Marcha en pos de mi sendero; Que su indómita esquivez, Lejos de domar, aumenta De mi enojo la tormenta, De mi pasión la altivez: Dile que su obstinación Mil desgracias la atraerá, Qué, después, no bastará Ni el llanto del corazón! Dile más — dile que yo, Si es que se aviene à escucharme, Podré salvarla y salvarme, Pero que más tarde... no! ¡Díle que basta un aliento A mi coraje de rey Para robarla á su grey, Y aniquilar su convento! Que mire lo que ha de ser Antes que el rigor comience Que mi voluntad no vence El desdén de una mujer!

RUGIERO.

Así, mi rey, lo diré; Y ¡ojalá que menos fiera, Menos esquiva y severa Nuestra hermosa monja esté!

REY.

Está bien. Adiós, Rugiero, Que es hora de audiencia ya.

Rugiero.

Dios guarde á su Majestá.

REY.

Con impaciencia te espero.

Aprisa el paje salió, Y el rey, de angustia abrumado, Sobre su sitial dorado A meditar se sentó.

IV

LA ENTREVISTA

Cantó las once el sereno, Al dar un reloj las once: Desiertas están las calles, Mudas las habitaciones; Espesa y como de invierno Está nublada la noche. Todo es silencio. — La luna Su faz argentada esconde De las apiñadas nubes Tras de los nevados montes; Las elevadas techumbres, Los pesados paredones, La ronca voz de los vientos Con roncos ecos responden: En lontananza una luz, De una lámpara de cobre, Que allá en la esquina del Pez Arroja sus resplandores, Es lo único que brilla En esta lóbrega noche, Velando, con lumbre escasa, Un retablo de San Roque. Triste, muy triste está el cielo, Revestido de crespones; Es un manto funeral Que sus pliegues desencoje, Y la risueña creación Bajo sus tinieblas pone.

Y apesar de la pavura De tan honda oscuridad, Dos bultos cruzan esquivos De San Plácido el umbral, Con lento y cuitado paso, Y con un despacio tal; Que no hacen huella en la sombra Ni ponen ruido en su andar: Cubre el embozo los ojos, Y el impaciente ademán Indica que lo que esperan No se da prisa en llegar. Por fin, como quien resuelve Entre cansancio y afán, Suben la plaza hácia arriba, Vuelven la vista hácia atrás, Y por una puertecilla Que abrieron, no sin bregar, Al interior del convento Los dos incógnitos van.

En una celda estrechísima, Cuyos únicos adornos Son una cama de tabla Y un tosco reclinatorio, Orando una monja está Con aire asaz fervoroso: Apoyada en el altar, Postrada á su pié de hinojos, El débil cuerpo sostiene Con trabajo fatigoso: Pálidas ambas mejillas Y desencajado el rostro; Las ojeras de la muerte, Triste fruto del insomnio, Sombrean con cerco oscuro La densa niebla en los ojos, Que la enfermedad descubre De un alma que aniega el lloro.

A la luz casi apagada

De un cerillo, los contornos

Se ven de una hermosa virgan.

La cual, en aire medroso,

Y en muy sentida plegaria,

Pide en su angustia socorro:

Un bendito escapulario,

Bordado de seda y oro,

De vez en cuando á sus labios

Lleva con gesto amoroso.

Sigue en oración la monte Con incansable fervor, Y ya dentro de la celda, De escasa luz al favor, De los dos el de más brío Embozado apareció. Allí postrado y contrito Está el ángel de su amor; Y ya sea que faltase Arrojo á su corazón, O que la santa quietud Le diese santo temor, Allí quedó como estátua Sin movimiento y sin voz, Sofocando con las manos Los golpes del corazón: Sus rasgados ojos brillan, No de fe, si de pavor; Su rubio cabello eriza La miedosa indecisión: Inmobles están sus labios, Pálido y triste el color, Quieto se está como un poste, En íntima rebelión, No ya con sus ardimientos, Sino con el santo horror

Que imprime al alma el delito Cuando dél camina en pos. ¡Vedlo! — Es un busto de mármol, Sin movimiento y sin voz, Que oprime con ambas manos Los golpes del corazón.

Dejó por fin sus rezos la postrada Y el ara santa con fervor besó; Pero al volver inquieta la mirada, Ahogando un grito, exánime cayó!

Los dos se conmovieron al mirarse, Y al verse frente à frente se temieron; Y, cual sombras que quieren ocultarse, Al esfuerzo común se descubrieron.

Alzó el mancebo, con ardor profano, À la esposa de Dios de espanto herida; Y en su loco delirio pensó ufano Al calor de su labio darle vida.

Mas temiendo ofender en su desvío El blanco velo y la sagrada toca, Mató en su mente el pensamiento impío Y apartó de su faz la impura boca.

Pasó un instante de silencio austero, De santo miedo y religiosa paz..... Latió de Elvira el corazón severo Y horrible espanto retrató en su faz.

Ya alienta al fin! — Con apagado acento Ruega al mancebo que su estancia deje; Que no insulte el sagrario del convento, Llevando á cabo tentación hereje. Que respete de Dios los santos fueros, Y el velo por Dios mismo consagrado; Que huya lejos y evite los senderos Que el crimen, no el amor, le ha señalado.

Oyeme, Elvira: mi pasión burlando,
Tirana te ocultaste bajo el velo;
Y yo que amante y fiel te voy buscando,
Juré seguirte hasta el umbral del cielo.
¡Ya por fin te alcancé! — Preciso era
Que Dios término diese á mi dolencia,
Y que apiadado al fin te me volviera,
Para endulzar la hiel de mi existencia.
¡Ya por fin te alcancé! — Pideme ahora
Cuanto conciba tu ambicioso anhelo;

Sobre los dos la maldición del cielo!

¡Pero salir de aquí! — ¡Venga en buena hora

Pues bien! Si no salís, mi voz airada
Amparo clamará contra el delito;
Y no seré por cierto abandonada
A vuestro amor sacrílego y maldito!
Si no salís, las auras del convento,
Del escándalo mismo voz tomando,
Con fuerzas nuevas y mayor aliento
Vuestro crimen al mundo irán contando.
¡Y el mundo lo sabrá! — Que el rey de España
Su pueblo engaña y por su bién no mira;
Que hace de insidia vil valiente hazaña,
Y gloria y prez de deshonrar á Elvira!
Tánto y tánto dirán.....

Rey.

Que diga el mundo cuanto mal quisiere;
Que mi pueblo español piense, en mal hora,
Lo que su altivo rey pensar no quiere!
¿Que importa que irritado se conjure
Y se allegue hasta mí de odio embriagado,

Si hacer yo puedo que el veneno apure Y que muera á mis piés en su odio ahogado? ¿Qué importa, sí, que todos me maldigan Si tú me das tu amor?...

ELVIRA.

¡Empeño vano!

Los amores, señor, nunca se abrigan Bajo los pliegues del sayal cristiano. Ya no puedo ser vuestra; un juramento Del siglo y sus placeres me apartó; ¡Dejadme! — No al capricho de un momento Inmoléis la que amásteis.... y os amó! ¡Piedad, mi rey! — ¿Qué goces, qué fineza Buscais en mí, si todo está agotado? ¿Qué encantos hallaréis en mi belleza, Si al riego del dolor se ha marchitado? ¿Qué os importa el amor de una difunta A quien la fosa funeral reclama? ¡ El hielo de las tumbas no se junta Con la ardiente de amor vívida llama! Dejad, señor, que el rezo y los cilicios Mi ingrato desamor fieros castiguen: Hartos mis males son! — ¡Hartos suplicios Este escombro mortal rudos persiguen! ¡Dejadme, por piedad!

REY.

¡No! — ¡Nunca, Elvira!

¿ Así mi amor y mi constancia pagas? ¿ Cómo quieres que ofrezca una mentira Que hará sangrar mis dolorosas llagas? ¡ Qué te deje de amar! — Aunque supiera Que muerte, en vez de amor, encontraría, Con mayor interés, con ansia fiera Tu amor ó mi sepulcro buscaría!

ELVIRA.

¡Inexorable sóis! — ¡Sóis inhumano!
Ni súplicas ni lágrimas os mueven!
Me prometéis amor... y cruel, tirano
Mis desventuras véis y no os conmueven!
¿Queréis amor? — Dejad que su veneno
Se haga camino y me inficione el alma;

Yo siento todavía que en mi seno
Relucha por matar mi santa calma.

Mas debemos dejar que se abra paso,
Por expontáneo esfuerzo y libre senda,
Hasta extirpar el fuego en que me abraso,
Y que mi propia fe mi amor defienda.
Dadme una tregua. — Meditar quisiera...
Sin que creáis que abuso de dominio,
¿Si os pidiera un favor?...

Rry. Se concediera.
¡Aunque fuera del mundo el exterminio!

ELVIRA. ¡No tánto, no! — Quisiera que tres días Me diéseis de quietud.

REY.

Sé que han de ser tres siglos de agonía,
De mudo desamor, de ansia impaciente;
Pero no importa, Elvira! — ¡Juramento
De respetar tu santa paz yo hago!
¡ Qué me importan tres días de tormento,
Si siglos de placer vendrán en pago?

Con su raudal de luz el nuevo día!...
¡No hagáis que esta pasión que así nos ciega
Vierta en el santo hogar su llama impía!
¡No hagáis, señor, que manche la inocencia
La sacrilega falta de los dos!

Rey. Quién osará dictar una sentencia Donde su rey está?

ELVIRA. ¡La ira de Dios!

REY. ¡Oh! nunca, Elvira; tus umbrales dejo Aunque de ellos se quede el alma en pos! Quiero, siendo obediente á tu consejo, Alguna vez obedecer.... Adiós!

Esto dijo, y saliendo de la estancia Con leda faz que la esperanza aviva, Cubrió el embozo y con su inquieto amigo Cruzó por las desiertas galerías.

Quedó la monja en soledad austera, Como un cadáver que la sangre anima, Y al extremo pavor, cayó de hinojos Ante la imagen santa de María; Y allí medrosa renovó entre llantos La plegaria anterior interrumpida, Pidiéndole á la Madre de Dolores Para tánto dolor una sonrisa.

V

EL RELOJ

Está el rey Felipe cuarto Sentado en su gabinete: Capotillo carmesí Prendido á los hombros tiene; Rizado el blondo cabello, Erguida la regia frente; La luz de su intimo goce. De esos goces inocentes, Que en puras alas de ángel Van á un infierno á perderse, Arroja sus resplandores En la faz de un rey alegre. Sus ojos son dos centellas Que alumbra un sol de placeres; No se alcanza a maliciar, Y menos puede saberse, De tan extraño contento La causa real que lo mueve. Tiene en la mano cogido Y desdoblado un billete,

Que besa con entusiasmo Por una un millón de veces; Y, cual si no lo entendiera, Afanoso lo relee.

À tiempo de estos extremos Que un grande y raro accidente Revelan, entróse afable, Rugiero, en el gabinete; Y, saliéndole al encuentro, Con ademán diligente, El rey Felipe, trabaron Conversación de esta suerte:

REY.

Un nuevo triunfo, Rugiero: ¡Mi dicha se afirma y crece! ¡No lo creerás! — ¡Es de Elvira!

RUGIERO.

¡Señor!...; De ella un billete! No puedo explicarme...

REY.

Mira:

Á mi anlielo consecuente, Y dando al voto que hicimos Ratificación solemne, Hoy una súplica nueva Dirige á quien la obedece.

Rugiero.

¿Qué solicita?

REY.

Un reloj
Para su conento quiere,
De dimensiones humildes,
Pero cuyos timbres suenen
En són gemebundo y triste,
Cual si doblaran á muerte.
¡ Es un capricho!

Rugiero.

Señor, Es bien sabido que siempre Por sus extraños caprichos Se hacen notar las mujeres; Pero... me da mala espina Sobre esos caprichos, éste. ¡Cuánto mejor no sería Que diera un sonido alegre!

REY.

Sin embargo, de mi Elvira
Los caprichos serán leyes.
Id y decidle á Olivares
Que extienda inmediatamente
Una orden para que al punto,
Y en el término más breve,
Se cumpla la voluntad
De la reina de los reyes!
Quiero que en sus dimensiones
Sea colosal; que quede
Del convento de San Plácido
En el bastión de occidente,
A fin de escuchar bien cerca
Las horas del Miserere.

RUGIERO.

Cumpliré vuestro mandato; Pero decidme, ¿qué suerte Correrá esa pobre monja, Cuando su convento deje?

REY.

Será la reina de España... Y, ¡pésele á quien le pese!

Rugiero.

¡Felipe cuarto!...

REY.

¡Está dicho! Mas vé que el tiempo se pierde, Y ansío que oiga Madrid Horas que doblen á muerte! Lleno de asombro salió Rugiero del gabinete, Y el rey don Felipe cuarto, Entusiasmado y alegre, Volvió á llevar á sus labios El misterioso billete.

VI

EL PANTEÓN DE SAN PLÁCIDO

Hora tras hora pasaba, Y el reloj las demarcaba Con incansable interés: Un día tras otro acaba, Y pasaron hasta tres.

En vano doce sonidos Una alta campana dió, El rey no los escuchó; De su pecho los latidos Le sirvieron de reló.

Salieron de nuevo los dos personajes De oscuros embozos cubiertos también; Y en pasos más raudos, con faz más alegre, Volvieron el mismo camino á coger.

Callados se alejan: — ninguno interrumpe Del eco nocturno la muda quietud; Callados caminan y pronto saludan Del viejo convento la rústica cruz.

Doblaron el pórtico, la puerta encontraron, Y vieron que al punto su entrada franqueó; Entróse el más joven, y el otro, al seguirle, Notó que la puerta su entrada cerró. De loco entusiasmo la mente agitada Tan raro accidente Felipe no vió; Y, llena la mente de miedo y asombro, Su extraño percance Rugiero calló.

Cruzaba los claustros el rey don Felipe, Causándole mucha y extrema impresión, Las luces alzadas que alumbran las naves, Colgadas de luto con negro crespón.

Abiertas y solas encuentra las celdas; Entró en la de Elvira... desierta también! Y en éxtasis fiero, de espanto transido, Remece el cabello, comprime la sién.

Recorre los claustros, las luces mirando;
«¡Elvira, mi Elvira! » gritó en su dolor;
Y allá entre los pliegues de un manto de muerte,
«¡Venid á mirarla! » responde una voz.

Frenético, airado se lanza en las naves, Siguiendo la huella de aquella expresión, Y al fin, persiguiendo los ecos de un canto, Llegó á los umbrales del gran panteón.

Allí están las monjas de luto vestidas, Sin tocas ni velos, en santa oración; Los cirios de muerte sostienen sus manos, Las lágrimas tristes derrama el dolor.

Se acerca: demente, recorre las filas, Los rostros mirando — buscando una voz; Y al fin, sin hallarla, sus manos juntando, Al cielo dolientes sus ojos alzó.

Volvió á las hermanas, con aire abatido, Postróse de hinojos y humilde exclamó: « ¿ Qué se ha hecho mi Elvira que no me responde? » « — ¡ Venid á mirarla! » repite la voz. Un túmulo humilde, de negros adornos, Que apenas alumbra la luz del dolor, Sustenta un sepulcro cubierto de flores, Que guarda en su centro la más pura flor.

Allí, con la frente de azahar coronada, Teniendo en sus manos la imagen de Dios, La joya de Francia, la gala del mundo, Su sueño postrero risueña durmió.

No adorna su frente corona brillante De ricos diamantes, de perla y rubí; Sus ojos preciosos su fuego apagaron, Ya es pálido el labio rival del carmín.

¿Qué se hizo la reina de tántas hermosas? ¿Qué se hizo la diosa, la esposa de Dios? Aquí está dormida, sin toca y sin velo, Con su hábito oscuro y un blanco cordón.

El rey don Felipe volvió á su demanda,
La faz descompuesta y ahogada la voz:

«¿Qué se ha hecho mi Elvira que no me responde? »

«—;Venid á mirarla! » la voz repitió.

Y saliendo de las filas
La entristecida abadesa,
En cuya rugosa faz
La amargura se refleja,
Toma de la mano al rey,
Y acercándole por fuerza
Al pié del fúnebre túmulo
Que el rico tesoro encierra,
Quita del sepulcro el velo,
Alza la luz en su diestra,
Y..... « ¡aquí la tenéis! » le dice,
Con voz terrible y severa.

Cayó de hinojos el rey
Al pié de la santa huesa,
Y, ahogado, el nombre de « Elvira, »
Mal articuló su lengua:
Bajó los ojos, y humilde
Dobló la regia cabeza:
Juntas apretó sus manos
Demandando á Dios clemencia,
Como al gran Rey de los reyes,
Como al Dios de cielo y tierra.

Al mismo tiempo las monjas Doblaron la oscura reja, Y entonando el *De profundis*, Con voces de honda tristeza, Se perdieron del convento Por las lóbregas revueltas.

VII

CONCLUSION

Un año apenas trascurrido había, Después de aquella singular desgracia, Cuaudo ya en el convento de San Plácido Alto reloj su frente levantaba.

Y se notó que al señalar las horas Doblaba á muerte la fatal campana, Y que al oir su fúnebre sonido El rey Felipe cuarto se inmutaba.

Cartagena 1845.

LA MAGA

PARTABÍA

À BARTOLOMÉ CALVO

PARTE PRIMERA

I

Del risueño mes de abril;
Las flores en el pensil
Dan su ofrenda cariñosa
A la primavera hermosa
Que, lozana de verdura,
La esmaltada vestidura
De los campos engalana,
Dando luz á la mañana
Y á la noche su aura pura.

Sobre la palma orgullosa
Que orna el monte y lo embellece
Viajero turpial ofrece
Sus cánticos á la rosa;
La última luz amorosa,
Alumbra el Edén terreno,
Y el manso arroyo en su seno,
Vida dando á su alba bruma,
Con perlas de blanca espuma
Corona el éter sereno.

Por entre el vago arrebol,
Con róseas tintas galanas,
Corren las nubes ufanas
A despedirse del sol;
Y buscando el girasol
De su luz la ancha pupila,
Altivo en su tallo oscila,
Mostrando al dios de los montes
Los risueños horizontes
De su áerea mansión tranquila.

En la colina distante,
Por la sombra fatigada,
Se escucha la voz ahogada
Del pobre viajero errante;
Y esa canción espirante
Por los espacios perdida,
Es quizá el ¡ay! de una vida
Que se muere en la amargura,
Alma que aflige y tortura
Alguna profunda herida.

La luna su faz de plata
Por la cordillera asoma,
Y la tímida paloma
De las sombras se recata;
Fajas de viva escarlata
Sobre el azul cortinaje
Como menudo plumaje
Se descuelgan sobre el lecho,
En donde el sol, satisfecho,
Descansa al rendir su viaje.

En esa época lucían Quince abriles en mi frente; Rayos de entusiasmo ardiente Mis pasiones encendían; Ya en mi corazón bullían Los amores de otra edad; Y mi alegre mocedad Rindiéndoles vasallaje Rasgó mi infantil ropaje Antes de la pubertad.

En vano, con loco empeño,
De ese porvenir que lloro,
De esas mentiras de oro,
De ese más allá risueño,
Quise renovar el sueño
De amor y felicidad...
La espantosa realidad
Me infligió penas crueles,
Siguiéndome, siempre fieles,
La amargura y la orfandad.

II

¡Cuán bello es contemplar el panorama De un inmenso vergel de flores lleno, Donde el sol de la tarde nos derrama Todo el caudal de luz que hay en su seno!

¡Ver á la margen del arroyo manso, Sobre las frescas palmas del tomillo, Volar sin dirección y sin descanso Travieso trovador, á un pajarillo!

¡ Mirar sobre la límpida corriente Sin destino flotar la flor del agua, Virgen que vela su argentada frente Só la palma gentil de la damagua!

¡Respirar el ambiente embalsamado Que exhala en torno la montuosa falda, Cuando el agreste dios tiende en el prado Su manto de carmín y de esmeralda! ¡Y oir el tierno adiós que reverente Le da á la luz naturaleza entera, Al ver que el sol reclina su ignea frente En el lecho de sombras que le espera!...

Esto gozaba yo, cuando mi oido Súbita hirió melódica armonía Que anegó en un placer desconocido El extinto raudal del alma mía.

¿Quién cantaba, Señor, esas canciones Que envidioso el espacio arrebataba? ¿Quiénes eran, Señor, esas visiones Que en lontananza el arrebol mostraba?

¿Quiénes eran?... No sé. — Lauro de flores Coronaba el raudal de sus cabellos; El sol de la salud y los amores Velaba de esplendor sus ojos bellos.

El modesto carmín de sus mejillas Contrastaba, en lo casto y ruboroso, Con el túnico blanco, que á hurtadillas, Dibujaba sus formas, vaporoso.

¿Era acaso, Señor, tu coro santo Que en pos de mi ilusión mostrarse quiso, Cual Eva se mostró rica de encanto, En el mágico Edén del Paraíso?

Yo las miraba como ver solemos La nube blanca que la brisa mueve; Como esas brumas que en los campos vemos Siguiendo el rumbo de airecillo leye.

Yo las miraba, sí; y aun fascinado Por curiosa emoción seguí sus huellas, Y al borrarlas mi pié... ví que era el prado Cielo inmenso de tul, mas sin estrellas. ¿Qué se hicieron, Señor? — Como el encanto De un ensueño de amor desparecieron... ¿Qué se hicieron los ecos de aquel canto?... Tus célicas vestales ¿qué se hicieron?

Todo se evaporó! Plácida noche Las sombras alumbró con sus estrellas, La comprimida flor rompió su broche Del arroyuelo manso á las querellas;

Quebrando á trechos el tupido manto, Que en luz cubría el sol y la alta cima, Las sombras proyectaban el espanto De esos espectros que la muerte anima;

En la alta ceja que dibuja el monte, Abriendo paso á la vertiente pura, La ténue luz de pálido horizonte Parece incendio que el descenso apura;

La tropa de palmeras cimbradoras Que, cual verde dogal, ciñe la fuente, Al contacto del viento, arpas sonoras, Quejas remedan de un amor doliente;

Y allá de la cañada en la honda zanja Lanzan las ranas su quejido eterno, Bajo el negro crespón de la ancha franja Que da misterio y sombra á aquel infierno.

Raro conjunto, do en contraste vemos La hermosura idëal y la fiereza; Lucha de emulación que sostenemos, Ávidos de poder y de grandeza!

Misterio y soledad! — Miedosa el alma, Ante aquella pasmosa aparición, En vano reclamó su antigua calma Y la turbada luz de la razón. Nada pude entender. — Negro, profundo, Impenetrable abismo me cercaba; La escasa y débil luz que alumbra al mundo A tanta oscuridad no penetraba.

Toqué mi corazón... estaba quieto! ¡Y era la hosca quietud que da el espanto! Requerí mi razón... y fué incompleto Su poder pretensioso para tanto!

Sobrevino el sopor, y fatigado Por el íntimo esfuerzo de mi mente, En un alto peñasco reclinado Ví ponerse la luz en Occidente.

¡Qué espectáculo aquel! Un mar de fuego Sierra, collado y montes absorbía; De la cascada el salpicante riego Un penacho de fuego parecía.

El medroso silencio en la llanura Era apenas y á trechos quebrantado Por el dulce suspiro de ternura Que el viento daba al arrullar al prado.

La fatiga venció. — Fresco el ambiente Á mis párpados dió tranquilo sueño, Con sus auras de paz bañó mi frente Y me hizo al fin de mi reposo dueño.

¡Qué sueño tan feliz! Ni el de la infancia Me regaló tan plácidas visiones! Mi lecho saturaban de fragancia De mis sueños de amor las ilusiones!

Mas súbito estalló de la alta esfera Rayo de inmensa luz que hirió mi frente... Abrí los ojos y admiré, hechicera, Una hermosa visión resplandeciente. Ya no era ilusión. — Ante mis ojos, Claro y distinto, desplegó su encanto, Sus rizados cabellos en manojos Recamaban de oro el albo manto.

No era faz de mujer la faz aquella, Ni era de humano sér su porte airoso; Si los ángeles son como era ella, Mi aparición fué el ángel más hermoso.

Yo la miraba fascinado y loco, Sin poderme explicar aquella escena, Y ella, teniendo mi estupor en poco, Conservó su quietud, muda y serena.

« ¿ Quién eres, » dije al fin, « ángel del cielo, Que has venido á ofrecerme compañía? ¿ Qué extraña potestad te trajo al suelo Para dar vida á la esperanza mía? ¿ Quién te mostró la rústica cabaña Del hijo del dolor? »

MAGA.

Tu propia mano.

La potestad de Dios nunca es extraña;

Por Él te ves del mundo soberano...

Por El, pobre cantor, puede tu mente

Llegar al sol por entre densa niebla,

Y poseer la magia omnipotente

Que de luz y color los mundos puebla.

No extrañes su poder! — Si grande el hombre

Se siente alguna vez; si en la memoria

Del mundo puede eternizar su nombre,

Y fama conquistar y honor y gloria,

Es por Él, cuya mano poderosa

Toda grandeza y todo bién encierra;

Foco de toda luz, — luz prodigiosa,

De las alturas Dios, Dios de la tierra!

Poeta. Pero, dime ¿quién eres? Saber quiero Tu nombre, tu misión, tu alto destino... ¿Serás ángel del bien para el viajero, O espíritu del mal en su camino?

MAGA. Seré tu compañera.

Poeta.

Pero, dime

¿ Qué designio te induce á bondad tanta?...

Que el infeliz que la desgracia oprime

Recela mucho de mover la planta.

MAGA. Yo yelaré por tí.

POETA.

¡Triste promesa!

El ángel de mi guarda hace otro tanto,

Y sin embargo mi pesar no cesa,

Y sin embargo me atribula el llanto!

MAGA. Buscaré tu fortuna.

PORTA. Hace bastante

Que en la propia labor gasto mis años,
Y sabe que, versátil, inconstante,
Si algo me da son tristes desengaños!

MAGA. Yo fijaré su rueda.

Poeta. Empeño vano!

MAGA. Al fin la alcanzarás.

Poeta. Hará lo mismo.

Maga. Iremos á su hogar.

Poeta. Está lejano.

MAGA. ¿Sabes donde se oculta?

PORTA. Es un abismo!

Pero deja, por Dios, á la fortuna
Que dé à sus predilectos cuanto quiera;
Yo sufrí su desdén desde la cuna
Y hoy me persigue inexorable y fiera!
No importunemos más, que es poco digno
De un alma noble cortejar ingratas;
Si con mi adversa suerte me resigno,
¿Por qué otra vez de alucinarme tratas?
Dí ¿cuál alto poder, qué oculta mano
En mi senda infeliz ponerte quiso?...
¿Quién pudo, Eva gentil, dar en lo humano
A este pobre cantor un paraíso?
¿Quién eres, por favor?

MAGA.

¡Pobres cantores Que la lira empapais de acerbo llanto, Que gemis del festin sobre las flores Y una queja exhaláis en cada canto! Los que miráis la humanidad cubierta Con los harapos de miseria y duelo, Y, por amor de Dios, pedís abierta Para vosotros la mansión del cielo! Los que tenéis un mundo en la cabeza Risueño, encantador, rico y florido; Mundo ideal do brilla la belleza, Pura como el armiño del vestido: Donde cada mujer es vuestra amiga, Donde cada hermosura es vuestra amada, Donde el aroma de la flor hostiga, Porque aspiráis alguna más preciada! ¡Pobres cantores! ¡Ay! á vuestra ciencia No es dado comprender vuestro destino, Atravesáis la edad de la inocencia Y ni una flor dejáis en el camino! El fresco riego de la edad primera Refresca y vigoriza vuestra frente, Y cual si eterno, inagotable fuera Lo disipais con mano diligente...

Quieres saber quién soy, y en tu ansia loca Eva gentil me llamas, luz y flor, Y en tus ensueños la ilusión me evoca Como bién, como mal; — goce y dolor! Voy á quitar la niebla de tus ojos, Por ver si logras conocerme al fin: Soy la que en tu camino los abrojos Y las zarzas quité de tu jardin; Yo soy la que el albor de la mañana Corono de diamantes y rubí; La que canto á la aurora dulce hosanna Para ensalzarla y agradarte á tí; Yo doy al bosque tintes y frescura, Y al alegre celaje su arrebol; Doy al arroyo su corriente pura, Su canto al ave y su lumbrera al sól; Yo soy la inspiración fecunda, ardiente, Que pinta al cielo de ópalo y carmín; La que derrama perlas en la fuente Y aromas de la Arabia en el jazmín; Soy la luz de tu sér, fe de tu suerte, Soy la vida y esencia de tu amor, La musa que ha venido á engrandecerte, La savia que da fuerza á tu vigor. Unido está mi sér á tu existencia, De tu primera edad gemela soy; Sin mí la tempestad de la impaciencia En tu alma ardiente reventara hoy. Si acaso hermana no, tu compañera En la senda seré que has de cruzar; Y si ofrendas te exigen, la primera Seré de tu fortuna en el altar; Y de tu lado al verme desprendida, En triste desamparo y soledad, Siendo ya inútil mi cansada vida En la muerte hallaré la libertad... Separados entonces...; Ay! no debo Ocultar los peligros que vendrán, Que es la primera edad sabroso cebo Para los riesgos que llegando van. Cuando te haya dejado... ronca y fiera

Tu vida asustará la tempestad; Serás como la alondra que, viajera, Se halla al regreso en misera orfandad. Artera la ambición roerá tu pecho, El falso amigo minará tu paz, El amor de una infiel, con lazo estrecho, Te anudará sacrílego y falaz! Hastiado de la vida y de sus goces Será el tedio tu único placer; Como esos frutos sin sazón, precoces, Verás tus ilusiones perecer. Entonces por el áspero camino La oculta zarza sangrará tu pié; Los cantos del canario peregrino Los lamentos serán del Dios-te-dé; Los ricos arreboles de la aurora Ni encanto ni riqueza mostrarán; Las perlas de la fuente bullidora Algas y negra espuma cubrirán; Del crepúsculo vago á semejanza Verás la lumbre de ese ardiente sol; Tus ensueños de amor y de esperanza Remedarán su pálido arrebol.

Al ver tan brusco cambio acaso quieras
Tender tu mano y comprimir la mía...
Pero ya entonces cubriránme fieras
Las densas nieblas de la tumba fría.
Cuando te haya dejado, nunca esperes
Que lo que he sido vuelva á ser contigo;
Pues cuando muera yo, dichas, placeres,
Y cuanto tengas morirá conmigo.
Apresúrate, pues. — Yo darte puedo
Cuanto tu orgullo y tu ambición envidie;
Yo haré que tu poder imponga miedo
Al que rebelde y en su contra lidie;
Poderoso te haré; — pondré en tu frente
La corona triunfal de rey del mundo,
Y haré que el vulgo aplauda complaciente

La majestad que en tu provecho fundo. ¡Cuánto te ofrece el porvenir! Ligera Tu juventud resbalará entre flores; Pero olvidar no debes que te espera La rugosa vejez con sus horrores.

III

Dijo; inclinó la blonda cabellera Con sonrisa gentil y esbelta gracia, Como de un niño en la sagrada cuna Ledo se inclina el ángel de la guarda; Sus labios aplicó sobre mi frente, Y al fuego de aquel beso, dentro el alma Sentí el incendio que de entonces fiero Como un volcán mi corazón abrasa. Extático quedé, cual si de un sueño De horrible conmoción me despertara; Quise expresar lo que oprimió mi mente, Quedéme sin acento ni palabras... Quise volver á verla, y de la nube Ví sobre el éter la neblina blanca... Pretendí detenerla... asirla quise, Para echarme de hinojos á sus plantas... La segui... la alcancé... tendí los brazos... ¡Y era sombra no más, ah! sombra vana!

IV

No eran ciertamente sueño Las escenas que relato, Ni visión de un insensato Mi porvenir halagüeño; De entonces acá risueño, Me mostró galas el mundo; Un sol de vida, fecundo En placeres y emociones, Puso fuego á mis pasiones Del alma en lo más profundo.

Toda ambición satisfecha
Nueva ambición despertaba,
Que satisfacción que acaba
Va á la aspiración derecha;
Del amor la aguda flecha
Desangró mi corazón;
Pero la misma efusión
Tanto el vigor renovaba
Que el desangre fecundaba
Alguna nueva pasión.

La mundana vanagloria
Fué mísero esluvio vano;
Pobre, mezquino, liviano
El lauro de tanta gloria;
No hubo una sola victoria,
Por espléndida y completa,
Que nivelase la meta
De mi insaciable deseo...
Siempre de ambiciones reo,
Mi mente pugnaba i nquieta.

Cuando el sol en el Oriente
Mostraba su faz galana
Ví que su pompa era vana
Ante el brillo de mi frente;
Rica, lozana, impaciente
Crecía mi vanidad;
Con loca temeridad
Avivaba sus pasiones,
Y, al probar sus emociones,
Me hastiaba la saciedad.

Tan alto y grande me vía Que ufano con mi ventura, En alardes de mi altura A las montañas subía; En ellas mi fantasía Cobraba nuevos alientos; Eran de ver los portentos Que la ilusión me forjaba... Sol que los orbes viajaba Sobre el ala de los vientos!

PARTE SEGUNDA

V

¡Cuán presto pasaron mis años de vida! Mi infancia querida cuán presto pasó! La dicha del alma... también ya perdida! Mi planta cansada!... Cuarenta años tiene mi frente arrugada, Mi vista nublada, caduca mi voz!

Con palmas y espigas del bosque agostado
Otoño ha adornado su faz de dolor!
Sus últimos rayos el sol ha lanzado,
Y al ténue fulgor,
La fresca arboleda que orlaba la fuente
Se muestra doliente, — sin rama ni flor!

La enhiesta montaña su pompa ha rendido;
Al roce aterido del ábrego atroz,
Su seco follaje remeda el quejido
De su última voz;
Y allá en la montaña se escucha perdido
El ronco bramido del tigre feroz.

No alegran la triste y opaca llanura
Ni flor ni verdura, ni aromas ni luz;
En la honda cañada, tortuosa y oscura,
Se mira al trasluz
La choza cuitada que abriga en su cueva
Al pobre que lleva su mísera cruz.

No hay más en el llano. — Tan mudo está el eco Que de uno á otro hueco ni el viento da voz! Silencio y misterio! — Los fúnebres velos Que enlutan los cielos me causan pavor; ¿Qué intensa amargura De la alma natura la faz eclipsó?...

¡Oh tarde de Otoño! — Tu faz macilenta La faz me presenta de mi intimo afán: La misma tortura, la misma tormenta, El mismo huracán!... El sol de mi vida, cual astro eclipsado, Declina apagado su extinto volcán!

¡Cuán presto pasaron mis años de vida!
Mi infancia querida cuán presto pasó!
La dicha del alma... también ya perdida,
Mi planta cansada!...
Cuarenta años tienen mi frente arrugada,
Mi vista nublada, caduca mi voz!

VI

Tan triste y tan pesarosa
Como la naturaleza
Está mi alma; — los años
Dejaron profunda huella
En mi semblante; — mi pecho,
Lacerado por las penas,
Ni el bién ni el mal ya distingue

En su impasible indolencia.

Muerta la luz de mis ojos,

Mi fe y mi esperanza muertas,

El cadáver de mi vida

Busca con ansia su huesa.

¡Quiera Dios en sus bondades

Hacer que nazca la yerba,

Para que oculten sus ramas

Una sepultura nueva!

¡Qué triste es llevar la vida Por la desolada senda De la desgracia! Parece Que cargáramos á cuestas Un fardo pesado, inmenso, De lágrimas y miserias.

Así triste meditaba
Al pié de marchita ceiba,
Donde en tiempos más dichosos
Sombra y frescor recibiera;
Del arroyo cristalino
La margen está desierta;
Ni una flor, ni un verde ramo
Se columbra en la ribera;
Y un estanque pantanoso,
Circunvalado de piedras,
Es hoy la hermosa vertiente
Que se desataba en perlas...
¡Todo pasó con los años
Que en alas del tiempo vuelan!

¡Quién al ver este desierto Estar mirando creyera De aquella tarde de abril La rica naturaleza!... Los copos de oro y de grana En que el sol su faz hundiera; De tantas preciosas flores Las combinaciones bellas;
Los vuelos del pajarillo
Suspendido en la floresta;
La trenza de plata pura
Que, al rodar, se cubre en perlas;
¿Quién de mis primeros años
La alegre faz descubriera?...
¡Todo pasó como pasa
La brisa sobre la arena!

En este mismo lugar
Mi imaginación recuerda
Las huríes que danzaban
Sobre la verde pradera...
Creo ver las blancas flores
En sus rubias cabelleras;
El carmín de sus mejillas
Quemando su tez morena;
El resplandor de sus ojos,
Ardiente cordón de estrellas;
¡Ay! parece que las oigo
Cantando la Primavera...
¡Todo pasó!...; La memoria
Solo en tormento nos queda!

Estos risueños recuerdos
Asaltaron mi cabeza,
Cuando del vecino monte,
Por la escabrosa vereda,
Ví venir, paso entre paso,
A una anciana de la aldea,
Agobiada por los años
Y quizá por la miseria.
¡Qué sorprendente contraste,
Qué cambio, qué diferencia
Con aquella hermosa tarde
De vida y encantos llena!...
Entonces era yo joven,
Entonces estas riberas,
Bajo festones de lirios

Y bosque de enredaderas, A la diosa de las aguas Daban flotante diadema... ¡Todo se fué con el tiempo Que, en vez de caminar, vuela!

Sumido en cavilaciones, Ante tan triste mudanza, Viendo que la tarde avanza Y que agonizaba el sol,

Sobre el viejo y seco tronco De un nogal, del rayo herido, Mi cuerpo desfallecido Muelle descanso encontró.

Del indeciso crepúsculo Los dormidos arreboles; La ténue luz de los soles Que alumbran la oscuridad;

El airecillo süave Que arrulla el sueño del prado; Y aquel silencio obstinado Que guarda la soledad,

Pusieron sobre mis ojos Auras de dulce beleño, Olas de tranquilo sueño Y de grato bienestar...

Soñaba con mis amores; Soñaba con mi pasado, Con mi Maga, con mi prado, Con mis goces, con mi hogar!

Y qué feliz con mis sueños En esos momentos era! Retoñaba en primavera Mi marchita juventud! Los enfermizos colores De mi loca adolescencia, Ante la reminiscencia Recobraban su salud;

Y hasta el vigor de mi alma, Vencido por la desgracia, Renacía á la eficacia Del sueño reparador...

¡Qué deliciosas visiones Poblaban mi fantasía!... ¡Cómo brotaba y reía Mi loco ensueño de amor!

Mis aventuras pasadas, Mis pueriles desvarios, Mis ansias, mis amorios, Mis locuras... todo, en fin,

En festivo cosmorama Desfilaba por mi mente Arrullado suavemente Por las auras del jardín.

Era feliz! — En el sueño Mi vida se aniquilaba, Y de su tumba se alzaba La otra vida que pasó...

Esa que guarda en sus pliegues, De musgo y polvo cubiertas, Tantas ilusiones muertas, Tanto malogrado amor!...

¡Dormir! — Precavida y sabia Colocó la Omnipotencia Junto al sér de la evidencia El no sér de la ilusión!...

¡ El sueño junto á la vida! Para que, al roce halagüeño, Se torne la vida en sueño Y el sueño en animación. Yo dormía!... Yo soñaba!... Y mi vida renacía, Porque soñaba y dormía... Y soñar siempre es vivir.

Pero como el sueño es frágil Y el ensueño nebuloso, Poco pudo aquel reposo La tempestad encubrir.

Una voz ronca... (Parece Que la escucho todavía) Una voz pronunció impía Mi nombre en la soledad!...

Y con torpes carcajadas Y groseros movimientos Dió ocupación á los vientos, Sonido á la inmensidad.

Desperté. — No comprendía Lo que á mi lado pasaba, La voz que así me llamaba Me recordaba otra voz...

Pero aquellas carcajadas Que los montes repetían, Mi recuerdo desmentían Con su algazara feroz.

¿Quién así mi nombre aclama, Y lo burla y lo escarnece? ¿Quién así, cobarde, ofrece Nueva pena á mi aflicción?

¡Despertarme de la vida À los sueños de la muerte!... Crueles!... ¿Quién de esa suerte Prueba mi resignación!...

Pero á tiempo que yo hacía Mis confusas reflexiones, Por distintas direcciones La carcajada sonó!... En la llanura se oía, En la quebrada, en los montes, Hasta allá en los horizontes El eco la repitió!...

El viejo vigor del joven Sentí que en mi sangre ardía; La ira rejuvenecía La vida en mi corazón;

Y por las sendas del valle, Persiguiendo el eco errante, Corrí bastante, bastante, Ciego de la indignación!

Y en fin, al pié de la cima Que está del valle cercana, Encontré á la pobre anciana Que iba... como tantos van.

Tendí mi vista al espacio Y nada más se veía... Y aquella anciana seguía Su camino, sin afán.

La detuve; y sin enfado La dije: «¿No habéis oido?» Y ella, lanzando un quejido, Dijo secamente: «No.»

Pero como en la llanura No había más que la anciana, Era consecuencia llana Que ella aquel grito lanzó.

Perdí la calma, y osado Aparté con mano fiera El capuz...; Quién lo creyera!...; Era la Maga falaz!...

La que en mis años primeros Se burló de mi inocencia; La que minó mi existencia, La que perturbó mi paz! En los combates del mundo Quemó su fresca corona; Pero así seca, ella abona La espantosa identidad!

Sus vestidos en girones Y su planta desangrada, Descubren bien la jornada De nuestra primera edad.

¡Qué cambio aquel! ¡Qué mudanza! No era ni aun sombra de ella!... La que fué sol... ni aun de estrella La escasa luz conservó.

Las malezas del camino Y del tiempo los rigores Mataron todas las flores Con que Dios la embelleció!

Y en tanto que me esforzaba Por reconocerla, ella, Cautelosa, el labio sella Y al suelo inclina la sien...

Pero engañar no es posible Los del alma claros ojos; En escombros, en despojos Penetran ellos y ven.

Es ella! — La Maga artera Que con melosos amaños, Asesinó á desengaños Mi inexperta juventud!

La que destiló en mis labios Toda la hiel de la vida; La que gastó, sin medida, El caudal de mi salud!

« ¿Adonde vas? » la dije, « tú pensaste Huir de mi presencia y mi venganza; De mi lado, traidora, te apartaste Quemando en flor mi dicha y mi esperanza: Mi corazón de niño envenenaste, Dándole, en vez de fe, dolo y mudanza; Y por cada ilusión de amor me has dado Agenjo puro en pura hiel mezclado! Ya por fin te encontré... Pídeme ahora Para tus falsos dioses sacrificios: Ensalza con tu labia engañadora La tropa infame de los torpes vicios; Llévame por la senda tentadora De engaños y de insidia y de artificios... Maga embustera, búscame en tu mundo Un infierno mayor y más profundo! ¿Qué intentas hoy de mí? »

MAGA.

Vengo à decirte adiós... ese es mi intento.

No me sorprende ver conmigo airada

Tu ingratitud, que con el alma siento.

Ya se acerca mi fin; — ya estoy cansada;

Me agobian mi dolor y tu tormento...

¡Ay! quiera el cielo que tu edad futura

Compense con su paz tanta amargura!

Poeta. La paz!... Ya tengo aquí en el alma De esa hipócrita paz la eterna huella!
Ningún martirio me negó su palma,
Ninguna tentación nubló su estrella!
Y hoy que le pido á Dios reposo y calma,
Convulsa agitación me ofrece ella...
¡ Maldición para tí, que odiosa has hecho
Hasta la fe de mi cristiano pecho!

MAGA. Perdona; Oh Dios! su cólera y su engaño,
Que la falta de luz le tiene ciego;
No le tomes en cuenta ni en su daño
Su injusta maldición ni su reniego;
Pon en su corazón el desengaño

Y alienta su alma con tu santo fuego: Su obcecación y ceguedad corrige; Que harto, Señor, su desamor me aflige! Me maldices, ingrato! — Ese es el fruto Que das en pago de mi amor vehemente: Desolación, miseria, ultraje y luto Han puesto sus arrugas en mi frente; Hoy me das, como mísero tributo, De tus pasiones al infierno ardiente; Y tras de tanto afán ¡ay! ni siquiera Tregua has querido darme en la carrera! Ya me tienes aquí. — También gastado, Al roce del esfuerzo, se ha rendido Mi pobre cuerpo de correr cansado; También acá en mi pecho se ha extinguido El vigor de otro tiempo; y angustiado Mi pobre corazón ha envejecido... ¿Por qué enojarte así, si en común pena El corazón de entrambos se envenena?

Y lo pregunta la cruel! — Acaso Satisfecha no esté de su obra infame; No estará lleno el espantoso vaso, Y aguarda, aleve, que el licor derrame; No bastará este infierno en que me abraso Y nuevas furias en mi contra llame ... ¡Y aún habla de su amor y de sus dones, Que, dice, disiparon mis pasiones! ¡Tu amor!...; Tus dones!... ¿Dónde están, traide ¡ Muéstrame, por favor, uno siquiera! ¿Qué se hizo la tarde encantadora De eterna, inmarchitable primavera? ¿Dó la colina está que el sol colora Con los fulgores de su luz postrera? ¿ Esos dulces recuerdos del pasado En qué tumba su encanto han sepultado? Y me dice: « Aquí estoy!... — Tristes despojo De la hermosa visión que me encantaba! « Voy á quitar la niebla de sus ojos... » Me decía falaz... y me cegaba! « Soy la que en tu camino los abrojos

Aparto » dijo, y más los apilaba!

La que, al precioso albor de la mañana,

Cantaba para mí preces y hosanna!
¡Mentira y nada más!...; Ay! si pudiera

Olvidar todo lo que allá dijiste!...

Pero aquí la memoria fiel, severa

Con fuego me grabó lo que ofreciste...
¡Bien quisiera olvidar!

MAGA.

También quisiera

De mi mente borrar, turbada y triste,

Los que formaron mi placer, mi gloria,

Los felices recuerdos de tu historia.
¡Lo que fuí para tí!... Tú no lo sabes,

Ni saberlo podrás mientras yo viva:

He sido como el vuelo de las aves,

Como vida fugaz de sensitiva...

Pero, fiel á tu amor, tormentos graves

Han matado mi sér; — mi planta esquiva,

Ya no puede seguirte en el sendero

En que tú te envejeces y yo muero.

Vengo á decirte adiós!... Vengo á abrazarte

Por la última vez!

POETA.

¡Atrás, villana! Me causas miedo... horror me da mirarte! Tu faz rugosa, tu cabeza cana, Tu mirada sin luz, sin fe, sin arte; El desgreño asqueroso con que, ufana, Quieres en la vejez engalanarte; Tu voz sin expresión... todo me inspira -Coraje, indignación, desprecio, ira! « Sin mi la vida no te fuera grata Ni sus dulces encantos gozarias; El mismo bién que tanto mal recata Con sangre de tu sangre empaparias!... » Esto en mi alegre mocedad, ingrata, Con acento risueño me decías... Y yo ; necio de mí! con fe sincera Creí cuanto decía la embustera! Ella juró seguirme en la espesura

Del monte agreste y la empinada sierra; Ofreció darme sueños de ventura, Y poder y riquezas en la tierra; Me prometió endulzar toda amargura, Y hacer á toda pena cruda guerra; Llorar si yo lloraba; y si sufria Juntar su angustia con la angustia mía! ¡Tánto, y tánto ofreció!... con tánto quiso Adular mi ambición y alzar mi orgullo, Que, grato á sus favores, fué preciso Doblar la frente al seductor arrullo! El mundo era un Edén, un Paraíso, Y la vida fantástico murmullo De un rico manantial, do reposaba Todo el caudal que mi alma ambicionaba! ¡ Mentira todo, y dolo, y torpe engaño! ¡Sarcasmo y burla... torcedor sangriento! En vez de tantos bienes, en mi daño, Las furias sublevó del sufrimiento! Hizo el placer á mi existencia extraño, Y en estéril vagar cansó mi aliento; ¡Todo se evaporó, cual humo vano, Al contacto impaciente de mi mano!

¿Con que nada quedó? — ¿Ninguna huella El pasado esplendor dejó en tu seno?... Tan triste, tan funesta fué mi estrella Que tu caudal de dicha hundió en el cieno?... Y hoy que tu airada voz mi labio sella, Hoy que en silencio el matador veneno De fiera ingratitud sumiso apura... ¡No tienes ni aún piedad de mi amargura! ¡ Qué injusto eres! — No por culpa mía El bién ganado disipaste luego; ¿Tengo la culpa yo, si tu alegría Voraz quemaba de tu impulso el fuego? Recuerda que afanosa te decía, No solo con amor, sino con ruego, « No tan aprisa vayas, que el sendero Es demasiado largo y muy severo. » Si era tuyo el afán y la premura;

Si solo á tu capricho obedecías; Si en fatigarme hallabas tu ventura, Y en hacerme sufrir tus alegrías; ¿Por qué hoy quieres hacer en tu locura Fruto tus penas de falacias mías? Tú, por andar aprisa, me empujabas... Y así, al hacerme andar, también andabas. Me maldices, ingrato! — Bien pudiera Pedirte cuenta del Edén perdido! Recuerda que te dije: « Cuando muera, La tempestad asustará tu oido; Será como la alondra que, viajera, Se halla, al regreso, huérfana y sin nido; El monte verde, que ahora ves galano, Tendrá mañana su cabello cano. Hastiado de la vida y de sus goces, Roerá la inquietud tu helado pecho; Los impetus del mal, siempre feroces, Serán espinas que tendrá tu lecho; Duelos de la vejez, tristes, precoces, Inundarán tu corazón, que, estrecho, Ni manará de sí, ni dará entrada A noble inspiración ni á fe elevada. Y al ver tan brusco cambio, acaso quieras Tender la tuya para asir mi mano; Quizá entonces tus ansias lisonjeras Necesiten quietud... Empeño vano! Porque ya entonces cubriránme fieras Las densas sombras del abismo humano, Do la vida se hunde y se anonada Primero en polvo y á la postre en nada. Apresúrate y goza, que ligera Tu juventud resbalará entre flores; Y nunca olvidar debes que te espera La rugosa vejez con sus horrores; Que tu abundante y negra cabellera Blanquearán la edad y sus rigores; Y que cuando en mi sér la vida acabe, Lo que será de tí... nadie lo sabe! » Ahora bien, infeliz. — Si tu memoria Recuerda mi palabra y mi advertencia,

¿Por qué echar sobre mí la impura escoria De tu liviana y loca adolescencia? Si á tu instinto cedió, tuya es la gloria De haber envenenado tu inocencia; Yo fuí menos cruel; yo resistía Matar tu vida y acabar la mía!

Pero dime quién eres? — Bien pudiera
La savia del amor darnos la vida;
Ven y disipa la tormenta fiera
Que aquí en mi corazón brama escondida;
Quiero saber quién fué mi compañera
En esa edad tan bella y tan querida...
Dime ¿por qué te vas, y abandonado
Dejas á aquel que amaste y que te ha amado?

Quieres saber mi nombre, y yo no puedo Revelártelo aquí... más tarde acaso! El fuego de tu amor me causa miedo, Y es tuyo todo el fuego en que me abraso; Si te miro sufrir y no me quedo Es que mi sol se eclipsa ya en su Ocaso... Ten lástima de mí... Yo bien quisiera Ir contigo hasta el fin de la carrera.

¡Con que no puedes!... Bien! Calla en buen hora El nombre que infamó la hipocresía! Ya te conozco bien, Maga traidora, Ya no me causa miedo tu falsía! No hace falta tu nombre, engañadora, Que harto lo sabe la venganza mía! Mentira, insidia, engaño, dolo infame... Dí, ¿con cuál de éstos quieres que te llame?

Elige tú.

Me asombra ese reposo Que hace con tu labor sangriento juego!... Hallaste á un infeliz, bien candoroso, Que hizo tuya su fe; que incauto y ciego Te siguió en el camino fragoroso

Que endurcce la nieve y funde el fuego; Y te dijiste en tu interior: « Ya es mío! Yo ludibrio le haré de mi albedrío!... Y para hacer más fácil mi victoria Y su desilusión más espantosa, Le ofreceré, si lucha, la victoria; Si le inclina el amor... alguna hermosa; En su lecho pondré sueños de gloria Que haga su paz dormida bien dichosa; Y cuando se despierte de ese sueño Se verá esclavo y servirá á su dueño! » Bien lo comprendo, sí! — Llegó la hora Del triste despertar, y siento llenas Mis pupilas de lágrimas que llora Mi pobre libertad puesta en cadenas!... Mas no blasones, no, de vencedora, Ni hagas alarde de mis duras penas, Que, antes que mi cerviz oprima el yugo. Acusador seré, juez y verdugo! Tus promesas!... Conservo en lo profundo Del alma herida su recuerdo hirviente: « Poderoso te haré!... De rey del mundo La corona triunfal pondré en tu frente!... La majestad que en tu provecho fundo Haré que el vulgo aplauda complaciente!... » Las espinas, la caña, el inri fiero Con que afrentó á su Dios un pueblo entero!... ¿En dónde están la pompa y el boato Del rey sin reino, de este dios sin ara?... Tú la culpa no tienes... Yo, insensato, Que quise hacer mi inexperiencia cara!... Yo que, necio de mí!...

MAGA.

¡Silencio, ingrato!
Y escucha la verdad, que, altiva y clara
Quiere, en bién de los dos, darte su ofrenda,
Rasgando de tu error la triste venda!
Ódiame cuanto quieras! — Yo te he dado
Mayor suma de bién que la ofrecida;
Tanto ha sido el amor que has apurado,
Que hoy su miel te parece desabrida;

Tesoros de valor has malgastado; Puse en tu sién diadema bien florida; Yo te quité el sayal de la pobreza Y te vestí con lujo y gentileza. Respondeme, infeliz, de ese tesoro De bienestar, de dicha y de alegría ¿Qué has conservado? — La opulencia, el oro, Que abundante mi mano te ofrecía ¿Qué se hicieron, ingrato? — Ni el decoro De tan alto esplendor te detenía! Voluntarioso y disipado has hecho Nido de sierpes tu enfermizo pecho. ¿Dónde dejaste tu candor de niño, Y de tan bella edad las esperanzas? ¿En qué infierno quemaste tu cariño, Que hoy respiras tan solo odio y venganzas? ¿Dónde arrojaste tu cendal de armiño? ¿Dónde las saludables enseñanzas Que la fe maternal, tierna y amante, Pone siempre en el alma del infante? El panorama de tu edad primera, Aquel bello paisaje tan florido, Aquella inalterable primavera, La ténue lumbre de aquel sol dormido, La cascada que alumbra la pradera, Como diamante que la luz ha herido... Tánto primor, frescura y lozanía, ¿Por qué han pasado como flor de un día? Respondeme!

No más! — Ya mi paciencia Ni permite ni quiere explicaciones! ¿Qué ganas con probarme tu inocencia? ¿A qué esa larga lista de tus dones? ¿Por qué acusar mi ciega inexperiencia, Ni acriminar la fe de mis pasiones?... Si yo la culpa tuve, en hora buena! Bendigo mi dolor y amo mi pena.

Aplaudo tu valor.

Yo tu descaro.

MAGA. Santa resignación!

POETA. ¡Triste ironía!

MAGA. ¡Quiera Dios consolar tu desamparo!

Poeta. ¡Quiera Dios perdonar tu alevosia!

MAGA. Él te alumbre el sendero.

Poeta. Está bien claro.

Maga. Llévate mi alma en pos.

Poeta. Basta la mia.

MAGA. Yo tu amiga seré.

Poeta. Yo tu enemigo.

MAGA. Yo bendigo tu amor.

POETA. Yo lo maldigo!

MAGA. Perdónale, Señor. — Ese reniego Se lo dicta el furor, — no está en su alma; Las tinieblas del mal le han vuelto ciego; Y en funcsto huracán turban su calma... Pon en su corazón tu santo fuego; Cobijale del bién bajo la palma; Hazle bueno y feliz; — su edad futura Colma, Señor, de dichas y ventura! Si el hiclo de la escarcha le ha mojado. Seca sus ropas y su cuerpo abriga; Si el rigor del camino le ha cansado, Dale largo reposo á su fatiga; Si el vicio su inocencia ha deslumbrado. Haz que el perdido lustre ella consiga... Acompáñale al fin de su carrera, Ya que á dejarle va su compañera!

Pero ¿quién eres, dí, visión maligna, Que con mi amor y con mis odios juegas? ¿Qué furia del Averno te designa Para afligir mi corazón á ciegas? ¿Qué fe, qué instinto, qué pasión indigna El impulso te da con que así bregas?... Díme, por Dios, ¡quién eres, y ese alarde De obstinado silencio deja!

Es tarde!

Aquí mi mano está; ven y reclina Sobre mi pecho tu marchita frente... Noto que el brillo de tu faz declina Y que en tus ojos ya no hay luz ardiente...

Esa es la vida humana, que camina,
Paso entre paso, á la vejez doliente;
Y, al mirar el nublado, lenta y tarda,
Que quiere alejar un fin que le acobarda.
Ya me tienes aquí! — Yo soy aquella
Que el hombre encuentra, sin buscarla acaso,
Esta que ves ya sombra, fué la estrella
Que no pudo arrojar sobre el Ocaso
Tu afanoso huracán; — fué la centella
Que iluminó de tu carrera el paso...
Por eso, entre placeres y amarguras,
Vine con viva luz, regreso á oscuras.

Pero dime ¿quién eres, que al oirte Mi admiración subyugas con tu acento? ¿Debo dejarte ir?... ¿Debo seguirte?... Ni lo que digo sé, ni lo que siento! Me assige ver que solo sé assigirte, Que de cada placer hago un tormento... Perdóname, por Dios, dame tu guía, Y anima tu existencia con la mía.

Es tarde!

POETA.

No repitas, te lo ruego, Esa frase fatal que me horroriza! ¿Por qué tarde ha de ser, si aún brota el fueg Bajo el blanco crespón de la ceniza?

MAGA.

Te engañas, infeliz!

POETA.

¿Estaré ciego?...
Esto que pasa aquí ¿qué patentiza?
Si es cierto que me quieres y te quiero...
¿Qué nos detiene, pues?

MAGA.

Que yo me muero!
Mira cual se refleja en mi semblante
De un moribundo sol la luz postrera;
Mi vista ya se apaga vacilante;
Mi planta se ha cansado en la carrera;
Opreso el corazón suspira amante
Por el grato reposo que le espera...
Ya se extingue mi voz... Pronto, bien mío,
Seré á tus ojos un cadáver frío!

Porta. No lo permita Dios! — Ven á mi seno Y al calor de mi sér vuelve á la vida; Siento de fuego el corazón tan lleno Que alcanzará, por más que lo divida!... Esta inmensa zozobra en que me apeno Quizá le dé vigor à tu alma herida... Ven á mis brazos, porque en ellos, fuerte, Puedas luchar y rechazar la muerte!

MAGA. Vive tú!... Yo no podría,
Aunque me diera Dios mi antiguo aliento...
Mi espíritu ha perdido su energía...
Cansada y sin valor el alma siento...
A tí te espera el mundo.

POETA.

¡ Qué ironía! ¡ Me espera el mundo cuyas garras siento Que desangran las carnes de mi vida,

Haciendo eterna su profunda herida! ¡El mundo!... cortesano que deifica El delito feliz... su infame herencia; Aventurero vil que santifica La obra inicua y audaz de la impudencia; Juez que todo lo aprueba y justifica; Verdugo que agarrota la conciencia; Eco de la calumnia y de la envidia; Voz de la iniquidad, tul de la insidia! ¡Me espera el mundo! — ¿Para qué lo quiero, Si estoy ya de sus farsas tan hastiado? ¿Qué puede prometerme un pordiosero, Que tan solo miserias ha heredado?... ¡ Mendigo con disfraz de caballero En este carnaval desvergonzado! El mundo!... El mundo!... Lo desprecio tánto Que le he dado mi adiós, sin verter llanto!

Fijate bien en mí: — sombra perdida, Nada me queda de la edad pasada; Hoja seca del arbol desprendida Y en la hoguera del mundo devorada, No dejo por recuerdo de mi vida Sino ceniza en lágrimas mojada... Despojos de una mísera existencia Que el fuego aniquiló de tu impaciencia. Si tú hubieras querido, no tan breve En su Ocaso mi sol se reclinara; De prematura senetud la nieve Mis cabellos de niña no empapara; Ni el dardo fiero de la muerte, aleve, Mi juventud feliz así matara... No camines aprisa, » te decía, Y nada!... nada tu impaciencia ofa!

Me matan tus recuerdos!

No los hago En daño del amor de mis amores; Con su recuerdo apenas satisfago Al más duro y cruel de mis dolores, Al recibir de mi cariño en pago Y de todos mis íntimos favores, Duras acusaciones y reproches Que han hecho de mis días tristes noches.

POETA. ¡Por ese santo amor, por esa santa
Resignación que tu virtud abona;
Por la sangre que viertes de tu planta;
Por la espina mayor de tu corona;
Olvida ese recuerdo que me espanta
Y generosa mi maldad perdona!...
Si antes te hice apurar hiel y veneno,
Toma hoy la miel de mi amoroso seno.

MAGA. Es tarde ya!...

Porta.

No es tarde! — La clemencia
Del que lo puede todo no se agota...
¿Cómo no ha de curar nuestra dolencia
Quien de una piedra, rica lluvia brota?...
¿Cómo no restaurar una existencia,
Quien todo un mundo á la existencia bota?...

MAGA. Pero, si bien clemente, Dios es fuerte Y nueva vida da, cuando da muerte!

POETA. Tus palabras me espantan.

MAGA. Yo lo siento.

POETA. Aun podemos salvarte.

MAGA. No lo esperes.

Porta. Me horroriza en la muerte tu contento.

MAGA. Solo en la vida afligen los placeres.

Abrazame otra vez.

Y dos y ciento!

Pero tu nombre, por piedad!... ¿Quién eres?... ¿Por qué en la tumba ha de quedar oculto, Sin que mi amor le rinda ardiente culto?

No puedo por mi mal. — Dios ha querido De este imposible hacer mi mayor pena; Te he dado con mi amor cuanto has pedido, Hasta ver tu ambición del todo llena; Pero darte mi nombre... me es prohibido! Naturaleza misma así lo ordena... Por tu propio interés callarte debo El bién inmenso que en mi nombre llevo.

Necesito tu nombre!

Empeño vano.

Lo arrancaré de tu cadáver yerto!

No tan audaz me pareció tu mano.

Lo pido por tu amor!

Es tarde! — Ha muerto.

.. ¿Quién me descifrará tan hondo arcano?...

¡El selvático espejo del desierto! Él te dirá lo que en el mundo he sido... Y entonce advertirás lo que has perdido.

Dijo... y cayó en mis brazos desplomada, Reclinando en mi faz la suya yerta... En vano la abrasé con mi mirada, Que estaba ¡ ay Dios! completamente muerta!... Aparté sus cabellos, y animada Ví la visión de abril!... Viva!... Despierta!... Remozada su faz!... Frescas las flores Que llevaba en la edad de los amores! No era loca ilusión!... Blanco y ligero El plegado ropaje la cubría, Velando, enamorado y traicionero, Las mismas formas que ocultar quería... Por el nevado pecho, lisonjero, Su rizado cabello descendía, Como en taza de mármol se desata La trenza de espumosa catarata! El asombro aumentó! — De horror transido, Bajo el poder de una emoción severa, Ví caer, de mi seno desprendido, El cuerpo de mi hermosa compañera, Que en sus tumbos formó extraño ruido En la muda quietud de la ribera... Fué como el roce de las secas hojas, Como alarido ahogado entre congojas. No sé qué fué de mí. — Volví los ojos, Para no ver aquella horrible escena De inanimados, míseros despojos Rodando de los riscos á la arena; Pero al opuesto lado, los rastrojos, Se ahogaban en un mar de agua serena Que descendiendo de la enhiesta altura Bañaban el boscaje y la llanura! ¡ Qué repentino cambio! — La cañada, Convertida en remanso, parecía Inmensa luna de cristal, bañada En la azogada luz de un bello día; El plumaje sutil de la cascada Cual polvo de diamante relucía... Todo estaba cual antes, como era En esos tiempos de mi edad primera. Quise acercarme más, y una luz pura

Daba su claridad, plácida y leve...

Fijé la vista y ví... qué desventura!
¡Nada quedaba de la Maga aleve!

Solo mi faz rugosa y sin frescura,
Mi cabellera convertida en nieve!...
¡Era acaso el terror que me ofuscaba,
O era que en realidad tan viejo estaba?...

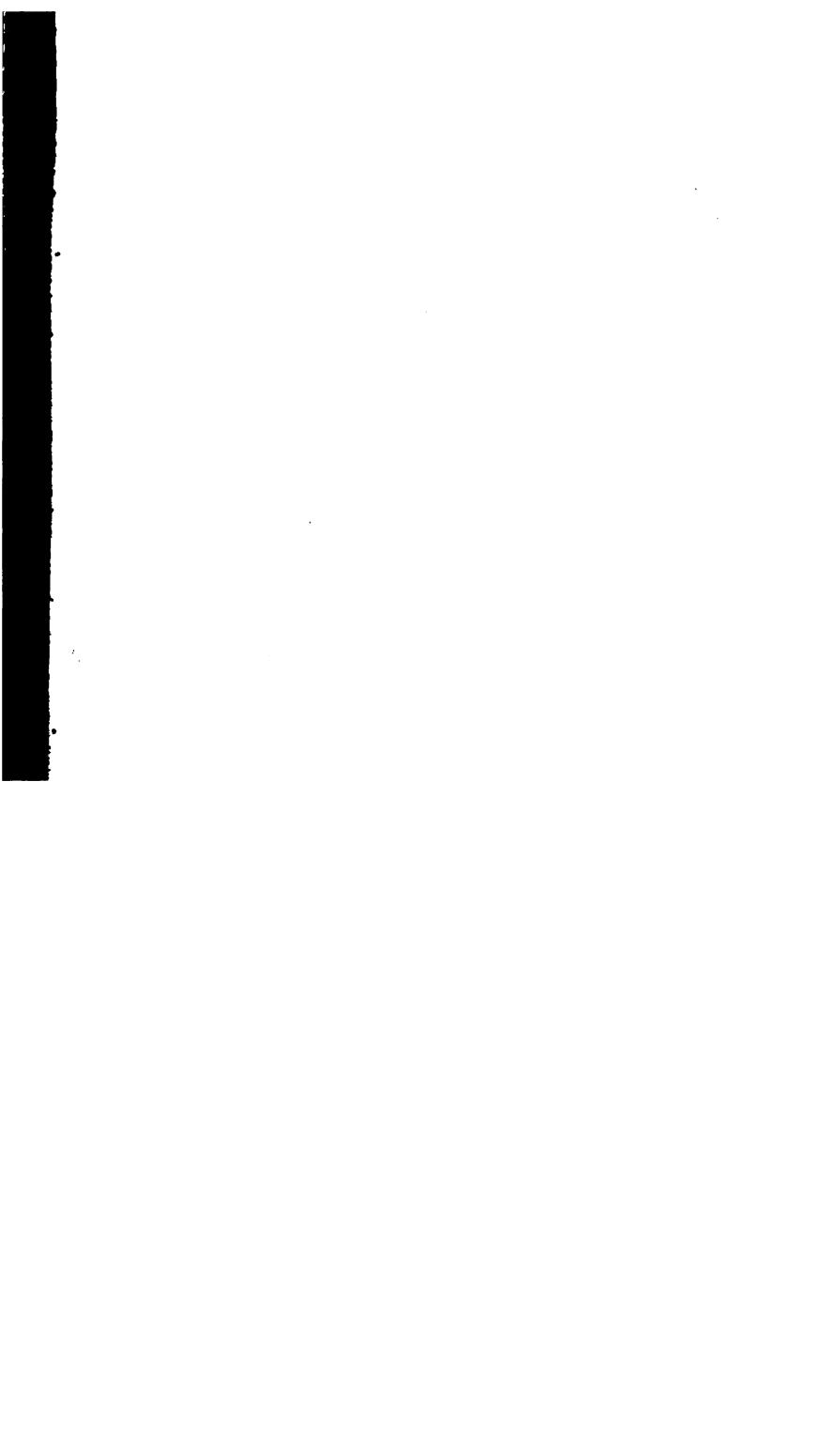
Volví á mirar. — El mismo espectro fiero
La luna del remanso repetía...

Retiraba mi faz... y traicionero
El espectro su faz también huía!...

Hice un tercer ensayo... fué el postrero,
Y el mismo viejo espectro aparecía!...

Todo lo comprendí... La Maga yerta
Era mi Juventur que estaba muerta!!

1845.



OBRAS DRAMÁTICAS

EL GONDOLERO DE VENECIA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Y EN VERSO

A IGNACIO C. ROCA

Es ley y justa rasón Que el que muere olvide agravios Y no salgan de sus labios Sino voces de perdón.

J. J. MILANIS.

(1855).

PERSONAS

El conde Cartezo. La cendesa Branca, su hija. Un desconocido. Juriano, presidente del Consejo de los Diez.

Russas.

Burro.

Mannet

Bringso,

Peravoca,

El tio Passo.

Casne.

Macmatunta.

PIRTRO.

GRAGIANI, posudero.

Un jugador.

Un paje,

Miembros del Consejo de los Diez, senadores, nobles de Venecia, guardias del Consejo, hateleros, hombres y mujeres del pueblo.

Los apartes van entre parentesia y las indicaciones de la acción en letra bastardilla.

La escena pasa en Venecia, en 1457.

ACTO PRIMERO

ralería de la casa de Juliani, en cuyo fondo, y á través de tres grandes puertas, se ve un salón de baile. — Varias parejas enmascaradas recorren el calón.

ESCENA PRIMERA

JULIANI

Calma, Juliani. La calma (Entrando.)
Es luz del entendimiento; (Sentándose.)
Ella alumbra el pensamiento
Y da la quietud al alma. (Quitándose la careta.)
Vanos han sido hasta aquí
Los esfuerzos del Consejo;
Mas no puede á un zorro viejo
Burlar un gallina así.

(Levantándose y examinando los salones.)
Goza bajo tu disfraz,
Pobre, aturdida Venecia,
Que, si la tormenta arrecia,
No será tu fiesta en paz!
Al fulgor de las bujías,
Y al calor de los placeres,
Brillen tus lindas mujeres
Entre locas alegrías...
Baila, insensata ciudad,
Que aquí está quien por tí vela;
Y al llegar mi tarantela...
Llegará tu Eternidad!

(Pasan enmascarados por el fondo.)
Los disfraces!... Cómo engaña
La careta al que la lleva!

Siempre el Carnaval nos prueba
Lo que la molicie daña!
Bajo ese duro cartón
Y ese traje fastüoso,
Se agita un rostro lloroso,
Gime triste un corazón!
Allí está la multitud
Bebiendo á tragos los goces,
Sin notar que en esos roces
Se deslustra la virtud!...
Y nuestro hombre... allí está,
En jaula de oro cogido...
Por sí mismo se ha metido...
Y... por Dios que no saldrá!

ESCENA II

JULIANI y MARTELLI

MARTELLI. ¿Estamos solos?

Juliani. Martelli...

(Martelli se quita la máscara.)

Impaciente te aguardaba: ¿Seguiste al desconocido?

(Martelli hace un gesto afirmativo.)

Y ¿ has averiguado?...

MARTELLI. Nada...!

Juliani. Qué extraño misterio!... Díme...

Y ¿ sigue al lado de Blanca?

Martelli. Sí, señor; siempre á su lado.

Juliani. ¿No le oiste cuando hablaba

Pronunciar su nombre?

MARTELL. No...!

Juliani. Si alguno le acompañara...

MARTELLI. Nadie, señor. Anda solo...

Es, más que hombre, fantasma.

Juliani. No le has visto nunca?

MARTELLI. Nunca,

Si habláis de verle la cara; Pues lo que hace á la persona La vemos cada mañana Rodando por nuestras calles En su góndola enlutada. Sin embargo, me prometo Que, á favor de una celada, Demos con su nombre.

JANI.

¿Cómo?

RTELLI.

Tiene la señora Blanca
Una nodriza... algo vieja...
Su rostro es una borrasca,
Capaz de imponerle miedo
A la marina italiana;
A pesar de esto el adagio
Dice que por la peana
Se besa al santo.

JLIANI.

(Enfadado.) Y á fe, Que no entiendo lo que hablas!

ARTELLI.

Ella debe haber oido, Pronunciado por su áma, El nombre de ese galán.

ULIANI.

Y bien!

ARTELLI.

Y bien!... Ya tomadas
Tengo todas mis medidas...
Martelli á la vieja ama;
Y una cita le ha pedido...
Cita que no fué negada;
Bien comprenderéis, señor,
Que el que besa la peana...

ULIANI.

Te comprendo!... ¿Estás seguro De hacerla hablar?

LARTELLI.

Vaya! vaya!
Una vieja enana y fea
Que de limosna es amada,
¿Qué es por cierto?... un maniquí
Que hace lo que se le manda.

ULIANI.

Está bien! Estos cequies (Le da un bolsillo.)
Te ayudarán en la farsa;

Si sale bien... otro tanto, Mi buen Martelli, te aguarda.

MARTELLI. Gracias, señor! (No es mal premio

Para la obra empezada, Que enamorar á una vieja Que ha sido nodriza... vaya!

Es preserible tomar

Por asalto una muralla.)

Juliani. Y de las demás personas,

¿Qué has averiguado?

MARTELLI. Nada...

Intriguillas de mujeres!

Juliani. Vuelve, Martelli, á la carga...

Suspicaz y diligente

Observa, inquiere, repara...

Discurre por los salones
Do más animación haya;
Toma nota de los nombres,
La filiación de las máscaras,
Memoria de cuanto digan,
Recuerdos de cuanto hagan...

Todo con cuenta y razón.

MARTELLI. Contabilidad bien rara!

¿Los lances de amor también

Os inquietan?

Juliani. Obra y calla.

Martelli. Obedeceré, señor.

Juliani. Todo, sin volver la espalda

Al hombre desconocido.

MARTELLI. Estoy, señor.

Juliani. Vigilancia!

(Martelli se cubre y entra al salón; se confunde entre la mul titud. — La música se oye lejana.)

ESCENA III

JULIANI

Raro misterio por cierto! Hace muchisimos días Que un hombre desconocido De Venecia el suelo pisa... El Consejo de los Diez Cubre su sombra de espías, Le sigue por todas partes, Pregunta, inquiere, medita... Y siempre el mismo misterio! En vano mi astucia fina Abre al placer los salones Y á toda Venecia invita... El hombre desconocido De su careta confia... Y concurre à nuestras fiestas, Y cara á cara nos mira! Su nombre... nadie lo sabe, Su existencia... es un enigma; Su habitación... el Adriático; La multitud... su familia. Según las inquisiciones, Llegó aquí en el mismo día Que Blanca Capello... Acaso Esas relaciones intimas Con la hermosa veneciana Envuelvan alguna intriga... Dicen que la ama y que ella Le ama también... A fe mía Que si una mano bien diestra No toma prontas medidas, Ese amor será un veneno Que mate á Venecia un día. Juliani...; ay si te duermes! ¡Ay de tí, si ves perdida

La huella de ese fantasma Que te inquieta y martiriza!... ¡No haya cuidado, Venecia, Velaré... duerme tranquila!

ESCENA IV

JULIANI y el conde CAPELLO

Juliani.

¿Qué haces, conde?

CAPELLO.

El placer sigo.

¿Qué hacer en función tan bella?

Me divierto, gozo en ella.....

Y te felicito, amigo.

¿Hoy Venecia por ventura En tus salones no esconde

Lo más escogido...

Juliani. (Con fingida modestia.) Conde...

CAPELLO.

En nobleza y hermosura? No exagero... esta función Ha sido tan exquisita,

Que hasta de un viejo se agita,

Aturdido, el corazón.

¡Qué esplendidez!...; qué belleza!

¡Qué hermoso vergel de flores!...

¡Cuál contrastan los colores

De rica naturaleza!

Toda descripción es vana...

La máscara menos bella

Es, si no sol, una estrella De belleza sobre-humana!

JULIANI.

Razón tienes, buen Capello; Pero es tu Blanca entre ellas La estrella de las estrellas, El claro sol de mi cielo!

CAPELLO.

Galante estás.

JULIANI.

No, á fe mía...

Digo lo que siente el alma: Dar á quien debo la palma, Conde, no es, galantería. ¿Ha estado contenta?

CAPELLO.

Y mucho!

Tanto su contento ha sido, Que hace poco la ha asligido Mi orden de marcha.

JULIANI.

Qué escucho!

CAPELLO.

À ti ¿qué te ha parecido?...

JULIANI.

Lo contrario.

CAPELLO.

¿Qué advertiste?

Juliani.

Que está preocupada, triste.

CAPELLO.

¿La causa?

JULIANI.

No la he sabido; Pero, conde, la sospecho. Cuando una hermosa se aflige La experiencia nos exige Buscar la causa en el pecho... La edad de los veinte años, Y de un ángel la hermosura Arrastran la sombra oscura De amores y desengaños!... Blanca en su precioso abril, De tantas gracias dotada, Es la flor más codiciada Del veneciano pensil!... Flor que coronan de espumas Las olas de nuestros mares; Flor que convierte en azahares Del Adriático las brumas; Pero esa flor, por ser bella, Es por lo mismo envidiada...

CAPELLO.

Juliani!...

(En tono sorprendido.)

Juliani. (Con fingida humildad.) No he dicho nada.

CAPELLO.

Tengo confianza en ella! De noble estirpe nacida, Y por mí mismo educada, Yo mi palabra empeñada Prometo dejar cumplida!

Juliani. ¿Te has enojado?

Capello. No, á fe...

Pero acaso tu sospecha...

Juliani. Lleva, conde, bien derecha

La expresión que aventuré!
No es extraña la sorpresa
Que mi lenguaje ha podido
Causarte; pero no ha sido
Sin motivo: la condesa...
Tal vez no lo habrás notado,

Con uno solo pasea,
Solo él la galantea,
Solo con él ha bailado...
Y el que goza la fortuna
De verse así preferido

Es, conde, un desconocido Sin nombre ni seña alguna!

CAPELLO. Juliani, tu avilantez (En ademán de irse.)

No la sufro, vive el cielo!...

Juliani. En nombre os hablo, Capello,

Del Tribunal de los Diez.

(Le muestra el número que lleva al pecko, Capello se inclina respetuosamente. A invitación de Juliani se sientan.)

La altiva y noble Venecia,
A quien ese amor ofende,
Bien lo sabéis vos, defiende
Aquello que mucho aprecia!...
No basta que su pendón
Muestre San Marco, altanero,
Ni que en el campo guerrero
Venza y otorgue perdón;
Que hay nombres, conde Capello,
Tan preciosos para ella,
Que quien su honra atropella
No pisa impune su suelo!...
De su nobleza el honor,
Es cristal que ha confiado

Al exquisito cuidado
De un consejo protector!...
¿Qué os parece mi altivez?...
Altivo me hace la ley!
En otras partes... un rey...
Pero en Venecia... los Diez!

LPELLO.

Conozco bien los deberes Que mi posición impone, Y no hay hecho que no abone Mis lëales procederes: Sé muy bién que hasta el amor Es un asunto de Estado, Y á mi hija la he entregado Al Consejo protector... Ya dispuso de su mano Y á Barbarini la dió... (Enternecido.) Ya Capello procedió Como noble veneciano!... Blanca, mi hija adorada!... (Muy conmovido.) Mi hija!... lo que más quería!... La luz preciosa que guía Mi vejez atribulada!... (¡Horrible ley del destino! Con tan fiero proceder, Un hombre honrado ha de ser, No padre, sino asesino!)

LIANI.

El Consejo de los Diez,
Justicia y honor os hace,
Dando con tan bello enlace
Apoyo á vuestra vejez;
El esposo que prepara
Para Blanca, es un guerrero
Que ha ganado con su acero
Laureles mil en Ferrara!...
El, por desgracia, no es
De la patria que defiende,
Y su protección le vende
El astuto genovés...
Por eso muestra el Estado
Su interés, el más prolijo,

En captarse un nuevo hijo Que tanta fama ha ganado. Y á fe que el esfuerzo apura Dando en premio á sus amores La hermosa flor de sus flores, La reina de la hermosura.

CAPELLO.

Ya os dije que está cumplida Mi honra como Veneciano. ¿Qué más debe un ciudadano A su patria? — Prometida Mi hija al valiente guerrero Su anhelo el Consejo llena... La angustia, la horrible pena, Son para mí... las espero!

(Conmovido.)

JULIAMI.

Es muy tarde!

CAPPLLO.

¿Cómo...?

JULIANI.

Lo que os dije, os digo!...

Un poderoso enemigo Hace de ventaja alarde...

Dentro de un año...

Venid... ¿ véis aquellos dos?...

(Llevandole al fondo. Le señala dos enmascarados que se aproximan a la puerta de la derecha.)

CAPELLO.

Es imposible!

Juliani.

Son ellos.

CAPELLO.

La ira encrespa mis cabellos, Me ahoga, que os guarde Dios!

(Trata de irse; Juliani le detiene.)

JULIANI.

¿Queréis convenceros?

CAPELLO.

Si!

(Cual la rabia me devora!... Blanca, mi Blanca traidora!)

Juliani.

Ocultémonos aquí.

(Se colocan detrás de una columna, á la vista del público. Rugiero y Blanca, enmascarados, entran sin notar en ellos.)

ESCENA V

Dichos, RUGIERO y BLANCA

RUGIERO.

¡Cuánto más bella eres, Gacela mía, Lejos de esas mujeres

Y de esa orgía!

Ay! cómo es cierto

Que abrió el amor sus ojos En el desierto!

Pero, ¿qué tienes, Blanca?... ¿Penas ó enojos?

¿Qué es lo que así le arranca Llanto á tus ojos?

BLANCA.

No sé qué siento; Pero tiemblo cual rama Que agita el viento!

La soledad me aterra, La luz me ofende...

Es la perpetua guerra Que amor enciende! Porque te quiero,

Apesar de mis penas, Mucho, Rugiero!

RUGIERO.

Disipa, Blanca mía, Necios temores!

La luz de mi alegría, De mis amores, Temer no debe

Ni el huracán airado Que el mar conmueve!

Que tiemble en hora buena Pasión culpable;

Que sufra amarga pena La miserable; Pero en tu cielo No hay una sola mancha, Blanca Capello!

CAPELLO. Es ella, sí!

Juliani. Prudencia!

Blanca. Cuánto padezco!

RUGIERO. Respetar tu inocencia,

Blanca, te ofrezco! ¡Maldito el hombre

Que ose empañar siquiera Tu hermoso nombre!

Blanca. ¡Cuánta calma y dulzura

Tu voz derrama!

Rugiero. ¡Cuánto en la sombra oscura

Mi amor se inflama! Blanca hechicera!

Blanca. Pero al baile volvamos...

Mi padre espera.

Bugiero. ¿Eso á mi amor responde

Tu indiferencia?

Volver al baile!...

Juliani. (Conteniendo à Capello.) Conde!

Blanca. Ya nuestra ausencia Se habrá notado...

RUGIERO. Necio del que en mujeres

Ha confiado!

Blanca. No te irrites, Rugiero,

Baste de enojos!...

¡Dice que no le quiero!...

Mira en mis ojos Copioso llanto!...

CAPELLO. Basta de afrenta!

Juliani. Vamos. (Desaparecen.)

BLANCA. Te quiero tanto! (Acariciándole.)

RUGIERO. « ¡Volver al baile! » dice,

Con fría calma,

Sin ver que à un infelice

Desgarra el alma!

¡Yo que creía

Que la ingrata me amaba!...

¡Qué felonía!

Blanca. ¿Con qué mi amor es fábula

(Enojada.)

Que en duda pones?

Rugiero. ¡Volver deshecho en lágrimas

A esos salones!

Blanca. ¡Qué injusto eres!

Si tal duda te asalta...

Ya no me quieres.

RUGIERO. Blanca!

Blanca. Mi nombre olvida!

Todo fué engaño!...

Rugiero. Perdóname, mi vida.

Blanca. Si ves que baño (Llorosa.

Mi faz en lloro,

Es que engañarte quiero...

RUGIERO. Blanca, te adoro!

Si el huracán airado

De mis furores

El enojo ha causado

De mis amores, Perdón te pido

De mis quejas injustas

Arrepentido!

(Aparecen en el fondo Juliani y Capello.)

Es que el amor extremo

Mata la calma...

Y este en que yo me quemo

Me abrasa el alma!

BLANCA. Por Dios, Rugiero!...

Regresemos al baile...

RUGIERO. Blanca... no quiero!

Blanca. Mira que nos espían... (Mirando al sondo.)

RUGIERO. Qué horrible lucha!

Blanca. Acaso nos oían...

No hay una sola mancha, Blanca Capello!

CAPELLO. Es ella, si!

JULIANI. Prudencia!

BLANCA. Guánto padezco!

RUGIERO. Respetar tu inocencia,

Blanca, te ofrezco! ¡Maldito el hombre Que ose empañar siquiera

Tu hermoso nombre!

Blanca. ¡ Cuánta calma y dulzura

Tu voz derrama!

Rugiero. ¡Cuánto en la sombra oscura

Mi amor se inflama! Blanca hechicera!

Blanca. Pero al baile volvamos...

Mi padre espera.

Bugiero. ¿Eso à mi amor responde

Tu indiferencia? Volver al baile!...

Juliani. (Conteniendo á Capello.) Conde!

Blanca. Ya nuestra ausencia

Se habrá notado...

Rugiero. Necio del que en mujeres

Ha confiado!

BLANCA. No te irrites, Rugiero,

Baste de enojos!... ¡Dice que no le quiero! ..

1 Desupares

Mira en mis ojos Copioso llanto!...

CAPELLO. Basta de afrenta!

Juliani. Vamos.

Blanca. Te quiero tanto!

Rugiero. CiVolver al bailed with

Con fria con Sin ver que Desgarra el alma!

¡Yo que creía

Que la ingrata me amaba!...

¡Qué felonía!

Blanca. ¿Con qué mi amor es fábula

(Enojada.)

Que en duda pones?

Rugiero. ¡Volver deshecho en lágrimas

A esos salones!

Blanca. ¡Qué injusto eres!

Si tal duda te asalta...

Ya no me quieres.

RUGIERO. Blanca!

Blanca. Mi nombre olvida!

Todo fué engaño!...

Rugiero. Perdóname, mi vida.

Blanca. Si ves que baño (Llorosa.

Mi faz en lloro,

Es que engañarte quiero...

Rugiero. Blanca, te adoro!

Si el huracán airado

De mis furores

El enojo ha causado

De mis amores, Perdón te pido

De mis quejas injustas

Arrepentido!

(Aparecen en el fondo Juliani y Capello.)

Es que el amor extremo

Mata la calma...

Y este en que yo me quemo

Me abrasa el alma!

Por Dios, Rugiero!...

Regresemos al baile...

Planca no quiero!

an... (Virando el 1922)

No hay una sola mancha, Blanca Capello!

CAPELLO. Es ella, sí!

Juliani. Prudencia!

Blanca. Cuánto padezco!

RUGIERO. Respetar tu inocencia,

Blanca, te ofrezco!
¡Maldito el hombre

Que ose empañar siquiera Tu hermoso nombre!

Blanca. ¡Cuánta calma y dulzura Tu voz derrama!

Rugiero. ¡Cuánto en la sombra oscura

Mi amor se inflama! Blanca hechicera!

Blanca. Pero al baile volvamos...
Mi padre espera.

Bugiero. ¿Eso á mi amor responde Tu indiferencia?

Volver al baile!...

Juliani. (Conteniendo à Capello.) Conde!

Blanca. Ya nuestra ausencia

Se habrá notado...

Rugiero. Necio del que en mujeres

Ha confiado!

Blanca. No te irrites, Rugiero,

Baste de enojos!...

¡Dice que no le quiero!... Mira en mis ojos

Copioso llanto!...

CAPELLO. Basta de afrenta!

Juliani. Vamos. (Desaparecen.)

BLANCA. Te quiero tanto! (Acariciándole.)

RUGIERO. « ¡Volver al baile! » dice,

Con fría calma,

Sin ver que à un infelice

Desgarra el alma!

¡Yo que creía

Que la ingrata me amaba!...

¡Qué felonía!

Blanca. ¿Con qué mi amor es fábula

(Enojada.)

Que en duda pones?

Rugiero. ¡Volver deshecho en lágrimas

A esos salones!

Blanca. ¡Qué injusto eres!

Si tal duda te asalta...

Ya no me quieres.

RUGIERO. Blanca!

Blanca. Mi nombre olvida!

Todo fué engaño!...

RUGIERO. Perdóname, mi vida.

Blanca. Si ves que baño (Llorosa.

Mi faz en lloro,

Es que engañarte quiero...

RUGIERO. Blanca, te adoro!

Si el huracán airado

De mis furores

El enojo ha causado

De mis amores, Perdón te pido

De mis quejas injustas

Arrepentido!

(Aparecen en el fondo Juliani y Capello.)

Es que el amor extremo

Mata la calma...

Y este en que yo me quemo

Me abrasa el alma!

Blanca. Por Dios, Rugiero!...

Regresemos al baile...

RUGIERO. Blanca... no quiero!

BLANCA. Mira que nos espían... (Mirando al fondo.)

RUGIERO. Qué horrible lucha!

Blanca. Acaso nos oían...

Rugiero.

Reniego!...

BLANCA.

Escucha...

Cuando se ama...

Debe amarse ante todo

La honra y la fama!

(En ademán suplicante.

Por ese amor ardiente

Que nos devora,

Evitale á mi frente

Mancha traidora!...

Rugiero mío!...

Rugiero.

¿Por qué tan desgraciado? Por qué, Dios pío!

(Con marcado reposo.

Vete, Blanca... me quedo...

La luz me irrita... (En tono delirante.

Tengo á esas gentes miedo...

BLANCA.

¡Virgen bendita!

RUGIERO.

Mira... detesto

Cuanto puede ocultarme

Tus ojos bellos!

CAPELLO.

Qué suplicio, Juliani!

BLANCA.

Ten esperanza.

RUGIERO.

Pero ¿cómo tenerla

Cuando te apartas?...

Yo quiero verte

Como el cielo á los mares...

Constantemente!

BLANCA.

Es imposible!

RUGIERO.

Oye...

De tu palacio

Altos balcones miran

Al atrio santo...

Su puerta misma...

Con la Santa Madona

Se comunica...

De la noche al misterio...

Blanca. Oh!... calla!... calla!

El coraje me ahoga!

RUGIERO. Qué tienes, Blanca?

Blanca. Ira, vergüenza

De escuchar de tus labios i Tales propuestas!

RUGIERO. Blanca!

BLANCA. Dios mío!

RUGIERO. Blanca!

CAPELLO. Démonos prisa.

Blanca. Tú no sabes, ingrato,

Cuál me asesinas!

Juliani. Calma, Capello!

Blanca. ¿Para qué pasión tánta

Me diera el cielo?

Rugiero. Si propuestas infames

Hice en tu agravio;

Si mi labio las hizo.....

Miente mi labio!

Blanca. Por la Madonna....

Déjale á mi inocencia Su alba corona!

RUGIERO. Querida Blanca mía,

Luz de mis ojos,

No aumentes mi agonía Con tus enojos!

Blanca. Pues bien, Rugiero.

Págame en obediencia Lo que te quiero!

Juliani. (Se quita la careta y entra.)

¿Hasta cuando eclipsado,

Blanca Capello,

Deja el sol de Venecia Su hermoso cielo?

BLANCA. (Encubriendo la sorpresa y sonriendo.)

De eso trataba.....

De nublar los salones Con mi fantasma.

(Rugiero se mantiene en silencio y á distancia.)

JULIANI.

Tenga yo la fortuna,
Preciosa Blanca,
De volver à mi fiesta
La luz que falta.

(Ofreciéndole el brazo.)

BLANCA.

Gracias, amigo, Aceptándoos el brazo..... Honra recibo.

(Entran: al pasar por el fondo, Capello se les incorpora. Rugiero sigue con la vista à los tres. Pausa.)

ESCENA VI

RUGIERO

Se vá... se la lleva... Infame!
¿No sabe que ella es mi vida?...
¡Dios de Dios! tu auxilio dame,
Y cuando te la reclame...
Mi horrible crimen olvida!

(Desunda su puñal, lo oculta en su capa y se precipita por el fondo.)

ESCENA VII

CAPELLO y JULIANI. (Salen por la derecha.)

Juliani. Te convenciste ya, Conde Capello?...

(Capello se cubre el rostro atribulado.)

CAPELLO. Qué vergüenza, gran Dios!

Juliani.

Ya lo has oido?

CAPELLO. ¿ Qué culpa, qué delito, Santo Cielo, Este infeliz anciano ha cometido?

Juliani. Ya no podrás dudar...

Capello. No, ya no dudo!...
Mi horrible afrenta se mostró cumplida!

Su pánico pregón yo escuché mudo!... ¡¡Y el pregonero se quedó con vida!!

Juliani. Conde Capello, la prudencia exige Que el más hondo secreto...

CAPELLO. (Con ironia.) Ya os comprendo

Un noble corazón, cuando se aflige,
Debe mostrarse al mundo sonriendo!...
Un padre, un noble viejo, un Veneciano,
Debe mirar con risa ajar su honra;
Debe ser indolente... que en lo humano,
Un pergamino cubre una deshonra!...
Dices muy bien, Juliáni! Sí; el secreto
La mancha odiosa generoso encubre;
Mas la reciente herida... sin respeto,
Por las manchas de sangre se descubre!
Un hombre infame!...

Juliani. (Mirando al fondo.) Mira, buen Capello, Que ya los ojos hácia ti dirigen...

CAPELLO. ¿Conoces á ese hombre?

JULIANI. ¡Oh, vive el Gielo!...

¿Así los nobles al dolor se asligen?

CAPELLO. ¿Conocéis al infame?

Juliani. No! Imposible

Nos ha sido saber cómo se llama... Siempre bajo la máscara...

CAPELLO. Es horrible
Lo que pasa por mí!...; Y ella le ama!
Cómo impedir...

Juliani. Ya todo está previsto, El consejo me dió sus instrucciones; Lorenzo Barbarini estará listo

CAPELLO. (Sorprendido.) ¿Qué propones?

Y dentro de tres días...

Juliani. Yo no propongo nada!... Es el Consejo El que lo ordena todo... Ya os lo dije... Un enemigo audaz...

CAPELLO.

Mísero viejo!

Juliani. Más que otro alguno... vuestro honor lo exige!

CAPELLO. Bien! Obedeceré...

JULIANI.

Ya desposada,

Vuestra hija será feliz esposa; Y Venecia, á su turno, respetada, Será por ella, grande y victoriosa; Pero importa, Capello, que entre tanto, Ignore Blanca la fatal sospecha Que nos ha sugerido... Con su llanto He de dejar tu honra satisfecha!... Tres días nada más. En el camino Se encuentra Barbarini...

CAPELLO. (Con alegria aparente.) Oh!... Gracias, gracias! ¡Cuánto te debo, noble florentino!

Juliani. Muéstrate, Conde, grande en las desgracias! Mucho has sufrido, buen Capello, mucho... Pero al fin te verás...

CAPELLO.

Lo sé; vengado!

Juliani. Díle á tu hija...

ESCENA VIII

DICHOS y BLANCA. (Saliendo con la careta en la mono y en ademán alegre.)

Blanca. Qué? yo misma escucho, Mensajera mejor no habríais hallado.

CAPELLO. Blanca!

(Con reprimida indignación, que Blanca no nota.)

Juliani. Me habéis oido?... Á vuestro padre Daba una nueva para vos, Señora.

Blanca. No me habéis dicho nada, padre mío.

CAPELLO. (Oh! qué infierno, gran Dios!)

JULIANI.

Oid. Las tropas,

Que à la guerra de Génova marcharon, A favor de la paz, vuelven ahora... Y con nuestros valientes...

(Blanca se inmuta. Rugiero aparece en la puerta del fondo embozado.)

BLANCA.

Ya os comprendo.

Juliani. Y bien! Tras de esa nueva viene otra. Lorenzo Barbarini... (Blanca se inmuta.)

CAPELLO. (Reprimiendo la cólera.) Entre otros muchos Llegará pronto... ¿Lo entendéis ahora?

Juliani. (Interrumpiéndole.)

No prometais de un bravo los despojos Ni la llegada del ausente. (A Capello.) Importa Que ignore nuestro plan. (A Blanca.) Tal vez Lorenzo Demore un algo más. Piettro Viccosa Permanece rebelde, y Barbarini Es el que debe someter sus tropas.

Blanca. Perdonad si yo acaso inadvertida.....

Juliani. Me debéis esta noche, Blanca hermosa!..

(La toma del brazo.)

CAPELLO. (Cómo duele la herida de una afrenta!)

Blanca. No venis, padre?

CAPELLO.

No!

JULIANI.

Él viene ahora.

ESCENA IX

DICHOS y RUGIERO

RUGIERO. (El todo por el todo jugar debo!)

(Blanca apoyada en el brazo de Juliani se dirige al salón del baile. Al ver á Rugiero se inmuta.)

CAPELLO. Qué horrible situación!

RUGIERO. (Al oido de Blanca.) La noche próxima...

Blanca. Entremos por aquí, Conde Juliani...

(Indicándole la puerta de la izquierda; al dirigirse hácia ella hace con la mano una señal de asentimiento á Rugiero.)

CAPELLO. Qué vergüenza, gran Dios!

RUGIERO. (Interponiéndose al paso de Blanca.)
En la Madonna!

(Rugiero desaparece; Juliani y Blanca se confunden en la multitud.)

CAPELLO. No haya piedad!... la afrenta pide sangre...
Solo la sangre lavará mi honra!

(Entra precipitado al salón.)

ACTO SEGUNDO

Muelle de la Madonna. A la derecha, la capilla de la Virgen; á la izquierda la portada del palacio Capello; en el fondo el Adriático.

ESCENA PRIMERA

BEPPO, SPALATRO y PETRUCCI

(Entran por derecha é izquierda embozados y con los sombreros hundidos hasta los ojos. Traen linternas ocultas.)

Spalatro. La laguna está tranquila...

Qué hay por allá?

BEPPO. Nada! El muelle

He recorrido á lo largo Y ni una paja se mueve.

Petrucci. Pues por lo que hace al palacio

Se puede jurar que duermen.

Beppo. Una noche más en blanco.

Petrucci. O en negro para el que vele.

SPALATRO. El terralillo está frio.

Petrucci. Estas excursiones tienen

Mucho de raro, Spalatro;

Si la soledad tuviese Cuerpo tangible, quizá Eso cayera en las redes.

Spalatro. O si aprisionar pudiéramos

A la Madonna...

(Todos vuelven la cara á la Capilla y se tocan el sombrero.)

BEPPO.

Sandeces!

Solo blasfemar sabéis...

Cuidado, amigo, no os pese!

SPALATRO.

Son chanzas.

BEPPO.

Chanzas pesadas,

Que al mismo chancero ofenden.

(Se acerca al muelle y lo recorre.)

PETRUCCI.

Saber quisiera, Spalatro, Qué se proponen los jueces Del Tribunal de los Diez, Con tenernos como duendes Por aquí?... De los Capellos Nada sospecharse puede...

BEPPO.

Curioso sóis, á fé mía! Y vuestro oficio requiere Ser sordo-mudo... Entendéis?

SPALATRO.

Oyelo y ténlo presente:
Al servicio de los Diez,
Mi buen Petrucci, se pierden
Dos de los cinco sentidos,
Y cuando el lance es urgente,
Nos quitan los otros tres
Y quedamos...

BEPPO.

Cinco meses
Hará que el antecesor
De Petrucci, hombre muy fuerte,
Dió en echarla de curioso...
Supiéronlo al fin los jueces,
Y tanto se fastidiaron
Del espía impertinente,
Oue lo echaron...

PETRUCCI. (Aterrado.)

À prisión?

BEPPO.

A la prisión de los peces!

El Adriático es su tumba.

PETRUCCI.

Cáspita!

BEPPO.

El consejo tiene

Golpes de suma maestría.....

(Recorre el muel

A su poder soberano:
Dice en cifras lo que quiere...
Y si el que debe cumplir
Le murmura ó no obedece,
A un nuevo gesto que hace,
Miles de brazos se mueven
Y al fondo del mar le arrojan...

rucci. Fresca debe ser la muerte En el Adriático!

Lo que es por hoy, me parece
Tiempo perdido. La hora
Ha pasado ya; del muelle
La apacible soledad
Nada inquieta. Mis retenes,
Por San Márcos velarán,
Con el esmero de siempre...
Vamos á su encuentro...

UCCI.

Acaso,

Entre los nichos del puente, Ménos tontos que nosotros, En vez de platicar, duermen.

os siguen por la derecha de la Capilla; se oye ruido ano de remos y se alcanza à ver en el sondo una gondola pra, que atraca al muelle: Rugiero en traje de gondo-o salta à tierra.)

ESCENA II

RUGIERO

Qué oscura está la noche!
Qué mansa la laguna!
Gracias, Dios mío, por haber oido
Clemente y bueno mi vehemente súplica!
Blanca, mi hermosa Blanca,
Luz que mi estrella alumbra...

Me dijo al despedirse:

Allí me encontrarás al dar la una... »
Oh! yo no sé porqué, pero en su acento
Noté tánta amargura!...
Su mirada era lánguida, su rostro,
Alegre y bello, se eclipsó de angustia!...

(Una pausa.)

(Ve la Capillà, se descubre y arrodilla.)

¡Oh tú de los que viven
Expuestos de los mares á la furia,
Consuelo y esperanza!...
Santa Madonna, mi plegaria escucha!...
Pon á la sombra de tu augusto manto.
De Blanca la ternura...
Único bien que sobre el mundo tengo...
Yo que no tengo más que desventuras! (Se alsa.)

(Pausa.)

La muda soledad de estos lugares
Mi atribulado corazón preocupa!...
Yo velo y ella duerme!... Qué contraste!
Este es el mundo... (El reloj de palacio da la una.)
(Sorprendido.) Qué sonó?...

ESCENA III

RUGIERO y BLANCA

BLANCA. (Saliendo del palacio.)

La una!

RUGIERO. No es ilusión... ella es!

Blanca. Rugiero! (Acercándosele en ademán receloso.)

RUGIERO. ; Blanca! (Abrazándola.)

Blanca. Bien mío!

RUGIERO. Qué tienes?

Blanca. El hado impío

Nos persigue!...

Rugiero. Blanca!...

NCA.

į Ves

Cuán pálida está mi frente!...
¡No sientes tremblar mi mano?...
Temo...

HERO.

Tu temor es vano!

NCA.

Tu corazón no presiente?...

·IERO.

Nada! Altivo y satisfecho
A la suerte desafia!...
¿Qué ha de temer, Blanca mía,
Si amante contra él te estrecho?
Gracias, Blanca: mi ventura
Es hoy completa!...; Cuán bella
Es de Venecia la estrella
En la soledad oscura!...
Mi sueño ya está cumplido!

NCA.

Rugiero!

IERO.

Me hablas... te veo!
¡Oh! Cuán dulce es un deseo
Por otro correspondido!...
Acércate más... así!...
Tu aliento junto á mi aliento!...

NCA.

Oye, por Dios!...

IERO.

Sí, me siento

Muy satisfecho de tí!

NCA.

No es eso, por Dios, no es eso! Escúchame...

IERO.

Tu mirada
Tiene mi frente abrasada...
Siento el corazón opreso...
Tócalo, Blanca...

NCA.

Rugiero!
Un presentimiento horrible
Lo agita triste!

IERO.

Imposible!
Ni lo temo... ni lo espero!...
Un presentimiento?... y cuál?

NCA.

Horroroso!

RUGIERO.

No comprendo...

BLANCA.

La adversidad está hiriendo

Nuestro amor...

RUGIERO.

Blanca!... no tal!

Verme así en tus brazos bellos Ha sido mi afán constante... Angel mío, ya tu amante Rey de tu amor es en ellos!

BLANCA.

Tu voluntad es mi ley...
Te amo tanto! (Le sonrie.)

RUGIERO.

Qué sonrisa!

Blanca. Mi gloria es verme sumisa

En los brazos de mi rey! (Le abrasa.)

RUGIERO.

Suprema felicidad!...

¿Quién osará interrumpirla?

BLANCA.

Calla!... que ha venido á herirla...

RUGIERO.

Habla!

BLANCA.

La fatalidad!

RUGIERO.

Desventurado de mí!

BLANCA.

Es cierto... desventurado!... Mi palabra han empeñado...

Para ser de otro?...

BLANCA.

RUGIERO.

Sí...

Mi padre...

RUGIERO.

Piensa tal vez...

BLANCA.

Por su deber obligado, Mi destino ha confiado Al Tribunal de los Diez... Y ese infame Tribunal,

A quien no amo, me entrega!

Rugiero.

Oh! la cólera me ciega!...
Tengo en el cinto un puñal
Cuya hoja cortante y fina...

BLANCA.

Qué pensamiento, Rugiero,

Un crimen?...

RUGIERO.

Sí, sí... lo quiero!

:A. Un valiente no asesina!

Que vengan!... yo los provoco!...

Que toquen tu orla siquiera!...

Mi cólera los espera,

Y mi puñal!

Estás loco?... (Corta pausa.)
Ellos inocentes son...
Que aquí la culpable ha sido
La esclava que te ha ofrecido
Como libre, el corazón!...
Un medio solo, en rigor,

Nos queda, que emplear espero.

ero. La fuga?

La infamia no es el amor!...

Tú eres noble...

RO. (Qué tormento!)

Hablémosle, bien pudiera
Fascinado por tu acento...

ERO. ¡Ay, Blanca... cómo deliras!

CA. Dile que de noble cuna, Con titulos, con fortuna...

sno. Blanca! (Con fiereza)

Ay!... por qué me miras
Con ese ceño severo?

ERO. Porque soy tan desgraciado!...

Dile que así disfrazado En traje de batelero...

ERO. Eso, Blanca, es imposible!...

ca. Iremos juntos...

gro. ¡Qué horrible Situación!

Por Dios, Rugiero!...

Demos pruebas de valor!...

Qué importa un riva ?... quimera!

No basta que yo te quiera?... Si ya te he dado mi amor, Si idólatra, con deliriò, Ante tu querer me inmolo... Si solo à tí... si à tí solo Quiero en el mundo!...

RUGIERO.

¡Oh martirio!

BLANCA.

Por qué entristecerte así...

Noble y grande, aunque proscrito,

Amarte no es un delito...

Tal vez mi padre...

RUGIERO.

¡Ay de mí!

BLANCA.

Viendo llorar á una hija

Que demuestra querer tanto...

RUGIERO.

Delirio!

BLANCA.

Al mirar mi llanto, De nuestros males se aflija!... Bien sabes tú que me adora!...

RUGIERO.

Te engañas, Blanca... no cede...

BLANCA.

Tú no sabes cuanto puede Una mujer cuando llora!... Imploremos su bondad!

RUGIERO.

Y bien, qué vale implorarla?... Qué haremos con alcanzarla, Si es impotente, en verdad?

BLANCA.

Impotente!... por qué?... dí!...
No basta que él quiera?...

RUGIERO.

No!

BLANCA.

Pues de quién dependo yo?

RUGIERO.

Y el Tribunal?

BLANCA.

Qué horror!... sí!...

RUGIERO.

El Tribunal de los Diez, De la nobleza tirano, Ha vendido ya tu mano...

Y tu corazón tal vez!

BLANCA.

Rugiero!

Rugina, Blanca, perdona

Si mi amargura te ofende:

Blanca. Se corazón nunca vende

Quien, qual yo, de amor blasona!

Rugiero. Huyamos, Blanca... la suerte

Nos hirió con dardo fiero...

Blanca. No digas eso, Rugiero.

Antes que el crimen... la muerte!

Rugiero. Lo quieres?... sea en buenhora...

No más moveré tu enfado... Ya mi sentencia he escuchado,

Y haré mi deber, Señora! (Trata de marcharse.)

Blanca. Aún de los Diez apelar

A la clemencia podemos.

Rugiero. Clemencia!... no malgastemos

Nuestro tiempo en delirar!...

Blanca. Dios que nuestra angustia mira

Nos enviará desde el cielo La clara luz del consuelo!

RUGIERO. Blanca!... (¡Cuál delira!)

Blanca. Qué medio nos queda?

RUGIERO. Uno!..

El único, Blanca mía! ¿Lo comprendes?

Blanca. ¡Qué agonía!

Rugiero. Pues qué otro medio?

Blanca. (Con dignidad.) Ninguno!

Rugiero. Ninguno!... dices verdad!...

Adiós, pues, Blanca Capello,

Aguarda la voz del cielo Y cumple su voluntad!

Nada nos liga á los dos...

Tu amor murió para mí... Sea de mi rival... sí...

Que os haga felices Dios!

En pos de la adversidad Corra el pobre gondolero... Busque una tumba.

Blanca. Rugiero!

Rugiero. En la horrible tempestad!...

Blanca. No, no, mi bien... por piedad!...

No te vayas... no podría Vivir sin tí... ¿ qué sería

De tu Blanca en la orfandad?...

Oh! si te vás, moriré!

Rugiero. La muerte à mi amor presieres?...

Quién lo creyera!!

Blanca. Qué quieres?

Rugiero. De ti... nada!... nada, á fé!

Si algo forzoso me fuera Pedirte, con mano impía La lengua me arrancaría Primero que tal hiciera! Ya para tí no hay amor

Aqui... te engañas, te engañas!...

Se ha fundido en mis entrafias,

Al fuego de mi furor!

Creelo... no hay amor en mi...

Odio salvaje me ciega!...

Mi amor de tu amor reniega!...

Véte!... qué buscas aquí?

Blanca. Qué bien castigas, cruel,

El sacrificio que hoy hago Por tu amor!... ¿Ese es el pago

Que reservabas ..?

Rugiero. Infiel!

Blanca. Porque una mujer se mira

En su honor, y lo precave De sospechas; porque sabe

Amarse y amar...

Rugiero. Mentira!

Blanca. Basta! Si en nada estimáis

El caudal de amor que os doy...

Recordad bien lo que soy...
Y ved cómo me tratais!...

RUGIERO.

Que osé audaz alzar el vuelo
Para subir hasta el cielo,
Para llegar hasta tí!
¡Insensato que creía
Que el amor que me jurabas
Era el mismo que apurabas
Sobre mis labios, un día!
¡Qué ciega credulidad!...
¡Y ese amor me envanecía ...
Cuando lo que ella sentía
No era amor, sino piedad!

BLANCA.

Piedad!... la muestra en su amor Quién con delirio te amara?... Corsini, grande en Ferrara, No recibe... que hace honor!

(Rugiero se inmuta.)

RUGIERO.

Blanca!!

BLANCA.

(Aterrada). Tu faz se inmutó!...

Por qué tiemblas?...

RUGIBRO.

Porque infiero...

Que al noble amas en Rugiero,

Pero al gondolero... nó!

BLANCA.

Oh! qué ingrato eres á fé! Cuándo, rey de mi belleza, De tus títulos te hablé?...

RUGIERO.

Oyeme, Blanca, y responde:
Si en vez de ser caballero,
Fuera un pobre gondolero
Sin familia y sin hogar...
Si otra cosa no tuviera
Y osara decirte aleve:

Soy un hijo de la plebe...
Blanca, me amas así?

Qué respondieras?

(Blanca inclina cariñosamente la frente en el pecho de Rugiero.)

(Abrazándola.) Perdona Si osé dudarlo un momento!... Mi tormenio y tu tormento Me tienen fuera de mi!

Te amo tanto!...

BLANCA.

Yo te adoro!...

Oye :... Le hablaré à mi padre...

Por la tumba de mi madre Le rogaré... por los dos!

RUGIERO.

Y cuándo sabré?...

BLANCA.

Mañana...

Aquí... á la misma hora...

RUGIERO.

Y si una mano traidora...

BLANCA.

No lo temo.

RUGIERO.

(Abrazándola.) Blanca, adiós!

(Blanca se separa de los brazos de Rugiero y se dirige á la puerta del palacio; pero oye pasos y regresa aterrada cerca de su amante.)

BLANCA.

No sientes pasos...?

RUGIERO.

Si, si!

BLANCA.

Quién será...?

RUGIERO.

No temas nada!

(Si fuera alguna celada!...)

BLANCA.

Donde ocultarnos?...

Rugiero.

(Mostrado la capilla:)'Aquí.

(Los dos amantes se resugian en un ángulo de la capilla.)

ESCENA IV

Los mismos y MARTELLI (embosado).

MARTELLI.

Ay! si alguno contemplara Esta nocturna excursión Sin duda que me creyera

Un amante trovador

Que, orillas del mar Adriático,

Lanza al aire su canción!...

(Pausa.)

Ah! Tribunal de los Diez!
Solo por servirte estoy,
Como humilde penitente,
Acechando una ocasión,
Para hablar á mi vestiglo
Que peina cincuenta y dos.
Más que enamorada, fea;
Pacienzuda más que Job!...
No es extraño que olvidada
Duerma hasta salir el sol!...
El hombre desconocido,
Dormirá como un lirón,
En tanto que yo descubro
De mi vetusta al favor,
Su rango, su nombre, patria...

(Pausa corta.)

(Se acerca á la puerta.)

Pero, qué miro...? el portón
Del palacio se halla abierto...!
Oh! cuán injusto que soy!
La vieja no se ha dormido;
Vamos, vamos, corazón...
No es esta la vez primera
Que das pruebas de valor!

(Entra al palacio y cierra poniendo el aldabón. Rugiero y Blanca vuelven á la escena.)

ESCENA V

RUGIERO y BLANCA

BLANCA.

Se habrá ido ya...?

RUGIERO.

Ya se fué.

En vano escuchaba atento...

BLANCA.

Qué horrible susto me ha dado!

Es ya tarde... Adiós, Rugiero.

RUGIERO.

(Abrazándola.) Adios! Blanca! En la Madonna

Que es nuestro amparo, fiemos!

(Blanca se dirige nuevamente à la puerta, se persuade que està cerrada; cubierta de espanto retrocede à la escena.)

BLANCA. Está cerrada...! Por favor, Dios mio...

(Corre à la capilla y cae prosternada.)

Madre de Dios ampéreme Señore!

Madre de Dios... amparame, Señora!

RUGIERO. Qué sucede? Infeliz! ..

(Levantándola.)

Destino impío!

Blanca. Ya de la adversidad sonó la hora! Sálvame, por piedad!

RUGIERO. Sí, Blanca, huyamos, Mi góndola en la orilla nos espera... (Trata de llevarla.)

Blanca. Huir?... Oh!! No, no...

RUGIERO. Pues bien, muramos Al furor de los Diez!...

Blanca. Yo la primera, Como la más culpable morir debo!

Rugiero. Blanca, por compasión! Ven...tu honra pura Pueden manchar infames...

Blanca. Oh! ya llevo Para eterno baldón la mancha impura!... Mas tú me salvarás...

RUGIERO. Sí, te lo juro;

Ven, que ante el ara santa prosternados Un juramento indisoluble y puro Dejará nuestros votos consagrados!

Blanca. Huyamos... pronto... huyamos...

RUGIERO. Siempre ella!... Siempre ella!...

Blanca. Si así es preciso, seguiré mi estrella! Ay! cuál me deslumbró su luz odiosa!

Rugiero. Vamos, que ya amanece.

Oh! padre mío!

Quién, ay! tu llanto enjugará mañana!...

Quizá este golpe del destino impío,

Matará el juicio en tu cabeza cana!

(Rugiero la alienta y sostiene.)

Rugiero. Blanca, por Dios!... La fiebre y el delirio...

Blanca. Adiós, Venecia... patria en que naciera, Tu flor más bella la secó el martirio... Ferrara la acogió más lisonjera!

(Rugiero y Blanca se dirigen al muelle.)

De hoy más Blanca Corsini...

(Rugiero se detiene aterrado y deja caer la mano de Blanca.)

Oh!...Dí, qué tienes?

Qué súbito temblor tu cuerpo embarga?
Por qué à ese nombre tu mirar se anubla?...
Revela ese misterio que me espanta!
No eres Corsini...? Dí, Blanca Capello,
Tu esposa no será?...

RUGIERO.

Oh! Blanca, Blanca!

¡Prosigamos la huella que el destino Señaló inexorable á nuestras almas!

Blanca. Rugiero, por piedad! Dime quién eres?...

(Rugiero esquiva su mirada.)

¡ No me respondes!.. Te pregunto... y callas...

Rugiero. Va á amanecer, señora.

BLANCA.

Que amanezca,

La luz del sol alumbrará mi infamia! El oprobio, la afrenta... los prefiero A esta horrorosa duda que me asalta!

Rugiero. Oh! qué abominación!

BLANCA.

Dime, quién eres?...

O clava ese puñal en mis entrañas!...

Rugiero. Mi silencio, señora, es el misterio Que vuestro labio respetar juraba!

Blanca. Pero dime á lo ménos: « tengo un nombre Que en nada al tuyo su esplendor rebaja... »

Rugiero. Insensato de mí que soné... necio!

Que el amor al orgullo superaba!

Blanca. Mirame aqui à lus pies!...

RUGIERO.

¡Qué mal hiciste

En parecerme humilde!... Tú la causa

Seris de que otra vez la hiel plebeya
Aqui en mi corazón hærva irritada!...
No quiero amor, que para ser sincero
Timbres exige y de blasones habla!
Si no es nobleza la virtud severa,
Si un alma noble para amar no basta...
Yo me declaro indigno de tu afecto...
Reniego de tu amor!...

Blanca. Cielos! qué habla?
No eres Corsini?...

RUGIERO. No; yo te he mentido Mi humilde condición...

Blanca. Aparta!... aparta!... El que insidioso miente un falso nombre..; Miente también al protestar que ama!

Rugiero. Tenéis razón, señora, no merezco Sino oprobio y desprecio.

Blanca. Y yo, insensata!...

Que le amé tanto y con pasión tan loca!...

Rugiero.; Harto, señora, castigáis mi falta!...

Blanca. Pero, decid, quién sóis?

Rugiero.

Ni aun conozco el orígen de mi raza:

Un pobre gondolero, que no tiene

Otra cosa en el mundo que su barca!...

Humilde pescador, vendí mis redes

Para obtener el traje que en Ferrara

Me ofreció, como grande á vuestros ojos ..

Soy el Ícaro altivo de las aguas...

Subí hasta el cielo de tu amor y hoy caigo

Huérfano y desvalido... yo no tengo Ni nombre... ni familia

En los hondos abismos de la infamia!...

Blanca. (Sus palabras... Queman mi corazón, cual plomo hirviendo!)

Rugiero. El pobre gondolero no alcanzaba A donde estabáis vos... grande y hermosa!... Por veros bien de cerca... hasta su alma Vendido hubiera!...

BLANCA.

Por piedad, Rugiero!...

Rugiero. Era con tal delirio que os amaba!...

Que, más que amor, adoración y encanto,
Frenética pasión...

BLANCA.

Rugiero... calla!

Rugiero. Si es crimen amar tanto... nadie, nadie Más criminal que yo... Pero ay!

BLANCA.

Acaba!

Rugiero. Esa pasión idólatra me indujo

A echar sobre mi nombre oscura mancha;

Y hoy comprendo mi error y arrepentido

Vuestro perdón imploro! (Cayendo de rodillas.)

Blanca. (Después de un momento de vacilación) No!... levanta! ¡ Qué importa ser plebeyo por la cuna, Si en nobleza y virtud rebosa el alma!

RUGIERO. Señor!... Señor!...

Blanca. Lavanta!... Soy tu esposa!... Si mi amor te ennoblece... ¿ qué te falta?...

RUGIERO. Qué sueño tan hermoso!...

BLANCA.

No es un sueño!...

Sálvame, por piedad!

RUGIERO.

Es cierto, Blanca?

Blanca. Sálvame, por favor, que ya amanece! (Levantándolo.)

Rugiero. Señor!... Señor!... yo te doy gracias!

(Rugiero cae en brazos de Blanca; pero observa luces en los balcones de Capello, y dominando su emoción se lanza con ella al muelle, y se embarcan: la góndola se aleja de la orilla, y al tocar en el fondo del teatro se abre el palacio de Capello, y salen el Conde, Martelli y criados con teas encendidas.)

ESCENA VI

CAPELLO, MARTELLI y criados

CAPELLO. Blanca, hija mía, Blanca!

MARTELLI. Mirad!... la góndola negra...

El hombre desconocido

Os la roba! (La góndolo se pierde de vista.)

CAPELLO. Ábrete tierra!...

Y de este infeliz anciano Cubre la ominosa afrenta!

ACTO TERCERO

(Posada en Ostiglia. Muchas mesas y bancas de madera están ocupadas por gentes del pueblo, divididos en grupos. Una de las mesas, á la derecha, estará preparada para jugar á los dados. Puertas al fondo y á la isquierda.)

ESCENA PRIMERA

CASINI, MAGDALENA, el tio PABLO, PIETTRO, hombres y mujeres del pueblo

Pablo. Magdalena, una canción.

MAGDALENA. No sé ninguna.

(Magdalena mira d Casini con intención.

Pablo. Bribona!

À mentir te han enseñado?...
Pues no eras tan desdeñosa

Cuando en Milán nos cantabáis

Como una calandria.

Pirtro. Otra

Era entonces Magdalena!

Pablo. Se ha vuelto... así... melindrosa...

Casini. Entonces hacer podía

Lo que quisiera.

Piettro. Y ahora?...

Casini. Solo lo que yo le mando.

Pablo. Di que cante... es una alondra!

Casini. Digo que no cantará.

Piettro. Pobre muchacha!... está loca

Por soltar su grito al aire.

Pablo. Una pregunta curiosa:

Usted va a Venecia ó viene...?

Brppo. Ni voy ni vengo!...

Pablo. Esta es otra!

Con que... cae de las nubes ..!

Brppo. O del infierno!... qué importa?

Pablo. Pues, señor, hoy la posada

Se ha vuelto una Babilonia; Todos son tigres feroces!

BEPPO. Eh!... Posadero!

Pablo. ¡Qué roncas!!...

¿Si será algún gran señor?...

Beppo. Canallas! ¿No hay quien responda?

ESCENA III

DICHOS y GRACIANI

GRACIANI. ¿Quién llama?...

(Con sorna

BEPPO.

Quien necesita!

GRACIANI. Pero alborotar la fonda...

Beppo. No os llamo para un sermón!

Pablo. ; Gasta pocas ceremonias!

GRACIANI. Queréis tomar algo?

Beppo. Nada!

GRACIANI. ¿Y entonces?...

Beppo. Quiero otra cosa!

(Conduce d Graciani d un extremo.,

¿El límite de Venecia

Es Ostiglia?

GRACIANI.

En Sierra-hermosa

Terminan nuestros Estados...

Muy cerca de aquí.

BEPPO.

Responda

Con más laconismo! ¿Hay

Alguna senda remota Para salir de Venecia?

GRACIANI.

Ostiglia, scñor, no hay otra.

BEPPO.

¿Qué hay á la derecha?

GRACIANI.

Cieno.

BEPPO.

¿Y á la izquierda?

GRACIANI.

Monte y rocas.

BEPPO.

¿Y en frente, qué queda?

GRACIANI.

El río.

BEPPO.

¿Y por aquí no hay más fonda

Que la tuya?

GRACIANI.

No, señor.

BEPPO.

Está bien.

(Queda resexionando.)

PABLO.

¡Qué sospechosa

Es la facha de este dómine!

GRACIANI.

¿Se le sirve alguna cosa

A su señoría?...

BEPPO.

Nada.

Pero dime... ¿ qué personas Han pasado hoy por aquí?

GRACIANI.

Su Escelencia me perdona;

Pero yo no soy espía...

Tal vez las gentes curiosas...

(Beppo toma del brazo d' Graciani, le lleva más al extremo, se desemboza y le muestra el número que lleva en el pecho. Graciani se descubre aterrado, y exclama:)

Mandad!

BEPPO.

(luárdame el secreto

Y como te mande obra.

GRACIANI.

Perdone Vueseñoría;

Pero un pobre siempre ignora...

El Consejo de los Diez...

BEPPO.

Oye y la calma recobra;

¿No has visto pasar à un jóven Que acompaña à una señora?

GRACIANI. No, monseñor; hace tiempo

Que no frecuentan personas Estos desiertos... la plebe De la gente pescadora...

Y alguno que otro labriego...

Berro. Basta!... Por hoy, en la fonda

Pueden entrar... pero nadie Podrá salír, sin que nota

Me dés de su nombre... oyes...?

De todas estas personas Me darás cuenta y razón...

Graciani. ¡Virgen y Santa Madonna!

Beppo. Para dar una respuesta,

Si alguno aquí te interroga,

Fijarás en mí la vista... ¡Mi gesto será tu norma!

Graciani. Pierda Vuesencia cuidado...

Obedeceré...

Beppo. Y ahora,

Como si yo no estuviera ..

Recompensa generosa

Te dará el consejo... Adiós!

(Sentandose cerca de la mesa de juego.)

GRACIANI. Os traen algo?...

Beppo. Gualquier cosa.

GRACIANI. Pan y vino...

Beppo. Eso es bastante!

Pablo. Ah! Vivora ponzonosa!

Si piensas picar á alguno... Será á quien no te conozca.

(Beppo saca y examina los apuntamientos de una cartera; se levanta y se acerca á una luz distante de los grupos.)

Beppo. Señas mortales, por cierto!

Y aunque una duda me acosa...

No haya miedo!... Apenas lleguen,

Salgo en busca de mi tropa, Y cojo en un mismo nido Al milano y la paloma.

(Entran en la posada dos embozados, sosteniendo á una mujer cubierta con un espeso velo.)

ESCENA IV

DICHOS, RUGIERO, BLANCA y un desconocido.

BEPPO. (Acercándose á Graciani.) No conoceis?...

GRACIANI.

Á ninguno.

Beppo. Por mi cuenta sobra un hombre.

(Rugiero y el desconocido sientan d Blanca d distancia del grupo.)

Rugiero. ¿Hay caballos, posadero?

(Graciani mira à Beppo que le hace un gesto negativo.)

GRACIANI.

No, señor ..

PIETTRO.

Topo à Usté...

JUGADOR.

Doces!

RUGIERO.

Pues que los busquen!...

(Arroja sobre la mesa dos monedas de oro; Graciani mira la cara de Beppo, que repite el gesto negativo.)

En tanto,

Traenos de beber...

(Graciani entra y saca botellas, que ponc en la mesa de Rugiero, Beppo ocupa la contigua.)

PIETTRO.

Bribones!

Me ganáis con dado falso?...

Venga mi plata .. ó á golpes!...

JUGADOR.

¡He ganado legalmente!

GRACIANI.

Vamos, haya paz, señores!

PABLO.

À vocinglear à la calle...

Piettro. Son dados llenos de azogue...

Jugadoa. Los que ha dado el garitero.

Piettro. Me dáis mi plata... ó los boses

Os hago arrojar...

(Se agarran.)

Beppo. (Interponiendose.) Amigos,

Mirad que hay gente que os oye.

JUGADOR. El que pierde se conforma.

Piettro. No he perdido.

(Golpeandolo.)

BEPPO. (Separandolos.); No haya golpes!...

¿Cuánto vale la jugada?

Jugara. Tres botellas.

Beppo. Jugadores,

Yo pago las tres botellas;

Podéis tracrlas, buen hombre.

(Graciani entra y las trac.)

Pablo. Vamos, muchachos, bebamos

A la salud de este jóven Que galante nos obsequia...

(Llenan los rasos.)

Salud, amigo, y doblones!

(Beben.)

(A Casini y Magdalena.)

Pareceis à Aminta y Delio Meditando en sus amores!... Qué!... ¿no jugáis ni bebéis?... Os estáis sin rey ni Roque.

(Se siento junto à Magdalena)

Casini. No nos gusta la bebida.

Magdalena. El juego tiene ocasiones .. (Separándose)

Pablo. ¡Qué arisca estás, Magdalena!

Berro. Tan linda y huye á los hombres?

Casini. Ella no es de la nobleza!

Beppo. Y qué... es preciso ser noble?

Las muchachas deben ser Todas por un mismo corte.

Pablo. En Venecia es otra cosa;

Otro donaire, otro porte!...
Allá la gente se entiende...
¿ Qué nuevas noticias corren
Por la reina del Adriático?

Poco ó nada: los rumores De una intriguilla de amor.

Esa es moneda de cobre : Los amores en Venecia Se dán silvestres...

(A Magdalena.) Lo oyes? Solo la Magdalenita A palo seco los corre.

Pero bien, cuál es la intriga?

NA. ¿Es entre duques ó condes?

Hay de todo... la robada
Es una preciosa jóven;
La mejor ílor de Venecia,
Y á más de eso... rica y noble.

(Rugiero y Blanca se inmutan.)

NA. Y el raptor?

Es un fantasma,
À quien ninguno conoce...
Se habla de bailes, disfraces...
Citas, góndola, canciones...
Y para colmo de todo
El rapto á la media noche...
¡ Qué lance tan novelesco!

¿NA. ¿Quién es ella?... entre los nobles Habrá quedado proscrita. Es hija de un viejo Conde.

Su nombre?

Blanca Capello.

dobla la cabeza sobre ambas manos; el desconocido ra sobre Beppo.)

Desconocido. Mentis!

BLANCA. Oh! no me abandones,

Dios mio!

Desconocido. ¿Quién de los Capellos,

Con calumnias tan atroces, Mancha la honra?... Villanos!

Rugikno. Quien toma en su boca el nombre

De una mujer y lo insulta,

Es un infame! ...

(El desconocido ruelve à su puesto.)

Pablo. De un noble

Nada se puede decir, Sin que una legión de gozques...

Desconocido. Léjos de aquí la canalla!...

(Todos, menos Beppo y Graciani, salen de la venta, haciendo gestos de indignación)

ESCENA V

RUGIERO, el desconocido, BLANCA, BEPPO y GRACIANI

BEPPO. Perdonadme, caballeros;

He dicho lo que me han dicho, Sin saber si es ó no cierto: Tal vez los que me contaron...

Trocando los nombres...

Desconocido. Bueno!

Pase por hoy... pero nunca Manchéis el honor ajeno, Por díceres de la plebe.

Beppo. (No queda duda... son ellos ...

Yo ví el ademán de Blanca Que suplicaba á los ciclos.)

GRACIANI. ¡ Qué borrascosa se ha visto

Mi posada!...

Rugiero.

Posadero,

Tardan mucho los caballos?

(Graciani observa a Beppo.)

GRACIANI.

Un muchacho fué corriendo

Hasta Illota..

RUGIERO.

(¡Cómo tarda!)

BEPPO.

En la duda yo presiero,

Coger à los tres... más tarde Se verá quiénes son reos.)

(A Graciani.)

Cuidad que no salga alguno

De esos tres... os vá el pescuezo!

(Beppo sale. y Graciani le sique aterrado.)

ESCENA VI

RUGIERO y BLANCA: el Desconocido (Este último recorre la fonda en todas direcciones.)

BLANCA.

Yo he visto en alguna parte

Á ese hombre.

Rugiero.

Sí, tal vez...

BLANCA.

Nos habrá reconocido...

Huyamos!...

RUGIERO.

No puede ser;

Estás cansada...

BLANCA.

Un esfuerzo

Para proseguir haré...

¡Este lugar me dá miedo!...

Es tan público!... tal vez Apoyándome en tu brazo Tanto no me esforzaré...

Ya está cerca la frontera...

Vamos...

RUGIERO.

Oh! qué palidez!...

Pero hay que pasar el río.

Blanca. Está bien... lo pasaré.

¿No habrá puente? Nos dijeron

Que uno distante... (La toma de la mano.)

RUGIERO. En Rostén...

Quizá nuestro compañero... (Se le acerca)

Decidme, amigo, podré
Pasar por el puente hoy? ..

Desconocido. ¿Estáis loco?... Desde ayer Su camino habéis dejado.

RUGIERO. (¡Maldición!)

Blanca. (¡Qué padecer!)

RUGIERO. ¿Á mucha distancia?

Desconocido. Gerca

De una milla... mas podéis Pasarlo en breve, si halláis

Una barca...

RUGIERO. (En ademán de irse.) ¡La hallaré!...

Blanca. Oh! No, no me dejes sola!

(El desconocido ruelre à sus observaciones.)

RUGIERO. No temas nada, mi bién;

Nos urge pasar el río Antes que anochezca.

Blanca. Y bien...

Si entanto vuelve ese hombre!...

¿ Quién me defiende?...

RUGIERO. Oh! ¡cruel,

Dura situación la mía!...

(Se detiene resexivo, luego se dirige al desconocido.)

Señor... sóis un caballero...

Desconocido. ¿Qué me queréis?

Rugiero. Oh! yo espero

Deber á vuestra hidalguía Otro favor... nos hallásteis

En el camino...

Desconocido. Bien! sí...

Rugiero. Como á dos millas de aquí...

Desconocido. Cierto.

RUGIERO.

No nos preguntásteis Quiénes éramos... ni adónde Nuestro paso nos guiaba; Vísteis que un ángel lloraba

Y acudisteis...

Desconocido.

No se esconde A nadie que la amargura Os hace infelices.

Rugiero.

Cierto! Huérfanos por el desierto, Una y otra noche oscura, A la intemperie velábamos... Nucvo sol nos sorprendía En nuestra eterna agonía...

Desconocido.; Pobres!

RUGIERO.

Y así caminábamos... Ya la habéis visto, señor!... Gracias!... me la habéis cuidado... Se fatigó y le habéis dado Vuestro caballo... favor Que nunca olvidar podremos...

Desconocido. Lo que ha pasado... olvidad... Si puedo en algo... mandad!

RUGIERO. Temo, señor, que abusemos De esa generosidad!...

Pero para hombres honrados Servir á los desgraciados

Es grande placer...

Drsconocido.

Hablad!

RUGIERO.

Vamos prófugos, señor, Y á tierra extraña partimos... Delito... no cometimos, Oue no es delito el amor! Léjos, bien léjos de aquí Otra patria nos espera; En Venecia horrible y fiera Brilló nuestra estrella... sí...

No amaneció nunca un día, Que nos mirara sereno... Puñal, astucia, veneno... En cada hombre un espía... Cada mirada un acecho... Cada casa una prisión... Ay! señor, el corazón No reposaba en el pecho!... ¡Vida de intranquilidad!... Venecia! Maldita tierra!... Siempre en lucha, siempre en guerra... ¡Triunfó la fatalidad!... (Pausa.) Eso dejamos, señor, Tras de los pasos que damos... Mas si pronto no llegamos Todo es perdido... el furor De nuestros perseguidores Todo respeto atropella... Yo muriera... pero ella!... El ángel de mis amores, Mi estrella, mi luz, mi vida... Si á caer llega en sus manos, Me la matan los tiranos!... Abreviar, pues, la partida Es nuestro anhelo... Escuchadme... Si por desgracia una hora Más pasamos, sin demora Somos perdidos... Salvadme!... La barca voy á buscar, Mas es nuestra suerte impia Tan funesta, que podría Alguno en mi ausencia osar... ¿ Me habéis comprendido?

DESCONOCIDO.

Sí;

Pero no temáis la ofensa: Yo tomaré su defensa... Fiaros podéis en mí! (Lo

(Le aprieta la mano.)

Rugiero. Gracias, gracias, caballero!...

Qué bien me habéis comprendido!...

Desconocido. Nada temáis...

RUGIERO.

Ved que os pido

Ayuda en todo!...

Desconocido.

Mi acero,

Y mi vida, os guardarán Vuestro precioso tesoro.

RUGIERO.

¡Es lo único que adoro

Con tánto, con tánto afán!...

Desconocido. Marchad!... No tengáis cuidado...

Soy jóven.

RUGIERO.

Y sóis valiente!...

Escrito está en vuestra frente

Que sóis todo un hombre honrado!

Desconocido. No temáis!...

RUGIERO.

Confio en vos.

(Abrazándole.)

BLANCA.

Te vás?

RUGIERO.

(Abrazándola.) Mas no tardo nada.

(Al desconocido apretándole la mano.)

Una palabra empeñada

Es todo!... que os guarde Dios!

ESCENA VII

El DESCONOCIDO y BLANCA

Blanca. Qué noble sois, caballero!

Desconocido. Y vos cuán afortunada!...

Blanca. ¿Os burláis?

Desconocido.

¿Por qué burlarme?...

Vuestra fortuna es bien clara...

Ese hombre à quien amais Tiene de diamante el alma!...

Quisiera fuese mi hermano.

Blanca. Solo á un hermano consagra

El hombre toda su sangre;

Lo sóis para él.

DESCONOCIDO.

Gracias!... gracias!

Mas en breve nos debemos Separar... Tal vez mañana Me babréis olvidado...

BLANCA.

Nunca!...

¡Jamás olvida quien ama!... Ángel de nuestra ventura, Vuestra acción noble, gallarda, No podremos olvidar...

Desconocido. ¿Y á qué punto de la Italia Váis á vivir?...

BLANCA.

No lo sé!...

Le seguiré donde él vaya.

Desconocido. Tal vez pudiera ofreceros Asilo en vuestra desgracia.

Blanca. Vos?...

Desconocido. Un asilo seguro...

Mi familia hospitalaria
Muy bien os recibiría
Al ver que os recomendaba...
A las orillas del Arno,
Entre bosques resguardada,
Tengo una quinta, y en ella,
Léjos del mundo y su saña,

Podéis vivir... Vuestro amante...

Blanca. ¡Gracias, caballero, gracias!

Desconocido. Está cerca de Florencia, Tiene al Oriente montañas Que, en caso extremo, podrían Ocultaros de la rabia

De vuestros perseguidores...

BLANCA. ¡Dios os pague bondad tanta!

Desconocido. El Conde de Barbarini...

(Blanca se levanta aterrada; el Desconocido la observa

Blanca. Barbarini!...

Desconocido. ¿Qué os espanta?

Es el nombre de mi padre; Mi familia... así se llama.

anca trata de coger la puerta del fondo; el desconocido, o ea Barbarini, lo impide cerrándole el paso.)

NCA. No es nada... voy...

IBARINI. (Oh! qué sospecha me asalta!)

Oidme, señora, yo sigo A la tierra veneciana A recibir por esposa... A Blanca Capello...

NCA. (Como enajenada.) ¿Á Blanca?...

Vosotros huís de Venecia...
Cuando ha poco esa canalla
Insultaba á los Capellos

Vuestro amante se indignaba...

Y vos... vuestra palidez...

NCA. Dejadme, señor.

BARINI. Tapada!...

Y aunque os viera... fuera inútil... No ví, ni conozco á Blanca?...

usa. Blanca trata de acercarse à la pucrta del sondo, y arbarini se lo impide.)

Decidme, quién sóis?

NCA. Señor...

¿Así cumplís la palabra Que empeñásteis?... Oh! dejadme...

Soy mujer... soy desgraciada!

¡Cuál me inquieta su silencio! ¡Cómo queman sus palabras! Quitad del rostro ese velo!...

(La toma de la mano.)

Si no sóis ella... ¿qué causa Hace ocultar vuestro nombre?

NCA. ¿No lo sabéis?... La desgracia! Soltadme, señor!...

Pobre de vos... si sóis Blanca!

BLANCA.

Rugiero!... vuela!... Rugiero!! Sálvame de tanta infamia! Soltadme!

BARBARINI.

Venid, señora!...

(La arrastra à la puerta de la izquierda y la encierra)
Lo que es tesoro se guarda.

ESCENA VIII

DICHOS y RUGIERO (que entra con suma agitacion'.

RUGIERO. ¿Qué sucede, gran Dios!... ¿Dónde está ella?

Mi Blanca dónde está? (Recorre la escena.)

BARBERINI.

Destino impio!)

No me engañaba yo!...; Qué horrible estrella!)

Rugiero. ¿Dónde está mi tesoro?

Barbarini. (Schalando la puerta.) Alli!... Ya es mío!

(Rugiero se precipita y Barbarini se interpone.)

Rugiero. Blanca!

Barbarini. No habéis oido ..? Esc tesoro Me pertenece ya!

BLANCA.

Me han encerrado!

(Adentro forcejando con la puerta.)

Rugiero. Abridme paso!...

BARBARINI. No, que yo la adoro!...
El bién que me robabas te he quitado...

Soy Barbarini... tu rival! (Sacan sus puñales.)

RUGIERO. Villano, Tu sangre verteré, si ese es tu anhelo!...

(Se lanza sobre Barbarini: trábase un combate cuerpo à cuerpo; Barbarini cae herido por el puñal de Rugiero.)

BARBARINI. Asesino!...

Blanca. (Dentro.) Gran Dios!

RUGIERO.

Hombre inhumano!

Perdone tu maldad benigno el cielo!

(Rugiero derriba la puerta y se precipita en busca de Blunca.)

RUGIERO. Huyamos!

Blanca. (Viendo à Barbarini.) Qué horror!

RUGIERO.

Huyamos!

(Al salir son detenidos por Beppo y su gente.)

ESCENA IX

BEPPO. RUGIERO y BLANCA

Beppo. Dáos presos!

RUGIERO. (Retroccdiendo) Qué avilantez!

(Trata de buscar su puñal y observa que ha quedado en el cuerpo de Barbarini.)

BLANCA. Cielos! Perdidos estamos!

Beppo. Nosotros de orden obramos

Del Tribunal de los Diez!

(Los espias se apoderan de Rugiero, Blanca da un grito de horror y cae en los brazos de Beppo.)

ACTO CUARTO

Sala en el palacio de Capello, con puerta en el fondo y una gran ventana la derecha. Muebles de la época. El Conde aparece sentado junto á t velador. Es de dia.

ESCENA PRIMERA

El conde CAPELLO (Levantandose)

Hay en el fondo del horrible cáliz

Más amarguras que apurar, Dios mío!

De mi destino impío

El horóscopo fiero

Dime, Señor, se habrá cumplido entero?

ESCENA II

CAPELLO y un PAJE

PAJE. El conde Juliani.

Capello. Ciclos!...

¿ Más desgracias todavía?...

Paje. Me dijo que urgentemente...

CAPELLO. Dile que éntre... y vigila.

(El paje sale y entra Juliani.)

ESCENA III

CAPELLO y JULIANI

Juliani. Conde Capello, perdona:

Sé que hoy tu pecho afligen

Graves pesares...

CAPELLO. Juliani,

Lo que sufro es indecible!

Juliani. Lo comprendo, y es por eso

Que á darte consuelo vine.

CAPELLO. Gracias.

Juliani. ¿Y Blanca?

CAPELLO. La misma.

Juliani. Pobre niña... siempre triste!

CAPELLO. Siempre, Juliani; no hay

Consuelo para ella!

Juliani. ¿Insiste

En no dejar à Venecia?

CAPELLO. Que la dejará, me dice,

Muy pronto...

Juliani. Bien! En Florencia,

El aura de los jardines...

CAPELLO. Pero en cambio de la tumba!

Juliani. Eso es horrible!...

CAPELLO. Sí, horrible!...

¡ Desventurada hija mía!

Juliani. El plazo que me pediste...

CAPELLO. Está cumplido... lo sé...

Juliani. Barbarini...

CAPELLO. Oh! cuán terrible

Corroe el dolor mi pecho!

Juliani, de un infelice Ten compasión. JULIANI.

Oh! mal haces

Noble conde, en assigirte!

CAPELLO.

Ya lo ves... ella no quiere;

Pero el Tribunal...

Juliani.

Lo exige!...

El hombre desconocido, Que audaz á Blanca persigue, De la prisión de Los Plomos, Que es la prisión más terrible Por dos veces ha tratado De fugarse... es muy posible Que tu honra, una vez más, Se ponga en lucha y peligre!

CAPELLO.

La tumba será mi amparo!...

Juliani.

Eso un Veneciano dice?...

La tumba no dà reposo,

Ni en ella duerme apacible

Quien en su losa de mármol

Honrado nombre no escribe!

Antes que morir sin honra

Matar la deshonra es timbre.

CAPELLO.

Juliani!

Juliani.

Valor, Fernando.

Hablaré á Blanca.

CAPELLO.

(Insensibles!)

Juliani.

Pásale aviso.

CAPELLO.

Juliani!...

Está tan enferma!... dime ¿Hás visto como yo he visto Unos tras otros hundirse En el polvo del sepulcro Esposa y tres hijos...? dime, ¿El pobre viejo qué hará, Al ver que al dolor se extingue La única luz que le alumbra?... ¿Qué hará cuando martiricen Su edad los remordimientos?... El Tribunal!... ¿Cómo exige

Que un padre mate à su hija?...; La obediencia, no es el crimen!

JUIIANI.

Haz que me llamen á Blanca!... Yo de su alma sensible Me prometo...

Bien, Juliani.

CAPELLO.

(Tienen corazón de tigres!)

Está bien! haré que venga;
Pero un anciano te pide
Que respetes sus pesares,

Que tengas piedad de un triste!

Juliani.

De acuerdo; pero si ella Orden tan alta resiste... Si por ese amor culpable Tu amor y el nuestro proscribe, No dejaré que tu honra En lucha infame peligre... Pero si obediente acata...

CAPELLO.

Juliani, no se maldice
Al que nos roba la bolsa,
Al que la vida nos pide,
Al que nos mancha la honra...
Como al tirano que oprime
Y asesina nuestro amor!

Juliani.

(Enojado.); Que llamen á Blanca, dije!

CAPELLO.

Muy bien, morirá en tus manos... Pero su padre la sigue!...

(Toca una campanilla y aparece el paje.)

Decidle á Blanca que venga...

(El paje se regresa.)

¡He aquí los nobles!... los libres!...

ESCENA IV

CAPELLO, BLANCA y JULIANI

Blanca. Padre, que me queréis...? ¡Cielos. Juliani! (Se apoya temerosa en el umbral. Capello y Juliani la conducen á la escena.)

CAPELLO. Hija mía!

Juliani.

¿Qué tenéis?

BLANCA.

¡Oh! me tortura

La vista de un extraño... me avergüenza...

Juliani. Extraño me llamáis?... Oh! Sóis injusta!

Desde la infancia la amistad nos liga...
Goces, deleites, penas y amarguras
Nos han sido comunes... Dè Juliani
El palacio Capello fué la cuna...
Que lo diga Fernando... Siempre, siempre
Que el puñal venenoso de la angustia
Hirió su corazón, me vió á su lado
Cariñoso y leal... Oh! siempre juntas
Nuestras dolientes lágrimas corrieron!

Blanca. (Cómo nos miente la serpiente astuta!)

Juliani. Y hoy, al saber que el infortunio airado Su alma desgarra con sangrienta furia, He venido à ofrecerle mis consuclos Y à compartir mi vida con la suya.

CAPELLO. (Qué tormento, gran Dios!)

Se sienta atribulado junto al velador.)

BLANCA.

Gracias; Juliani!

Juliani. Gracias, por qué? La antigua, noble y pura Amistad que nos liga, eso reclama; ¡Pagar lo que se debe... es cosa justa! La noble frente dó el honor brillaba... Oscura mancha de pesar la enluta;

El último varón de los Capellos, Orgullo de Venecia, rama última De un árbol tan frondoso... languidece, Alver que el sol que su follaje alumbra, Por extraña influencia desviado, Su luz le niega y su esperanza burla!

BLANCA. Por piedad, por piedad!

Juliani. Él me lo ha dicho...

Que vos no la tenéis de su amargura!

Blanca. Es verdad, es yerdad, padre del alma! Mucha razón tenéis... sí... mucha, mucha!

(Blanca le abraza. Capello en toda esta escena se muestra atribulado; al soltar los brazos de Blanca cae en su sillón rendido por el dolor.)

¡Una palabra!...

Juliani. Al veros entregada á otros afectos Su corazón de padre se atribula!... Una palabra vuestra...

BLANCA.

Juliani. Llena de amor...

Blanca. De amor?...

Juliani. Si, de dulzura...
Una tan solo de esperanza llena...

Blanca. De esperanza?... No, no...

Juliani. ¿Queréis que sufra?

Hay en el corazón de nuestros padres
Un inmenso tesoro, una fortuna:
Inagotable amor, amor sin límites
Que nunca miente ni se acaba nunca!
¿Cómo es posible que cse amor tan grande,
Ante un culpable amor así sucumba?
Es preciso olvidar... vos... á ese hombre...
Y vuestro padre... vuestra enorme culpa...
Yo ayudaré ese olvido... y á Rugiero
No le veréis jamás.

Blanca. Lo sé; mi angustia No es el vano pesar que finge el mundo Para engañar al idolo que adula... No es la emoción de un sueño pesaroso Que en vano al despertar la visión busca: Yo sé muy bien que el llanto que derramo Riego es apenas de su humilde tumba. Cavada en el sur licio de Los Plomos. En castigo... no sé...

Pero os comprendo. Blanca; ese artiticio
Es red inutil que mi planta burla;
No pueden las astucias de una niña
Burlar de un zorro viejo las astucias!
Vos acaso sabéis...

Blanca. (Con serenidad.) Que desgraciada, Prematura viudez mi frente enluta.

Juliani. Ese acento tranquilo... esa mirada... Algo, que no comprendo, disimulan.

Blanca. También vuestras palabras me revelan Negras visiones que mi mente ofuscan.

Juliano. No más vacilación!... ¿Sabeis acaso Que vive el seductor?

Blanca. (Delirante.) Jesús!

Capello. Qué angustia!

Blanca. Es verdad?... Decidme... Vive El hombre que mató mi amante furia? Vive?... No me engañais?...

JULIANI. Sí, Blanca, vive Para eterno baldón!

No podéis comprender de cuanto peso
Me acabáis de aliviar!...; Cómo se frustran
Los perversos designos con que ufanos
Pretendieron manchar mi fama pura!...
La hoja del árbol no se mueve sola...
¡La mirada de Dios en todo alumbra!

JULIANI. No blasfeméis, señora... Dios no quiere Que un padre como el vuestro llore y sufra Bajo el peso oprobioso de un delito Que su honra infama y que su nombre insulta! Dije que vuestro cómplice vivía; Pero bien pronto se abrirá su tumba!

BLANCA. Inútil amenaza!

CAPELLO.

Qué suplicio!

Juliani. Vos la culpa tendréis!

BLANCA.

Tendré la culpa; Pero no alcanzo à comprender, Juliani, Qué se propone vuestra estéril furia... Muerto yà Barbarini...

Juliani.

No, no ha muerto...

Vuestro amante no pudo...

BLANCA.

Oh!!.. Qué fortuna!

Juliani. No os comprendo, señora.

BLANCA.

Ni es posible

Que comprender podáis tánta ventura!...
¡Vive mi amor sin mancha ni delito!

Juliani. Vertió su sangre.

BLANCA.

En valerosa lucha!...

Cuerpo á cuerpo, Juliani, combatieron... Si herido le rindió... no tuvo culpa.

Juliani. Pero por fin, señora... ¿qué escogéis? ¿Vuestro enlace... ó su muerte?

BLANCA.

¿Aún cabe duda?...

¿Vosotros no sabéis que yo le quiero...

Que yo le quiero y no le olvido nunca?

Si tan plebeyo amor es un delito

Que mi honra infama y que mi nombre insulta;

Si es un amor que arrastra oprobio y mengua,

¿Por qué vuestro furor me lo disputa?...

Si el hombre á quien yo amo es tan indigno,

¿Por qué objeto le hacéis de vuestras furias?...

Dejádmelo que viva... y vuestro enojo

Descargad sobre mí, que la cicuta

De tan horrible afrenta apurar hago

Al noble unciano que meció mi cuna.

Juliani. En vuestra mano está que viva ó muera.

Blanca. ¡Hombre cruel... el cielo te confunda!

Juliani. Ya la piedad, señora, es un delito... ¿Seréis de Barbarini?

Blanca. Nunca!... Nunca!... Nunca! Si hoy adoro mi amor en las prisiones, Muerto mañana adoraré su tumba!

Pues que así lo queréis... Adiós, señora; Juliani. En él tan fiera voluntad se cumpla! Vivió feliz en sus primeros años Del ronco mar sobre la blanca espuma... Era inocente entonces... Sus amores Cifraba con estoïca ternura En esas frescas islas que el Adriático En sus quietos remansos acumula, En esa estrella que al marino guía En la borasca de una noche oscura... En su barca... en sus redes... rica herencia Que el paternal cariño hiciera suya... Amores castos, Blanca, que no hicieron Sus lágrimas verter en la amargura! Pero os vió y os amó... De vuestros pasos Como perro leal la huella busca... Los sigue de Ferrara hasta Venecia... Es vuestra sombra... su careta muda Os habla solo á vos... á vos sonrie... Solo á la vuestra su mirada busca... Y náufrago en el mar de estos amores Inconciente y sin luz las olas cruza!... Llegó por fin del desengaño el día... Trabóse al fin desesperada lucha... Alegre carnaval le ofreció encantos A los dulces acentos de la música, Y en red de flores y en prisión de aromas El desencanto le mostró su tumba!

Blanca. Habéis dicho muy bien, conde Juliani, En él mi fiera voluntad se cumpla!... Pero habéis de saber...

Juliani. ; Blanca Capello!

Blanca. Que no será esa víctima la única!... La humilde fosa que sus restos guarde Será también mi humilde sepultura! CAPELLO.; Blanca!

Juliani. (A Capello.) ¿La habéis oido?... Del Consejo Yo soltaré la reprimida furia! (Hace ademán de irse. Blanca le detiene.)

Blanca. Sed humano, señor, ¿Por qué inocente De la hija ingrata pagará la culpa? Salvadle... sí... salvadle!... os lo suplico... Si algún amor tenéis...

Juliani. La mano tuya Su muerte guarda ó su destierro... Elige!

CAPELLO. Que viva!... j que viva!...

(Abrazando d su hija.)

BLANCA. ¡Qué tortura!

CAPELLO. Sin noble abnegación no hay amor noble!

Blanca. Mi sacrificio. ¡Oh! Dios! acepta y juzga!

(Ligera pausa.)

Que viva, sí...

Juliani. Pero obedeces?

BLANCA. (En vacilante lucha.) ¡ Cielos!

(Para él la vida... para mí la tumba!)

Bien... obedeceré.

(Capello al notar su tribulación la abraza.)

CAPELLO. Ven, hija mía, Y aquí en mi seno tu dolor oculta!

Blanca. Yo la esposa seré de Barbarini... Pero él libre será.

Juliani. No abriguéis dudas; Si su destierro acepta... se irá libre.

Blanca. Lo aceptará, señor... He aquí la pluma...
Escribid pronto... y que la luz del cielo,
Que el bién y el mal eternamente alumbra,
Sobre su libertad y mi desgracia
Lo más aprisa y para siempre luzca!

(Juliani escribe la orden.)

Que me diga su adiós... y que se vaya... Lejos... muy lejos de esta tierra injusta, Donde el amor se paga con el odio, Donde la luz de la bondad no alumbra, Dó la inocencia entre cadenas gime Y el negro cáliz de la muerte apura!

(Dando á Blanca la orden.)

JULIANI. Al dar este papel le veréis libre... Pero que pronto de Venecia huya!

Blanca. ¡Ay! cuando libre esté... mi amante pecho No podrá contener tanta ventura!

Juliani. Hoy mismo, Blanca, Barbarini llega.

Blanca. Que venga, si... seré la esposa suya!

(Juliani se despide de Capello; dirige una mirada recelosa à la Condesa Blanca, que con delirante entusiasmo besa la orden, y sale.)

ESCENA V

BLANCA y CAPELLO

Blanca. Escucha, padre mío, bondadoso (De rodillas ante su padre.)

Mi súplica postrera! (Capello la levanta.)
Tu pobre hija de tu amor espera
Que noble y cariñoso
Su propósito cumplas, generoso!
En el horror de una prisión oscura
Se encuentra el hombre á quien tu Blanca adora...
Corre allá sin demora,
Rompe su ligadura,
Y ofrécele consuelo en su amargura!
Dile que parta... que se ausente... lejos...
Muy lejos de la Italia... y que me olvide...
Dile que esto le pide
Sumida en el horror y la agonía
Una infeliz mujer... que le quería!

CAPELLO. Hija del alma, reposa... Esa amargura cruel...

Blanca. No olvidéis que este papel
Es mi contrato de esposa!
¡Sabéis lo que me ha costado!...
Por mejor precio, á fe mía,
Mi sangre lo compraría...
¡Y más que mi sangre he dado!

(Capello hace un gesto de dolorosa impaciencia.)

No burlaréis mi esperanza...

Padre del alma!

CAPELLO. (Abrazándola.) ¡IIija mía!

Blanca. No le digáis mi agonía...

Ni el caro precio á que alcanza

Su libertad...

CAPELLO. ¡Qué tormento!

Blanca. Decidle que no le olvido...

Y que su nombre querido

Queda aquí en mi pensamiento.

CAPELLO. Hija, mitiga el quebranto...

Blanca. No! la novia no hará falta. (En tono de seguridad.)

CAPELLO.; Cómo su mente se exalta!

Blanca. Yo reprimiré mi llanto Y mis penas ahogaré... Idos pronto.

CAPELLO. (Contrariado.); Blanca mía!

Blanca. Dadme otro abrazo!... Este día Por nada lo olvidaré! (Capello toma la orden y sale.)

ESCENA VI

BLANCA

Ministro de los Diez! Marcha gozoso Y á tus cómplices cuenta tu victoria! Mas ; ay de tí! que el ángel bondadoso
En demonio tornándose espantoso,
Desgarra y pisa tu laurel de gloria!

(Saca del seno un pomo de cristal.)

Venid, hombres crueles... Ya os espero...
El velo me poned, blanco y ligero...

Llevadme del altar al ara santa...

Brindaréis una hermosa á un caballero...

Y la hermosa será... sombra que espanta!

(Apura el pomo y se reclina en un diván.)

ESCENA VII

BLANCA y el CONDE CAPELLO

CAPELLO. ¡Ya no hay quietud para mí!... ¡Infames!... quieren matarme!

Blanca. Qué nueva venís á darme Que os desesperáis así?

Capello. Toma, toma ese papel...
Cuyo contacto me abrasa!

(Lo arroja.)

Blanca. Pero decidme... ¿ qué pasa?...

CAPELLO. No hay necesidad de él!...

Lo oyes?... Lo que tiene escrito No es la libertad de un hombre!...

Blanca. Pues qué?...

CAPELLO. Ya tiene otro nombre...

Es pregón de tu delito!

Blanca. Señor!...

CAPELLO. Se quema mi frente!

Blanca. Mi falta aún no está expiada?...

Pues qué... ¿no sirve de nada

Ser, como he sido, obediente?...

¿ No basta que ahogue en mi pecho

Este amor que me devora?...

¿Qué más pretendéis ahora?...
Decid... ¿no estáis satisfecho?...
Me ofrecisteis, hace poco,
Romper sus duras cadenas...
Y, en cambio, aumentáis mis penas...
Y mi dolor!

CAPELLO.

Estoy loco!...
Blanca, tu honor y mi honor
Están en riesgo inminente!...
Tu corazón no presiente?...

BLANCA.

Oh! no, lo ha muerto el dolor.

CAPELLO.

Bien, pues... comprende mi afrenta!...
Tu seductor... ha fugado
Desde ayer!...

BLANCA.

(Con extrema siereza.) ;; Me han engañado!! Mi cabeza se revienta!...

CAPELLO.

Blanca!

BLANCA.

¡Qué infame traición!...
¡Juliani!...; Demonio impío!..,
Robarme un amor que es mio...
Y romper mi corazón!..,
Ay!... No comprendéis, señor,
Todo el mal que me habéis hecho!...
Luchan, rugiendo, en mi pecho
La indignación y el dolor!

CAPELLO.

Sois vos la que no sabéis
Todo el mal que habéis causado...
Por vuestra culpa enlutado
El suelo nativo véis!...
Todo el oprobio por vos,
Por vos sus gritos de guerra!...

BLANCA.

Ya nada tengo en la tierra... Y en el cielo... solo à Dios!

CAPELLO.

Blanca! Blanca!... Así olvidada De mi amor y tus debercs, Desleal, ingrata, quieres Ver nuestra honra infamada?...

BLANCA.

Señor! Ya lo habéis oido...

Ofreci à esc hombre inhumano Sacrificarle mi mano

Y aceptar cualquier marido!...

Venga Barbarini... sí...

Lo anhelo ya... no os asombre ...

Juro olvidar á ese hombre Que se ha inmolado por mí!...

Capello. (Me aflige su amargo acento!)

Blanca. ¡Qué dichosa voy á ser!... Padre!... no lo has de creer...

Voy à morir... de contento!...

CAPELLO. Blanca!... (Su dolor la agobia!)

No olvides que hoy es el día De tus nupcias, hija mía... Anda... tus galas de novia...

Blanca. Oh!... Si...; qué olvido fatal!...

Perdona, padre, perdona... (Sonriendose.)

Voy á buscar mi corona... Sí... mi corona nupcial!

(Entra en su habitación.)

ESCENA VIII

El CONDE CAPELLO

No sé qué presentimiento Avasalla mi albedrío!,.. No me abandones, Dios mío! Que en tan horrible tormento Solo en tu auxilio confío!

(Cae en un sillon.)

ESCENA IX

CAPELLLO, JULIANI, BARBARINI y nobles de Venecia

JULIANI. Salud al Conde Capello.

BARBARINI. Señor...

CAPELLO. Sed bien venidos!

JULIANI. En la capilla inmediata

Los Diez, el dux y un ministro

Esperan en este instante À los esposos... cumplidos Quieren mirar sus deseos!

CAPELLO. Lo serán, amigo mío.

Blanca, avisada de todo

Cuanto ayer nos ha ocurrido,

Sus promesas, hace poco,

Ratificó en este sitio,

Y acaba de ir á ponerse Sus nupciales atavíos...

Pero, ay! descubre en su acento,

Melancólico y sombrio

Graves pesares, que tienen

Atribulado mi espíritu!

Juliani. Recuerdos que el tiempo borra!

CAPELLO. No me comprendes, amigo...,

Son profundas amarguras... Intenso... crudo martirio!

Barbarini. Juliani... yo deseara

Oir de su labio mismo

La expresión de lo que sufre...

Vamos á quedar unidos, Y tal placer... no quisiera En tormento convertirlo!

Juliani. Os preocupáis demasiado

De un malestar que es vestigio De anteriores sufrimientos... Capello mismo lo ha dicho... Blanca empeñó su palabra Espontáneamente!

BARBARINI.

El vinculo

Que debe ligarnos pronto Es eterno!...

Juliani.

Lo concibo...

BARBARINI.

Si á Blanca aslige la ausencia De otro asecto que ha perdido, Yo aceptar no debo nunca Un amor lánguido, frio... Que puede trocarse en odio, Y hacer la vida un suplicio.

JULIANI.

No malgastemos el tiempo
En imaginar peligros...
Ese hombre funesto, acaso,
À los suyos reunido,
Pretenda de sus guaridas
Salir y á traición herirnos...
Nuestras tropas, por desgracia.
Según recientes avisos
No han dejado la frontera...
Importa, pues, andar listos!...
Que al volver sobre Venecia
Sepa que su amante ídolo
No puede pertenecerle!

BAI BARINI.

¿ Habláis del desconocido?...
No haya temor!... dejó el golfo,
Y en alta mar se ha perdido!...
Además, siguen sus barcas
Nuestros valientes navíos!...
Y, con la ayuda de Dios,
Pronto sufrirá el castigo!

JULIANI.

Sin embargo, importa mucho Dar á Blanca enlace digno.

CAPELLO.

Ella se acerca.

(Sale à su encuentro

ESCENA X

Dichos y BLANCA (en traje de novia.)

Blanca. Señor...

(¡Mi venganza está cercana!)

Juliani. Venid, noble veneciana,

Y confirmad vuestro amor

Al ilustre florentino,

A quien se os ha destinado...

Y que ansía ver ligado El suyo á vuestro destino.

CAPELLO. Nadie con él en grandeza

Competir puede, hija mía;

Nadie en gloria y nombradía...

Nadie en valor y nobleza!

Juliani. Joven, rico y estimado,

Y de la patria caudillo...

Nadie, Blanca, con más brillo

Para ser de vos amado.

Blanca. Unión tan bien concertada

(Con amargura irónica.)

Nada, señor, atropella!

Juliani. Venecia será por ella

Respetable y respetada!

Blanca. Muy bien!... lo será, señor,

Si es que mi amor vale tanto... No hagáis caso á mi quebranto,

Ni os preocupe mi dolor...

Todos os váis á admirar...

(Surriendo.)

Mi llanto trocaré en risa... Nunca esposa más sumisa

Se ha postrado ante el altar!...

(Con amargura.)

Ninguna más venturosa!

CAPELLO. ¡Tal cambio en ella me espanta!,

BARBARINI. Venid... y ante el ara santa...

Blanca. Si... si... seré... vuestra esposa!

(Le toma de la mano. Se eye ruide lejano de armas.)
Oné ruido!...

Juliani. No haya temor!...

Es el pueblo alhorozado. Que el matrimonio anhelado Quiere celebrar.

(El ruido se acerca por la derecha. Blanca, como asustada por una idea, trata de asomarse à la rentana, y Inliani, interponiendose con rapidez, la cierra el paso. Voces del pueblo.)

Blanca. Señor!...

Barbarini. 'Esa agitación'....

Juliani. (Ocupando la rentana.) Mirad.

Cuál se agolpa presuroso A contemplar del esposo La inmensa felicidad!

Blanca. Vamos!...

(Con impaciencia y dirigiendose à Barbarini.)

Juliani. Ya habéis escuchado

Sus votos de amor ardiente... Nupcial corona en su frente

El amor ha colocado... (Ruido más corcano.)

CAPELLO. Mi hija no mintió jamás!

Barbarini. Lo sé... (Mi temor es vano.)
Blanca, espero vuestra mano.

Blanca. Aquí está, señor!

(Todos se disponen à salir por el fondo; pero son detenidos por Rugiero y gente del pueblo, armados de cuchillos. Toque de rebato. Tiros de fusilería.)

ESCENA XI

Dichos, RUGIERO y Pueblo.

Rugiero.

¡Atrás!! (Todos retrociden.)

BLANCA.

Rugiero!

(Se arroja en sus brazos.)

RUGIERO.

¡Blanca! .. Yo soy!...

A tus nupcias he venido... Todo está ya prevenido... Faltaba yo... y aquí estoy!

BARBARINI.

Para llegar hasta ella Es forzoso atravesar

De sangre un profundo mar!

(Desnuda su espada y se dispone à salir.)

Rugiero.

Lo sé, Conde... esa es mi estrella!...

En sangre habéis de nadar!...
Pero antes que sepáis quiero
Que no soy ya el gondolero
Sin fortuna y sin hogar!...

El humilde pescador,

Haciendo su arpón espada Abre sangrienta cruzada Contra el infame opresor.

(Fuerte rumor del pueblo.)

JULIANI.

Y esa canalla soez

¿Qué piensa en su ira demente?

RUGIERO.

Castigar ejemplarmente

Al Tribunal de los Diez!... Sí!... Venecia la plebeya Quiere ser libre... ó morir!...

(Cañonazos lejanos. Ruido de armas y voces al pié de la ventaña; el pueblo grita: «¡Venecia y libertad!» «¡Viva Venecia!»

Quiere con sangre escribir Su redentora epopeya! Blanca. Calla!... calla, por favor!...

La venganza es la vileza!...

Véngate de la nobleza

Como un plebeyo de honor!

Así más digno te harás

De mi amor y mi ternura... Y mi humilde sepultura

Dignamente así honrarás! • (Desfallece.)

RUGIERO. ¡Tu sepuliura!!

Blanca. Si... si...

Me aguarda la tumba fria...
Yo... ocultàrtelo... queria...
Un veneno! toca... aqui...

Aqui... me abrasa... inhumano...

(Voces y vivas.)

RUGIERO. ¡Maldición!

Topos. ; Envenenada!!

(Capello cae en un sillón.)

BARBARINI. Por Dios que seréis vengada! (Trata de salir.)

Juliani. ¡A mí, pueblo veneciano! (Trata de salir.)

Blanca. ¡Juliani! (Airado, y tratando de incorporarse.)

Rugiero. ; Cerrad el paso

Al verdugo de mi amor!

GONDOLEROS. ¡Atras!!

Juliani. (Retrocediendo.) ¡Me ahoga el furor!

(Vivas y gritos de alegría.) -

RUGIERO. ¡Juliani!... llenóse el vaso

De mi siera indignación!...
Tu hora postrera ha llegado...

En ella has asesinado Cruelmente mi corazón.

(Nuevas gentes del pueblo conduciendo al Consejo de los Diez. Hachas encendidas aparecen en el fondo.)

BLANCA. ¡Piedad tu Blanca te implora!

RUGIERO. ¡No puedo tener piedad!!

BARBARINI. ¡Nuestro exterminio ordenad!

RUGIERO. ¡Lo haré!... sonó vuestra hora!

(Desnuda su puñal y se arroja sobre Juliani y Barbarini; pero Blanca, incorporándose con energía, se intervone.)

Blanca. ¿Vas á envilecerte así?

Bien, pues!... tu obra vil empieza!

¿Debe morir la nobleza?... Noble soy!... mátame á mí!...

Rugiero. Pero, ay!... ¿deberé perderte?

Blanca. En la eternidad te espero...

Allá... á su sombra... Rugiero...

Nos desposará... la muerte!

(Cae en brazos de Capello, que corre á sostenerla.)

CAPELLO. ¡Blanca!...

RUGIERO. ; Blanca!

Blanca. (Con dulzura.) Por mi amor!...

Por mi martirio cruento!...
Por las angustias que siento!...

¡Sé clemente vencedor!

Rugiero. ¿Tú lo quieres?

Blanca. « Es razón...

Que el que muere olvide agravios...

Y no salgan... de sus labios... Sino voces... de perdón... »

No más... no más desconsuelo... No más iras... no más guerra... Perdona... tú aquí... en la tierra...

Que Dios... lo hará allá... en el cielo...

(Muere.)

JAPELLO. Ha muerto!

Topos. ¡Muerta!...

Rugiero. Gran Dios!

¡Dale paz allá en el ciclo!

CAPELLO. ¡Hija!

RUGIERO. ¡Ya murió, Capello!...

Llorad!... Lloremos los dos!

(Se postran ante el cadáver.)



Ella lo quiere... perdón! (Postrándose ante el caddver y levantando la acción al

LA CORDELERA DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO

Á JULIO ARBOLEDA

PERSONAS

Juana, reina de Nápoles.
Teresa.
Judit.
Francisco de Arezzo.
Guillermo Monreal.
NICOLÁS LORENZO.
Tadeo Anciga.
Conde Laudo.
Lovero.
Minorbino.
Conrado.
FERRIMALLA.
Roberto.
Picmbino.
Guardias de arqueros y alabarderos; hombres y mujeres enmascarados.
•

La escena pasa en los Estados de Italia, el siglo xiv. — Del prólogo al primer acto trascurren diez años.

Los apartes van entre paréntesis, y las indicaciones de la acción en letra bastardilla.

~~~~~~~~

PRÓLOGO

Arrabal de los Acueductos, en Carpentrás. Del fondo, hácia la derecha, corre el rio Ausón, cuya orima está amurallada. A la izquierda, los restos de una vieja fortificación, y una cabaña entre los dos primeros términos.

ESCENA PRIMERA

TERESA y JUDIT sentadas en el muelle; FRANCISCO, NICOLAS y GUILLERMO detrás de la fortificación.

Guillermo. No queda duda, Francisco,

La vieja es bruja.

Nicolás. Y la otra

Una bella criatura.

Guillermo. El busto es de una madonna.

(Judit arroja al río puñados de arena y luego cuenta y pone sobre el muro las cartas de un naipe. Teresa la vé atentamente.)

JUDIT. Authos-ausstros-noxio-bay-gloy-apen.

Francisco. ¿Habéis oido?

Nicolas. Bien claro.

Guillermo. Habla como una doctora.

Francisco. Es una fórmula bíblica.

Nicolas. Nada!... Es pura gerigonza.

Guillermo. Palabras sacramentales.

Francisco. Repito que es una fórmula.

En toda buena ventura Recitan las mismas cosas.

TERESA. ¿Qué te resulta?

Judit. • In mismo...

¡Siempre las mismas tres sotas!

TERESA. ¿Las de ahora rato?

JUDIT. Las mismas:

Bastos, Espadas y Copas.

Nicolas. Nos habra visto la vieja?

Francisco. No sé cómo.

Guillermo. Poco importa.

TERESA. Pero ¿me dirás al cabo Qué significan las sotas?

Judit. Los circulos que en el agua

Los granos de arena forman,

Indican un tres por siete: Estas tres pintas en sotas Presagian tres caballeros, Cuya suerte misteriosa Irá á la tuya ligada.

Teresa. Judit, hoy estás muy tonta.

La ventura de los otros

Muy poco ó nada me importa.

Yo quiero saber la mía.

Nada más.

Judit. Mira. La forma

Que en glóbulos toma el agua

Guando la arena remoja,

Es signo infalible... observa...

Voy á repetir la fórmula.

(Judit renuera la operación de la arena y los naipes, repitiendo las mismas palabras.)

¿Lo estás viendo?... Ya no hay duda...

¡Siempre las mismas tres sotas!

Guillermo. ¡Vieja gitana!

Nicolás. Es el diablo!

Judit. ¡La lucha será espantosa!

Teresa. ¡Estás hoy insoportable!

Judit. Quiero ver más, y me estorban (Ensimismada.)

De tres bizarros mancebos

Las abigarradas sombras; Sus horóscopos y el tuyo Oyen ellos de mi boca... ¡Nada oculta vuestro síno! ¡Ellos son tres y tú sola!... Serás la vid que en tres olmos Tenderá su rama hermosa.

TERESA.

¡Judit!...

NICOLÁS.

Estas alusiones

Son personales.

Guillermo.

Y próximas.

JUDIT.

Todos tres te amarán mucho.

TERESA.

Caramba! ¿Te has vuelto loca?

JUDIT.

Esos tres hombres serán Amenazas de tu honra;

Y más de un crimen tu pluma

Teñirá, blanca paloma; Por todos tres á porfía Disputada, tu corona

De humildad y de inocencia Verás marchitada y rota... Cada cual dará á su turno

Lo que tenga: el ladrón joyas;

Valimiento el poderoso,

Y el humilde paz y sombra.

TERESA.

¿Y sigue la letanía?

JUDIT.

Tén paciencia, y no desoigas De mi predicción severa Ni una palabra. La loca Vanidad será tu flaco; La vanidad, niña hermosa,

Te hará correr desalada

En pos de oropel y pompas,

Para morir en su fuego Como inquieta mariposa.

TERESA.

¿Estás delirando acaso? Mi corazón no ambiciona Sino salir de este barrio... Verdad... no quiero otra cosa. JUDIT. Los tres hombres en el mundo

Harán ruido...

Teresa. ; Te mofas?

Judit. Todos tres... Óyelo bien,

Tendrán valimiento y honras;

Investirán dignidades; Tocarán á una corona; Pero uno solo, uno solo

La ceñirá.

Francisco. ¡Vieja tonta!

Guillermo. Si acaso nos habrá visto

Y se burlará.

Teresa. Tu historia

Parece cuento de hadas...

Estás hoy empalagosa.

Judit. A más no alcanza mi ciencia;

Digo lo que sé.

Teresa. ; Bribona!

Por menos dinero cuentan Romances en la parroquia.

JUDIT. Niña, la verdad te he dicho;

Si más clara te acomoda, Sigueme allá sobre el muro

Del acueducto.

Teresa. En buen hora;

Mas si allá también me engañas,

El diablo en cuentas lo toma.

(Teresa y Judit entran por la derecha, Francisco, Guillermo y Nicolás entran á la escena: los dos últimos visiblemente preocupados.)

ESCENA II

FRANCISCO, NICOLAS y GUILLERMO

Guillermo. Rara predicción, por cierto!

Nicolás. Pues, amigos, sí, es bien rara!

Francisco. Estoy viendo en vuestra cara...

Lo que en vuestra cara advierto.

Guillermo. ¡Resolló santo Tomás!

Nicolás. Ver y creer.

Francisco. ¡Pobre vieja!

Me pareció su conseja Ridícula por demás.

Guillermo. Pero hay una circunstancia

Que su predicción abona.

Francisco. Vamos, ¿lo de la corona

Ya se convirtió en sustancia?

Guillermo. Dejemos chanzas á un lado

Y vamos á lo esencial. Yo, Guillermo de Monreal,

Algo idéntico he soñado.

Nicolás. Justo!... Yo también soñé...

Francisco. ¡Patrañas!

Nicolás. ¡Cosas extrañas!

Francisco, no son patrañas Esas que yo he visto en pié.

Francisco. Guillermo, cuenta tu cuento.

Guillermo. Nada! Patrañas también!...

San Juán de Jerusalén Garantizará mi invento. Soñé que en una batalla, En que mi espada venció,

San Juán su cruz colocó Sobre mi cota de malla; Y al ver el pueblo romano

Al imberbe vencedor, En premio de su valor Puso otra cruz en su mano; Y la Iglesia á quien salvara Mi noble esfuerzo valiente...

Francisco. ¿Qué te dió?

Guillermo. Sobre mi frente

Puso la santa tiara.

(Con seriedad.)

Francisco. Hombre, con esos arreos

> Y al cinto la espada fiera, Alguno pensar pudiera

Que eras de los Macabeos.

Búrlame cuanto te plazca; GUILLERMO.

Pero... no olvides mi sueño.

Francisco. De porvenir tan risueño

Me acordaré... cuando nazca.

Y tú, ¿qué soñaste?

(A Nicolás.)

Nicolás.

Nada!

Mi sucho fué poca cosa: De una ciencia milagrosa Al favor, sobre la grada De egregio trono me vian, Y humildes ante mi alteza Pueblo, ejército y nobleza

Mi poder obedecian.

Tú, ¿no soñaste también? GUILLERMO.

Francisco. Duermo bien cuando me acuesto...

A mí su cruz no me ha puesto

San Juán de Jerusalén.

NICOLAS. Deja esc burlesco tono.

Y guarda lo que has oido!

Francisco. Tampoco subo dormido

Las gradas de ningún trono.

(Durante este didlogo, Guillermo observa frecuentemente la avenida de los acuedactos.)

Guillermo. Pero volviendo á la bruja

Y á la hermosa cordelera, Confieso que yo quisiera Ser el gorro y ser la aguja. Nunca la podré olvidar, Y mucho diera por verla...

Nicolás. La muchacha es una perla.

Pero en el fondo del mar. Francisco.

Su rostro es angelical. Guillermo.

Su talle esbelto, ligero. NICOLÁS.

Guillermo. Cada ojo es un lucero.

Nicolás. Sus labios puro coral.

Guillermo. Tan modesta, tan hermosa...

Francisco. Basta ya, que me dáis asco!

Que Dios os libre de un chasco...

Por no decir otra cosa. No sabéis, á lo que veo, Lo que esa muchacha es.

NICOLAS. Ni tengo tal interés:

Digo que verla deseo.

GUILLERMO. Y por lo que á mi me toca,

Declaro que tengo antojos De chamuscarme en sus ojos Y aprisionarme en su boca.

Francisco. Voy á deciros por fin

Aunque à riesgo de enojaros. Los títulos, bien preclaros,

De ese bello serafin.

Que es muy hermosa... lo sé; Que tiene virtud... no hay duda...

Guillermo. Caramba!... ¿y de más ayuda

Necesitará?

Nicolás. No á fé!

Francisco. Sigo, pues; vuestra atención

Reclamo, pues, un momento...

¿ Quién les lleva el alimento A los leprosos de Ausón?...

Ella. — ¿Quién de puerta en puerta,

Treinta veces cada mes, Cura con raro interés

La llaga que queda abierta?... Ella. — ¿Quién tuerce la soga Con que el verdugo inclemente

Ata y tortura á la gente,

Y al fin la oprime y la ahoga?...

Ella.

Nicolás. Tan duras razones Termina, por compasión!

Pues yo no encuentro razón GUILLERMO.

> Para esas acusaciones. Lo primero es caridad

Y el resto, perversa suerte.

Eso digo yo; el más fuerte Nicolás.

> Oprime à la humanidad. No es ilusión la que pinto, Que hace mucho que la gente Ve en esto el brazo imprudente

Del rey don Felipe quinto; Que por más que el crimen palia,

Quiere en resumidas cuentas,

Confiscar las ricas rentas De los leprosos de Italia.

¿Y á qué no me advináis GUILLERMO.

Lo que trama para ello?

¿Algún subsidio? FRANCISCO.

¡Camello! GUILLERMO.

> ¿Con qué subsidio sonais?... Nada, Francisco, no es cosa De impuesto ni talla alguna; Dice que la media luna Ha de serle provechosa;

Y ha ideado en su arrogancia

Acusar á los leprosos De enemigos poderosos Contra su reino de Francia; Que, unidos al Sarraceno, Su causa ayudando están, Y aun agrega que pondrán

En nuestras fuentes veneno.

¡Qué espantosa iniquidad! NICOLAS.

¡Es una calumnia horrible! Francisco.

¡Gracias á Dios que, sensible, GUILLERMO.

Defiendes la humanidad!

Francisco. Pero los planes del rey

> Y la condición rastrera De esa infeliz cordelera No tienen la misma ley.

Nicolás. Cierto. — Propongo por eso

Que el que la conceda el habla,

Se le afrente en una tabla,

Y al público.

Guillermo. Es mucho exceso!

Con una reconvención...

Francisco. Nada, Guillermo, es preciso

Purgar nuestro paraíso De una nueva tentación. El que de lejos la vea

Y se le acerque y la trate...

Nicolás. Se le afrenta!

Guillermo. ; Disparate!

(Quiera Dios que yo no sea.)

Francisco. El juramento ha de ser

Unanime y uniforme.

Guillermo. Eso... según y conforme.

Francisco. ¡Guerra á muerte á esa mujer!

Guillermo. Se ha destapado el infierno.

Nicolás. Si, Guillermo, guerra á muerte!

Guillermo. Convengo... mas de esta suerte:

Que no sea el voto eterno.

Francisco. Mientras el estigma dure.

Guillermo. Aceptado.

NICOLÁS. Convenido.

Francisco. Que vaya á meter ruido

Con los leprosos que cure.

(Tratan de salir por la derecha, y aparece Tadeo con unas ramas secas al hombro.)

ESCENA III

DICHOS y TADEO

TADEO. Santos días, caballeros.

Francisco. ¡Un leproso!

GUILLERMO

Santos sean.

Nicolás.

¡Pobre hombre! no es tan viejo

Por años como por lepras.

Guillermo.

¡Estais horrible!

FRANCISCO.

¿ Qué objeto

Tenéis en doblar su pena?

(A Tadeo.) Proseguid vuestro camino.

TADEO.

(Esa voz...)

Nicolás.

Es poca leña

Para que sahumar podáis

Vuestra rica pestilencia.

FRANCISCO.

Nicolás!... ved que padece.

TADEO.

(No hay duda, es él.)

GUILLERMO.

¡Quién creyera

Que la altiva criatura

De orgullo y vanidad llena,

Por el deleite adulada, Ensimismada por bella, Bajo la úlcera del vicio Asco y horror produjera!

Tadeo. (Soltando las ramas junto à la cabaña.)

Caballeros, si el leproso Resignado sobrelleva Su condición lastimosa; Si imponderable miseria V hambre, desamparo y

Y hambre, desamparo y frío Sufre con alma serena...

De burla infame y cobarde

Puede vengarse... y se venga!

(En actitud amenazante: los demás retroceden.)

NICOLÁS.

¡Atrás!

Guillermo.

¡Atrás, miserable!

TADEO.

¡Caballeros!

Francisco. (Interponiendose.) No haya guerra!

Nicolás.

Los leprosos, buen amigo,

No riñen con gente buena,

Que al frotar cobre con oro Podemos sacar candela.

FRANCISCO.

¡Nicolás!

TADEO.

Jóven, no os oiga
La divina Providencia
Que á pobres y ricos mide
Por igual, con vara austera!...
Gozáis de salud!...; Que siempre
La gocéis, sana y completa!
Y quiera Dios, que es tan bueno,
En su paternal clemencia,
Libraros de esta desgracia
Que en mí y en los demás pesa!
Tú, Francisco...

Nicolás Guillermo

(Con extrañeza.) ¡Le conoce!

TADEO.

Ama el bién... que es cosa buena; Compadece á los que sufren... Que la compasión eleva; Iluye, como errada vía... El camino que otros llevan; Cultiva tu raro ingenio, Dále á tu talento rienda, Que los jardines de Italia, En su inmortal primavera, Preparan para tu frente De laurel rica diadema!

Guillermo.

Por estos barrios del diablo Todos son brujos.

Francisco.

(Preocupado.) (¡Cuál vuela Vago recuerdo en mi mente!)

TADEO.

Ese niño es una perla.

Nicolás.

¿Se ha convertido en sustancia?

Guillermo.

Vamos, filosofo... ¿Cuela?

Francisco.

(Si mi memoria no miente...)

NICOLÁS. (Á Guillermo.) Ya lo estás viendo?...

GUILLERMO.

¡Flaquezas!.

TADEO. Y tú, Nicolás Lorenzo...

Guillermo. También te conoce!

Nicolás. ; Aprieta!

TADEO. Hijo de Roma la grande,

Aunque de madre plebeya,

Por más que la vista encumbres...

Tu cuna fué una taberna! Con los molinos del Tíber Y mal vino de Provenza

Tus padres se enriquecieron...

¡Gracias á Baco y Minerva! Estudios hiciste en Pisa, Luego viniste á Carpéntras,

Donde, en vez de hacerte sabio,

Escarneces la miseria!

NICOLAS. Y... finis coronat opus!

Guillermo. Sabe tu historia completa.

(Francisco, preocupado por sus recuerdos, se ha sentado cerca del murallón.)

TADEO. Y tú, Guillermo Monreal...

Guillermo. (Á Nicolás.) Llegó mi turno.

Nicolás. ¡Qué flema!

También conozco tu historia:

Gentil hombre de Provenza,

Te afanas como los dos Por coronar tu carrera...

Tus padres te han destinado

Para el culto de la iglesia; Pero tú, según comprendo,

Sigues por distinta senda!...

Mucho te deslumbra el mundo, Más te deslumbra la guerra,

Y entre propósitos propios

Y aspiraciones ajenas,

Quién sabe si la victoria El diablo al fin se la lleva...

(Risas.)

San Juán de Jerusalén,

Según antiguas leyendas,

Suele dar mitras y espadas... Su órden, Guillermo, te espera.

Guillermo. Mil gracias por el pronóstico.

Nicolás. Merci... por vuestra fineza.

TADEO. ¡Quiera Dios que la cruz roja

No se destiña ó se pierda Bajo la capa andaluza, Ó el gabán de pana negra De los bandidos de Italia... ¡Quiera Dios que así no sea!

Guillermo. ¡La enfermedad os da audacia!

Nicolás. ¡Abroquelado en su lepra!

TADEO. Al frotar cobre con oro...

Podemos sacar candela!

(Toma las ramas. — Guillermo y Nicolás se diriyen á la avenida de los acueductos y observan.)

Francisco. ¿Os váis, buen hombre?

TADRO. Francisco,

Es ya muy tarde, y me esperan; Pero Dios que es bueno y grande

Hará que otra vez te vea... ¡Mucho me interesa hablarte!

. Francisco. ¡Mucho oirte me interesa!

(Tadeo entra en la cabaña, Francisco se dirige á sus compañeros.)

Vamos, amigos, ya es tarde... ¿Qué véis por los acueductos? ¡Otra vez la cordelera!

ESCENA IV

DICHOS, menos TADEO

Nicolas. La cordelera.. Ab renuntio!

Guillermo. Estaba tomando el aire.

(A Francisco.) La predicción de ese brujo

Te ha puesto preocupadillo...

NICOLÁS. Cierto... estás meditabundo.

Francisco. No lo creáis... no, mi mente

No se preocupa de augurios...

Meditaba en algo serio.

Guillermo. Esc leproso es un bruto!...

¡Venirme á mí con agüeros De Walter ó Sixto Munio!

NICOLÁS. ¡Y á mi llamarme plebeyo!

Guillermo. Pero eso, al fin, no está en uno.

Nicolás. La nobleza es el dinero... Lo demás es puro humo.

Francisco. Ambos tuvísteis la culpa!

El pobre dió su saludo Con humildad, y vosotros Le burlásteis. De su rudo Malestar hicísteis mofa,

Sin recordar que en el mundo,

Detrás de un cielo sereno... Se destaca un cielo oscuro.

Guillermo. Deja tu filosofia!

Nicolás. Hablas tan en absoluto, Que el laurel de tu corona

Lo ves... lo tocas de bulto!

Francisco. Basta ya de tonterías!

¿Nos vamos?

Nicolás. Con mucho gusto;

Pero antes haré una ronda...

Francisco. ¿Al río?

Nicolás. A los acueductos.

Francisco. ¿Y tú Guillermo?

Guillermo. Lo mismo:

Las vacaciones disfruto, Haciendo á la judiería Un paseo... solo uno.

Visla à la derecha... marchen!

NicolAs. Y yo por la izquierda.

Francisco. ; Ah, tunos!

NICOLÁS. Que medites.

Guillermo. Que medites.

Francisco. ¡Quiera Dios que gocéis mucho!

(Nicolás y Guillermo salen, el primero por la izquierda, y el segundo por la derecha. — Francisco se acerca al muelle.)

ESCENA V

FRANCISCO

¡Qué horrible presentimiento Agita mi corazón! En las playas del Ausón Condenado al sufrimiento!... Si será él... un momento... Esta cabaña medrosa...

(Se acerca y se retira.)

¡Entre la gente leprosa Mi pobre, mi buen Tadeo!... Entraré... verle deseo...

(Francisco hace ademán de entrar, pero retrocede espantado al ver que en su dintel aparece Tadeo.)

¡Qué visión tan espantosa!

(Se cubre el rostro con las manos.)

ESCENA VI

PRANCISCO y TADEO

TADEO. Os causo miedo, es verdad; Pero no tengáis cuidado, El leproso está curado, Gracias á la sociedad.

(Se quita el mascarón y manoplas que le dizfrazan.)

Francisco. No fué ilusión... mi Tadeo!
¡Tio de mi corazón! (Se abrazan.)
No todas en el Ausón
Son lepras, á lo que veo.
¡Pero por qué estáis aquí?...
Este horroroso destino...

TADEO. No lo he buscado, sobrino, Mi suerte lo quiso así.

(Se sientan en las piedras del muelle.)

Voy à contaros la horrorosa historia De mi vida infeliz; en toda ella No hallaréis una página de gloria, Ni en su cielo veréis ninguna estrella. Fuí comerciante en mis primeros años, En la cuidad de Pisa, el Gibelino Levantó guerra y sucumbió con daños Ante el poder audaz del Florentino... Entonces me saquearon; el incendio Devoró á la ciudad .. maldita guerra!

Francisco. Es larga vuestra historia; si en compendio Me la queréis contar...

TADEO. Sí, sí... me aterra Recordar pormenores.

Francisco. (¡Desgraciado!)

Tadeo. Sabe al menos, 'Francisco, sabe al menos Que para mí jamás... nunca han brillado El cielo hermoso, ni ese sol serenos! Amigo de los Blancos... fuí cautivo; Aliado de Alighieri... derrotado; Herido en Francia... por milagro vivo... He sido monje, labrador, soldado, Y en todas partes desgarraba mi alma El tormento cruel de la amargura... Sin gloria y sin honor ceñí la palma Que de espinas cubrió la desventura!

Y hoy de la Italia en el hermoso suelo, Bajo la lepra y su feroz espanto, Un rayo de esperanza y de consuelo Brilla sobre mi faz, seca mi llanto! He aquí mi historia; — Mísero leproso, Causo miedo, es verdad... me huye la gente Pero tengo quietud, tengo reposo... ¡La lepra es un escudo muy valiente!

incisco. Pero vivir así!

Como mi lepra, es pura apariencia;
No la tiene mejor el rey de Francia
No obstante su poder y su opulencia...
Penetra en ella y la verás.

Me la pinto á mi antojo y es muy bella.

Por el trono del mundo!... Ya mi estrella, En su embozo de nubes escondida, No teme al sol que en su triunfal carrera Da luz á la creación, luz á la vida; Pero una luz que quema, — luz de hoguera.

(Teresa canta dentro.)

« ¿Para qué naciera hermosa, Si en este barrio maldito La hermosura es un delito Y la virtud un baldón? Cordeles aquí torcemos Que ofrecemos

Al verdugo del Ausón. »

Acisco. ¡Qué bella canción!

Mas bella

Es la graciosa cantora.

ncisco. ¿La conocéis?

Cuanto pertenece á ella.

Mi padre está cerca... allí...

Guillermo. (Idem.) ¿Es el leproso?

TERESA. (Idem.)

Sí... sí...

Soltadme!...

TADEO.

¿No ois?

(Poniendose máscara y manoplas)

Guillermo. (Dentro.)

Primero

Me viera ante un escuadrón...; Hija tú de un lazarino!...

TADEO. (Incorporándose.) Es ella...

Guillermo. (Dentro.)

Vete!

Francisco. (Levantándose.)

Adivino ...

(Francisco y Tadeo se dirigen al fondo en dirección de las voces, á tiempo que entra Teresa, corriendo y visiblemente agitada: al ver á Tadeo se arroja en sus brazos.)

ESCENA VII

DICHOS y TERESA

TERESA. ¡Padre de mi corazón!

Francisco. (Guillermo la perseguía.)

Tadeo. ¿Qué ha sido?...

TERESA. (Como avergonzada.) Nada, señor.

Tadeo. Pero esos gritos de horror...

Teresa. No sué nada...

TADEO. (Tocándola.) Aún está fría. Siéntate, pobre Teresa...

(La sienta en el muro del muelle, reclinada sobre su pecho.)
Alguna emoción extraña...

Francisco. (Perjuro!)

TADEO. ¿Fué en la montaña?

Teresa. No, señor.

Francisco. (Nada confiesa.)

TADEO. ¿Pues no eras tú quien cantaba

La canción de siempre?

Teresa. Si.

TADEO. ¿Quién te acompañaba?... Di!

Teresa. Nadie.

Francisco. Y por qué gritaba?...

Esta muchacha, Tadeo, Es judía y cordelera, Y como tal... embustera!

Algun loco devaneo...

Teresa. Mal me conocéis, señor.

Francisco. Conozco á las de tu raza...

Y vosotras por la hilaza

Sóis conocidas.

Teresa. (Levantandose.) Error!

Todas somos cordeleras, Hijas del pueblo, conformes, Y vestimos uniformes

Como humildes jornaleras...

Pero el hábito, señor,

No hace al monje, — y hay alguna Que, aunque pobre y sin fortuna,

Que, aunque pobre y sin for No la afrenta el deshonor... Que Dios, en la excelsitud De su poder soberano, También en pecho villano Puso el sol de la virtud!

(Se dirige à la cabaña y observa por el murallón. Tadeo se quita la máscara y las manoplas.)

Francisco. Pues á fé que tiene espuela.

TADEO. No la conocéis, sobrino, Ella es el ángel divino Que por mi destino vela.

Francisco. ¡Es cordelera!

TADEO. Lo veo;

Pero es buena y muy hermosa.

Francisco. Es judía...

TADEO.

Poca cosa

Para afrentarla.

Francisco.

¡Tadeo!

Estáis raro, por lo visto.

TADEO.

¿Raro? me dais que pensar.

FRANCISCO.

Pues no es afrenta tratar

Con los verdugos de Cristo?

TADEO.

Estáis muy escrupuloso, · Y á la verdad yo quisicra Que á fondo se conociera

Su mérito.

Francisco.

No hay leproso

Por asqueroso y horrendo, Á quien no asista y provea.

TADEO.

Francisco...; bendito sea

Tu recuerdo!

FRANCISCO.

No os comprendo.

TADEO.

Dos años hace : os lo digo Con noble orgullo, por ella!... No encontraba la Roquella Proveedoras... En castigo

Dispuso la autoridad

Que todas las Asventanas

Lo fuesen... y ellas... villanas!

Pidieron su libertad!... Los infelices leprosos Salían de sus cabañas

Y erraban por las montañas, Pordioseros espantosos!... Las gentes que les veían ..

Se alejaban.

Francisco. (Enternecido.) ¡Qué tormento!

TADEO.

Y por falta de alimento En las montañas morían!... Otros, menos resignados, Pedían por la ciudad El pan de la caridad... ¡Y se vieron apedreados!... Fué entonces que este ángel mío, Mi preciosa cordelera, Generosa, placentera, Le dijo á ese pueblo impío:

« Si la caridad desdora

» Á las hijas de la Asventa...

» Caiga en mí toda la afrenta...

» ¡Yo seré la proveedora! >

(Teresa que ha oido todo este diálogo, se lanza á los brazos de Tadeo.)

TERESA.

¡Querido padre!

FRANCISCO.

Esa acción

Te rehabilita á mis ojos!

Teresa. (Con dignidad.) Señor...

Francisco.

Tus justos enojos

Matarán mi estimación.

TADEO

Los Asventanos que vieron Proveedora tan hermosa, Hijas, hermanas y esposas Para el Ausón se trajeron... Y, gracias á su hidalguía, Tiene una cada leproso.

Francisco. ¿Cuál es la vuestra?

· Tadeo. (Abrazando à Teresa.) ¡Gracioso! ¿Pues cuál ha de ser la mía?

FRANCISCO.

(Es hermosa, en realidad, Y modesta y virtuosa... Vamos, Francisco, no es cosa

Para un perjurio.)

TADEU.

Mirad!

Como pudorosa flor Que amante el ambiente besa, Tiñe su rostro Teresa Con las tintas del candor!

TERESA. ¡Gracias, por tanta bondad!

TADEO. (Á los dos.) Voy al barrio y vuelvo presto.

TERESA. (Á Tadeo.) También yo iré por el cesto De la pitanza.

Francisco. (A Teresa.) Es crueldad Dejarme solo.

TADEO. (Interponiéndose.) Lo veo; Y, aunque à su amor propio pesa, Quedará con vos Teresa.

Francisco. (Con intención.) Mil gracias, tio.

TERESA. (Contrariada.)

Tadeo!...

Francisco. Conmigo habéis de quedar,
Porque, á fuer de caballero,
Lo más pronto pagar quiero
Lo que os tengo de pagar.

TERESA. Padre...

TADEO. Vamos... fuera miedo!...

Es mi sobrino.

TERESA. Estoy sola...

Tadeo. La virtud siempre tremola

Su bandera con denuedo...

El te acompaña.

Teresa. Señor...

Francisco. Si estaros aquí os disgusta...

(Teresa se sienta contrariada y en actitud reflexiva.)

Tadeo. Nada!... (Ninguna se asusta Con amenazas de amor.)

(Aprieta la mano de Francisco, abraza á Teresa, se pone se disfraz, y sule.)

ESCENA VIII

TERESA y FRANCISCO

(Ambos deben estar à conveniente distancia uno de otro. Francisco la observa con frecuencia y de soslayo.)

Francisco. (Rara hermosura, por cierto... De mi prevención llevado,

Nunca la había mirado Como ahora.)

(En el desierto

Sola con un hombre!)

o. (Es bella!...

¡Encantadora en verdad!)

(¡Qué miedosa soledad!)

o. (¿Qué estará diciendo ella?)

iendosele.) Teresa, estais muy callada. (Pausa corta.) No sé qué hablaros.

O. Deseo
Que me habléis como á Tadeo... (Pausa.)
Nada se os ocurre?

Nada.

o. Vamos... jóvenes los dos... Con amor... con esperanzas... Nos haremos confianzas Recíprocas.

(Candorosamente alarmada.) No, por Dios!..

Evitadme, caballero,

Por vuestro honor... por el mío,

El bochornoso desvío

A que recurrir no quiero.

Al dejarme con vos... sola,

Mi padre dijo: « No hay miedo!

Su bandera con denuedo

« Siempre la virtud tremola... »

Y yo, en verdad, bien quisiera

Que, con denuedo, ó sin él,

Vos á su promesa fiel,

Tremolarais la bandera.

o. ¿Os enojásteis?

No á fé.

o. Me habéis entendido mal.

(Con sencillez.) Es muy posible.

). (Picado.) Si tal...

Y en breve os lo probaré.

Cuando sola y dando al viento
Vuestra preciosa canción
Veníais ¿que alegación
Turbó audaz vuestro contento?...
En voz perceptible y clara
Os oí cuando decíais:

«¡Soltádme!... y lo repetíais
Con entonación bien rara...
¿Quién os inquietaba así?...
¿Quién osado os perseguía?

Teresa. (Sobrecogida.) Era una pobre judía Que se vino tras de mí.

Francisco. Picarilla!...¿A que os doy señas De la bella?

TERESA.

Fácil es.

Francisco. (Con malicia.) Sombrero à la tirolés
Con dos plumas muy risueñas...
Vestido de pura grana,
Y en pura capa embozado...
Cuerpo esbelto y bien formado...
Ojo vivo y boca llana...
Un poco audaz.

Teresa. (Sin poder contenerse.) Cierto! .. cierto!

'Muy audaz!... (Pero ¿qué he dicho?)

Perdonadme... fué un capricho

De mi mente...

Francisco. (Sonriendo.) Así lo advierto.
Siempre los caprichos son,
Al ser pensados y dichos,
De nuestra mente... caprichos,
Caprichos... del corazón.

Teresa. Una palabra impensada...

Francisco. Vamos, no os cause disgusto... Con la emoción... con el susto...

TERESA. Pero si no he dicho nada!

Francisco. Es cierto... nada habéis dicho. Si audaz vuestro pensamiento

Voló en alas de audaz viento... Fué á lo más... audaz capricho.

TERESA. (Con dignidad.) Caballero, no os burléis.

Francisco. Vamos, confesad de llano
En plano... Un hermano...
¿Ningún hermano tenéis?
En fin... un novio... un amante...

Teresa.. (Con ademán de irse.) Basta ya!... Quedad con Dios!

Francisco. (Deteniéndola.) Por qué os vais?

Teresa. (Enojadu.) Porque con vos...
No debi estar... ni un instante!

Francisco. Teresa, vuestro candor Mi sospecha ha lastimado... ¡Perdón! (Trata de tomar su mano.)

Teresa. (Levantándola con decoro.) Estáis perdonado;
Pero me ausento, señor.
Decidle á mi buen Tadeo
Que he esperado inútilmente...
Que voy donde el intendente
Por la pitanza.

Francisco. (Deteniéndola.) Un desco Y una aspiración me guían Al deteneros... Teresa, ¿Nada el corazón confiesa?... ¿Nada los labios confian?...

Nada que el hechizo esquive
Del áspid que oculto vive
En nuestro sér, dando guerra...
Ama la grama menuda
Al arroyuelo amoroso
Que, al regarla, cariñoso
Con sus perlas la saluda...
Ama el pobre su pobreza,
Su bienestar ama el rico...
Y en ámbos muy bien me explico
De cada anor la nobleza...
Ama su barco el marino
Ave del salado espacio...

El pez ama su palacio
De conchas y coral fino...
Sus redes el pescador
Ama con interés vivo,
Su libertad el cautivo,
Su libertad el cautivo,
Su hacha tosca el leñador...
Si es pasión universal
El amor ¿por qué enojada
Quiere esquivar su punzada
Nuestra Eva terrenal?

TERESA.

Voy á ser franca, señor, Y à deciros brevemente Por qué mi pecho no siente Las dulzuras del amor: Pobre, humilde cordelera En la adversidad criada, Siempre me he visto ligada A oprobiosa suerte fiera... ¿ Qué más os puedo decir? ¿Cómo gozar del amor Si en las garras del dolor No he podido ni aun morir?... La grama menuda ama Al cariñoso arroyuelo, Porque una luz desde el cielo Alumbra siempre à la grama... Ama su pobreza el pobre, Que, no es uno, sino dos, Cuando por amor de Dios, Pide monedas de cobre... El rico su bienestar Ama con afán prolijo... Que, si obra bien, Dios lo dijo, De su reino ha de gozar... ¿Y qué otra cosa ha de amar Sino su barco el marino?... Ave sola y sin destino, Siempre en perpétuo volar! Pero yo... ya lo véis vos... ¡Sin porvenir!... ¿qué seré?

¿De que amor disfrutaré, Si no es del amor de Dios?

Francisco. (Conmovido.) ¿Decís la verdad, Teresa?

TERESA. (Con dulzura.) Dudarlo más fuera agravio.

Francisco. Lo que niega vuestro labio... Vuestro candor lo confiesa.

Dentro. (Rebato y voces.); Los leprosos!; los leprosos!

Teresa. ¡Santo Dios!

Francisco. Aquellos gritos!...

DENTRO. ¡Que se escapan los malditos!

TERESA. (Corriendo al fondo.) ¡Qué gritos tan espantosos! ¡Tadeo!... ¡Pobre de mí!

Francisco. ¿Queréis que á buscarle vaya?

TERESA. ¡Quedarme sola!

Francisco. (Contrariado.) ¡Malhaya!... (Señalando la cabaña.) Ocultémonos aqui.

(Tratan de entrar, asidos de la mano; pero son detenidos por Piombino y sus arqueros. Adentro continúa el rebato en las companas y los gritos.)

ESCENA IX

TERESA, FRANCISCO, PIOMBINO y Arqueros

Piombino. ¡Dárse presos!... Todos, todos!... ¡Lo manda Felipe quinto!

(Muestra un papel y la varilla de sú empleo)

Francisco. ¿Preso?

Trresa. (Suplicante.) Señor comisario!...

Francisco. Decid!... ¿Cuál es mi delito?

Piombino. Atadlos, mano con mano, Como lo manda el edicto!

(Los arqueros atan la mano sequierda de Teresa con la derecha de Francisco. El ruido interior continúa hasta el fin, disminuyendo.).

¡Comisario de Carpéntras, Francisco.

> Esto es infame. es inicuo! Yo soy Francisco d'Arezzo,

Estudiante.

¡Bien venido! PIOMBINO.

> El edicto no exceptúa: Los leprosos, los judíos, Las cordeleras, las brujas... Todo este barrio maldito, Y cuanto en él encontremos Marcharán, por San Isidro!

Francisco. Pero señor...

TERESA. Comisario,

> Caiga sobre mi el castigo, Puesto que soy cordelera; Pero aprisionar á un niño...

PIOMBINO. ¡Adelante la canalla!

Francisco. ¡Qué horrible afrenta!

¡Dios mio! TERESA.

(Nuevo grupo invade la escena, capitaneado por Guillermo y Nicolás.)

ESCENA X

DICHOS, GUILLERMO. NICOLAS y PUEBLO

Guillermo. ¡A nadie se dé cuartel!

Francisco. ¡Estoy salvado!

Guillermo. ¡ Qué miro! Nicolás.

Los señores me conocen... FRANCISCO.

Condiscipulos y amigos...

Piombino. (A Guillermo y Nicolás.); Qué decis?

¡Miente, señores! GUILLERMO.

Nicolas. No somos ni aun conocidos!

Guillermo. ¡Es un infame!

Nicolás. ¡Un verdugo!

Guillermo. ¡Un miserable!

Nicolás. ¡Un judío!

Guillermo. ¡Ha violado un juramento!

Nicolas. ¡Ha traicionado...!

Francisco. (Cae con Teresa de rodillas.); Dios pio!...

¡Cúmplase tu voluntad!

Piombino. ; Infelices angelitos!

Guillermo. ¿Qué te parece el filósofo,

Nicolás?

Nicolás. ¡Un hombre pillo!

Teresa. (Levantandose.) Señor comisario... vamos!

(Dando una mirada de desprecio á Guillermo.)

¡Lo que afrenta es el delito!

ACTO PRIMERO

Galería del palacio del Huevo, en Napoles. A traves de tres grandes puertes al fondo, se deja ver un hermoso salón de baile. Parejas enmascaradas bailan y recorren el salón. Noche.

ESCENA PRIMERA

NICOLÁS y TERESA.

(El primero llevard un domino negro y birette amarillo.
Ambos traeran la careta en la mano.)

Nicolás. No me engañan mis recuerdos

Teresa. A través de tantos años...

Nicolas. ¡Oh! la hermosa cordelera

Es hoy, como untes, un astro.

Teresa. Os sobra en galantería

Lo que os falta de notario.

Nicolás. El notario... quedó en Roma

A los piés del Padre Santo;

En Nápoles solo véis Al galán enamorado

Que os quiere hoy más que nunca.

Teresa. Decir eso es excusado...

Si antes no me habéis querido, El quererme hoy... ya es algo.

Nicolás. ¡Que nunca os quise!... Teresa;

No seáis ingrata; os amo Desde que os ví cordelera

De Carpentras por los barrios:

Mi amor ha sido tan tirme, Y á la vez tan desgraciado, Que vacilaba mi pecho Entre decirlo ó callarlo... ¡Qué nunca os quise!... Señora, Eso dice vuestro labio, Porque fuí yo de los tres El menos afortunado.

ERESA.

(Es verdad.)

ICOLÁS.

Justo es que ahora

Desagraviéis mi quebranto. Dando al olvido quimeras

De tiempos que ya pasaron.

fuillermo en traje de caballero de San Juán de Jerusalén, aparece en la puerta del fondo.)

Concededme una sonrisa;

(Teresa le sonrie.)

Dadme amorosa la mano;

(Se la toma.)

Y que el amante y su amada,
De amor puro en los espacios,
Crucen las verdes campiñas
De Módena, y el nevado
Escabel del Apenino,
Cubierto de velos blancos...
Y allá... tras de esas colinas,
Entre los muros sagrados
De Roma, la venturosa,
Unidas vean sus manos
Con esos votos eternos
Que inspira Dios y hace santos!...
¡ Miradme ante vos de hinojos
Nuestra ventura implorando!...

(Se arrodilla y Teresa trata de levantarle.)

¡Ay! el amor que os profeso...

Una carcajada de Guillermo hace levantar à Nicolas. — Teresa da un grito de espanto.)

ESCENA II

DÍCHOS y GUILLERMO.

Guillermo. Es el amor de un notario,

Que certifica y da fe

Como cualquier escribano...

Nicolás, ya lo sabemos.

Nicolas. ¿Quien sóis, por Dios, el osado?...

Guillermo. ¿Que se atreve à penetrar

En tu amante santuario?...

(A Teresa.)

En el jardín os espera

El leproso...

TERESA. (¡Cielo santo!)

(Teresa entra precipitadamente al salon.)

ESCENA III

GUILLERMO y NICOLAS.

Nicolás. Caballero, vuestro rostro

Descubrid!

Guillermo. Es excusado...

Os lo confieso... es muy feo.

Nicolás. ¿Os burláis?

GEILLERMO. Señor notario,

Es burla acaso deciros

Que mi rostro es endiablado?

Nicolás. Os quitaré la celada...

(Lo intenta y Guillermo le detiene.)

Guillermo. Quieto!... sóis vivo de manos! ¡Tengamos la fiesta en paz! ¿Hay bula, señor notario, Que destapar nos permita Lo que quiere estar tapado?

Nicolas. ¿Sóis caballero?

Guillermo. (Con sema.) Tal vez;

Ya me véis... ando á caballo.

Nicolas. Bien, pues, dadme vuestro nombre,

Si es que no sóis un villano.

Guillermo. En Roma me llaman Pedro...

Pero en Nápoles soy Pablo.

NICOLAS. (Sacando su puñal.)

Si no me dáis vuestro nombre, La infame burla, el escarnio Lavaré con vuestra sangre!

Guillermo. Sois muy ligero de cascos...

Amagos no matan gente; Punta de puñal romano, Es infalible, se quiebra Sobre mi peto acerado.

Nicolas. Yo buscaré en sus junturas

Para tu alma vil un paso.

(Al precipitarse sobre Guillermo, aparece la Reina; Nicolás oculta el puñal debajo del dominó, y se pone el antifaz.)

ESCENA IV

DICHOS y la REINA.

REMA. ¿Qué ruido es este?

Guillermo. Nada;

Son dos caretas alegres, Que bailan la tarantela Apartadas de la gente.

Rema. ¿Torbellino es vuestro baile?...

Un cruzado y un hereje Forman muy rara pareja. Guillermo. Un judio y un creyente

Se avienen mal; pero bailan Como hombres y mujeres.

REINA. Estais picante.

GUILLERMO.

Señora...

Nicolas. Algo más... está insolente!

REINA. (A Nicolas.) Estéfana de Gantelmo

Y Rosaura de Moenesse Con interés os buscaban... El que es galán complaciente Con Estéfana, ser debe Con Rosaura...

Nicolás. (Con indiferencia.) Lo que siempre... Su estimador, reina mía.

REINA. Id y tornad diligente, Que tengo de encomendaros Asuntos graves.

(Se acerca à la puerta isquierda del salon, como observando algo.)

Nicolas. (A Guillermo.) Valiente
Caballero de San Juan,
¡La tarantela es a muerte!
Y tenemos de bailarla
Hasta rendirnos!

Guillermo. (Levantando la celada.); Corriente!

(Vuelve à cubrirse.)

(Nicolds saluda à la Reina con etiqueta; arroja sobre Guillermo una mirada de indignación, que esté devuelve con otra de burla; la reina se acerca à un florero y toma un ramo de olivo, que se pone sobre el pecho.)

ESCENA V

La REINA y GUILLERMO.

REINA. Pues que solos estamos, la celada Está de más también...

(Guillermo alza la celada.)

(Apretandole la mano.) Oh! sois muy bello!

Guillermo. Y vos encantadora!

REINA. Fra-Moriale,
Os he visto tan poco... ¿Qué habéis hecho?

Guillermo. Nada, señora, en el jardín estuve Dando mis instrucciones á Lovero Para volver al campo.

REINA.

leov Y

GUILLERMO.

Le sigo

Apenas amanezca; mis guerreros Me acusan de traición: Carlos de Duras Me reclama la fe de un juramento; El matador de vuestro esposo...

¡No removais el tósigo en mi pecho!...
¡Príncipe infame! ¿Qué os exige, amigo?
¡Que vayais á su campo de Tarento?
Pero no, vos no iréis; me habéis jurado
No tomar armas contra mí; yo espero
Que me seréis leal.

Guillermo. Y vos, señora?...
Vos también me habéis hecho un juramento.

REMA. Os he jurado amor, y os amo tánto,
Que aun apesar de mis vestidos negros,
Por probaros mi amor, alegre os abro,
Llenos de aroma y de bellezas llenos,
Esos régios salones...

GUILLERMO.

Donde hermosa, Brillais, cual brilla el sol entre luceros; Pero no lo creeréis, mi amante reina, He sentido pesar, os lo confieso... Prefiero veros sola, sin testigos, Allá en las torres del palacio nuevo, Que acosada de amantes y galanes En ese mar de luz, que es un incendio... Me parecéis mas bella sin corona, Rizados por el viento los cabellos, Con la sonrisa dulce del arcángel, Con la mirada que refleja un cielo!... A la Reina de Nápoles la estimo; Pero á mi hermosa Juana... aquí la tengo, En el sagrario oculto de mi alma, Como el único bién que salvar quiero!... Por vos, señora, á quien adoro amante Perjuro de mis votos hoy reniego... Y esclavo del amor de mis amores. Si el cielo no, me acogerá el infierno!

REINA. ¡Para quemar mi velo de viuda
Necesitaba yo de mucho fuego!...
Está bien, Fra-Moriale, con usura,
La mujer y la reina á un mismo tiempo,
Pagarán tanto amor, tanto delirio,
Con fino amor y con delirio ciego!
Esclava sometida á tus caprichos,
Haré pedazos mi corona y cetro;
Y aunque toda la Italia me maldiga
Ceniza haré de mi vestido negro!

Guillermo. ¡Cuánto amor! ¡Cuánto amor!

(La abraza.)

¡Apenas basta Á pagar, Fra-Moriale, el que yo os debo.

(Observando.)

Pero amanece yá...

REINA.

Guillermo. (Con entusiasmo.); Oh! que amanezca! Venga la luz del sol, sí, de un sol nuevo, Venga y alumbre con su rayo ardiente Este idilio de amor, digno de Homero! (Se precipita à la mitad del escenario.) ¡Cielo feliz de Nápoles, la hermosa, Basta de oscuridad!

Ved que os pueden oir...

ILLERMO. No temáis nada... Es el Vesubio que despide un trueno!

Nuestra falta, tal vez.

Entre tantas bellezas ; ay! vos sola
Brilláis con claridad!

Nápoles, por fortuna, es en hermosas El jardín de la Italia.

¿Pero volver al baile?... es imposible... El bullicio me enferma... Yo me vuelvo Á mi campo de Módena.

¡El éxtasis de amor pasó muy presto!...
Ya se vé... los deberes de la guerra...
Alguna otra aliada... el de Tarento...

Os lo dije hace poco; mis guerreros
Me acusan de traición; no sin motivo
Temblaron al saber...

Os podéis regresar; pero este ramo
Llevad en la cimera, cual recuerdo
De mi constante amor... de las promesas
Que ante Dios me renueva un calallero;
Esa rama de olivo será el signo
De la paz con la Reina. (Le da el ramo.)

LLERMO. Y del intenso,

Y del profundo amor para la hermosa Que aquí en mi pecho levantó su imperio... No lo olvidéis, por Dios!... De hoy más, señora. Amor y eterna paz jurar debemos... ¡ Y odio profundo y guerra y exterminio Al principe Luciano de Tarento!

(Le besa la mano, cubre la celada y se precipita hasta la puerta del fondo; la Reina se reclina en un sitial.)

¡ Por fin logré tocar à una corona!...
¡ Estan cumplidos predicción y sueño!

ESCENA VI

La REINA.

(Se acerca al florero y toma otra rama de olivo, la vé y suelta una carcajada.)

Para ser monje y soldado
No miente tan mal su amor...
¡Al engañado... engañado!
Jamás en alto ha floreado
La enredadera de amor.
Quiero tu neutralidad...
¡Qué quieres tú?... Mi corona?...
¡Espantosa realidad!...
¡Nunca la sinceridad
Nuestros afectos abona!
Y en verdad, lo positivo
En todo es el fingimiento,...
Pero á Nicolás percibo.

(Nicolás se deliene en la puerta del fondo.)

Este otro ramo de olivo

Al principe de Tarento.

ESCENA VII

La REINA y NICOLAS.

Nicolás.

Señora...

REINA.

Ya os esperaba;

Mucho os habéis divertido...

s. ¡Con el corazon herido Divertirme! Yo pensaba Ser útil en algo más.

> Y es cierto, lo sercis mucho; Iréis à Roma...

¿Que escucho?

Irme!...

S.

S.

5.

3.

3.

3.

(¡Pobre Nicolás!)

¡Oh! ¿porqué me desterrais?... Si algún mal os he causado, Creedlo, reina, lo he expiado Sufriendo mucho.

¿Llorais?

¿Llorar? no; pero es horrible Partir tau pronto, señora! Ayer vine...

Y sin demora Partiréis hoy.

(¡Insensible!)

Nicolás, mi primo os llama.

¿El de Tarento?

Sí, sí; Dice que llegó hasta allí De vuestro nombre la fama; Y me escribe que al momento Quiere veros.

(¡Oh! me aleja!)

¿Para qué moverle queja
Al principe de Tarento?
A más, nuestras relaciones
No son muy buenas, á fe;
¿Acaso no esperaré
Nada de vuestras razones?...
Vos seréis para con él
Lazo de fina amistad;
Cuando lleguéis, entregad

En su mano este papel.

(Le da un pliego.)

Tomad vuestras credenciales.

(Toma del dedo el anillo real.)

No omitais nada que pueda Cambiar su curso á la rueda De la fortuna. Fatales Consecuencias da la guerra... Repetidle que yo anhelo Y le pido al Dios del cielo Que nos dé paz en la tierra!

(Rumor lejano.)

Nicolás. Puesto que vos lo mandais

Obedeceré, señora;

La pena que me devora

Comprimiré...

(Trata de irse. El rumor aumenta.)

Reina.
Todavía.

Nicolás. (¡Qué falaz!)

Reina. Decidle que aunque le escribo,

En esta rama de olivo Vá mi promesa de paz.

(Le da el ramo; se nota alarma en el salón; la música deja de sonar. Varios enmascarados se agolpan á las puertas. Roberto se hace paso hasta llegar á la escena.)

No os vayais

ESCENA VIII

DICHOS y ROBERTO.

Reina. ¿Qué ocurre, viejo escudero?...

Nicolás. ¿Qué causa esta alarma?... Hablad!

ROBERTO. ¡Dios guarde á su majestad!

Reina. Pero... despacha ligero!

ROBERTO. ¡Ah! señora!... seis bribones

De talante sospechoso

Han perturbado el reposo De vuestros régios salones...

Se han robado...

REINA. ¿Qué?

NICOLÁS. Decid!...

La mas linda camarera. ROBERTO.

NICOLÁS. A cuál?

RRINA.

A la cordelera (Sorpresa general.) ROBERTO.

¡Ira de Dios! (Á Nicolás.) Prevenid REINA.

Cuarenta arqueros veloces...

Voiad!... Volad!... Encontradla! ¡Y si la han muerto... Vengadla

En sus verdugos feroces!

¡Pobre muchacha!... á sus gritos ROBERTO.

Acudimos... ya era tarde.

¡Accion infame y cobarde!... REINA.

¡Id en pos de esos malditos!

¡Qué sospecha, vive Dios! Nicolás.

¡Nada mi venganza iguale! RRINA.

¡Ha sido él...! Fra-Moriale... NICOLÁS.

¡Ya nos veremos los dos!

(Trata de salir y la Reina le detiene.)

¡Fra-Moriale...! ¿Qué habéis dicho? REINA.

Nada... un capricho señora... NICOLÁS.

¡Oh! la rabia me devora!... REINA. Decidme vuestro capricho!

(Le toma del domino.)

Reina... ved que el tiempo vuela!... NICOLÁS.

Si perdemos un momento...

Si... si... (¡Me abrasa el tormento!...) REINA.

(La Reina suelta à Nicolás, que sale precipitadamente.)

¡No haya piedad...! ¡Cuál recela

Un hecho mi corazón! Fra-Moriale... no... no hay duda!...

(Lleva la mano al corazon.)

¡ Ya siento la espina aguda De su cobarde traición!

(Cae rendida en el sitial; los concurrentes la miran con asombro. Telón rápido.)

ACTO SEGUNDO

Campo de Fra-Moriale en las inmediaciones de Puzolo. En el fondo habrá, á uno y otro lado, bancos de piedra. A la derecha, entre los dos primeros términos, una roca labrada en forma de escaño.

ESCENA PRIMERA

LOVERO, MINORBINO, FERRINALLA y varios grupos de alabarderos.

Lovero. No hay como la vida nuestra,

Minorbino.

Minorbino. Pues no es broma!...

Nuestra vida es alegrilla, Aunque á veces la modorra De una excursión, un expreso, Guardias, celadas y rondas, Por cansacio ó por velada Mortifican la persona.

Mortifican la persona.
Por ejemplo, el conde Láudo,
Tan contento en la rotonda,
Ha tenido que marcharse
De noche... y noche lluviosa,

À una comisión urgente... Dicen que se irá hasta Roma.

FERRIMALLA. Y el día de un zafarrancho... ¿Qué te parece?

Lovero. No es cosa!...

El día de un zafarrancho Se afila la relumbrosa; Se dice adiós á la vida; Se la reza á la Madonna; Y cuando llega el momento, Bien haya sol ó haya sombra, Se procura que alguien caiga... Y se le corta la gola.

FERRIMALIA. De lo vivo à lo pintado Hay diferencia.

Minorbino. Y muy gorda!...

El único que yo he visto
Sereno en esas camorras.
Es á Fra-Moriale; ese
Ni se irrita ni se agobia;
Todo cuanto le rodea
Parece velado en sombras;
Porque todo está sufriendo
Disciplina á la redonda.

FERRIMALIA. Es raro en todo ese hombre.

Lovero. Si castiga ó si perdona,

Muestra siempre el mismo gesto;

Solo la nueva patrona Hace inclinar su ramaje À esa palmera orgullosa.

FERRIMALIA. Parece que le ha hechizado.

Minorbino. Lovero, yo he visto cosas

Que me tienen alelado... Voy á contaros ahora

Una de tantas. Ha poco...

Era una noche lluviosa; No se qué extraño accidente

Puso alarma en nuestra tropa.

El condottier preocupado De que la blanca paloma

Desertara de su nido,

Por fuerza extraña ó por propia,

Quiso cuidarla de cerca Y se marchó á la Rotonda.

Toss i la manta mi al ca

Tocó á la puerta... ni el eco; Dijo su nombre... mamola;

Amenazó amostazado...

Y la niña se hizo sorda...

En fin, tuvo que volverse Como el perro de la boda.

Pero si hasta le rechaza LOVERO. Los cariños y las bromas.

FERRIMALLA. Vive encerrada en su tienda Sin tratar ni aun con las moscas, Y ya sabéis... Fra-Moriale Ha recetado la horca

Al que la desobedezca!

Es una nueva Madonna. MINORBINO.

Yo que fui de la partida LOVERO. Que de Nápoles robóla Os puedo dar testimonio De que la bella patrona, Es en virtudes... un ángel Y un diablo en lo valerosa.

> Fra-Moriale la respeta Y hasta sus consejos toma... ¡ Mundo al revés!... El milano

Tiene miedo á la paloma!

(Los grupos del fondo se agitan y descubren.)

Parece que aqui se acerca. MINORBINO.

Lovero. (Observando.) Hablando del rey de Roma...

Ferrimalla. Dejémosle franco el puesto.

Y ella con él... Va la bola! MINORBINO.

(Al entrar Guillermo, que trae de la mano à Teresa, todos se inclinan, le abren paso y desaparecen.)

ESCENA II

GUILLERMO y TERESA.

(Se sientan en la roca labrada.)

Guillermo. Teresa, ¿aún estás triste? ¡Ay! Yo quisiera Ofrecerte la paz que tu ambicionas; No te place mi suerte lisonjera, ·

Ni ver ante mis piés la Italia entera Con sus tronos, sus cetros, sus coronas!... No te halaga el poder; el lujo, el oro, No tienen para ti brillo ni encanto; Con santo amor y tierna fe te adoro... Y á pesar de que ves que sufro y lloro... ¡Nunca te mueve á compasión mi llanto! Dime; qué tienes?...; Por piedad!

TERESA.

¿Yo?... Nada;

Cuando os contemplo triste... me entristezco... La guerra os es adversa... la jornada Á orillas del Vernón fué desgraciada! Siempre que padecéis, también padezco.

Guillermo. ¿Porqué hablas de desgracias?... Vencedores
En Módena quedaron mis valientes;
Cual cobardes huyeron los traidores!...
¿Triste parezco?... No! tiempos mejores
Alumbrarán la aureola de mi frente!
Si del Ausón sobre la playa odiosa
Te ví una vez humilde cordelera,
Yo haré cambiar tu suerte caprichosa
Y de esa Roma altiva y valerosa
Subirás sobre el trono la primera.

Teresa. (¡Otra vez, otra vez en mi memoria La predicción falaz!)

Guillermo.

No, no es mentira!...

Ya te he contado la preciosa historia De esos ensueños de esperanza y gloria Con que ambicioso el corazón delira. ¿ Desconfías, Teresa?

TERESA.

(¡Qué tormento!)

Desconsiar... por qué?... No habéis estado En las gradas de un trono?... ¿Qué os inmuta?...

(En tono prosetico.)

¡Una frente guerrera que se enluta, No ceñirá corona!

Guillermo. (¡Desgraciado!)
¡Siempre el mismo recuerdo...!

TERESA.

¿Os causa pena?...

¡También á mí me duele y me tortura! ¡Como esclava besaba mi cadena! ¡Vos á los piés de la real sirena Gozábais de su amor y su ternura!

Guillermo. ¡Oh! Teresa, por Dios!

TERESA.

Ya me olvidaba...

¿Cuál es para quejarme mi derecho?...

La cordelera humilde ¿por qué osaba

Al sincero cariño que juraba

Á una reina feliz un noble pecho?

Vos... nada me debéis!... Yo... mucho os debo!

Y aunque vuestra me hizo la violencia,

Á lanzar una queja no me atrevo;

Porque, aunque el cáliz del oprobio bebo,

Respetado habéis siempre mi inocencia!

Y de no ser así... creedlo! la muerte

Un tósigo me hubiera anticipado...

Guillermo. ¡Teresa, por piedad!

TERESA.

La adversa suerte,

No ha domado, pon Dios, mi ánimo fuerte...; Siento mi corazón bien colocado!

Guillermo. ¿ Me amenazáis?

TERESA.

¿Yo? no, no os amenazo...

¿Yo amenazar vuestro valiente brazo?... ¿Al terror de la Italia?...; Qué delirio! ¡Tamaña insensatez... yo la rechazo!

Guillermo. ¡Por fin harás eterno mi martirio!
Bien sabes tú cuán puro y reverente
Es el amor que te profesa mi alma;
Tuya es mi voluntad; mi adusta frente
Solo ante tí se muestra complaciente;
Porque solo á tu lado encuentro calma.

Teresa. Gracias, señor. Echemos al olvido Toda acriminación...

GUILLERMO.

¡Teresa mia!

Teresa. Vuestro campo, señor, se ha conmovido...
Palabras contra vos han proferido,

Y está cundiendo la zizaña impia...
Velad, señor, velad; vuestros soldados
Sospechan ya de vos; el descontento
Se hace sentir; los mismos conjurados
Los jefes son que acata el campamento...
¿Por qué no os váis al campo de Tarento?

tiuillermo. ¿Aliarme con el principe?... Locura!

(Toma de la mano à Teresa y la lleva al sondo del campo.

¿No ves aquella torre negra, oscura,
Que dibuja su cúpula en el cielo?...
Pues aquella mujer del negro velo,
Esa reina de Nápoles, que apura
La fraticida guerra, allí vivía...
Es un convento lóbrego, espantoso!...
¿No véis allá brillar una bujía
Con su rojiza luz?... Teresa mía;
Pues allí está la tumba de su esposo!...
Y en tanto que esa luz desaparezca
Del siniestro terrado del convento...
Mientras no apaguen esa luz odiosa,
Gritará « ¡guerra! » la homicida esposa,
Y « ¡guerra! » gritará Luis de Tarento!

TERESA. Esa luz...

Guillermo. Es la lámpara expiatoria Que está sobre el lugar do asesinaron Al monarca infeliz!...

TERESA. (Con ironia.) ¡Qué horrible historia!...
¿Por qué no la apartais de la memoria?

Guillermo. ¡Los mismos asesinos la colgaron!... ¡Y mientras brille allí tendremos guerra!...

Teresa. Mandad, pues que la apaguen... En la tierra Nadie se acuerda del monarca.

Guillermo.
¡Tu reflexión me aflige... sí... me aterra...
Pues quedaráse sin venganza y... muerto!
Miro la cara á Luis... y áun está muda,
Juana, Reina de Nápoles, callada;
El príncipe Luciano...

TERESA.

No os ayuda
La memoria, señor. — Esta cruzada
No tiene más imán... que la viuda!
Yo lo sé, como vos; el de Tarento,
Ama á la reina Juana; Luis de Hungría
La ama también... y vos, vos, caballero,
Si echáis en la balanza vuestro acero...
Es porque ambicionáis la monarquía!

Guillermo.; Cordelera, mentis!

TERESA.

No, yo no miento;

Escuché silenciosa vuestro cuento Del rey Andrés, la torre y la bujía...

Guillermo. ¿Dónde están vuestras pruebas?

TERESA.

Las daria...

Mas, no á vos... á Luciano de Tarento!

Guillermo. Calla, calla, por Dios... que mi entereza

(Cae de rodillas.)

Se quiebra en tus palabras!

TERESA.

¡De rodilla...!

¿Donde está Fra-Moriale esa fiereza?... ¿Donde el fiero poder y la grandeza?... Si una pobre mujer así os humilla!

(Después de una pausa, le levanta y hace todo lo que indican los siguientes versos.)

Vamos... sentaos aquí, junto, más junto; Entre las vuestras comprimid mi mano... Quiero que conversemos de otro asunto; Dejemos ya la viuda y el difunto, Y al pobre Luis y al príncipe Luciano!

Guillermo. Sí, sí, por Dios! Aléjame esa hístoria
Que harto con sus recuerdos he sufrido!...
¡Háblame de tu amor que es ya mi gloria
Y quiera Dios no alcance otra victoria
Que ver por tí mi amor correspondido!
¡Háblame de tu amor!... (Se oye rumor lejano.)

· TERESA.

La cordelera,

No os pide trono, cetro, ni corona...

Tan solo un bien os pide y ambiciona...

No se lo negaréis... La prisionera Con él el brillo de su amor abona...

(El rumor se aumenta con ruido de armas.).

¿No peroibis rumor...?

Guillermo.

Habla... tu anhelo...

Teresa. Se acerca más y más...

Guillermo.

Di... ¿qué deseas?

Teresa. ¿No recelais, señor...?

Guillermo.

No, no recelo.

Teresa. El campo se conmueve...

(El rumor aumenta; suena un tiro. Guillermo muestra la mayor desesperación y recorre aceleradamente del fondo al proscenio. Teresa lo vé aterrada.)

Guillermo.

¡Vive el cielo!

TERESA. Os traicionan, señor...!

(Suenan dos tiros á la vez; Teresa arroja un grito y se pierde en la arboleda de la derecha.)

GUILLERMO.

¡ Maldito seas!

ESCENA III

GUILLERMO, LOVERO, MINORBINO, FERRINALLA, y otres alabarderos, que conducen á TADEO, en traje de monje de SAN GERONIMO.

LOVERO.

Condottier! aquí os traemos
A un brujo con faz de fraile,
Que ha llegado á nuestro campo
De buen caballo al escape;
Pero lo raro del cuento
Es que este maldito trae
El caballo Nuredino
Que llevó Láudo.

MINORBINO.

El paseante

Calla cuando le preguntan.

JILLERMO. (Sentándose.) Vamos, reverendo padre, ¿Dónde quedó el conde Láudo?

DEO.

Señor, no le ví. — En los valles De Cápua, pobre viajero, Andando á pié, ví agitarse Un objeto, allá en la ceja De la colina distante... Le ví llegar sin ginete, Tendida la crin al aire, Con la brida sobre el cuello, Incierto en su andar, jadeante... · Con maña y haciendo tiempo, Gracias á espesos ramajes, Conseguí se detuviese... ¡Dígalo Dios, que él lo sabe, Que por encontrar al dueño Esperé muchos instantes!... Separado de mi ruta A causa de este percance, Volví al camino y... creedme! No vino en su busca nadie... ¿Volver atrás?... Imposible!... Venía solo, era tarde; Y mucho, mucho faltaba Para llegar hasta Nápoles. ¿Qué remedio me quedaba?... Monté y proseguí adelante; Mas llegando á Nazaretti, Tiró á la izquierda indomable... Gritos, esfuerzos, reniegos No consiguieron pararle; Resolví correr la suerte Que me reservaba. El aire Resonaba en mis oidos Como un trueno; los zarzales Me han desgarrado; mi vista Jamás alcanzó á fijarse; Pretendi, por varias veces, Lanzarme al suelo y dejarle; Pero no me fué posible...

Corría fiero, incansable;
Saltando barrancas, hoyas...
Vió La Cava en el remate
De este bosque, y redoblando
De su carrera el coraje
Me ha metido en vuestro campo
Donde, al fin, logré pararle.
Esta es la historia; ya véis
Que no soy un miserable
Capaz de robar...

Guillermo.

Responde: Qué ibas á buscar á Nápoles?

TADEO. Iba à poner en arreglo Mis negocios comerciales;

Porque temiendo á la guerra....

Guillermo. ¡Temerle à la guerra un fraile!

TADEO. No, señor, no soy profeso; Pero puedo usar el traje

Para no ser reclutado.

Guillermo. ¿Se hacen reclutas en Nápoles?

Tadeo. No sé; mas lo que es en Roma

En alta escala las hacen.

El nuevo Tribuno...

Guillermo. (Con interés.) ¿Cómo?... ¿Tiene Roma otro que mande?

Tadeo. ¿Pues no lo sabéis?... Rienzi!

Guillermo. ¿Quién se animó á proclamarle?

Tadro. El rey Roberto de Anjou

Le dá su apoyo...; Admirable Fué para todos tan rápida

Elevación!... Pero él sabe Matar las admiraciones

Con alabardas y sables.

Guillermo. Pero adivinar no puedo...

TADEO. Su talento le ha hecho grande.

Guilierno. Bien, no te irás todavía, Hasta que nuevos detalles Me dés... (Me parece un sándio). Entre tanto Fra-Moriale...

(Tadeo se estremece.)

TADEO.

¡Fra-Moriale!

LOVERO.

¡Le da susto!

Guillermo.

Encontrais extravagante
Mi nombre!... Razon tenéis...
Mezcla de soldado y fraile,
Es nombre común de dos;
Pero que de nada vale,
Si al pronunciarlo no causa
Terror en los circunstantes...

Serás mi huésped...

TEDEO.

Señor,

Mis negocios comerciales...

Guillermo.

No sufrirán; muy temprano

Te haré conducir à Nápoles.

TADEO.

Gracias, señor! (¡Suerte rara!
.¡Lo uno á lo otro equivale!...
¡No dormir entre capuchas

Por dormir entre capuchas!)

Guillermo. ¿Qué será del conde Láudo?...

(Rumor en el interior del campo.)

Dentro. ¡Quizá le mató ese fraile!

ESCENA IV

DICHOS, CONRADO y varios alabarderos.

CONRADO.

¡Venganza, señor, venganza!

Guillermo.

¿Qué ocurre?

CONRADO.

Los enemigos

Han matado al conde Láudo!

Guillermo.

¡Cómo!...; Qué dices!...; Dios mío!

CONRADO. Apenas escapar pude... Mi brazo derecho herido...

(. Unestra el brazo que lo trae suspendido de un vendeje.

Guillermo. ¡Muerto Laudo!...; Dios del cielo!...

¡Corra la sangre, por Cristo!... Vos, padre ¿dónde encontrásteis

El caballo?

TADEO. Ya os lo he dicho;

En las llanuras de Cápua.

GUILLERMO. ¿Viajabais solo?

TADEO. (¡Dios mio!)

No señor, me acompañaban

Unos diez desconocidos Que tomaron por Aversa.

Guillermo. ; lban armados?

TADEO. (¡Qué digo!)

Guillermo. Respóndeme, brujo infame,

¿Iban armados?

(Tadeo palidece y calla.)

LOVERO. Lo dicho!

Este orates es un Judas.

Guillermo. (Sacudiéndolo con ira.)

Responde, fraile maldito! ¿Quiénes eran esos hombres?

Tadeo. Quién sabe... desconocidos...

Guillermo. ¿Llevaban armas?

TADEO. Algunos

Eran arqueros...

Guillermo. ¡Dios mio!

LOVERO. ¡Ese fraile ha sido cómplice!

Conrado. Con flechas fuimos heridos.

GUILLERMO. ¡Pídele á Dios, miserable,

Que te asista en el suplicio!

TADEO. Pero señor...

Guillermo. Sí, llevadle...

Y que muera como impío!

Bo. ¡Piedad! Piedad, Fra-Moriale!

LLERMO. ¡De Láudo no la has tenido!

Señor, yo soy inocente.

LLERMO. Llevadle y ahorcadle os digo.

s alabarderos conducen á Tadeo, por el sondo hácia la erecha. Guillermo cae en la roca, cubierto el rostro.)

ESCENA V

GUILLERMO y LOVERO.

'ERO. ¡Que pérdida hemos sufrido!

LLERMO. (Levantándose.) Toma diez hombres ligeros,
Y entre Nápoles y Aversa,
Ó en Cápua... ó en los infiernos,
Busca y trae á mi presencia
A esos infames arqueros!
La vida de un miserable
No paga la que perdemos;
La sangre del conde Láudo
Exige que derramemos
Inmenso raudal de sangre...
; Ay! Aplacarla deseo...!
Corre, vuela; diez valientes...
; No tengáis piedad, Lovero!

(Lovero entra precipitado.)

ESCENA VI

GUILLER EO.

¡Dios de inmensa bondad! ¿porqué enojado Tan fiero golpe sobre mí lanzaste?... ¿Qué ofensa te hizo el mísero soldado Cuya vida, munífico amparaste Del Palatino en el sangriento prado?... ¿Por qué, señor, por qué me abandonaste?...

(Hace una pausa, cubriendo el rostro con las manos.)

Láudo, Láudo, mi amigo y compañero... Si no se opone Dios... vengarte espero!

(Teresa entra precipitada, pálida, afanosa y cae á los piés de Guillermo. Este trata de levantarla, durante el primer parlamento.)

ESCENA VII

GUILLERMO. TERESA, MINORBINO, FERRIMALLA y algunos alabarderos.

Teresa. Perdón!... señor, perdón para ese hombre!... No, no le hagais morir... le quiero tanto!... El fué mi protector, cuando en Carpéntras, Cordelera infeliz, hilaba el cañamo... No, no le mataréis... porque es mi padre Y si le hacéis morir... también me mato! Hace poco, señor, que me rogabais, Con loco afán, y férvido entusiasmo, Que dijera mi anhelo, que os pidiera Como prenda de amor algo, sí, algo... Pues bien, señor, os pido que el suplicio Suspendáis de ese hombre...; pobre anciano!... Y si es preciso que la sangre corra, Para aplacar los manes de Ferrando, No vaciléis por eso... la tendremos... ¡Verted la mía y quedaréis saciados!

Guillermo. ¿l'erdonar à ese infame?... Es imposible! (Levantandola.)

Teresa. ¿Qué es lo que esta diciendo?... Desgraciado!... ¿Dice que es imposible?... Pues sabedlo! De hoy más, en vez de amor, guerra os declaro! De toda arma usaré... puñal, veneno, Soborno, intriga, seducción, delato... Haré cicuta el agua de las fuentes,

Prenderé suego en vuestro propio campo... El sueño acecharé de los que duerman, De los que velen doblaré el quebranto, Seré el demonio tentador de todos...

Guillermo. Teresa, por piedad!...

TERESA.

Pues... perdonadlo!

Es inocente, si, yo lo aseguro...

Jamás un crimen afrentó su mano...

Yo le conozco bien; sí, fué mi padre
A orillas del Ausón... por Dios! salvadlo!

¿Queréis que os diga más?... pues bien, sabedlo!

Ese infeliz que llevan al cadalso

Es el leproso que anunció tu sino

·Cuando en Carpéntras me afrentó tu labio...

Tadeo Ancisa, tio del Petrarca...

Guillermo. ¿De Francisco de Arezzo?... ¿De mi hermano?...
Teresa. ¡Qué! ¿no lo habéis oido?... Le perdona...

(A Minorbino.)

Id y haced esa soga mil pedazos;

Mandad que se retiren los verdugos...
¡Ved que se pasa el tiempo!... Sanguinarios!...
¡Hablad, señor, hablad!... ¿le perdonáis?

Guillermo. (¡Manes del conde Laudo! manes santos!

Perdonad si el amor y los recuerdos

De mis primeros, juveniles años

Os dejan sin venganza!... Minorbino,

Podéis decir... que yo le he perdonado.

(Minorbino, Ferrimalla y alabarderos obedecen con lentitud y desagrado.)

Teresa. No, no; podéis quedaros!... corro al punto...
¡Si es tarde, por desgracia... incendio el campo!

(Entra precipitadamente, seguida de los demás.)

ESCENA VIII

GUILLERMO. (Pauss.)

Es la primera ocasión
Que se me escapa una presa...
¡Dios te perdone, Teresa,
Este mi primer perdón!
La clemencia del léon
Dicen que nunca es clemencia...
¡Miedo será?...; impotencia?...
¡Ira de Dios!...; Compañeros!

(Corriendo al fondo.)

¡No haya perdón!... Sed severos!... ¡¡Que se cumpla mi sentencia!!

(Nuevo rumor en el campo. Se perciben vivas lejanos al cona Laudo.)

> Pero ese rumor extrano... Esa confusión de voces...

Lovero. (Dentro.) ¡Viva el conde Laudo!

Voces. (Id.)

¡Viva!

ESCENA IX

GUILLERMO, LAUDO, LOVERO, MINORBINO 5 algunos alabarderos.

(Guillermo corre al encuentro de Laudo y le abraza.)

Guillermo. ¡Conde, mi valiente Conde!

Laudo. ¡Gracias, Condottiero, gracias!

Lovero. ¡El león, alma de bronce,

No murió bajo las flechas De los arqueros traidores!

Guillermo. ¡Gracias también, mi Lovero,

Y à vosotros que, veloces,

Solo por vengar su sangre, Volábais al campo!... Conde,

Muchas heridas tenéis?

LAUDO.

Son tres; pero los dolores

Que me causan son horribles...

GUILLERMO.

¿Eran muchos?

LAUDO.

Diez ó doce.

Guillermo. Sentaos, descansad un poco.

(Se sientan en la roca Guillermo y Laudo.)

LAUDO.

Para cumplir vuestras ordenes Me embosqué tras la maleza... Mas perdía á borbotones

La sangre; mi Nuredino

Libre y perdido en el bosque...

Conrado herido también...

No había esperanza. — Un monje,

Que iba con ellos, se vino

De Cápua buscando el monte;

Los otros continuaron

Por Aversa... Oscura noche Cubrió de sombras el campo; En un recodo del bosque, · Como pude, mis heridas

Ligué; la lucha vencióme; Y al abrigo de unas ramas

Me dormi...

LOVERO.

(¡Valiente hombre!)

LAUDO.

No bien amaneció el día La luz del sol alentóme...

Y arastrando... y poco á poco... Me acercaba aquí... del monte,

Tras del espeso follaje

Ví deslizarse unos hombres... Temí nuevas desventuras...

Recelé males peores...

Guillermo.

¿Y quiénes eran?... Supísteis!

LAUDO.

Lovero y su gente.

GUILLERMO.

Conde,

Mucho habéis sufrido, mucho... Mi gratitud os responde...

(Lovero y Minorbino sostienen à Laudo. Ruido de voces dentro.)

¿Qué es eso?... ved lo que pasa En el campo.

LOVERO. (Dirigiéndose al fondo.) Suenan voces. (Nuevo rumor en el campo. Conrado entra precipitadamente con un pliego y unos hábitos en la mano.)

ESCENA X.

DICHOS y CONRADO.

Conrado.; Traición, señor, traición... os han vendido! Guillermo. ¿Qué sucede, por Dios?

CONRADO.

La cordelera,

Acaba de partir con ese hombre Que perdonásteis hace poco...

Guillermo.

¡Ella!...

¿Teresa me traiciona?..; Dios del cielo!

Conrado. Ese monje traidor que se la lleva, Dejó olvidados, ó tal vez de intento, Su hábito y este pliego.

(Arroja el hábito á los piés de Guillermo, y le entrega el pliego.)

Guillermo. (Á Lovero.)

Corred... volad... por Dios! Sí!... mi caballo...

Mi caballo, por Dios!

Laudo. ¿Pero qué intentas? Del traidor en alcance irá Lovero... ¡Abandonar tu campo...!

Guillermo. ¡Cordelera!...
Si mi mano te alcanza... ¡ay! yo te juro
Marcar tu frente con estigma eterna!

¡Volad, volad; la dilación me mata!...
¡Ay de vosotros si venís sin ella!
(Lovero sale precipitadamente.)

Laudo. Ese pliego tal vez!

Guillermo. ; Oh! ingrata, ingrata!...

• ¿Este es el pago que mi amor encuentra?

Laudo. Ese pliego, señor...

¡Mujer traidora!
¡Tal vez por otro amor huye y me deja!
¡Mi caballo, por Dios! sí... mi caballo!...
¿Todos me traicionáis?... Cómo revienta
De su infame traición, ola tras ola,
El horrible volcán en mi cabeza!

Laudo. Ese pliego, señor, tal vez nos diga...

Guillermo. Tienes razón... sí, sí... tal vez Teresa...

(Guillermo lee con agitación el sobre.)

« Al Reverendísimo Valeriano Severino, Superior del convento de San Gerónimo. » ¡Maldición! ¡Maldición! (Arroja el pliego.)

Laudo. (Recojiendo el pliego.) ¡De Dios la mano,
Por una eternidad, bendita sea!
Ese pliego, señor, es un tesoro;
Lo que saber queréis en él se encuentra;
Por cojer ese pliego me mandásteis
Á los bosques espesos del Aversa;
Por cojer ese pliego...

GILLERMO. (Recordando.) ¡Cierto, cierto!... ¡Has vertido la sangre de tus venas!

(Guillermo abre el pliego con mano convulsa; recorre sus lineas; se inmuta, se enfurece; aprieta el papel entre sus manos y lo arroja con indignación.)

¡Una nueva traición!...; Dios de mis padres, No me abandone, no, tu omnipotencia! ¡El príncipe Luciano es el que escribe À la Reina de Nápoles... perversa! ¡Le habla de amor, de tregua, de himeneo!... ¡Siento en mi corazón que arde una hoguera! ¡Esposa desleal!...; viuda insensata!...; Mira que estoy pisando tu diadema!...

(Toma de la cimera del casco el ramo de olivo, lo hace pedazos y lo pisa.)

Roto este ramo, el juramento rompo!...

(A sus soldados.)

¡A Nápoles volemos!... Guerra, guerra!... ¡Mandad que sobre lanzas y alabardas Se alce en los aires la bandera negra!...

(Conrado, Minorbino y algunos alabarderos entran precipitados: se oye el grito de « guerra! guerra! » Guillermo desnuda su espada y arroja la dalmática, quedando en traje de combate.)

¡ A los muros de Nápoles, soldados!

(Las cornetas alarman el campo; se oye ruido de armas. Varios grupos salen á la escena acaudillados por Minorbino y Conrado.)

> ¡Venganza ó muerte! si! La trompa suena... ¡No haya piedad! No quede de la infame Nada que la recuerde acá en la tierra!...

(Guillermo se precipita entre los grupos.)

Marcha militar. - Cuadro.

ACTO TERCERO

Sala del palacio del Tribuno-Senador Rienzi, a orillas del Tiber: puerta al fondo; à la derecha habra otra puerta con vidrieras, que da paso a un balcón sobre el río. — Mesa con recado de escribir: consolas en el fondo con telas y objetos de lujo. Noche.

ESCENA PRIMERA

TERESA y ROBERTO

Roberto. Por más que yo batallaba

Con mi memoria... imposible!

¿Cómo á figurarme iba

Veros á orillas del Tíber?

Anoche, cuando os trajeron,

La oscuridad era horrible.

¿Desde cuándo estáis en Roma?

TERESA. A principios de abril vine;

Pero estuve en un convento,

Cuya austera regla impide Toda comunicación

Con los que en el mundo viven.

Roberto. ¡Muy feliz érais en Nápoles!...

Solo en la noche del crimen...

Teresa. No traigas á mi memoria

Cosas que la martiricen.

Tú también eras dichoso;

¿Por qué causa te viniste?

(Roberto enjuga sus ojos.)

¿Tu faz humedece el llanto?... ¿Qué es eso, Roberto, dime...

Qué ha sucedido por Nápoles?

ROBERTO. Señorita... es increible!

Desde aquella infausta noche Fué todo tiniebla; el crimen Trajo su sangrienta lava Hasta la márgen del Tiber.

Teresa. Pero nuestra reina Juana...

Roberto. ¡Pobre señora... me aslije

Recordar su triste suerte Y su porvenir más triste!

TERESA. ¿Qué ha sido de ella?

ROBERTO. Sitiada

Por Fra-Moriale, el terrible, O se morirá de hambre, O si vencida se rinde, La matarán, sin clemencia,

Esos sanguinarios tigres.

Teresa. Pero el Tribuno de Roma

No la desiende?

Roberto. Es posible

Que à tiempo lleguen las tropas

Que Su Eminencia dirije;

Pero á juzgar por los términos En que doña Juana escribe, Temo que, llegando tarde, Surjan conflictos horribles.

TERESA. ¿Y qué pide Fra-Moriale?

Roberto. Sangre, señora, eso pide...

Pero parecéis cansada... Si queréis que me retire...

Teresa. Me entristecen tus historias...

Es tarde ya... puedes irte.

(Roberto saluda y sale.)

ESCENA II

TERESA

¡Sola!... ¡sola en el mundo!... ¡Abandonada! En la odiosa prisión de esta clausura!... ¡A una terrible predicción ligada!... ¡Viva sin sol y mártir sin ventura! Reo sin delito!... Condenada Por el funesto dón de la hermosura!... ¡Ídolo sin altar!... Sobre mí pesa La maldición de Dios!...; Pobre Teresa! ¡ Pobre Teresa! — Ni tu santo oficio A orillas del Ausón cambió tu suerte; Ni en Puzolo tu amante sacrificio Pudo embotar las garras de la muerte; Y hoy à orillas del Tiber quiere el vicio Bajo su infame protección ponerte!... ¿Cuándo, señor, este calvario cesa?... ¿No habrá paz para mí?...; Pobre Teresa! Esta dorada cárcel; esos dones Con que tentar mi vanidad pretende; De su liviano amor las expresiones Con que mi amor y hasta mi honor ofende; Alardes de poder; ruines pasiones; Llama sin fuego que el deleite prende... ¡Esos mis gajes son!...; Mi herencia es esa! ¡Ultraje y aflicción!...; Pobre Teresa!

Rendida por la emoción, cae en el sillón contiguo á la mesa.
Por la derecha cantan la siguiente estrofa.)

« ¿Para qué naciera hermosa, Si en este barrio maldito La hermosura es un delito, Y la virtud un baldón?... Cordeles aquí tejemos, Que ofrecemos Al verdugo del Ausón. » TERESA.

No hay duda, no; es la canción De mi edad de cordelera... ¡Ay, si como entonces fuera Dichoso mi corazón!

(Repiten la primera parte de la estrofa. Teresa se asoma al balcón que da al Tiber. Nicolás, en traje de Tribuno, aparece en la puerta del fondo.)

No me engaña mi deseo... Es una débil barquilla... Ya casi toca á la orilla... No hay duda alguna... es Tadeo!

(Repiten el resto de la estrofa. Teresa la oye enagenada.)

¡Aconséjame, Dios mío!
¡Qué debo hacer?... Escribirle...
Sí... mi situación decirle...
Que sepa cómo el impío
Me tiraniza inhumano,
Que no me olvide; que venga.
Y que mi virtud sostenga
Contra el poder del tirano...
Él tiene buen corazón (Nicolás desaparece.)
Pero brevc... el tiempo vuela...

(Observa en todas direcciones.)

¡Como mi sangre se hiela De espanto en esta prisión!

(Vuelve al balcón y hace seña con el pañuelo; regresa á la mesa y escribe. El instrumento repite la música de la estrofa.)

No perdamos un momento...

(Cierra la carta precipitadamente. Nicolas aparece en el fondo.)

Mi collar, mi anillo... todo!...

(Se despoja de sus joyas, y de ellas y la carta hace un paquete.)

Pero echarlo... ¿de qué modo?

(Queda un instante reflexiva, y luego corre à la mesa en donde están varias telas, cintas, etc. Nicolás desaparece.)

Todo se ofrece al intento!

(Toma un rollo de cinta; ata el paquete; vuelve al balcón y llama con el pañuelo.)

Ya me vió...Ya cruza el río La voladora barquilla! ¡Ya se aproxima á la orilla!

(Teresa descuelga el paquete. Nicolás reaparece en el sondo.)

¡Ya está en su poder... ¡Dios mío!

(Nicolás sonric malignamente y desaparece.)

Ya la cinta desató... Ya leyendo está lo escrito... Me hace señas...; Dios bendito! ¡Algo en la cinta prendió!

(Recoge la cinta, en cuya extremo viene alado un puñal.)

¡Un puñal!...¡Qué bien comprende Mi espantosa situación!... ¡El leproso del Ausón De la infamia me defiende!

(Desata el puñal, lo oculta en sus ropas y arroja al suelo la cinta.)

Si de nuevo su maldad Mi pudor ó mi honra ofende, Este acero me defiende!

Nicolás. (Dentro.) ;¡Velad, arqueros, velad!!

TERESA. ¡Ay!...¡Qué grito tan feroz! ¡Imprudente centinela!

(Aparece Nicolás.)

¡También la víctima vela Bajo el trueno de tu voz!

(A una carcajada de Nicolás vuelve la vista Teresa, que le vé con asombro.)

ESCENA III

NICOLAS y TERESA

Nicolás. Parece que os causa horror

El grito de los aqueros.

Teresa. Pero los acechos fieros

Me horrorizan más, señor.

Nicolas. Lo siento... La culpa es vuestra.

Si dócil á las pasiones,

De aceptar mis pretensiones Me dierais ligera muestra;

Si, dando mano al rigor

Con que me trata severa, Con su amor la cordelera

Pagara mi fino amor,

No fueran así, á hurtadillas,

Las visitas del amante,

Y á la luz del sol radiante Culto os diera de rodillas!...

¿Por qué tanta obcecación

Con un amor tan rendido?

Teresa. Decidme ¿no habéis oido

Remos por el malecón?

Nicolás. Ya lo olvidaba... y ofa

La preciosa barcarola...

Y aun me dije: « estará sola...

» Voy á hacerla compañía. »

Teresa. No era yo la que cantaba.

Nicolás. Lo comprendo... si, era él.

Teeesa. ¿Sabéis quién era?

Nicolás. Un doncel

Que á una hermosa remedaba. ¡Qué dulce y tierna canción! ¿La sabéis?... Es carpentrana!

¡En la música italiana

No la hay de más corazón!...; Oh! me la habéis de cantar!; Qué aire tan triste y tan bello!

(Levantando la cinta.)

¿Esta cinta?...; Ah! del cabello La acabaríais de quitar.

(La arroja.)

TERESA. (¡Me horroriza su ironía!)

Nicolás. No es tan triste, á lo que veo

El Tiber.

TERESA. (¡Pobre Tadeo!)

Nicolás. ¡Tiene noches de alegría!

Los cantos del pescador, Las noches de clara luna, Los insomnios de fortuna, Las aventuras de amor...

Todo da al precioso río, Que mi altiva ciudad baña, Ese tinte, que no engaña,

De amor y dicha.

TERESA. (¡Dios mio!)

Nicolás. ¡Con razón que en vela estéis!...

Yo también á vuestro lado Mi amargo insomnio obcecado Mataré... ¿Lo concedéis?...

¡Bella estáis entre las bellas!... Aunque sin joya ninguna...

¡No le hace falta á la luna La luz que dan las estrellas!

Así con encantos brilla, Probando su raza pura, El diamante en noche oscura,

El sol en la parda orilla...

Pero qué... i no me escuchais?...

¿Os causa mi voz fastidio? ¿Será que yo siempre lidio

Sin provecho?

TERESA.

Os engañáis.

No es fastidio, que es temor, Lo que mi entereza humilla... Jóven, tímida, sencilla... ¿Cómo requiebros de amor A solas podré escuchar?

Nicolás. Nunca tuvisteis amigos?...
¡Para el amor no hay testigos!

Teresa. Por eso no quiero amar.

NICOLÁS. Nada tenéis que temer; Mi propio afecto os ampara... ¿Si mi respeto os negara,

Quién os guardara?

Teresa. El deber.

¿Sus leyes no conocéis?

Nicolas. ¡Las conozco... y las practico!

Teresa. Entonces... yo no me explico

La pregunta que me hacéis.

Nicolás. (¡Cómo se burla y me exalta!)

Vamos, Teresa, es preciso Dar á nuestro paraiso

El encanto que le falta.

No bastan las bellas noches, Vistas desde esos balcones, Ni las dolientes canciones,

Ni el aroma, que en los broches

De puro marfil ó grana, Como incensario de olores, Guardan del jardín las flores

Y esparce la brisa ufana! Algo más es necesario....

Ved la vid, que se hace fuerte

Junto al olmo centenario.

¡En la unión está la vida! Por eso es que unidos vemos

Los más opuestos extremos...

Y es por eso que, fundida En su fuego abrasador

Vemos en la humana raza

Que el odio la despedaza... Que la reune el amor.

TERESA.

Ya por una y otra vez Os he dicho mi deseo... Un claustro...

NICOLÁS.

Por lo que veo
No os basta esta lobreguez.
Claustros tenéis á millones
En este inmenso palacio...
Celdas!... ¿No os mata el espacio
De estos estrechos salones?...
Busquemos la libertad
En el mundano bullicio;
Busquemos el beneficio
De la sociabilidad!...
Y en el mar arrebatado
De la mascarada humana,
Cantemos alegre hosanna
Al Dios que nos ha criado!

CERESA.

Aún no me puedo explicar Por qué el Tribuno de Roma Temerario empeño toma Para vencer y triunfar De una infeliz cordelera Que, indigna de tanta gloria, Ni áun disputa la victoria... Porque alcanzarla no espera.

licolás.

Injusta sóis, en rigor,
Hablando de esa manera...
Bien sabe la cordelera
Cuanto ambiciono su amor!...
Mis títulos, mi grandeza,
Cuanto tengo, cuanto valgo,
Lo pongo á los piés, hidalgo,
De vuestra altiva belleza!...
¡Pero amadme, por favor!
¡Yo vuestro amor necesito!...
¡No hagáis que obtenga el delito
Lo que no pudo el amor!

Teresa. ¡El delito!... No es en él

Donde hallaréis esperanza,

Que en lides de amor se alcanza

En el amor el laurel...

Yo os pido menos que amor...

Os pido olvido y quietud...
¡No amenaceis mi virtud...

Porque tiene un gran valor!

Nicolas. ¡Cuán funesta tu hermosura

Para mi destino ha sido!

TERESA. ¡En herencia me ha traido

Mi espantosa desventura!...

¡Olvidadme, por piedad!

Nicolás. ¡Vos no la tenéis de mi!

(Tomándole de la mano.)

TERESA. Respetadme!

Nicolas. (Tratando de llevarla al fondo.) Muy bien... si!

¡Caridad por caridad!

¡Harto vuestro esquivo labio

Pagó mi afán con desdén!

¡Harto devoré también

La amarga sal del agravio!

¡Al fin ya todo cambió!...

¡No me mueve vuestro llanto!

¡Ya no me aflige el quebranto Que otro tiempo me afligió!...

Ya os tengo aquí... en mi poder!

TERESA. ¡Sálvame, Virgen bendita!

Nicolás. Esa súplica me irrita...

¿Salvaros?... No puede ser! ¡María es madre de amor

Y castiga la impiedad!

TERESA. ¡Es madre de castidad

Y condena el deshonor!

Nicolas. No más blasonéis ufana

De inocencia y sencillez...

Si os lo toleré una vez

No á más mi bondad se allana!

(Remedo irónico.) Niña, condorosa y pura...

Verme à solas...; Oh! qué horror! ¿Cómo escuchar vuestro amor En la soledad oscura?... ¡ Falsa, hipócrita mujer! ¿Tanto escrúpulo... qué vale? ¡En poder de Fra-Moriale No estuvisteis hasta ayer?... ¿No fué en vergonzosa fuga, Y entre feroces bandidos, Que sus primeros latidos Dió la pasión que os subyuga?... ¿Decid si os causaba horror La sangre alli derramada; Si inocente y desolada Os inquietaba su amor?... ¡De vuestra torpe impudencia Me irritan los desafueros!... ¿Acaso entre bandoleros Se acrisola la inocencia?... ¡ Alardead de mujer fuerte!

(La toma con violencia.)

Pero no hagáis, os repito, Que me dé al fin el delito...

Teresa. Seguid... y os dará la muerte!

(Amenazandole con el puñal. Nicolás retrocede acobardado)

Me insultásteis y he sufrido
La calumnia y la impostura;
Mi fama, que es limpia y pura,
Vuestros dientes han mordido...
También me habéis recordado,
Tristes y desoladoras,
De mi infortunio las horas,
Y las habéis infamado!...
Pero es bueno que sepáis
Que Fra-Moriale, el bandido,
Nunca hubiera cometido
La acción cobarde en que estáis!
Él me tuvo en su poder,

De bandoleros cercada...
Y nunca mejor tratada
Se vió una honrada mujer!
Jamás alardes de furia
Hizo al ídolo querido;
Jamás insultó mi oido
Con amenaza ni injuria;
Y, aunque nunca amado, amable,
Cortés, delicado y fino,
Cubrió siempre mi camino
De respeto inquebrantable!

(Ironia.) ¡Qué contraste, gran señor, Entre el feroz bandolero Y el cumplido caballero Que es Tribuno y Senador!

Nicolás. ¡No más de labios perjuros Salga el elogio del crimen!

Teresa. Si ellos de hacerlo se eximen, Serán todo... menos puros!

NICOLÁS. Vamos... calmaos, por Dios!
Mi orgullo el amor inmola...
¡Amadme!

Teresa. ¡Dejadme sola! ¡Todo acabó entre los dos!

Nicolás. ¿Sigue la burla?...; Sabed Que la he sufrido bastante!... ¡Por la humildad del amante Su fiereza comprended!

Teresa.

¡Me amenazais?...; Bien guardada
Está mi honra, caballero!...
¡A la punta de este acero
Dios la tiene encomendada!
Si ella es poco para vos...
Para mí me basta y sobra!

Nicolás. No blasfeméis... Vuestra obra La inspira el diablo y no Dios!... Pero os ciega el devaneo De vuestra arrogancia loca... ¿No hay un ruego en vuestra boca Por el infeliz Tadeo?

(Teresa muestra la mayor tribulación.)

¿Perecerá en la tortura Molido y despedazado Como el cómplice acusado De sacrílega impostura?... ¿De él no tendréis compasión? ¿No os moverán sus dolores? ¿Cual de herejes y traidores Será su condenación?

Teresa.

Señor, de vuestra picdad, Si hay piedad en vuestra mano, Lujo haced cou ese anciano Modelo de lealtad! Y si acaso es necesaria Una víctima... aquí estoy! Si hay culpa... culpable soy! ¡Caiga el hacha sanguinaria! ¡Cortad mi rebelde cuello... Corra mi sangre á torrentes... Arrancadme ojos y dientes... Poned fuego en mis cabellos... Haced mis miembros pedazos... Una por una mis venas Desangrad... están bien llenas!... Clavadme de piés y brazos... Dadme mi ofrecido trono Sobre una hoguera incendiada... No omitáis nada... no, nada Para saciar vuestro encono! ¡Cuanto os plazca... ejucutadlo! ¡Ni resisto... ni me quejo! Pero al inocente viejo... ¡Perdonadlo!...;Perdonadlo!

(Cayendo de rodillas y arrojando el puñal. Pausa corta. Nicolás la levanta.)

Nicolas. ¿No os dije?... Al fin la mujer Su debilidad confiesa... ¡No pueden luchar, Teresa, La impotencia y el poder!... Dios, en su ciencia infinita, Maliciando esta Babel, Le dió las fuerzas á él... A ella las fuerzas le quita; Para que así, sin ludibrio, Ella y él, dados de mano, Este carnaval mundano Crucen... en justo equilibrio. Si la voluntariedad De la mujer fuera fuerte, ¿Qué ocupación á la muerte Le diera la humanidad? Pongámonos en razón, Que es razón que en ella estemos... Amarnos con fe juremos... Y Dios dé su bendición. Así cumplido el deseo Que hará mi vida dichosa... Vos seréis feliz esposa... Feliz yo... feliz Tadeo!

TERESA.

Mi franqueza perdonad...
Pero yo amaros no puedo...
Perdonadle... y os concedo
Mi cariño y mi amistad.

NICOLÁS

¡Quién en tan dura refriega Habla de amistad, señora?.. ¡Cuando la fuerza enamora La debilidad se entrega! Os repito... el devaneo De vuestra loca arrogancia Vá alargando la distancia. Que hay entre vos y Tadeo!

TERESA.

¡Infeliz!... Decidme al ménos Lo que habéis hecho de él.

Nicolás.

¿Yo?..; Nada!... Vuestro papel

Lleva al jefe de los buenos.

TERESA.

¡Oh!... le habrán asesinado.

Nicolás.

La ocasión os hace ingrata...
¡Matarle!... Nunca se mata

El bién que se ha ambicionado! Yo, como vos, también creo Que atroz injusticia fuera Privar á la cordelera De un padre como Tadeo... Por eso libre y dichoso En mis reinos entra y sale... Ya estará con Fra-Moriale...

(Teresa se inmula.)

El magnánimo... el glorioso! Vuestra recomendación Cumple, acaso, en este instante... Ver me parece el amante Bramando de indignación... Y hasta me figuro oir Su voz que exclama... « ¡ Imposible!

» ¡Ella con él!.,. ¡Increible!

» ¡Voy á salvarla ó morir!... »

(Sonriendo.); Pobre Guillermo!... El templario Con cruz y todo, no sabe Toda la astucia que cabe En el alma de un Notario. Su postrimer aventura Vá el infeliz á correr...

(Kncolerizado.) ¡Aquí mismo váis á ver Cómo prueba su bravura!... ¡Un trono para los dos!... Está predicho... y no es falso... Para Guillermo... el cadalso! ¡Y la hoguera... para vos!

(Teresa atribulada cae en el silión. Nicolás sale. — Telón rápido.)

ACTO CUARTO

Calabozo en la cárcel del Capitolio. Puerta al fondo, y una gran ventana à la derecha. A la izquierda un pequeño altar en primer término; y una puerta secreta en el segundo. Guillermo aparece atado á una cadena, pendiente de un poste de piedra que le sirve de asiento. — Pausa.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO.

¡Por fin ya llegaste!... Del rudo camino
La senda funesta cruzaste por fin!
¡Tu horóscopo fiero, tu lúgubre sino
Quedó realizado del todo!... ¡Infeliz!
¡Monarca cautivo!... Tu férrea corona,
Tu oscuro palacio, tu trono feroz
No abdiques ingrato!... Tu nombre blasona
En alas del trueno muy grande, por Dios!

(Pausa corta.)

¡Cumplido está todo!... Mi cuello mañana Al frío contacto del hacha fatal... Caerá de su tronco, cual palma lozana Que abate á los vientos su copa triunfal!

(Pausa.)

¡Qué indigna celada!...; Qué infame bajeza!
¡Cobarde asechanza, bien digna de él!...
¡En alma plebeya no hay nunca nobleza!...
¡La huella del tigre no busca el lebrel!...
¡Fingírseme amigo!...; Rodearme de espías!...
¡Diez hombres por uno!...; Villana traición!...
¡En lucha más franca sus manos impías
Matarme han podido de angustia y furor!

¡Valerse de clla!...; Sus cartas forjarme!...; Con súplica humilde mover mi piedad!
¡Su letra... su estilo... su firma imitarme!...; Traerme en su auxilio!...; Qué trama infernal!
La hazaña gloriosa del noble tribuno
No envidia, por cierto, Guillermo Monreal!
¡Su tipo de gloria tendrá cada uno!...
¡Su juicio y su fallo cada uno tendrá!
¡Verdugo de Roma .. tu horóscopo escrito
Muy cerca, muy cerca del mío quedó!...
Tu vida y mi vida las mancha el delito...
¡Que vierta su sangre quien sangre vertió!...

(Pausa.)

¡Morir sin vengarla!...; Dejarla en sus manos!...; Su víctima inerme!...; Su amante quizá!; Su amante!... Nó... nunca!... Los celos insanos Con olas de fuego quemándome están!...; Quién sabe si acaso con él coligada La inícua celada también preparó?...; Quién sabe si acaso...; Oh, Dios de los cielos! (Poniéndose de rodillas.); Señor de la mar!; Rasga de mis ojos los pérfidos velos!...

ESCENA II

¡Déjame que vea la luz, la verdad!

GUILLERMO y NIOOLÁS.

Este aparece sigilosamente por la puerta secreta. Pausa.)

COLAS. Vamos, Guillermo, muy bien!
Pecador arrepentido,
Puede llevar un bandido
Corona blanca en la sien!

ILLERMO. (¡Trágueme el infierno!... El es!)
¿Quieres gozarte en tu obra?...

NICOLÁS.

la está acabada... me sobra Verte humilde ante mis piés.

Guillermo.

(Levantándose con altivez.)
¡ A tus piés!

Nicolás.

Y no es de broma!

¡De rodillas, bandolero!

Guillermo.

¡Una y mil muertes primero,
Tribuno altivo de Roma!
¡Hay privanza entre los dos?...
¡Yo humillarme?...; Qué locura!
¡Reverente criatura
Solo me humillo ante Dios!

Nicolás.

¿Orabas acaso?

Guillermo.

Si...

Oraba en bién de tu gloria.

NICOLAS.

La oración más meritoria Hubiera sido por tí... Que, al fin, tus horas contadas Piden rezos muy de prisa...

Tus delitos...

GUILLERMO.

Me das risa. Con tus pláticas sagradas. ¡Mis delitos!...; En la Italia Con mi espada están escritos!... Pero son esos delitos Hijos de la represalia. La inútil carnicería Nunca halaga al que es valiente; Mi conducta es evidente... Mato... pero en pleno día... Mientras que el Zorro Tribuno, Lo hace allá en sus oraciones, En sus santas devociones... Para avigorar su ayuno. En el nocturno arrebol Que despiden sus puñales Descarga golpes mortales... ¡Yo mato á la luz del sol! ¡Mis delitos!...

NICOLÁS.

¡Callarás!

Guillermo.

Tú mi lengua has provocado...
¿Cómo puedo estar callado,
Viéndote aquí, Nicolás?...
¡Sigue en devota oración
Hipócrita cenobita,
Lavando en agua bendita,
Las manchas del corazón!

NICOLÁS.

Vamos, Guillermo, despacio... ¡Estás filósofo á fé!

Tú soñaste, y yo señé Habitar rico palacio;

Sentarnos bajo de un solio

Y cenir aurea corona... La verdad todo lo abona... ¡Ya estás en el Capitolio! Tu trono es muy elevado...

Inmenso... míralo allí!

(Abre la ventana de la derecha: la iluminación de la plaza penetra en la escena.)

Guillermo. Mi cadalso!

Nicolás. ¡Cierto... sí!

¡El cadalso del malvado!

(Rumor.)

Guillermo. Yo al pueblo saber le haré

Por qué muero en esa plaza.

Nicolás. ¡Te pondrán una mordaza!

Guillermo. ¿Mordaza?... la romperé!

(Pausa corta.)

Mis palabras, Nicolás!

Te causan pavor?... lo siento!

Nicolás Te pondrán en el tormento!

Guillermo. ¿Para que diga algo más?...

¡Queda tánto de tu historia!

Nicolás. Te burlas, demonio fiero?

Guillermo. ¿Burlarme?... Nó... solo quiero

Refrescarte la memoria.

Puedes mi sangre agotar, Hacer mi lengua pedazos, Cortarme piernas y brazos, Mis huesos pulverizar... Pero no podrás con eso, Con que los viles oprimen, Acallar la voz del crimen Ni hacer liviano su peso!... Podrás llevarme á la muerte Con mordaza y maniatado; Pero no te será dado Abatir mi ánimo fuerte! Bien puedes asesinarme, A traición... de cualquier modo!... ¡Hay sátrapas para todo!... Pero no podras quitarme Mi mayor satisfacción... La mirada desdeñosa Con que á la zorra medrosa Da su desprecio el léon!

(Se oye un doble de campanas.)

Nicolás. ¿No has oido?... La campana Anuncia tu hora postrera.

Guillermo. No la teme quien la espera.

Nicolás. La muerte todo lo allana.

Guillermo. Mas no debes olvidar,

En el instante en que muero, Que soy grande y caballero... Que hay venias que respetar!

Nicolás. Morirás como quien eres,

Y venias tendrás también; San Juán de Jerusalén

Da honor é impone deberes.

Guillermo. ¡Con mi cruz de caballero

Y la espada puesta al cinto! ¡Como murió Enrique quinto!

Nicolás. Pero algo del bandolero Llevar también es razón!

¡Lástima es que solitario

Mueras!... falta á tu calvario El bueno y el mal ladrón!

Esa blasfemia villana
Es en tu hipócrita labio
Un cobarde y torpe agravio!...
¡Verme atado!...

(Doble de campanas.)

COLÁS. La campana!

¡La campana!...; Esa es tu fuerza!...
¡El verdugo, el hacha, el fuego!...
¡Oh! de la vida reniego!...

Por ocultar la impresión
Espantosamente fiera
Que te ha causado la hoguera!

Nicolás, tienes razón. ILLERMO. No es miedo, no... por mi honor Lo juro... pero es horrible Lanzar un cuerpo sensible Al fuego devorador! Si mi muerte es necesaria Para tu engrandecimiento, Escucha en este momento Mi postrimera plegaria... La hoguera es suplicio atroz! .. El potro, la rueda, el yugo... La tenaza del verdugo U su cuchilla feroz!... El tajo no hace sufrir Ni tortura al sentenciado. ¡Con la muerte del soldado No es tan horrible morir!

Pero esta concesión labra
Una promesa... Palabra,
Palabra de caballero,
De estar callado darás!...
Hablar algo... inútil fuera!...
¡No te olvides de la hoguera!...

Guillermo. Me callaré, Nicolás.

(Dobles de campanas. Tres toques de atención. — Nicolás & postra frente al altar.)

DENTRO.

"Guillermo de Monreal, caballero de San Juan de Jerusalén, llamado por sus crimenes Fra-Moriale, el Desapiadado, confeso de toda clase de maldades, y convicto de haber intentado saquear é incendiar á Roma, será conducido hoy á la plaza del Capitolio, en donde, después de degradado, se le cortará la cabeza por la mano del verdugo."

(Aplausos y gritos.)

GUILLERMO.

Por fin mi estrella espantosa Se cumple!...; Pregón infame! ¡Señor, compasivo dame Tu asistencia poderosa!

(Una quardia de arqueros, precedida por el verdugo, rodes de Guillermo y le desata de la cadena.)

ESCENA III

DICHOS, el Verdugo y Arqueros.

GUILLERMO.

¡Ya soy feliz!... Me abandona La cadena del cautivo!... ¡Soy feliz!... ¡Libre recibo Del martirio la corona!... Verdugo... pónmela bien!... Y que al mostrar mi cabeza, Reconozca su grandeza San Juán de Jerusalén!

(Atado por el verdugo, que lleva la soga, sale escoltado por la guardia.)

ESCENA IV

NICOLÁS.

Ya se fueron... corazón
Tu cárcel rompe y reposa!...
No más la zorra medrosa
Sufra angustia, ante el león.
Pero venga ella también..

re la puerta secreta y toca un pito de oro que lleva al vello.)

¡ Quiero vengarme y gozar!...; Bueno es que pueda apreciar Cuánto cuesta su desdén!

re la ventana. — Se oyen rumores populares y dobles e campanas.)

¡Ya está en la plaza!...; Cuál ruge El populacho feroz!... Mil voces en una voz Que, como el mar, brama y muge!

(Vuelve à la puerta secreta.)

¡Cómo tarda! .. No quisiera
Que algún detalle perdiese!
¡Ese es tu castigo, ese
Orgullosa cordelera!. .
No me llamaré Tribuno
Ni grande me sentiré
En tanto que mire en pié
De mis émulos alguno.
Este suplicio de hoy
Más de un castillo desploma!...

(Grilos del pueblo.)

¡Gracias, pueblo!... ¡Gracias, Roma!... ¡Qué agradecido os estoy!

ntempla la plaza. — Teresa y Roberto entran por la uerta secreta.)

ESCENA V

NICOLÁS, TERESA y ROBERTO.

TERESA.

¿ Dónde me llevas, Roberto?...
¡ Siento la tierra tan fría!...
¡ Este salón me da miedo!...
¿ Qué es lo que tocas?... ¿ qué miras

(Teresa tropieza con la cadena.)

¡Santo Dios!...; Una cadena!... ¿Para qué?...; qué significa?... Dime...; Van á aprisionarme?...

Roberto.

No aumentéis las penas mías Con vuestras preguntas.

TERESA.

• (Al ver à Nicolás.)

¡Él!

NICOLAS.

Ya la fiesta se termina...
¿Por qué habéis tardado tanto?
Acercaos, hermosa niña,
Y ved el bello espectáculo
Que se ofrece á nuestra vista:
La plaza del Capitolio
Es una hoguera encendida...
¡Desde aquí se ve muy bien!...
¡Es de verse cosa digna!

(Al llegar Teresa à la ventana suena un doble de campanas. — Roberto se regresa por la puerta secreta.)

ESCENA VI

TERESA y NICOLAS

Teresa. (Sobresaltada.) ¡Pero es que doblan á muerte!...

Nicolás. No sé si á muerte ó á vida...

Nuestras campanas no expresan

Nunca, ni placer ni dicha...

Suenan como tántos otros Instrumentos con que alivia, Ó á lo menos entretiene El mundo sus agonías. Pero mirad á la plaza.

TRRESA.

No puedo... la llama viva De la hoguera no permite

(Rumor en la plaza.)

Verla bien... El pueblo grita, Mostrando feroz encono Más que locas alegrías!... ¿Qué fiesta es esta, señor?

Nicolis. Una de tántas!... ¿Te admira?...

Teresa. Un grupo de gente avanza

Muy despacio... (Doble de campanas.)

Nicolás. Así camina

El que no quiere llegar.

Teresa. Es una guardia...

Nicolás. Es la mía.

Teresa. En la plaza hay un tablado...

Nicolás. Fijate en él... ¿ qué hay encima?

Teresa. Las tenazas del verdugo Y su sangrienta cuchilla!...

Nicolás. Fijáos bien... que algo más queda.

TERESA. Suben...

Nicolás. No quitéis la vista.

TERESA. ¡Una ejecución de muerte!

(Quiere separarse de la ventana, y Nicolás lo impide.)

Nicolás. Es una fiesta en la vida Como otra cualquiera. El mundo De emociones necesita.

(Teresa aparta la vista de la plaza.)

Es un hombre en el cadalso A quien la Italia castiga... Mirad cómo la melena Sacude feroz... la risa
Con que contempla al verdugo...
Ved cómo obsequia en las filas
Casco, gorguerín y guantes...
Mira á todos... se reanima...
Su cuello en el yunque pone...

(Toque de silencio; doble de campanas. — Rumor del pueblo, ruido de armas.)

Acercáos...

(Trata de obligarla.)

TERESA. (Resistiendo.) ¡Me horrorizan

Los suplicios con que el mundo

Ensangrienta su justicia!

(Ruido de armas cercanas.)

NICOLÁS.

¿Pero no habéis conocido

Le cabeza que caía,

La mirada que os miraba

Y su espantosa sonrisa?...

¿No la habéis reconocido

En la apuesta gallardía

Con que saludó á la muerte

Y dió su adiós á la vida?

¡Mala memoria tenéis!

¡Sóis ingrata á más de inicua!

¡Ese es Guillermo Monreal

Que ante mí su cuello inclina!

¡Es mi rival!...; Es tu amante!...

¡Mi venganza está cumplida!

(Durante los cuatro últimos versos, Teresa, enloquecida, trata de hablar y no puede, lanza un espantoso grito, que coincide con el rumor popular y el ruido de armas en la plaza y en las avenidas del palacio.)

ESCENA VII

DICHOS y ROBERTO

Rовекто. Señor, señor, el palacio Invade chusma violenta,

Y à los golpes de sus picas Cáen derribadas las puertas... Se dice que han penetrado Sobornando, en la frontera, Las fuerzas de observación Que comanda Bocanegra... El pueblo ha fraternizado Cón la chusma turbulenta!... Y áun la guarnición de Roma Os hace traición.

Nicolás.

¡Revienta Corazón!...; Tus senos abre, Y dame un sepulcro, tierra!... ¿Y no sabes quiénes son?

BOBERTO.

Son los bandidos que aterran Las comarcas de la Italia; Los que á Nápoles asedian... Las tropas de Fra-Moriale... Que le hacen libre, ó le vengan.

Nicolás.

¿De Fra-Moriale?...

(Aterrado.)

(El rumor aumenta.)

TERESA.

(¡Dios mío!)

Roberto. Señor... mirad que se acercan!...

(Observa.)

Ya invaden la galería... ¿Qué mandáis?...

NICOLÁS.

Que me desiendan...

Que no me dejen matar Por esa canalla fiera!... ¿Qué se han hecho mis arqueros?...

ROBERTO.

Anoche, por órden vuestra Marcharon al Capitolio.

NICOLÁS.

¿No habrá quién me favorezca?...
Diles que les doy el oro
Que mis palacios encierran;
Las joyas de mis bazares;
Las piedras de mi diadema:
Dí que, en cambio de mi vida,

Les doy todas mis riquezas!

(Apura el estruendo.)

DENTRO.

Muera el tirano Riënzi!

ROBERTO.

¿Lo habéis oido?

(Observa por la ventana.)

Nicolás. (En la mayor consusión.) Si.

DENTRO.

; Muera!

(Roberto sale por el fondo, alerrado y confuso.)

ESCENA VIII

TERESA y NICOLÁS

Nicolas. ¡Salvadme!... que vos tenéis Con esa turba influencia!... Es el mismo que en Puzolo Subyugó vuestra belleza! Nó... no me dejéis morir!

(La invasión se hace sentir por el sondo y la derecha. Se oye ruido de puertas violentadas, de vidrios rotos, etc., etc.)

> ¡Salvadme!...; Salvadme! (Arrodillandose.)

DENTRO.

¡Muera!

Teresa. (Levantándose.) Señor, no olvidéis que ha poco Me mostrábais una escena, En que un hombre valeroso, Sacudiendo su melena, Con la sonrisa feroz Del que la muerte desprecia, Dió en obsequio á los verdugos Del caballero las prendas... ¿No alcanzaréis á imitarle?...

(El ruido ascendente, pero gradual, sigue hasta el fin de la escena. — Debe cuidarse de que no apague la voz de los interlocutores.)

Nicolas. (Desoludo.) ¿No hay nadie que me desienda?...

ESCENA IX

Dichos y ROBERTO

Roberto. Señor, todo está vencido...

La penúltima escalera

Van á tomar...

NICOLAS. ¡Dios del cielo,

Ampareme tu clemencia!

TERESA. Emprended pronto la fuga...

Nicolas. ¿Pero hacia dónde?..,

Teresa. ; A la Iglesia!

Por el camino que traje... Por esa puerta secreta...

Nicolás. Tenéis razón... una capa...

Una capa que me envuelva, Y que oculte á los verdugos La víctima que desean...

¡Dadme, por Dios, una capa!...

Roberto. ¡Pronto, señor!

DENTRO. ; Muera!...; Muera!

Nicolas. (A Teresa.) ¡Por piedad!... ¡Dadme un andrajo Que oculte tanta opulencia!

(Se despoja del collar, del cinturón de piedras, del puñal y demás adornos.)

Teresa. ¿Cómo aspirábais, señor,

A la púrpura de César?

Nicolás. ¿La púrpura?... Yo la cambio

Por un harapo cualquiera...

Dadme un andrajo, por Dios!

ROBERTO. ¡Escapad... que ya se acercan!

(Roberto abre la puerta secreta y se la indica.)

¡Ya invaden este salón!

(Nicolds arroja su manto, quita à Roberto su capa, y se emboza.)

TERESA. Idos... y Dios os proteja!

Nicolás. Entretened á esa turba...

Cerrad el paso á esas fieras...

Quiero vivir y vengarme...

Quiero ver en mi cabeza La de mis predecesores

Imperial, triple diadema!

(Escapa por la puerta secreta, Roberto sale por el fondo. Teresa toma el puñal que Nicolás deja sobre la mesa, y se pone en guardia, delante de la puerta secreta. Tadeo, Laudo, Conrado, Minorbino y demás compañeros de Fra-Moriale invaden la escena.)

ESCENA X

TERESA, TADEO, LAUDO, MINORBINO, FERRIMALLA, CONRADO y soldados.

TADEO. ¡Teresa!

TERESA. ¡Padre del alma!

(Se abrazan.)

Laudo. Decid... ¿dónde está el Tribuno?

Teresa. ¿No le hallásteis en la plaza?

Laudo. ¡No es eso lo que pregunto!...

¿Dónde se encuentra Riënzi?

MINORBINO. ¡El asesino!

Conrado. El verdugo!

(Tratan de entrar por la puerta que guarda Teresa.)

Teresa. ¡Atrás!... la venganza os ciega!

Tadeo. ¿Cómplice vos?

Thresa. ¡Sois injustos!

No es al tirano caïdo
A quien generosa ayudo...
Quiero salvar vuestra gloria
Del oprobio y del abuso...
¡La cabeza de un cobarde

No la corta ni el verdugo!

Laudo. Pero entregadle... señora!

TERESA. Estáis, por Dios, importuno!

Laudo. ¡Soldados!...; Forzad el paso!

(Tratan de hacerlo, pero Teresa, armada del puñal lo impide.)

TERESA. Si hay entre vosotros uno,

Bien cobarde, que se atreva A dar un paso... le hundo Este puñal en el pecho!

Conrado. ¿Vos protegiendo al Tribuno?...

TERESA. ¡Atrás!...; Atrás os repito!

¿No me obedecéis?

(¡Cuál sufro!)

Nicolas. (Dentro.) ¡Me asesinan!... ¡Me asesinan!

TERESA. ¡Lo han matado! (Arrojando el puñal.)

Laudo. ¡Dios es justo!

Teresa ¿Así vengáis á un valiente?

Laudo. ¡Todo César tiene un Bruto!

(Lovero aparece en la puerta secreta, con su cuchillo en la mano.)

ESCENA XI

Dichos y LOVERO

LOVERO. ¡Duerme tranquilo en la tumba,

Fra-Moriale, estás vengado!

Teresa. ¡Su memoria habéis manchado!

¡Oid!... Airada retumba Su voz protestando altiva Contra esa cobarde acción!...

¡Nunca se vengó el león En la liebre fugitiva!

(Se oyen una marcha triunfal y vitores del pueblo. Teresa corre d la ventana.)

LAUDO.

¿ Qué sucede?...

Lovero.

¡Extraño ruido!...

LAUDO.

¡ Vuestras armas preparad!

LOVERO.

¡Las avenidas guardad!

(Los soldados se distribuyen por todas las entradas.)

MINORBINO.

¡Si alguien nos habrá vendido!

TERESA.

No os alarméis! — El rumor
Que ora los aires atruena,
No es de guerra...; Ya está llena
La ancha copa del dolor!
Venid!... y el santo homenaje
Contemplad, que un pueblo entero,
Hace al émulo de Homero...
¡Al Petrarca!... Vasallaje
Que no avergiienza ni humilla,
Porque, al rendir el tributo,
En honra coje su fruto

El pueblo que se arrodilla!...; Es la ovación más completa
Que hace al talento la gloria!...
Acercáos... es la victoria

Que glorifica al poeta!...

(Todos se agolpan à la ventana y à la puerta del sondo. Se percibe el paso del carro triunsal y de la comitiva que conduce al Petrarca al Capitolio. — Hermosa luz de bengala ilumina este cuadro sinal. — Teresa cae de rodillas al pié del altar.)

TADEO. (Desde la ventana.)

¡Dios te ha puesto bajo el solio Que cubre el laurel de Ovidio!... ¡La corona de Virgilio Hoy te ofrece el Capitolio!... ¡Tu gloria es de bendición Francisco de Arezzo!... el cielo Baña de santo consuelo Nuestra espantosa aflicción!

LAUDO.

¡ A Nápoles, compañeros!

LOVERO.

¡Sí... sí... á vencer ó morir!

Peresa. (Incorporándose.)

Pensáis de nuevo teñir
En sangre vuestros aceros?...
¡Soldados!...; Ya se apagó
La estrella que os alumbraba!...
¡El brazo que triunfo os daba
La muerte paralizó!...
¡Volved á vuestros hogares,
Y en algún seno querido,
Gozad la paz que ha ofrecido
El Dios de nuestros altares!

(Pansa.)

A Tadeo.) ¡Se cumplió la predicción!...

¡Es Dios mismo quien la abona!...

¡Cada cual ciñó corona Bien de gloria ó expiación!

'ADEO. ¡Su vista todo lo abarca...
A todo mal dá consuelo...

'ERESA. (Abrazando à Tadeo.)

Yo... para el Monte Carmelo!... Vos... al lado del Petrarca!...



ELVIRA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

A MARGARITA ESCOBAR DE IZÁSIGA

HISTORIA

Don Felipe 4°, el Rey poeta y galante, tenia 16 años cuando subió al trono. Durante su largo reinado de 44 años, estuvo casi siempre empeñado en guerres y todas le fueron adversas; discil es adivinar lo que le mereció el renombre de Grande. A su advenimiento desterró á Uceda, favorito de sú padre, y confirió el poder y valimiento de este Ministro al sobrino de su ayo Zúñiga, al ambicioso y arrogante don Gaspar de Guzmán; Conde duque de Olivares, en cuyas manos abandonó las riendas del Gebierno, entregándose él enteramente á los deleites.

A fines del siglo XVII nada había que inventar por lo que respecta á relojes; sólo sí mucho que perfeccionar para obtener la precision que exigen la Geografía y la Náutica.

	•			
	•			
		•		
		·		
•				
	•			

PERSONAS

FELIPE IV, Rey de España (en el acto 1º. Don Luis).

Don Garpar de Guemán, Conde-duque de Olivares.

Don Iñigo Girón, Duque de Osuna.

Don Honorio Sandoval, Duque de Lerma.

Don Alvaro Toledo, Marqués de Villafranca.

Don Rodrigo de Zúñiga, ayo del Rey.

Don Rugiero, su hijo.

Elvira.

Marieta.

Bertrand.

Una Religiosa.

Un Ugier.

Nobles y Religiosas de San Plácido.

La escena en Madrid y sus alrededores. — Siglo XVII.

Los apartes van entre paréntesis y las indicaciones de la acción en letra bastardilla.

ACTO PRIMERO

Jardín de una quinta con verja y puerta al fondo. Rampa de monte.

ESCENA PRIMERA

BERTRAND, MARIETA y OSUNA (Este último en traje de jardinero se ocupa en podar los arcos de madreselva).

BERTRAND. No, no puedo conformarme!...

Tratarnos como á chiquillos!...

Ella cuya hermosa cuna

Con amor paterno vimos!...

Marieta, no puede ser...

Yo tengo de hablarla hoy mismo.

MARIETA. Es inútil! La hallaréis

Cambiada como os he dicho:

BERTRAND. ¡Pobre señorita Elvira!

MARIETA. Y á fe, Bertrand, que no miro

Como vos esos asuntos; El amor es un bichito...

BERTRAND. No, no puedo conformarme!...

Así... con un hidalguillo...

MARIETA Sin embargo... ¿qué sabemos

Si ese cambio que ha sufrido

Nuestra buena señorita, Es un favorable indicio

De felicidad futura...

Ese obcecado designio
De entrar en un monasterio

Y en país desconocido

Me pareció aventurado...

¡Dejar un mundo tan lindo, Donde un carnaval eterno De amor y encanto y deliquio Hace la vida tan grata... Para darse á los cilicios!...

BERTRAND.

No, no puedo conformarme!... Lo dije yá... y lo repito; ¡Pobre señorita Elvira! Dejar el suelo nativo Tan pesarosa, tan triste, Con aire tan abatido, Y apenas pisa la España, ¡ Infame suelo maldito! Cuando todo cambia en ella; Su rostro descolorido Se reanima y embellece... Su genio acerbo y sombrío Se torna en alegre y loco... Y aun parece que al olvido Da sus antiguos afectos... ¿Quién lo creyera, Dios mío? La perla de San Germán Olvida el santo designio, Olvida á Paris la bella, El cielo, la tierra, el río, Que la vieron al nacer; Olvida el hogar antiguo, Tesoro de los recuerdos De su infancia!... Allí la vimos Niña, candorosa y pura En el paternal abrigo! (Enjúgase los ojes,)

MARIETA.

Caramba! llorar me hacéis
Con recuerdos tan tristísimos.
¡Un valiente veterano
Llorando como un chiquillo!

BERTRAND. ¡Un miserable hidalgüelo! (Osuna los observa.)

MARIETA. Todo á la larga es lo mismo.

BERTRAND. Ella es de Francia.

MARIETA.

El de España.

Bertrand. Un mozo desconocido Sin solar y sin familia... RIETA. Pero gallardo y muy fico.

ITRAND. Su nombre es el de un cualquiera.

RIETA. Quizá no lo es su apellido.

trand. Yo no lo quiero!

RIETA. Pues fresco

Quedará nuestro mocito Al saber que don Bertrand No le paga su cariño. Vamos, señor escudero, Menos enojo y más juicio! ¿No habéis visto acurrucado Al pintado pajarillo, Triste, callado, doliente Entre las pajas del nido, Que al volar en aires nuevos, Lejos del aire nativo, Desplega su hermosa pluma, Náda en las aguas del río, Canta en la rama extranjera Y escucha con tierno ahinco La voz del pájaro extraño?... Nosotras somos lo mismo!

Y entienda vuestros caprichos!
Si no quería ser monja,
¿Por qué en Paris no lo dijo?
¿No era allí solicitada
Por lo mas gallardo y fino
De nuestros donceles? — Vamos,

Que es para perder el juicio...

No os pese, buen escudero,
Tan milagroso prodigio...
Que para tomar el velo
No todas hemos nacido.

TRAND. Esa es veleidad... y mucha!

RIETA. El pan nuestro, amigo mío.

ITRAND. La señorita debiera Ser más atenta conmigo, Con el viejo compañero De su padre. Nunca olvido De sus últimas palabras El dolor, cuando me dijo:

- « Bertrand, mi fiel escudero,
- » Mi noble y constante amigo,
- » En medio de las batallas,
- » En la corte, en mi castillo,
- » Tu lealtad me has probado
- » De soldado, y tu cariño;
- » A ellos deberé el reposo
- » De mi postrimer asilo,
- » Cuando el sueño de la muerte
- » Duerma en apartado sitio!...
- » Pero aún no lo has hecho todo:
- » Quedan sobre el mar bravio
- » De este mundo mis dos ángeles,
- » Adriana y Blanca... confio
- » En que esposo y padre á un tiempo
- » Les repondrá tu cariño...
- » No te separes de ellas,
- » Dales con tu sombra abrigo,
- » Y cuando en mi busca vayas,
- » Dios te premiará... »

MARIETA.

Dios mio!

¿ Qué fué de mi noble amo?

Behtrand. Nada!... Acabó su martirio.

MARIETA. Muerto?

BERTRAND (Enjugandose sus lagrimas.)
Si, muerto en mis brazos...

(Ligera pausa.)

Tomé su espada y su anillo, Y puesta en Dios mi esperanza, Solo, emprendí mi camino; Atravesé la Alemania, Valles, desiertos y riscos Caminando... caminando, Como el errante judío!... Llegué à Paris...; qué recuerdo! Nunca ni por nada olvido De mis dos queridas huérfanas El cuadro triste y sombrío... Por fortuna la hoz del tiempo, Mata en su cortante filo Las vidas y los recuerdos...

MARIETA.

Como honrado habéis cumplido, Solo que ya está en el cielo La que del cielo nos vino... Oh! qué señora tan buena! Bertrand, lo que hemos perdido No tendrá reemplazo nunca!... Corazón sensible y fino, Al ver á su amor ya muerto Dió su postrimer latido!

BERTRAND.

Valor no tuve, Marieta, Para verla en su martirio.

MARIETA.

Lloraba... mas no por ella...
El doloroso suplicio
Del mal que la aniquilaba
Sufrió con valiente brío!
Solo la orfandad de Elvira
La aterraba... « Jóven, » dijo,
» Y hermosa y desamparada...
» Será infeliz su destino!... »
Y en ella clavó sus ojos,
La basó de dió su anillo

La besó. . la dió su anillo Y con balbuciente labio Añadió : « toma... es el rico Legado de tu buen padre!... »

BERTRAND.

Conozco mucho ese anillo:
Sobre la chapa de oro
Que lo cubre están escritos
Del Conde de Saint-Hillier
El nombre y el apellido!
Prenda que le acompañó
Hasta viejo desde niño!

MARIETA.

Horrible fin el de ambos!

BERTRAND.

Muy horrible. — Bien has dicho!

Y esta pobre criatura
Sobre el mar embravecido
De la vida, sola... sola...
Sin rumbo ni puerto fijo!...
A los embates expuesta
De este mundo corrompido!...

MARIETA.

No os ailijais, buen Bertrand;
El mundo no es tan maldito;
No siempre la mar es brava,
Ni en todo puerto hay peligro;
Ni siempre ha de ser la tierra
Una gavilla de picaros;
El mundo de hoy, por ejemplo,
Como mar está tranquilo,
Como puerto resguardado,
Y como mundo muy lindo!

BERTRAND. Pero ese maldito amor!...

MARIETA. ¿Y por qué ha de ser maldito? Tal vez en él hallarémos... Cuando ménos... un marido.

BERTRAND. ; Imposible conformarme!

; Maldito español, maldito! (Suena un timbre.)

MARIETA. Os llama la señorita,

¡Cuidado con ir, amigo, En camisa de once varas

A meterse!

BERTRAND. (Entrando.) Si, maldito!

ESCENA II

OSUNA y MARIETA

MARIETA. Oh! viejo de los demonios!
Si tuviera corazón
No hiciera esa oposición
A amores y matrimonios.
¡Qué terco, que testarudo!

Pues à fé que si él supiera
Cómo està el asunto, hiciera
Voto de ser sordo y mudo;
Encerrarse en un convento,
Bajo un sayal y una toca,
Una niña que provoca
Para hacer un casamiento!
¡Vejeces de escudero
Del Conde de Saint-Hillier!
Hombre que no ama mujer
Ni es hombre ni vale un cero;
Pero es tarde yá... (Un reloj da las tres) las tres!

(Al irse detiénese à cojer una stor.)

Si el jardinero me viera...

Osuna. (Adelantándose.) Otra más bella te diera,

(Ella trata de huir, el la detiene.)

Que fino y galante es.

MARIETA. Tengamos la fiesta en paz!

Osuna. Antes que me digas quiero

Quién es ese caballero En venir tan pertinaz.

MARIETA. Es un jóven español

Gallardo, noble y hermoso; De lo más guapo y donoso Que alumbra en España el sol.

Osuna. Le adulas que es un contento.

MARIETA. ¿Cómo adular, si es justicia?

Osuna. A juzgar por tu pericia Ese mozo es un portento.

MARIETA. Yo le quiero mucho, á fé.

Osuna. Quererle... es muy bien pensado.

¿Mi carta la hás entregado?

Marieta. Si señor, ya la entregué.

Osuna. Y qué te dijo?

MARIETA. A mi?... Nada!

Osuna. Pero bien, qué hizo con ella?

Marieta. Formular una querella

Contra la pobre criada.

Apénas la dije yo

Que os la había recibido, Nubló su rostro encendido, Y en pedazos la rompió.

Osuna. (Maldición! Rota mi carta!...

Disimular es preciso...)
Con que leerla no quiso?

Marieta. No, señor.

Osuna. ¿Y por qué aparta.

Esquiva á sus amadores?

¿Resuelve entrar al convento?

MARIETA. No tiene tal pensamiento.

Osuna. Pues, qué tiene?

MARIETA. Tiene amores.

Osuna. Ola! (La ira me ahoga!)

¿Amores tiene también?...

Dime... ¿No sabes con quién ?

MARIETA. (Forcejeando.) Tras del caldero .. la soga.

Pecáis de desmemoriado...
Os lo digo y lo olvidáis...

Con don Luis... no recordáis?...

Con don Luis...

Osuna. Quedo enterado.

¿Con que Luïs es el hombre A quien la fortuna halaga?...

MARIETA. Amor con amor se paga.

Osuna. Ya lo sé.

MARIETA. Pues no se asombre.

(Suena dentro una campanilla.)

Me llaman... Abur!... Me voy.

Osuna. Otro momento. (Deteniendola.)

MARIETA. No puedo.

Osuna. Pues solo aquí no me quedo.

MARIETA. Pues aquí más no me estoy.

Podré hablar á doña Elvira En el salón?

¿Estáis loco?

¿En el terrado?

A. Tampoco

Pero soltadme!...

No... Mira;

Responde con laconismo: ¿Quién la acompaña?

A. El galán.

(Siento en el pecho un volcán!) ¿Y en el pasco?

A. El mismo.

¿En el oratorio?

'A. Él

Por la noche?...

'A. Iden per iden.

¿Es decir que no le impiden Seguirla cual sombra fiel?... Son aficiones bien raras, Que, al cobrar muchos extremos...

'A. Nosotros no nos metemos En camisa de once varas.

ase y desaparece por la rumpa. Osuna la sigue hasta é de la subida y vuelre abatido.)

ESCENA III

OSUNA

¡Héme otra vez aquí... siempre siguiendo Del torpe seductor la torpe huella; Héme otra vez aquí siempre sintiendo Odio por él y adoración por ella! Luïs... así le llaman... No le esconde

Su rudo traje y nombre simulado... A su infame propósito responde El eterno rencor que me ha inspirado! Una doble pasión, ruda y vehemente, Alza en mi corazón su altiva llama; La venganza fatal brille en mi mente, Inextinguible amor mi pecho inflama; Y aún esa misma injusta preferencia Con que el favor sus pretensiones mira, Irrita mi pasión!... No es la inocencia El paladión mejor de doña Elvira! Pero yo estaré aquí! — Pobre pechero, La flor cultivo que le brinda ella! Mas ¡ay de él! si el áspid traicionero Se oculta astuto en la corola bella! ¡Ay del amante que, engañoso y falso, Deshonra por amor brinda á su dama!... Su infamia misma le alzará un cadalso Sobre la tumba que su nombre infama! Y tú, niña infeliz! — Blanca paloma Que el nido patrio abandonaste esquiva, Mira que el buitre su cabeza asoma Y extiende sobre ti su garra altiva! Elvira!... Hermosa, angelical Elvira, ¿Qué designio fatal te trajo á España? ¿Por qué tu amante corazón suspira Por el hombre falaz que tu honra daña? ¿Por qué la esquiva estrella de mi cielo Oculta para mí sus resplandores, Y subyugada por liviano anhelo A otro ofrece su viva luz de amores?... Mas... no será! Que el pobre jardinero, Serpiente en su camino atravesada, No dejará que el buitre carnicero Desgarre à la paloma abandonada! Y mañana, cual hoy, siempre siguiendo Del torpe seductor la torpe huella, Se gastará mi corazón sintiendo Odio por él y adoración por ella!

(Pausa.)

ESCENA IV

ELVIRA, don LUIS, OSUNA

(Los primeros bajan la rampa: el último continúa podando la mádreselva.)

Luis. Galante estás, reina mía!

Trasciende que es un primor.

ELVIRA. Bien se conoce que es slor

Del suelo de Andalucía.

Nuestros jardines de Francia, Que ciencia y arte embellecen

Nunca una flor nos ofrecen

Tan rica en tinte y fragancia...

Desde que estaba en botón

Su belleza presentí

Y la cuidó para tí

Mi amoroso corazón.

Luis. ¡Qué elocuente es una flor!

ELVIRA. Es verdad, muy elocuente;

Su idioma es el más vehemente

En los debates de amor.

Nosotras lo comprendemos

Apenas la flor miramos,

Y aun la intención alcanzamos,

Si mano en la flor ponemos.

Luis. ¿De veras?

ELVIRA. Como lo oís.

Luis. Pues es talento bien raro.

ELVIRA. Y á veces nos cuesta caro

Tenerlo, querido Luis. Un ramillete de fibres

Es, en manos de mujer,

Libro en que puede leer

Dulces coloquios de ambres.

En la flor hay sentimiento,

Tiene un lenguaje expresivo; Y le dá nuevo incentivo El aroma de su aliento. ¿Quién al ver en un salón Una blanca adormidera No descubre á la carrera Los sueños del corazón? ¿Quién ve geranio de rosa Sin sospechar preferencia?... ¿A quién no inspira inocencia La blanca azucena hermosa?

Luis.

Sois docta, querida mía.

ELVIRA.

Docta, no; pero comprendo Todo cuanto está diciendo Mi rosa de Andalucía.

Luis.

Vamos, qué dice esta flor?

ELVIRA.

Dice... que yo, sin derecho, La he puesto sobre tu pecho Como un emblema de amor. •

Luis.

Y en él siempre vivirá
Lozana, pura y hermosa,
Que es la sombra de otra rosa
Que en mi verjel tengo ya.
Ambas las cultivaré
Con amoroso cariño,
Que lo bello, desde niño,
Con loco entusiasmo amé...
Al calor de mis amores
Ambas abrirán su broche,
Y la escarcha de la noche
Refrescará sus colores!

ELVIRA.

Gracias, Luis!

Osuna.

(¡Cómo miente!

Su bello y perjuro labio!)

ELVIRA.

Siempre en tu mismo resabio, Pecador impenitente!... Tánto, tánto ha subyugado Tu espíritu la poesía,

Que nunca, por vida mía, En pura prosa has hablado... Siempre imagen de una flor, Ó luz de fúlgida estrella, Soy, en tu lenguaje, bella Como un ángel del Señor!... Sóis los poetas, mi bién, Deliciosos embusteros... En adular... los primeros, Y en engañarnos... también. ¡Quiera la bondad de Dios Y su poder infinito, Que el ángel, siempre bendito, Siga de su huella en pos! Que la pura flor tronchada De ameno rosal, no muera De impura pasión artera En el infierno quemada! ¡Quiera el que todo lo puede, Dios de suprema bondad, Que, arrojando claridad, Mi estrella en el cielo quede! ¡Que para bién de los dos, Siempre buena y siempre bella, El ángel sea y la estrella Que te haya asignado Dios! Elvira, la duda ofende A quien, como yo, te adora; Contra esa nota traidora Tu conciencia me defiende. Si en los verjeles de Francia No hay una flor, una sola, Que de esta flor española Tenga la rica fragancia, Tampoco, Elvira, en belleza, Y la pasión no me engaña, Guarda una mujer España Como mi hermosa francesa; No te ruborices, no, Que el elogio de mi labio,

Luis.

Ceder no debe en agravio De quien siempre lo escucho. Vanidad es mi constancia, Te quiero, Elvira, á tí sola, Que la constancia española Dió lecciones á tu Francia.

OSUNA.

(Hoy la España envelecida Es la que traidora engaña).

ELVIRA

No es mi intento de la España Deslustrar la honra adquirida; Mas ¿cómo explicar Luïs, Si advierto, cosas del diablo Que te enojas cuando hablo De nuestro viaje a Paris?... De esta quinta las paredes Me sofocan; ya no puedo Vivir sola... tengo miedo... Me asustan mis propias redes... Mi loca pasión me espanta, Tiemblo á la calumnia impura, Me da horror la noche oscura... En tanto que á tí te encanta. Y si en tal contrariedad El corazón temeroso Te dá el título de esposo... Te inmutas... dí, no es verdad?

Luis.

Elvira...

ELVIRA.

Habla, no es cierto,

Que leal à tu promesa Llevaràs à tu francesa De amor à seguro puerto?

Luis.

Yo te lo prometo, Elvira:

Pronto ante el sagrado altar...

ELVIRA.

Sigue...

Luis. (Contrariado.) Me oiras jurar...

ELVIRA. (Entusiasmada.) Sigue... sigue...

Osuna. (Interponiéndose.)

¡Una mentira!

Luis.

¿Quién es este hombre, señora?

ELVIRA. No hagáis caso... es un pechero...

Osuna. Soy un pobre jardinero

Que quiso hablar, en buena hora.

Luis. Me dáis lástima, por Dios!

¿Sóis demente?

Osuna. (Pausa intencional.) Si lo fuera
Vuesa merced no estuviera
Vivo entre nosotros dos...
Oh! Si yo fuera demente
Temblaríais ante el hombre
Que al descubrir vuestro nombre
Cubriría vuestra frente!

Luis. (Tratando de abosetearle.) Atrevido!

Osuna. (Impidiendo el ultraje.)

Eh! poco á poco.

ELVIRA. Luis!

Luis. Mi bondad se apura.

Osuna. Lo que os digo no es locura;

Porque el que os habla no es loco.

(Acércase y describrese d don Luis.)

Luis. Don Iñigo Girón, Duque de Osuna!

OSUNA. Hermano del de Osuna que murió...

Deletérea prision fué su fortuna...

Entre horribles tormentos pereció!

Ya estoy aquí, señor don Luis! ¡Mentira!

Vos no os llamáis así.

Luis.

Tened la lengua!

Si en respeto y honor de doña Elvira

Sufri vuestra insolencia, nueva mengua...

Osuna. No la sufráis, por Dios!

ELVIRA. Luis!

Osuna. Señora,

Ni ese es su nombre ni su rango es ese; Bajo esa faz que la ira descolora Se descubre muy bien, mal que le pese, El nombre ilustre de un ilustre hidalgo Opulento en blasón, en fama rico... Luis. Nadie os pregunta á vos lo que yo valgo.

ELVIRA. Seguid, señor, seguid... os lo suplico!

Osuna. Ese que véis con faz de caballero, Que os miente amor y que favor os vende... Ese, señora...

ELVIRA. (Con pavura.) ¡Horror!

Que vuestra audacia criminal defiende?
Don Iñigo Girón, sóis un cobarde!
¡Hacéis la ofensa y olvidáis la espada!
¡Caballero os llamáis!... Pero ya es tarde!
¡Protagonista sóis de esta jornada!
Me conocéis, decís?... Pues bien, salgamos!
Yo os conozco también... y no fortuna...
¡Cuidado, buen hidalgo, no sigamos
Las huellas del Virey Duque de Osuna!

ELVIRA. Me ha engañado... cruel!

Luis. Por Dios, Elvira!

ELVIRA. Dad vuestro nombre!

Luis. Tu razón serena.

Osuna. No lo dará, señora.

Luis. Escucha... mira...

Elvira. ¿Qué debo ver?... La afrenta que me apena?

Luis. ¿Queréis saber mi nombre?

Osuna. Que os lo diga, Si á tanto llega su impudencia loca...
Decidlo... sí... decidlo!

Luis. (Con despecho.) ¿Quién me obliga?

Osuna. (Con reposo.) La oferta que salió de vuestra boca.
Un hidalgo español nunca nos miente
Lo que no ha de cumplir. — Santa es la ley
Que rige en esto á la española gente...
El que miente es un vil. . áun siendo rey!

ELVIRA. Señor, señor!... Matad la horrible duda Que en mi angustiado corazón estalla!... (Pausa.) ¿Qué es eso?... ¿Queda vuestra lengua muda?... ¿Qué os sucede, Luis?

Osuna. (Con sorna.)

Nada... que calla!

ELVIRA. Vuestro nombre, señor!

Luis. (¡Trágame, infierno!)

Elvira. ¡Ese silencio me asesina el alma!

Osuna. (Con sorna.) Al fin lo romperá.

Luis. (Despechado.)

No!... será eterno!

Osuna. Vuestro será el blasón.

Luis. ¡Vuestra la palma!

Osuna. El gran señor se aslige y palidece Ante el reptil que guarda su camino!

Luis. Os engañáis, Osuna... se enfurece De ver á un noble con tan vil destino!

Osuna. Oidlo, señora... el jardinero es noble... ¡Maliciad quien será vuestro adorado!

Luis. Un caballero...

Osuna. Que en blasones, doble Honor os dá... y honor os ha quitado.

ELVIRA. ¡Oh!... Decidme quién es...

Osuna. (Mirando con sorna al rey.) Si lo permite, Seré à su voz solícito, obediente.

Luis. (Que así mi vida en su tormento agite
La amenaza vulgar de un insolente!)
Don Inigo Girón, sóis un cobarde!
Os lo vuelvo á decir, os lo repito!...
Del misterioso ardid no hagáis alarde,
Y mi nombre decid, que no es delito.
Sábelo tú también, que ya es de necio
Callar un nombre más que el Sol brillante;
Al decirlo mi labio... más aprecio
Y áun más amor te deberá el amante.

Osuna. (¡Dirá su nombre y aún su nombre calla! ¡Qué bien el miedo su semblante oprime!)

ELVIRA. Poned término pronto á esta batalla, En que mi pecho atribulado gime... O decís vuestro nombre ó me retiro Para no veros más. (Ay! me ha engañado!

Más me confundo mientras más le miro!)

A qué infierno, mi Dios, me has condenado?

(Con entereza.) Vuestro, nombre, señor!

Luis. (Oh! qué tortura!) ¿Saberlo quieres?... Lo diré al instante;
Pero aleja, por Dios, esa amargura
Que anubla el resplandor de tu semblante.

ELVIRA. Huérfana... sola... y en extraño suelo...; Sin más fortuna que el amor de un hombre!...; Se llamaba Luïs!...; Ay!... Dios del cielo!; Fué mentira su amor como su nombre!

Luis. Elvira, por piedad!

Al robarme la paz de que gozaba!...
¿Lágrimas de pesar no sorprendisteis
En estos ojos que el dolor nublaba?...
¡Mi tristeza feliz!...; Era mi encanto!
¡El solo bién que me legó la suerte,
Cuando puso su negro y hosco manto
En los tristes despojos de la muerte!

Luis. Elvira! tu dolor comprendo; Mi nombre nunca infamará tu nombre!

ELVIRA Luïs, quitadme del suplicio horrendo En que me ha puesto la razón de un hombre! ¡Salvadme, por piedad! (Cae de rodillas.)

Luis. (Levantándola.) ¡Gozad, Osuna,
La gloria que os produce esta jornada!...
Y...; Quiera Dios no os quepa la fortuna
De verla por mí mismo consumada!...

(Vehemente.); Abre, mi Elvira, tus preciosos ojos, Que vás á conocer al que te engaña; Este que ves ante tus piés de hinojos Es don Felipe cuarto, el Rey de España!

(Cae y Elvira da un grito de espanto, retrocede y exclama.)
ELVIRA. ¡Jesús!...; Gran Dios! (Se cubre el rostro atribulada.)
OSUNA. El pobre jardinero,

Venenosa serpiente pisoteada,

No dejará que el buitre carnicero
Desgarre á la paloma abandonada!
Oh!... mañana, cual hoy, tenaz siguiendo
Del torpe seductor la torpe huella,
Los siglos me hallarán siempre sintiendo
Odio por él y adoración por ella!
¿Lo viste, doña Elvira?... El Rey de España
Es él galán à quien tu amor se humilla;
El adúltero infame que te engaña,
Esposo de la Reina de Castilla!

(Váse por la rampa. Elvira se lanza sobre el Rey y le arrebata la stor que tiene al pecho.)

Rey. ¿Qué habéis hecho, señora?... (Irquiéndose.)

ELVIRA. (Con aparente calma.) Lo que he hecho No es sortilegio que la vista engaña... La flor que puse de don Luis al pecho, La arranco altiva al corruptor de España.

(Despedaza la stor y váse. El Rey se cubre el rostro atribulado y lanza un grito de dolor.)

ACTO SEGUNDO

Salón de palacis Puertas laterales y al fondo. Mesa con escribanía. Un hermoso reloj á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

OLIVARES y OSUNA (Entrado âmbos).

OLIVARES.

En vano de don Felipe Calmar intenté la ira... Dice que la ofensa vuestra No la olvidará en la vida; Que desatentado y loco, Sin respeto á su valía, Su magestad ultrajasteis, Siendo de vos conocida...

OSUNA.

Conde-Duque...

OLIVARES.

Habéis jugado Con brasa ardiente, á fe mía!... La melena del leon Visteis en hora impropicia, Cuando en el bosque halagaba Amoroso á su querida!...

OSUNA.

Sellad el labio, Guzmán;
Y la honra pura y limpia
De una infeliz extranjera
Respetad... Si doña Elvira
Maliciado hubiera acaso
La majestad de Castilla,
En el carnaval infame
Que don Felipe corría,
No hubiera hallado en el bosque
El leon á su querida!

OLIVARES. Duque de Osuna!

Osuna. Entendedlo!...

Fué engaño vil, vil insidia Los que á la blanca paloma

Pusieron inadvertida Bajo la garra afilada Del milano de Castilla!

OLIVARES. Y vos? qué papel hicisteis

En la mascarada inicua?

Osuna. El único decoroso

Que á un caballero cumplía...

El de fiscal y verdugo De la real mascarilla!

OLIVARES. Duque de Osuna!

Osuna. No hay medio..

Cuando en el alma se abriga
De un viejo resentimiento
La amarga hiel comprimida
Hierve, se subleva y brota...
Y el cauce estrecho extravía!
Conde-Duque, vos sabéis
Que nuestras estrellas brillan
En el cielo de la España
Con luz demasiado viva...
Alguna debe apagarse
Hoy ó mañana... algún día!

OLIVARES. Esto es poner, señor Duque,

Sobre la hoguera la chispa! ¿Sóis vos quién de don Felipe,

Soltando al odio la brida,

La cólera provocáis?...
¡Me asombra vuestra osadía!
¿Dónde está vuestro derecho

Para guerra tan inicua?

Osuna. ¡Mala memoria tenéis!...

OLIVARES. ¿Acaso el amor?... Da risa!

¿Los celos?... No os da vergüenza

De una pasión tan ridícula?... ¿La sangre de vuestro hermano?... Osuna.

Conda-Duque... esa es la herida!
Sangre del virey don Pedro,
Sangre de las venas mias,
Vertida á traición, á oscuras,
Y atado en la prisión misma
Donde le encerró, cobarde,
El rival que le temía!

OLIVARES.

Duque de Osuna, la historia De esa sangre no se olvida, Y vos tenerla presente Debiérais, por vida mía!

(Emoción.)

Vuestro hermano!... Preguntadle A Nápoles, la más rica, La más primorosa joya Que el vireinato tenía; Sí, preguntádselo á Nápoles, Pobre gacela dormida Al arrullo de los mares; Preguntádselo, y que os diga Cómo gozaba don Pedro De aquel pueblo en la agonía; Id y preguntadle, Osuna, Cuántas inocentes victimas Arrastró sobre el cadalso Su infatigable codicia; Que os diga el cardenal Bosja, Varón que la Iglesia fía, Cuánta sangre derrainó Sobre el pendón de Castilla!... Y ved después si la suya Da balance á las partidas.

OSUNA.

¿Es decir que don l'elipe Libranzas de sangre gira?... Pues decidle que si falta Para saldar... doy la mía!

OLIVARES.

Osuna, no os he llamado Para recordar sombrías Historias, que muchas lágrimas Le cuestan al alma mía! Me dijisteis que obtuviera
Retardar por unos días
La orden de vuestro destierro...
Y yo, á la verdad, creía
Que le pedíais tiempo al tiempo,
Por calmar las regias iras
Y evitar que vuestra honra...

Osuna.

Conde-Duque, más cumplida Queda mi honra en el destierro Que mi deshonra en Castilla; Si he pedido la demora De diez ó de quince días, A ello me movió otra causa Menos innoble y más digna! ¡Buscar perdón!... Señor Conde, Antes que humillarme, altiva, Bajo el hacha del verdugo Mi frente se inclinaria... Sabedlo, pues, Conde-Duque, No es favor, sino justicia, La que pido en esa tregua, Por vos tan mal comprendida... Si el Rey don Felipe cuarto En negármela se obstina.... Dona Mariana de Austria, La Reina de ambas Castillas, Será menos inclemente A revelaciones mías!... Sepa vuestro soberano Que una corona partida Puede herir por los extremos La frente que se la ciña; Que un cetro quebrado en dos Es una dorada astilla Que hiere la regia mano Que en él su poder afirma; Que el regio hermoso sillón, Cuando á dos su asiento brinda, Suele dejarnos en pié Sobre la regia tarima;

Decidle, en fin, Olivares, Que si la tregua no firma, La orden para mi destierro No demore, y la dirija A la cámara real De la Reina de Castilla.

(Trata de irse.)

OLIVARES.

¿A dónde váis, el de Osuna? Duque, ya tenéis perdida La cabeza? Pensad bien Lo que la ocasión exija; Ved que mucho os interesa Por honra, título y vida... No olvidéis que vuestro hermano Se hizo rebelde á Castilla; Que hizo perecer de hambre En Nápoles muchas vidas; Que el cañón de Castel-Nuovo, Cual la trompeta temida, Le hizo ver que muchas veces La regia ambición camina Desde el trono hasta el cadalso, Del poder à la desdicha! No lo olvidéis, señor Duque; Y esa amenaza que, indigna, Resbaló por vuestro labio, Retiradla!

(Voces dentro.)

¡Viva!...; viva!

Olivares.

Yo la tregua os doy, Osuna, Hasta por cuarenta días.

(Oyense voces en los salones inmediatos. — Osuna se sienta à distancia. — El Conde-Duque sale al encuentro de los que entran.)

ESCENA II

Dichos LERMA, ZÚÑIGA, VILLAFRANCA y nobles.

- Olivares. Bien venidos seais, nobles señores, ¿Qué nuevas celebrais?... decid ¿qué pasa?...
- ZONIGA. Si vos, que sóis el alma del gobierno, Nada sabéis de nuevo, no habrá nada.
- Lerma. No falta, Conde-Duque; los conventos Agitan hoy cual nunca sus campanas, Porque, según la crónica del día, Una devota alondra de la Francia, Cansada de volar de clima en clima, Nido caliente reclamó á la España.
- VILLAFRANCA. Y que, siguiendo de otras el camino, La ofensa venga y la deshonra lava, Buscando en Dios, galán de todas ellas, Un esposo mejor que el que la engaña.
- Lerma. Que al fin en un convento, Conde-Duque,
 Lo que en guerra se pierde en paz se gana!
 Y áun hay alguno, historiador de corro,
 De tantos como pueblan nuestras plazas,
 Que, queriendo vestir con regias plumas
 A la andariega alondra de que hablan,
 Asegure haber visto de la monja,
 Detrás del velo y de la toca blanca,
 Marcas de sangre que la garra indican
 Del hermoso león, Rey de la España.

(Levantandose.)

- Osuna. ¡Miente, Duque de Lerma, quien tal dijo!
- Lerma. Si ha mentido el cronista, vaya en gracia.

 Lo que refiero no es invento mío;

 Digo lo que me han dicho y... santas pascua;!
- OLIVARES. No os molestéis, Osuna, son hablillas Con que entretiene el tiempo la canalla.

Zuñiga. Vivo de genio sóis, mi noble amigo. Nada se ha dicho contra vos.

Osuna.

Pero conozco la funesta historia

De esa bella mujer de quien se habla,

Y sé que la virtud la llevó al templo

Que con tan noble orgullo la da entrada.

VILLAFRANCA. ¿Sabéis cómo se llama la novicia? Osuna. Su nombre nada importa, Villafranca. VILLAFRANCA. De mal humor estáis.

Osuna. Si así os parece, La hoja doblemos... que la historia acaba.

OLIVARES. Sí, mejor es, señores, que tratemos
De asuntos que interesen á la patria,
Que en Nápoles, y en Francia y en Sicilia
En cruda guerra su pendón levanta,
Y apenas de Aragón la paz ajusta,
Cuando ya el Catalán la paz quebranta;
Hablemos de la España, de sus hijos,
Nobles soldados de una causa santa,
Héroes que compran con su sangre gloria,
Héroes que palmas de martirio ganan.

Zùniga. Y Mauricio Nassau también rebelde El pendón de la guerra alza en Holanda, Y como ha dicho bien el Conde-Duque, Celos inspira el Duque de Braganza, Que de Juán cuarto el título usurpando, La altiva Portugal mueve y levanta...

OLIVARES. Guerra por todas partes! Mas no importa, Que es valerosa y grande nuestra España!

Zuniga. Don Antonio de Almeida... Oh! cómo ingrato Despreciando el favor de la de Mantua, Y los altos honores que debiera Al genio liberal de su monarca... Olvidándolo todo en su castillo El plan combina, y la traición estalla!

Lerma. Y para colmo de desgracia suma Nuevos disturbios nos suscita Francia.

La invasión intentada en la Gascuña Por el virey altivo de Navarra, Ha dado márgen á combates nuevos Con el virey que en Cataluña manda.

OLIVARES. Si sangre quieren, les daremos sangre!
Y; ay! del que sienta la sangrienta garra!

(Suena el clarin de un heraldo.)

El Rey, señores, á palacio vuelve.

Topos. Que viva el Rey!

(Menos Osuna.)

OLIVARES.

Salgamos á la entrada.

(Precipitanse todos à la puerta del fondo. Olivares se acerca à Osuna que permanece quieto y le obliga à entrar en su despacho, dándole en su tiempo la llave de él.)

Vos, Duque de Osuna, en mi despacho Permanaced oculto del monarca, En tanto que yo obtengo de su pluma La tregua que ofreci por mi palabra. Entrad, por Dios, que el tiempo os es precioso, Entrad, por Dios, y asegurad la entrada.

(Váse Osuna por la dicha cerrando tras si con llave y Olivares por el foro.)

BSCENA III

kay y Rusiero

RRY.

Pero nada en conclusión; A nada accede, Rugiero?

RUGIERO.

Señor, julta que primero Se arraticara el corazón. Oh! si, si la vierais vos Tan enferma... lan postrada! Es imagen de la nada, Un cadaver ante Dios. La luz del cirio sagrado Su austeridad engrandece; Busto de mármol parece

REY.

Sobre una tumba tallado. Y sin embargo, señor, ¡ Qué incontrastable energia! ¡Pobre de la suerte mía Si no conquisto su amor! ¿Qué mérito hay en reinar Sobre Castilla y España, Ni qué en la valiente hazaña, Ni en el amor popular!... ¿Qué importa que humana ley Venga de mi ley en pos, Si en los altares de Dios Soy yo vasallo y no Rey! ¿Qué gano con ser galán, Generoso y caballero? ¿ Qué me vale ser primero Por mi valeroso afán, Si el galardón que ambiciono Excede á mi valimiento... Si prefieren un convento Al esplendor de mi trono!... Dile que ya no soy rey, Que por ella destronado A sus manos ha pasado Mi poder y el de la ley; Dile que recuerde fiel La era de nuestros amores, La voz de sus ruiseñores, Las flores de su verjel, La mariposa pintada Que seguia delirante Y á Luïs, su pobre amante Cuya vida es desgraciada! Dile que si, ingrata y dura, No ofrece á mi amor entrada, Quedará en guerra empeñada Mi poder con su hermosura Dile que, si amante y fino, Respeté su juventud

No bastará mi virtud
Para hacer frente al destino;
Díle que lloro por ella,
Que sufro tormento horrible;
Díle que ceda sensible
A mi amorosa querella!
Que al rayar la última luz
Mi esperanza satisfaga...
Díle, díle que lo haga
Por el que murió en la cruz!

RUGIERO.

Señor, ¿por qué así se abate Vuestro orgullo altivo y fiero? No es de un experto guerrero Librar expuesto combate. No hallaréis en los primores De nuestro andaluz jardín Flores de mejor carmín Y de más ricos olores?... ¿No tendrá el cielo español En su constelación bella Otra más luciente estrella, Otro más vívido sol? ¿ Qué os importa una extranjera Que el fuero de Dios invoca, Que dura como una roca Os rechaza, ingrata y fiera?... Es muy hermosa, lo veo Y gentil y seductora; Mariposa voladora Que burló vuestro deseo; Mas qué hacer, si todo es vano! Supliqué, la insté, rogué, Todo el poder ponderé De mi hermoso soberano...

REY.

Basta!

RUGIERO.

La tenacidad
De esa insensata mujer,
Logrará entenebrecer
Tan brillante majestad.
¿Así su alteza malgasta

Por un capricho liviano La savia, el vigor lozaño De tanto amor?

REY.

Basta! Basta!

Harto su altivez impia
Mi noble orgullo avasalla!
No lo irrites que ya estalla
Con colérica osadía!
Monja que roba mi fe
Yo la robaré del templo.

Rugiero.

Felipe !...

. Rey.

Funesto ejemplo Que a mis vasallos daré.

RUGIERO.

Pero, seffor...

REY.

Está dicho!

A mi ira nada prevale!
Ella verá cuanto vale
Del Rey de España un capricho!
Vuelve al convento, Rugiero,
Y advierte á esa desgraciada
Que una fiera enmelenada
Marcha en pos de mi sendero;
Que en su indomable esquivez,
Lejos de domar aumenta
De mi enojo la tormenta,
De mi pasion la avidez;
Díle que su obstinación
Mil desgracias atraerá,
Que después no bastará
Ni el llanto del corazón!

RUGIERO.

Así, gran señor, lo haró,
Y...; ojala que menos fiera,
Menos esquiva y severa
Nuestra hermosa monja esté!
(Las dos! Poco tiempo queda
De que disponer.) Me voy,
Con fray Honorato estoy
Citado... ojala que pueda
Su intervención conseguir...

(Mira el reloj.)

Entonces, quiera ó no quiera, Su adusta arrogancia siera Veré á tus plantas rendir.

REY.

No comprendo.

RUGIERO.

Recordaba

Que son las dos — que una cita

Tengo con un carmelita A la hora que dar acaba.

REY.

No me da tregua el tormento!...
¡Quiero, de grado ó por fuerza
Que ante mis ojos se tuerza
La llave de ese convento!
Marcha, vuela... nada omita
Tu diligente interés...

Tu diligente interés...
Si un crimen preciso es...
Un crimen se necesita!
¿Conoces al capellan?

RUGIERO.

¿Al capellán?... No hay ninguno; Los hermanos de San Bruno Por turno el servicio dan; A veces los carmelitas...

Entendéis?

REY.

Conmigo juegas; Ya me das luz, ya me ciegas... Me alzas y me precipitas!... Está bien!

RUGIERO.

Fiad en mi.

REY.

En tu cariño confio.

(Siéntase.)

RUGIERO.

Hasta la vida, rey mío,

Sacrificaré por tí.

(Váse.)

ESCENA IV

El REY

Mañana, al sonar las diez, Mi pobre esperanza espira; Y ella, llorando tal vez De su amante la doblez, Se hará monja...; pobre Elvira!

La joya de San Germán, La reina entre las hermosas...; Cuánto sus rezos valdrán!... Yo sé que húmedos irán De lágrimas dolorosas!

¡Elvira bajo una toca!
¡Elvira bajo un sayal!
¡Así temeraria y loca
De Dios el juicio provoca
De un templo ante el santo umbral?

¡ Ella con aquellos ojos Que rinden siempre de hinojos A todos cuantos la ven... Entre cilicios y abrojos, Con una toca en la sién!

Ella con fe verdadera
Entre los claustros... Mentira!
Ay! A quién se le ocurriera!
¿Quién una toca pusiera
Sobre los ojos de Elvira? (Campana lejana.)

No es ilusión. — La campana Anuncia la realidad! Elvira, Elvira tirana, Si tú eres monja mañana... Se acabó mi autoridad.

(Váse precipilado por las galerías.)

ESCENA V

OSUNA (Saliendo del gabinete)

Sí, rey tirano, tu poder espira, Tu vista ciega el resplandor de Dios; Mañana un voto llevará á tu Elvira Lejos del mundo y de nosotros dos! Iguales quedarémos, don Felipe! Ni al vasallo ni al Rey su amor corone; No importe, no, que el tuyo se anticipe, Si entre los dos mi sombra se interpone! El hombre desdeñado nada envidia Del amante feliz... Oh! cómo brama Mi corazón que con la angustia lidia, Y ya, no amor, sino venganza clama! Siguela si te place; que el sendero Guarda leal la vibora pisada... No dejaré que el buitre carnicero Desgarre à la paloma abandonada!

(Váse precipitado por el mismo sitio que el Rey y cae el telón con rapidez.)

ACTO TERCERO

Celda del convento de San Plácido con puerta al fondo. Reclinatorio á la derecha, con la esgie de la Virgen alumbrada per una lámpara. A la izquierda silla tossa, Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA (Con el habiso del Carmen, aparece arrodillada al reclinatorio).

Héme otra vez aquí puesta de hinojos, Triste y atribulada; Anegados en lágrimas los ojos Ante tu altar en oración postrada. Tú, en cuyos ojos reverbera y brilla La suprema bondad, hija del cielo, Ay! mi oración sencilla Deja que llegue á tí con raudo vuelo! Mírame aquí tras la borrasca odiosa Buscar la sombra de tu faz divina; Fiero tormento sin cesar me acosa, Y aguda y venenosa Rasga mi corazón punzante espina. Humedece mi labio en tu agua pura, Fuente fecunda de esperanza y gloria; De aquí, de mi memoria Arranca la amargura De mi sensible y dolorosa historia. Seca mi llanto con tu rayo hermoso, Sol de los soles, de Belén estrella; Vuélveme mi reposo Aquí á la sombra que tu faz destella.

(Pausa. Apoya la frente en la mesa del reclinatorio.)
¡Tristes memorias de mi edad primera!

Recuerdos de mi infancia!
¡Ay! ¡quién creyera
Que, al peso del dolor, vuestra constancia
Mi corazón de niña envejeciera!
Las lágrimas que lloro
No ofenden, no, tu santidad, señora,
Que el llanto es el tesoro
Que en vez de plata y oro
Ofrece Dios al que padeoe y ora.

(Pausa. El Rey aparece embozado en la puerta del fondo.)

Y de llorar no ceso, madre mia, Lloro de sol á sol, de noche á noche... ¡Ay! la melancolta De esta flor, que perdió su lozanía, Apenas en botón marchitó el broche. ¡Pobre paloma que en los aires vuela Y ni una palma su orfandad anida; Peregrina gacela Que el patrio bosque anhela Y se vé prisionera y afligida! Lucero confundido De las pasiones en el cielo airado, Su luz han apagado, Viajero, se ha perdido Y ninguno su falta habrá notado!... (Pausa.) ¡Dulcísima María! (Accrosse el Rey.) Amparo del que sufre y del que llora, Oye la voz de la esperanza mia Que, en su fiera agonía, Paz en la tumba solamente implora!

(Al levanierse, né al Rey, lanza un grito de espanto y cae desmayada al pié del reclinatorio.)

ESCENA II

ELVIRA y el REY (Trata de leventerla).

REY. Elvira!... Oh! se ha desmayado...

Detenido su aliento, no respira...

Elvira, por piedad! Yo la he matado!...

No hay calor en su frente... Elvira! Elvira!!

ELVIRA. ¡Ay!...

(Recobrandose.)

REY. Gracias, buen Dios!... Su faz se anima; El detenido aliento reaparece,
La luz hermosa que su faz sublima
Llena de amor y fuego resplandece!

(Elvira se incorpora, ayudada por el Rey. Mira con pavor cuanto la rodea y en seguida exclama:)

ELVIRA. ¿Qué hacéis aquí, señor?... ¿Qué osado intento Pudo hasta aquí mover vuestra audaz planta... ¿Lo olvidasteis acaso?... Es un convento... Es la casa de Dios... bendita y santa!

Rey. Lo sé... lo sé... Pero mi amor burlando,
Tirana, te ocultaste bajo el velo;
Y yo que amante y fiel te voy buscando
Juré seguirte hasta el umbral del cielo.
Ya por fin te encontré!... — Preciso era
Que Dios término diera á mi dolencia,
Y que, apiadado al fin, te me volviera
Para endulzar la hiel de mi existencia.
Ya por fin te encontré!... Luz de mis ojos,
Estrella de la estrella de mi vida,
Aquí me tienes á tus piés de hinojos
La sentencia aguardando apetecida.

ELVIRA. Os digo que salgáis.

REY. (Levantandose.) ¿Solo?...; Imposible!

ELVIRA. ¿Qué pretendéis, señor?

Rey. Darte mi guía.

ELVIRA. ¡Sacrilego monarca, eso es horrible!

REY. No hay sacrilegio, puesto que eres mía; ¿Lo oyes, Elvira?... Mía!... Un juramento Te ligó antes á mí...; Ay! « yo te adoro! » Me dijo veces mil tu dulce acento...
Y eras entonces de virtud tesoro.

ELVIRA. Mentís, señor! — Jamás un juramento Al amor me ligó del Rey de España...
La que yo amé, visión del pensamiento, Se evaporó fugaz... ya no me engaña! Mi amor fué una ilusión, como lo era El ente imaginario que adoraba; A Luis amé con fe pura y sincera; Pero al rey don Felipe... no le amaba! Me engañasteis, señor. — La pasión mía, Delirio fué de un sueño lisonjero... Al vasallo... le quise... aún le querría... Pero al rey poderoso... no le quiero!

Elvira, por tu amor, vuelve á mis brazos!

El amor de Luïs mi amor abona!

¡Ay! si lo quieres tú, yo haré pedazos

Mi altivo cetro y mi real corona!...

Rey de la España... mi poder renuncio;

Rey de tu ardiente amor... ¡ay! lo ambiciono!

Luïs volveré á ser, yo te lo anuncio

Tu regazo será mi único trono.

ELVIRA. Soy esposa de Dios!

Nó, nó, mentira!

Dios escuchó tus votos... los primeros;
Y sabe bien que aquellos, doña Elvira,
Si no de un Dios, de un Rey gozan los fueros.
Ya por fin te encontré! Pídeme ahora
Cuanto conciba tu ambicioso anhelo,
Pero salir de aquí!... — Venga en buen hora
Sobre los dos la maldición del cielo!

ELVIRA. Pues bien! Si no salís, mi voz airada Amparo clamará contra el delito; Y no seré por cierto abandonada A vuestro amor sacrílego y maldito! Si no salís, las auras del convento
Del escándalo mismo voz tomando,
Con fuerzas nuevas y mayor aliento
Vuestro crimen al mundo irán contando!...
Y el mundo lo sabrá! — Que el Rey de España
Su pueblo engaña y por su bién no mira;
Que hace de insidia vil valiente hazaña,
Y gloria y prez de deshonrar á Elvira!
Tánto y tánto dirán...

REY.

Por Dios, señora,
Que diga el mundo cuanto mal quisiere;
Que mi pueblo español piense en mal hora,
Lo que su amo y señor pensar no quiere!
¿Qué importa que irritado se conjure
Y se arroje hasta mí de odio embriagado,
Si está en mi mano que el veneno apure
Y que muera á mis piés en su odio ahogado?
¿Qué importa, sí, que todos me maldigan
Si tú me das tu amor?...

ELVIRA.

Empeño vano:

Los amores, señor, nunca se abrigan
Bajo los pliegues del sayal cristiano...
Piedad, mi Rey! ¿Qué goces, qué fineza
Buscáis en mí, si todo está agotado?
¿Qué encantos hallaréis en mi belleza,
Si al riego del dolor se ha marchitado?
¿Qué os importa el amor de una difunta
A quien la fosa funeral reclama?...
El hielo de las tumbas no se junta
Con la ardiente de amor vívida llama!
Dejad, señor, que el rezo y los cilicios
Mi ingrato desamor fieros castiguen...
¡Hartos mis males son! — ¡hartos suplicios
A este escombro mortal rudos persiguen!
¡Dejadme, por piedad!

REY.

Nó, nunca, Elvira! ¿Así mi amor y mi constancia pagas? ¿Cómo quieres que ofrezca una mentira Que sangre hará mis dolorosas llagas? ¡Que te deje de amar!... — Aunque supiera

Que muerte en vez de amor encontraria, Con mayor interés, con ansia fiera Tu amor ó mi sepulcro buscaría!

ELVIRA. ¡Inexorable sóis! — Sóis inhumano!
Ni súplicas ni lágrimas os mueven!
Me protestáis amor, y, adusto, insano,
Mis desventuras véis... y no os conmueven!

Rey. Necesito tu amor.

Ay! si hubo un día
Que escuché vuestro amor enamorada,
La insensata pasión con que os quería
A fuerza de llorar... quedó apagada!
Si entonces os amé... oh! ya no os amo;
Y aunque os quisiera amar... ya no podría;
Yo mi Rey, mi señor, humilde os llamo;
Respetad mi virtud... que ya no es mía!

¿Conque no me amas ya?; Ay! cómo brama REY. El huracán de amor dentro mi pecho... Devorador incendio que se inflama, Y alza y eleva su violenta llama Sobre mi pobre corazón deshecho! ¡Oh, mi Elvira, por Dios! — Paz para el hombre Que en aras de tu amor ha consagrado Reposo y porvenir y fama y nombre... Y que darte podrá, sin que te asombre, Cuanto humana ambición ha ambicionado! Tú eres mi adoración, mi amor primero, Ya en alas de esc amor con que te quiero Mi espíritu abatido se levanta... No quiera tu desdén, injusto y fiero, Nublar un cielo de ventura tánta ! Mi corazón como el raudal sereno Que fecundiza el campo de las flores, Está hoy de vida y de frescura lleno... Dále acojida en tu precioso seno Para que brote en manantial de amores! ¡Oh, mi Elvira, por Dios! Rásguese el velo Que guarda un mundo de inefable encanto; Basta de oscuridad, mi esquivo cielo;

Bien merece un instante de consuelo Quien lleva tánta eternidad de llanto!

ELVIRA. Por Dios, señor, salid! Que vuestro aliento Quema la pura flor de mi inocencia...

(Observando.) Ved que escucho ruïdo en el convento...

Que si descubren vuestro torpe intento
Me haréis insoportable la existencia!
Salid, señor!... no os amo... os aborrezco!...
Me dáis horror... Mi pecho arrepentido
Ya no os profesa amor... odio os profeso!
Tánto, señor, me habéis enloquecido,
Que estoy loca de horror... os lo confieso!

¡Mujer al fin!... Versátil, caprichosa, REY. Ni siente amor, ni su pasión comprende! Imágen de voluble mariposa A la llama voraz, que busca ansiosa, Por quemarse y morir, las alas tiende... ¡Juego de niña, pasatiempo, engaño!... Si un alma pierde así!... ¿ qué pierde ella? Su virtud es cristal que no se empaña!... Aunque ingrata y falaz... eso no daña La buena fama de una dama bella... Pero en esta ocasión el alma herida Tiene aliento real; — el voto hecho Lo tengo escrito aquí!... La fe ofrecida, Por temor de asechanzas, escondida Vive en el santuario de mi pecho!...

(Irritado.) No más vacilación... Venid, señora!

Elvira. Y... ¿ qué queréis de mí?

Vuestro amor de otro tiempo...; La traidora!
Creyó hallar en la toca protectora
Fácil excusa á su designio impío!...
¡Monja del Carmen, tu disfraz donoso,
Con mi primer disfraz está pagado!...
Ah! cómo brilla tu semblante hermoso
Sobre el pardo sayal...; ay! cuán precioso
Será tu nuevo amor santificado! (Pausa.)

Elvira. No blasfeméis, señor!

RRY.

No, no blasfemo...

En el infierno del amor me quemo Sin que tengan de mí ni aun compasión!

ELVIRA. Yo os compadezco.

REY.

No, no, no, mentira! No quiero compasión; mi alma delira... Pero nunca se abate ante el dolor! Venga el desprecio, el desamor, la ira... Pero amor por piedad!...; Qué triste amor! Yo quiero amor de fuego y de arrebato, Amor de amor — volcánico, insensato... Entusiasmo, delirio... eso es amor! Cada minuto una emoción, un goce... Aunque el alma se gaste ó se destroce Al impetu del choque halagador! Quiero llorar ante mi propio encanto, Que el labio ofrezca risa á mi quebranto, Que el corazón no cese de gozar... Deliquio eterno, eterno desvarío... Ese es, por Dios, el pensamiento mío, Mi eterno, mi incesante delirar!

ELVIRA Calláos...

REY.

El amor que yo te ofrezco,
No es el amor que el vulgo experimenta:
Es un volcán que agita una tormenta,
Es lo que fué, lo que es, lo que será...
Es la pasión idólatra de un niño,
Es el amor de un hombre enamorado,
Es el delirio á la embriaguez llevado,
La adoración llevada á la impiedad!

Elvira. Callad, por Dios, callad! Que vuestro acento La castidad ofende de María...

No debéis olvidar que es un convento El que profana vuestra planta impía! Si es cierto que me amáis, honra y respeto El ídolo reclama en sus altares; Dejad que el corazón inerte y quieto Llore su ingratitud y sus pesares!

(A un movimiento del Rey.)

¿Queréis amor?... Dejad que su veneno Se haga camino y me inficione el alma... Yo siento todavía que en su seno Relucha por matar mi santa calma... Pero dejemos, sí, que se abra paso Por espontáneo esfuerzo y libre senda... Hasta extirpar el fuego en que me abraso Y que mi propia fe mi amor defienda.

REY. ¿Qué estás diciendo?... Yo no sé... no puedo Tu intención comprender... De tu dominio...

ELVIRA. Solo os pido un favor.

RRY. Y lo concedo... Aunque sea del mundo el exterminio.

ELVIRA. No tanto, no; quisiera que tres días Me dierais de quietud.

Rey. (Vacilante.)

Sé que han de ser tres siglos de agonías,
De mudo desamor, de ansia impaciente;
Pero no importa, Elvira!... Juramento
De respetar tu santa paz yo hago...
¿Qué me importan tres días de tormento,
Si mil siglos de amor vendrán en pago!

ELVIRA. Pues bien, salid!

REY. (Delirante.)

¡ Insensato de mí!... Sonó la hora!...

Cuanto anhelé alcanzar he conseguido...

Y robármelo quieres...; ah, traidora!

Venid, señora!

(Asiéndola.)

ELVIRA. (Resistiendo.) Por piedad! — Ya llega Con su raudal de luz el nuevo día... No hagáis que el torpe amor que tanto os ciega Arroje sobre mí su mancha impía.

Rey. Venid!

Elvira. No hagáis que la violencia abra Las puertas del convento... ¡Ay de los dos!

Rey. ¿Quién osará decir una palabra Donde su rey está?

OSUNA. (Apareciendo.) Quien puede...; Dios!

ESCENA III

Dichos, OSUNA, en traje de religioso de San Bruno, y una Religiosa que llevará una luz en la mano. (Elvira da un grito de terror y cae en el reclinatorio cubriendo su rostro con las manos.)

REY. Desgraciado de mí!... Me han descubierto.

¿Quién sóis?... Decid!...

Osuna. Un monje, un ermitaño.

REY. Dónde vivís?

Osuna. Allá... por el desierto.

REY. Quién os trajo hasta aquí?

Osuna. Designio extraño.

(Lleva al Rey al extremo del teatro y con voz ahogada le dice:)

Os conozco, señor, y por lo mismo
Os prevengo salir... torpe locura
Os ha traido al borde de un abismo
Que hace más hondo vuestra audacia impura!
El sagrario de un templo habéis manchado,
A una esposa de Dios háis ofendido...
Dios vuestra liviandad ha perdonado,
Y su ministro el crimen da al olvido!
Pero salid, señor!... Pronto... os espera
El apuesto doncel que os acompaña,
No olvidéis que la luz avanza fiera
Y os pueden sorprender, Rey de la España!

(El Rey atribulado se deja conducir por Osuna hasta la puerta del fondo, en donde trata de regresar. Osuna le muestra el cielo, cuya claridad se percibe, y logra hacerle salir. Desde el principio de la escena la religiosa pone la lut en el altar y se arrodilla junto à Elvira, cuyas manos estrecha. Osuna vuelve.)

ESCENA IV

OSUNA, ELVIRA, una Religiosa.

Osuna. Hermana, ya de la aurora

Brillando está la luz pura.

ELVIRA. ; Ay, hermano!

Osuna. Bien sabemos

Que vos no tuvisteis culpa. Venid! En el ancho templo Alzaréis ardiente súplica

A Dios misericordioso.

ELVIRA. ¡ Ay, hermano! más que nunca

Necesito de su amparo Y de su clemencia suma!

(Al salir Elvira y la religiosa, Osuna se postra ante el reclinatorio y con un ademán les indica que salgan.)

Rezad, rezad, padre mío, Que Dios es de quien le busca Y yo le hallaré si tengo Vuestra poderosa ayuda.

(La religiosa la sostiene y apoya hasta salir por el fondo.)

ESCENA V

OSUNA

El tiempo aprovechemos... ya amanece! Es preciso dar fin á esta jornada.

(Coloca un papel en el libro de oraciones que se encuentra sobre el reclinatorio.)

Este papel la enterará de todo... Y si cumple lo escrito está salvada! ¡Rey don Felipe! Del humilde monje
Ha sido, por fortuna, esta batalla...
¡Te he impuesto, sí, la afrenta de la fuga
Cuando triunfante y orgulloso estabas!
Y ¡vive Dios! que en nuestra eterna lucha,
Cuando alegre y feliz sientas el alma,
Del ameno jardín la sierpe astuta
Morderá tu fortuna hasta sangrarla!...
¡Siempre detrás, siguiéndote la huella,
Siempre mi pié borrando tu pisada!...
¡No dejaré que el buitre carnicero
Desgarre á la paloma abandonada!

(Vase por el sondo y cae el telon con rapidez.)

ACTO CUARTO

La decoración del aeto segundo. Oyense vivas y algazara en los salones.

ESCENA PRIMERA

OLIVARES (escribiendo), LERMA, VILLAFRANCA y ZUNIGA (entrando).

LERMA. Vos, don Rodrigo, contadnos

Lo que haya en verdad.

VILLAFRANCA. Nosotros

Escuchamos esos vivas

Que da el pueblo en su alborozo;

Pero en verdad no sabemos Si es *Te Deum* ó responso.

Zúñiga. Es la ocupación de Breda;

Es el triunfo gloriöso

Con que Espínola saluda

La casa de Austria.

Lerma. Bisoño

En el arte de la guerra

Era Espínola...

VILLAFRANCA. ¡Qué tonto!

Para ser feliz caudillo Y general victorioso

No hay más que buscar contrarios

Que tengan miedo...

OLIVARES. (Envidiosos!)

(Levantandose con un pliego en la mano.)

Espínola se ha batido Con el más heróico arrojo, Teniendo sobre su campo Ejércitos numerosos,
Que tras los muros de Breda
Ajaban nuestro decoro...
Bastó para él una tira
De papel, dó airado y hosco
Escribí de propio puño:

« Tomad á Breda » y celoso
Por su fama y nuestra gloria,
Por entre lluvia de plomo,
Sobre los muros de Breda.
Clavó el pabellón católico!

VILLAFRANCA. Eso en mi tierra se llama Hacer botellas al soplo.

Olivares. Y llenarlas de alta gloria.

ZÚÑIGA. Lerma... ¿qué tal el bisoño? Yo en otro tiempo también

Sobre el campo de los moros...

Lerma. Cómo! ¿También militasteis?...

ZUÑIGA. Con don Gonzalo el Heróico.

LERMA. Pues, señores, está visto!

Sólo á mis piadosos ojos Sus lástimas no ha mostrado Campo marcial con despojos,

Ni el vivac del enemigo

Turbó mi sueño... Esos moros

De vuestro tiempo serían

Altivos y valerosos.

Zúñiga. (Picado.) Eran, según lo que alcanso, Por el estilo de todos.

OLIVARES. En extender me ocupaba

La nueva gracia que otorgo

Al valeroso caudillo...

Todos. ¿Qué le concedéis?

OLIVARES. Le nombro

Marqués de Breda y Virey Del holandés sedicioso, Y para seguir la guerra Con el mismo éxito próspero, Le doy un bravo segundo Compañero bien idóneo, En don Íñigo Girón, Duque de Osuna.

VILLAFRANCA. (Con ironia.) ¡Donoso Y feliz habéis estado En esa elección!

OLIVARES.

Conozco
El mérito del de Osuna,
Y en él tengo, más que en otros,
Esperanzas de que un día,
Y por cierto no remoto,
Deba la España á su esfuerzo
Un mundo y parte del otro.

LERMA. A lo menos por las damas
Dará su sangre gustoso;
Que el que por monjas se afana
Hasta hacer de perro dogo,
Por las que libres se hallan
Es capaz de dar un ojo.

OLIVARES. Es un español bizarro Y valiente y generoso; Y español no hay, por mi vida,

Uno en la tierra, uno solo, Que, al ver atacar la honra De una mujer, presuroso No se apreste á su defensa, Aunque le cueste ambos ojos!

Aunque le cueste ambos ojos Zoñiga. Oh! qué bien nos conocéis,

Olivares. No es elogio;

Conde-Duque...

Pero nosotros miramos Sagrado y rico tesoro En el honor de las damas...

ZUNIGA. Yo en mi tiempo era lo propio.

OLIVARES. Tenemos en las mujeres, Sean ángel ó demonio, El cristal de nuestra honra... Una mujer... es de todos, Cuando esta mujer nos pide Con sus lágrimas, socorro: — Quien tal reclamo no escucha No es español, don Honorio.

(Vuelve à sus ocupaciones.)

VILLAFRANCA. ¿Qué será del biografiado? Hoy no le he visto...

LERMA.

En su hermoso

Alazán, de Arabia orgullo, Le ví montado hace poco.

VILLAFRANCA. Dicen los de su servicio Que está mudado, que es otro; Dicen...

OLIVARES.

Son cuentos forjados

Por criados maliciosos.

Zuniga.

Cierto... de esa canalla

No hay que escoger; el más topo

Sabe levantar al vuelo Algún falso testimonio.

VILLAFRANCA. Pero negar no se puede Que anda el Duque caviloso; Que no se le vé en palacio... Y en los festines, yo noto Siempre su asiento vacío; En el Consejo...

OLIVARES.

Os respondo

Por la amistad que nos liga, Y por lo que le conozco, Que por él nada ha pasado... Siempre ha sido melancólico.

ESCENA II

Dichos, un UJIE?

UJIER. Os llama su majestad, Señor Conde-Duque.

OLIVARES.

Voy.

Vosotros podéis quedaros, Si os place.

Topos.

Gracias, señor. (Váse Olivares.)

ESCENA III

Dichos, menos OLIVARES y el UJIER.

Zuñig 1.

Los afanes de la guerra
Tienen al Gobierno hoy
Más que nunca preocupado.
Derrotado el de Nassau,
Las escuadras holandesas
Buscan amparo y favor
En mares desconocidos.

VILLAFRANCA. Por Occidente andan hoy.

LERMA.

¡Muchas victorias seguidas!... El pabellón español Quedará con tanta gloria Glorificado, señor.

VILLAFRANCA. Y á juzgar por lo que observo, Si en prez gana el pabellón, El fisco pierde en dinero Lo que la gloria costó... Y si sigue... Pobre España! Pedirá limosna!

Zuñiga. (Con entereza.) No,

Duque de Lerma! La patria

No pedirá de por Dios

Las rentas que necesite;

El noble pueblo español

Es harto rico, á fe mía,

Y tiene bastante amor

A su Rey, para que acepte

Tan mísera condición!

Las guerras, cuando son justas,

Cuando necesarias son,
Las bendice el pueblo mismo,
Que con patriótico ardor
Riega su sangre en la lucha...
Vos, Duque, en verdad no sóis
Juez idóneo en esos lances
De suprema abnegación...
Queréis mucho vuestra vida,
Y allá en vuestro corazón
Más que un laurel os fascina
De vuestra amada una flor! (Váse.)

ESCENA IV

LERMA y VILLAFRANCA.

LERMA. Vanidoso es el vejete; Su arrogancia me disgusta.

VILLAFRANCA. Honorio, es ayo del Rey,
De su privanza disfruta,
Y don Rugiero, su hijo,
Según revelan las brujas,
Es su mejor compañero
En excursiones nocturnas

LERMA.

Sí, aún dicen las malas lenguas
Que vive y muere en las tunas.
Yo, Villafranca, no veo
De esta España la fortuna
Cuál será... En constantes guerras
Con todo el mundo, es segura
Su decadencia y ruïna;
Ya el pueblo mismo murmura
Contra el Ministro; los nobles,
Y áun la canalla en sus turbas,
Profieren á voz en cuello
Que esa altiva audacia suma,
Proviene de que en las guerras
La confusión más profunda

Permite, á río revuelto,
Resanar y hacer fortunas...
Que en las guerras con la Europa
Su ascendiente más se abulta...
Y en teatros y saraos,
Y en bailes y fiestas públicas,
Al buen Felipe distrae...
Y á la patria la hace suya!

VILLAFRANCA. La sangre me hierve, Honorio, Al ver la triste ventura Que le ha cabido á la España, Aguila de estirpe augusta Que hizo sombra con sus alas A la Europa... grande y culta!

(Ruido. Ambos observan.)

LERMA. Caballeros, es el Rey!
Hoy su semblante fulgura
Menos triste.

VILLAFRANCA.

Vade retro.

LERMA. Idem per idem, ut supra.

ESCENA V

El REY (viene leyendo un billete con transportes de alegria, y sin notar Villafranca y Lerma que le saludan y salen por el fondo).

REY.

Tiende tus grandes alas
Dulce esperanza mía!
Recobra tu alegría,
Doliente corazón!
Ya la mujer que adoro
Dejó de ser ingrata...
Oh! el placer me mata,
Me ahoga la emoción!
Aquí estampó sus dedos
De nácar y de rosa,
Aquí, dulce y preciosa,

Su mirada fijó! (Besa el billete.) Aquí, inocente y pura, Su casto amor explica,

Aquí me ratifica

Lo mismo que juró.

Billete primoroso,

Prenda de la que adoro,
¡Ay! si ves que lloro,
Son lágrimas de amor!...
¡Papel que escribió ella.

¡Papel que escribió ella, Tú estás santificado...

¡Billete consagrado,

Prenda de gran valor!...
Oh! tu favor me vuelve
Todo cuanto he perdido!...

(Aparece Osuna en la puerta del foro.)

(Lo besa.)

Ya soy correspondido...

Osuna.

(El billete!)

REY.

Gracias, oh! (Vuelve à besarlo.)

¡Ya soy lo que antes era, Grande, glorioso, rey!... ¡Al mundo impongo ley,

Que mando al mundo yo! (Adelanta Osuna.)

ESCENA VI

El REY y OSUNA (en traje de guerrero.)

Rey. ¿Quién yá? (Guardando el billetc.)

Osuna. El Duque de Osuna,

A quien su alteza ha llamado.

REY. En día bueno ha brillado, Amigo, vuestra fortuna!

Fuisteis audaz, atrevido, Desleal, mal caballero...

Osuna. Señor, vuestra orden espero,

Que à escuchar no he venido

Ultrajes.

REY.

Mirad, la ley

Os condenaba...

OSUNA.

Mejor!

REY.

Acusado por traidor...

OSUNA.

Tal vez... por traidor al Rey, Porque à la España jamás! A la guerra partiré Y con sangre compraré Glorias que ofrecerle más! Y vos... quizá en la jornada También glorias me debáis, Tal vez el trono en que estáis

Os lo defienda mi espada, Que español y bien nacido

Generoso soy...

REY.

Lo veo;

Y arrogante, según creo... ¡Siempre orgulloso habéis sido!

OSUNA.

Y lo seré hasta que muera; Noble hidalgo de Castilla, Nadie mi arrogancia humilla Ni mis blasones vulnera... Si estorbo para el Rey soy Y mi sombra le importuna, Mañana, sin falta alguna, Para la Holanda me voy.

REY.

Dije que había brillado
Hoy feliz vuestra fortuna,
Y es cierto, Duque de Osuna,
Por mí... ya estáis perdonado.
No ha mucho dije á Olivares
Que si partir no queréis,
Yo no me opongo; podéis
Quedaros en vuestros lares.
El bravo león poderoso,
A quien provocásteis, tiene
Horas en que se entretiene
En ser bueno y generoso...

Podéis hacer vuestro autojo; Si España os gusta, — quadáos; Si queréis guerra, — marcháos A darnos pruebas de arrojo Sobre las playas de Holanda; Y quiera Dios, el de Osuna, Que alcance vuestra fortuna De los vireyes la banda! Allá á Espínola tenéis, Brazo de gigante armado; Poner vuestro nombre al lado De un valiente... bien podéis! Que el Rey Felipe, el glorioso Vé su orgullo satisfecho, Cuando premia algún gran hecho De un vasallo valeroso. Haced lo que os plazca, Duque; Si queréis quedaros... Bien! Si queréis iros... También! Del Ferrol partirá un buque.

OSUNA.

Gracias, señor. Si os parece, Puedo retirarme.

REY.

Si.

La gracia que os concedí No os humilla, — os ennoblece!

(Saluda Osuna con altivez y váse.)

ESCENA VII

EI REY

Mi gloria está cumplida!
Rey de la España, ya volviste al trono!...
A Osuna lo perdono,
Y á la alondra preciosa y escondida
Le doy mi amor, mi majestad, mi vida!
¡Oh, divino papel, prenda de ella!

Talismán prodigioso!
Tú el horóscopo guardas de mi estrella
Y de mi Elvira bella
El destino magnífico y glorioso!

ESCENA VIII

El REY y RUGIERO

Rugiero. Señor...

REY. ¿Lo oiste, Rugiero?

Mi dicha á momentos crece;

Elvira, mi linda Elvira

Me ha escrito... ves? Un billete! (Bisalo.)

Rugiero. ¿Un billete?...

Rey. Si, Rugiero,

Mostrándose consecuente Con la entrevista de anoche;

Esperanzando mi suerte, Una súplica me hace,

Que el Rey de España concede.

Rugiero. ¿Qué solicita?

Rey. Un reló

Para su convento quiere, De dimensiones humildes, Y dos campanas solemnes; Reló que al marcar las horas Doble sonidos de muerte,

Cual si alguna religiosa Dejara de ser...

Rugiero. ¡Qué siempre

Por sus extraños caprichos Se hagan notar las mujeres!...

¿Cuánto mejor no sería Que tocara horas alegres?

REY. Sin embargo, de mi Elvira

Los caprichos serán leyes.

Id, y decid á Olivares
Que extienda inmediatamente
Una orden para que el fisco,
Ó si sus rentas no pueden
De mis arcas peculiares
Se mande poner en breve
Un reló que de San Plácido
En el mismo centro quede;
Que al dar horas las campanas
Doblen sonidos de muerte,
Y que como don de un rey
Que en alto precio se tiene,
De arte y vanidad sea
Prodigio para las gentes.

RUGIERO.

La orden será cumplida.

REY.

Cumplida inmediatamente;
Decid que ha de estar cumplida
Sin retardo — lo más breve;
Que pago el tiempo con oro;
Que haga acudir diligentes
A todos cuantos obreros
Madrid en su ámbito encierre...
Decid que pasado un día,
Cuando al otro el Sol nos deje,
Sobre la altiva ciudad
Ha de levantar su frente.

RUGIERO.

Así lo haré; pero ahora Decidme, señor ¿qué suerte Correrá esa pobre monja Cuando su convento deje?

REY.

Será la reina de España... Y pésele á quien le pese.

Rugiero.

Felipe cuarto!...

REY.

Está dicho!...
Mas ved que el tiempo se pierde,
Y ansío que oiga Madrid
Horas que doblen á muerte!

(Vase Rugiero tristemente.)

ESCENA IX

EI REY

; Suenen por fin las horas Los dobles de la muerte remedando; Pasen tristes sonando, En tanto que las mías seductoras Al lado de mi amor irán pasando! No importa que la España Tiemble cual débil caña, Al escuchar su lúgubre sonido... ¡Creerá que es del león ronco bramido O la voz de la muerte... y no se engaña! ¡Horas, pasad, pasad! Una yo espero Que alegre sonará... preciosa hora, Que mágica y sonora De mi tormento fiero La muerte anunciará con doble austero! ¡Pasad, horas, pasad! y llegue aquella Que aguardo entusiasmado!... Elvira, Elvira bella! Luïs fué para mí como la estrella Que al náufrago dirige abandonado! Y ese reló que al ausentarte dejas, Tu despedida lúgubre avisando, Llevará por las rejas Su triste voz doblando Y nuestra eterna dicha proclamando! ¡Ay! ¿quién lo creyera?... De mi pasión me vengo... Ella proclama fiera, Que de la España el trono á Elvira espera. ¿Su título de Reina? — Aquí lo tengo!

(Mostrando el billete.) (Telon rapido.)

ACTO QUINTO

Sala de profundis en el convento de San Plácido. — En el tercer término estará dividida por una cortina negra, detrás de la cual y sobre un túmulo forrado del mismo color habrá un féretro cubierto con un velo blanco y á los lados del túmulo diez blandones que alumbrarán á su tiempo. Noche.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA y OSUNA (con los trajes del acto tercero.)

OSUNA.

No hay medio, el deber, hermana, Tal sacrificio os exige;
La potestad del monarca
Cuyo prestigio invencible
Salva todo miramiento,
Fiera y tenaz os persigue;
Él ha profanado el templo.
Ha irrespetado sus vírgenes,
Ha corrompido á un ministro,
Y con mano irresistible
Nuevamente nos amaga...
Su amor, hermana, es un crimen!
Vos podéis por ese medio...

ELVIRA.

Pero, padre, eso es horrible!
Ay! mejor que en realidad,
Sobre los negros cojines
Mi sueño eterno durmiera...
Así, al menos, insensible
No llorara las angustias
Que mi corazón oprimen.

OSUNA.

Que sea lo que Dios quiera, Querida hermana; Él asiste A la débil criatura Que sobre la tierra vive El con su poder inmenso Velará, no desconfie, Sobre la casta paloma Que asedia ominoso el buitre; El velará, yo os lo juro... Pero entretanto, posible Es que una nueva asechanza Del osado que os persigue, Pudiera acaso...

ELVIRA.

Os comprendo,

Mas no temáis que peligre
Mi virtud, no á tanto alcanza
La mano de don Felipe,
Y si osara!... padre mío...
Perdonad si esta infelice,
Por el dolor preocupada,
Del deber salva los límites.

OSUNA.

No os aflijáis, hija mía. Mi corazón me predice Que será la vez postrera Que el osado se aproxime Al augusto santuario Del Rey que á los Reyes rige.

(Canto de profundis lejano.)

ELVIRA. Qué es lo que oigo?... Ese canto...

Osuna. No os alarme su eco triste;

Es el canto que la muerte Desde un féretro preside!

ELVIRA. ¡El canto de los difuntos!...

Oh, cómo yerta se oprime La sangre en mi corazón!... Cantan por una que vive!

¡Oh, si fuera realidad La triste farsa que fingen!

Osuna. Vamos, hermana, venid!

ELVIRA. No, mi padre, no es posible

Resistir tanta amargura...

OSUNA.

Todo la virtud resiste.

ELVIRA.

Tengo el alma destrozada, Mi aliento casi se extingue, Mis ojos no hallan la luz Que las entorchas despiden,

(Apóyase en él.)

¡Ay! ojalá la visión

Cobre cuerpo y se realice!

OSUNA.

Tened ánimo, hija mía! Dios os contempla y asiste; Será la prueba postrera, Mi corazón lo predice.

ELVIRA.

¡Ay, España! — Cuán funesta, Cuán malhadada y cuán triste Brilló mi estrella en tu cielo! Gracias, ¡oh Rey don Felipe! Gracias por tanto que os debe La pobre Elvira!...

Osuna.

(¡Infelice!)

Vamos, venid, hija mía.

ELVIRA.

Ya os sigo; mas permitidme
Que antes de ceder al trance
Que mi corazón resiste,
Deje aquí mis oraciones;
En esta mansión terrible
Que la nada de la vida
De negro ropaje viste;
Dejadme que, solitaria,
Entre estas paredes tristes,
A Dios mi oración eleve,
Para que acoja la humilde
Súplica que le dirijo.

OSUNA.

El tiempo corre invisible; Y vuestras hermanas todas, Que oran por vos á la Virgen, Os esperan.

ELVIRA.

No, no tardo.

Osuna.

Ved que el audaz que os persigue...

ELVIRA.

Está bien, pocos minutos... Quiero rezar, ya os lo dije.

(Våse Osuna.)

ESCENA II

BLVIRA

¡Oh! qué me exigen, Dios mío!...
Que sinja dentro una tumba
La quietud, pálida, inerte
De un cadáver!... Nunca, nunca!...
Mejor será que la muerte
Me ampare en su sepultura.

(Mira en extasis el anillo.)

« Cuando tu virtud peligre,
Antes que débil sucumba,
Alza la chapa de oro
Donde está la cifra augusta
De tu padre, y el veneno
Que su cuenca guarda... apura.
Esto me dijo mi madre,
La mejor y la más pura
Compañera de mi vida...
Ella previó las angustias
Y los frecuentes peligros
De mi orfandad prematura.
« Joven y hermosa, decía,

ESCENA III

Correrá mala fortuna.

ELVIRA y OSUNA

Osuna. Venid, que las horas vuelan! Ya por las bóvedas zumba La airada voz del monarca.

ELVIRA. Hoy no temo ya su furia; Siento el corazón tranquilo... Osuna. A él su poder le escuda...

ELVIRA. Ya los tiempos han cambiado...

Ya su poder no me asusta.

Osuna. Pero si audaz persevera

En manchar vuestra honra pura...

ELVIRA. Ay! Entonces, padre mío,

Será funesta la burla!

Osuna. Ved que nuestro plan dañáis,

Ved que la ocasión apura...

(Muéstrase temeroso de la llegada del Rey y observa frecuentemente por la izquierda.)

¡Oh! si su alteza llegara!...
¿Quién refrenará su furia?
No lo hagáis por vos; pero ellas...
Vuestras hermanas... sed justa!
¡La venganza fuera horrenda!

ELVIRA. Tenéis razón.

Osuna. (En ademán de oir.) Ya se escucha Su voz más próxima...; Hermana Por Dios y la Virgen pura!...

ELVIRA. No tardo, padre, no tardo...

Id... y preparad mi tumba. (Vdse Osuna.)

ESCENA IV

BLVIRA (de rodillas.)

Perdóname, madre mía,
Perdóname, Virgen pura,
Si, antes de dármela, busco
La soledad de la tumba!
Tú has visto las tempestades
Que mi espíritu atribulan;
Tú conoces cuánto he hecho
Para conseguir la oscura,
Humilde quietud del claustro!...

Ante tu imagen augusta
El huracán implacable
Me abatió bajo su furia...
Tú lo has visto, madre mía,
No queda esperanza alguna!
Para salvar mi inocencia
Y llevarte mi honra pura,
De mi madre un talismán
Recibí, como la única,
Como la prenda final
De su amor y su ternura!
Yo la conservo, señora,
Con su postrimera súplica...

(Pausa.)

(Pausa.)

(Levantase.)

Te obedezco, madre mía;
Antes que ceder impura
A la infame tentación,
Antes que débil sucumba
Prestándome dócilmente
A una cruel impostura...
Mejor será que su abrigo
Me dé en realidad la tumba.

(Alza la chapa y apura el veneno.)

Para salvar la inocencia Hacerse morir no es culpa; Que la virtud siempre es débil Y el delito la subyuga. ¡Oh, cómo quema mis labios La gota letal!...; Cuál suda Trocada en volcán mi frente! ... ¡Cómo mi vista se nubla!... Elvira... paso entre paso, Anda en busca de la tumba!... Ellas, mis buenas hermanas, Pensarán que tu faz muda Los contornos de cadáver Tan solamente simula; Creerán que en engaño diestra, Aun al mismo engaño burlas; Y cuando todo termine Correrán sobre la oscura.

Sobre la triste visión
Que el negro sudario oculta,
Y te llamarán mil veces...
Y esas mil voces confusas
Se perderán por los claustros
Sin hallar respuesta alguna...
Y tu cuerpo agitarán,
Presas de esperanza y duda,
Y tu cuerpo inerte y frío
No dará señal ninguna...
¡Caro engaño que les cuesta
Llanto, rezo y sepultura!

ESCENA V

ELVIRA y OSUNA

Osuna. Hermana, hermana, tardáis...

Alarmada y temerosa

La comunidad se muestra...

Un minuto más y aborta

Nuestro plan, y don Felipe Nuestra intención salvadora

Castigará con la muerte.

ELVIRA. Padre, es verdad! Sin demora

Os seguirá vuestra hija...

Dadme la mano...; Espantosa Me ha perseguido la sucrte!...

¡Llevadme á donde estén todas!

Osuna. Venid con animo fuerte...

No lloréis...

ELVIRA. Padre, no llora

La que ha de hallar en el féretro

Dulce alivio á sus congojas.

(Osuna conduce d Elvira que da muestras de letargo. El canto se oye más lejano. Ligera pausa.)

ESCENA VI

El REY (entra por el fondo izquierdo, visiblemente agitado y recorre la escena con trasportes de delirio, y dirigiéndose al fondo.)

Elvira!... mi Elvira! .. Ninguno responde... ¡ Qué funebre estancia!... ¡ Qué oscura!... ¡ Da horror! ¡Me aterra el silencio!... Oh! ¿Dónde se esconde La luz de mi vida, mi encanto, mi amor?... ¡Ninguno responde!... Las sombras concentran Sus hoscas tinieblas!... Revienta mi sién!... El templo y los claustros desiertos se encuentran... La celda de Elvira... desierta también! ¡Qué horrible misterio!...; Valor, alma mía!... ¡Su altiva melena no abata el león!... La voz de los vientos se agita sombría Y su eco amedrenta...; Valor, corazón! ¡Ay! — ¡Cuántos delirios de amor y de gloria, Cual niebla engañosa, derrite el dolor!... Elvira!... mi Elvira!... Paloma preciosa, Tu amor me juraste... reclamo tu amor! (Pausa.) ¡Ninguno responde!... La luz de mis ojos Refleja visiones que anima el afán... Do quiera que miro... sangrientos despojos Se alzan... se hunden... se acercan... se ván!... Poder de los cielos! — Disipa esta niebla Que aflige y congela mi espíritu así... No más conjeturas de espanto y tiniebla Su amarga cicuta derramen en mí! ¡Tres días de penas!... Tres siglos de duelo Sufrí resignado en honda orfandad!... ¡Y todo fué engaño!... No, no, Dios del cielo ¿Elvira engañarme?...; Blasfemia!...; Impiedad! ¡Alondra pintada que en aires extraños Plumaje luciste de níveo color,

No olvides, ingrata, con fieros amaños La palma que abriga tu nido de amor!

(Cue de rodillas. — El reloj de San Plácido, con doble campana, da las dos de la mañana. Al oirlo el Rey, se levanta aterrado.)

¡Las dos!... Cuál su fúnebre timbre modula En doble sombrío, niedroso, el reló...

(Como asaltado por una idea.)

¡Gran Dios!... Qué sospecha, que el alma atribula, Al doble de muerte, mi mente asaltó!...
¡La muerte!... La muerte!... Dobló esa campana!...
Yo mismo!... Yo mismo... su timbre toqué!...
Mas no... no es posible... mi Elvira inhumana
Matarse y matarme!... Mentira!... Lo sé!

(Pausa ligera. — El canto se oye más cerca.)

¿Qué voz me persigue?... ¿Qué lúgubre canto, Sus ecos de muerte conduce hasta mí?... ¿Quién cubre mi pecho de luto y quebranto?... ¡Cumplido está el plazo!... Me tienes aquí!...

(Recorriendo la escena loco.)

¿Creiste engañarme?... Si el cielo te esconde, Al cielo, buscando tu amor, subiré... Tu amor me ofreciste. ¡Oh ingrata! Responde, ¿Por qué me engañaste, tirana, por qué? No más miramientos ni contemplaciones... Si es alto tu trono, mi trono lo es más... En vano te ocultan luctuosos salones. Si el cielo te esconde, mi cólera...

(Lánzase sobre la cortina que cubre el túmulo para rasgarla. Osuna la entreabre y sale á su encuentro. El Rey retrocede.)

ESCENA VII

El REY y OSUNA

OSUNA.

Atrás!!

¡Temerario monarca! No profanes El campo santo do la muerte impera; Huye, por Dios, si de crespón funesto Cubrir no quieres tu real diadema! Salid, señor!

(Enciendense los blandones del túmulo.,

REY. (Tratando de abrirse paso.) ¿Que salga?... No lo esperes!..

Ó me entregan á Elvira, ó en pavesas
Convertido veréis el templo santo
Donde perjura la traición se alberga!...
Decidme ¿dónde está?...

Osuna.

Rey don Felipe,
Salid, por vuestro bién! Mirad que horrenda
La mano de Satán por vuestra mano
Hirió su corazón...; Ay! si la vierais...
El vuestro, por la angustia destrozado

El vuestro, por la angustia destrozado, A impulsos del pesar sangre vertiera...

Rev. Llevadme donde está... (Forcejeando.)

Osuna. Rey de Castilla, Ya vuestra Elvira abandonó la tierra; Tesoro de virtud, ángel divino, La reclamó su Dios, y allá se encuentra!

REY. Padre, por caridad, no me mintáis! Elvira vive!...

Osuna. Sí, mas no en la tierra.

REY. ¡Ay de vos, insensato, si el león Sacude enfurecido la melena!...

Osuna. Salid, señor!

Rey. (Sacando un puñal.) Si mi poder resistes; Si en vano para tí tu rey ordena, Yo verteré tu sangre, y tu cadáver Puente será para llegar á ella! ¡Religioso tenaz, tiembla á mi furia!...

Osuna. ¡La virtud y el deber, señor, no tiemblan!

Rey. Quiero ver su cadáver.

Osuna. ¿Lo queréis?

REY. Sí.; Lo exijo, lo mando!

Osuna. ¡Oh! Cómo lleva

A la expiación la mano del delito! Rey insensato, la pasión te ciega; Ya tu Elvira se fué... ya en otros reinos, Coronada y feliz se encuentra ella!

Rey. (Amenaza.) Decidme, ¿dónde está?... Yo así lo exijo;
Decidme dónde está...

(Osuna descorre el velo negro y Elvira aparece muerta en los brazos de una religiosa. Todas las monjas de San Plácido de rodillas, en actitul llorosa y con cirios encendidos, rodean el túmulo.)

OSUNA.

Mírala y tiembla!

ESCENA VIII

Dichos y RELIGIOSAS. (El Rey se precipita ante el cadáver.)

(Se postra ante el caddver.)

Religiosa. (Ha muerto en realidad.) (A Osuna.)

Osuna. (¡Cielos! ¡Qué oigo!

Religiosa. (Yo oscuché, padre, su oración postrera; Abrazada de Dios, á Él le pedía Paz en la tumba.)

Osuna. (¡Cielo santo!...; Muerta!)

(Después de examinar el cadáver vuelve sombrio.)

Rey. ¡Ya está eclipsado el sol que me alumbraba!

Osuna. En tu negra mansión, húndeme, tierra!
¿Elvira muerta?...; Se acabó el encanto!...
Rey don Felipe! Vuestra Elvira muerta
Es el fúnebre dón que la venganza
A un libertino rey hoy le presenta!

REY. ¡Ministro del altar!...

Osuna. ¡Nó, nó, mentira!...

REY. Religioso, por Dios!... (Levantándose.)

Osuna. ¡Mírame, hiena!

(Arrojando la peluca y barba que lo disfraza.)

Soy la obstinada vibora que siempre Se opuso audaz á tu triunfal carrera.

REY. ¡El de Osuna!

Osuna. ¡El de Osuna, que maldice Hoy más que nunca su fatal estrella! ¡Rey don Felipe, su cadáver mira... Mi misión acabó sobre la tierra!

(Cierran las religiosas la cortina. El canto sigue lejano.)

REY. ¡Eterna maldición sobre tu nombre! ¡Se agotó, Duque, mi real clemencia! ¡Tras de las huellas del Virey, tu hermano... Yo te pondré sobre sus propias huellas!

OSUNA. Cúmplase en mí la voluntad divina!... ¿ Qué me importa morir... si ha muerto ella? Ya quedamos iguales, don Felipe.

REY. ¿Iguales?...; Nunca! Don Felipe queda Sobre el trono del mundo, y tú, el de Osuna, Sobre el cadalso de la infamia.

¡Sea!
¡Y en él veréis que el noble castellano
Dobla su cuello por la vez primera,
Y ante la muerte con risueño labio,
Del verdugo feroz la faz contempla!
Has dicho bien, tirano de la España:
¿Iguales?...; Nunca!—; Sobre el trono queda...

Que más feliz que tú sobre el cadalso, Con la preciosa sangre de mis venas, Mi pase escribiré para otro mundo Donde no tú, sino tu Elvira reina!!

(Osuna atraviesa la escena con altivez. — Telon rápido.)

FIN DEL DRAMA



ÍNDICE

LÁZARO MARÍA PÉREZ (Boceto biográfico por J. M. Samper). A MIS LECTORAS. Los mártires de la patria. Castillo Rada. La estátua de Bolivar. Cartagena. José Fernández Madrid. A mi esposa. Epístola. Al Tequendama.	. XXVI . 4 . 15 . 15 . 15
Los mártires de la patria. Castillo Rada. La estátua de Bolivar. Cartagena. José Fernández Madrid. A mi esposa. Epístola.	. 15
Castillo Rada La estátua de Bolivar Cartagena José Fernández Madrid A mi esposa Epístola	. 19
La estátua de Bolivar. Cartagena. José Fernández Madrid. A mi esposa. Epístola.	. 15
La estátua de Bolivar. Cartagena. José Fernández Madrid. A mi esposa. Epístola.	. 15
Cartagena	. 15
José Fernández Madrid	. 19
A mi esposa	. 23
Epistola	
·	
En el cumpleaños de mi esposa	
Julio Arboleda	
La soberania de la mujer	
El dia de difuntos	
En el Liceo Granadino	
A mi madre	
¿Por que te vas?	
Bienvenida	
Vacilaciones	
El terremoto de Cucuta	
Al Magdalena.	
La madre de Dios	
Mi regreso á la patria	. 8
Tres tumbas	. 8-
Al mar	
Recuerdos	
La corona de laurel	
La crucifixión	
La limosna	
La visita del ángel.	
Marcos Pérez Ucros	
Ecos de mi prisión.	
Flores marchitas	
A José Eusebio Caro	
La ceniza en la frente.	•

El cantar de los cantares	125
A una zarzarosa	128
Toma mi corazón	130
La mujer	132
Al bazar de los pobres	135
A mi hija Pepita	139
A Zoila	141
Voy á partir	142
La mascarilla de Napoleón I	145
Tu nombre	147
Emociones	149
Un consejo y un obsequio	151
Lágrimas.	153
A Julia	155
¿ Qué viejo soy!	157
En familia.	159
Vanidad de vanidades	167
¡Viva Colombia!	172
Quien más mira, menos ve	173
	175
Caprichos de novia	177
Epitalamio	178
El adiós del proscrito	179
Ya no te quiero	
La corona de espinas	180
En el álbum de Sara	182
A Delina	184
La locura de amor	186
A Victoria	188
Mi última prenda	189
Oriental	191
En el álbum de Aurelia	195
A Delina en un baile de disfraz	199
En el álbum de Elvira	505
Amo y espero	203
Hoy es tu día	:05
A Lola	207
En el álbum de S. R	500
Te quiero tanto!	211
Mi corazón y yo	212
En tu álbum	213
Tu candor	215
Naciste en martes	216
En el álbum de Isabel	510
A la distinguida dama chilena doña Lastenia Soffia de Soffia	. 550
La hermosura	222
En el álbum de Agripina Montes	253
En un álbum.	225
El ramo seco	227
Contrastes	258
Tres sonetos á la esperanza	231

